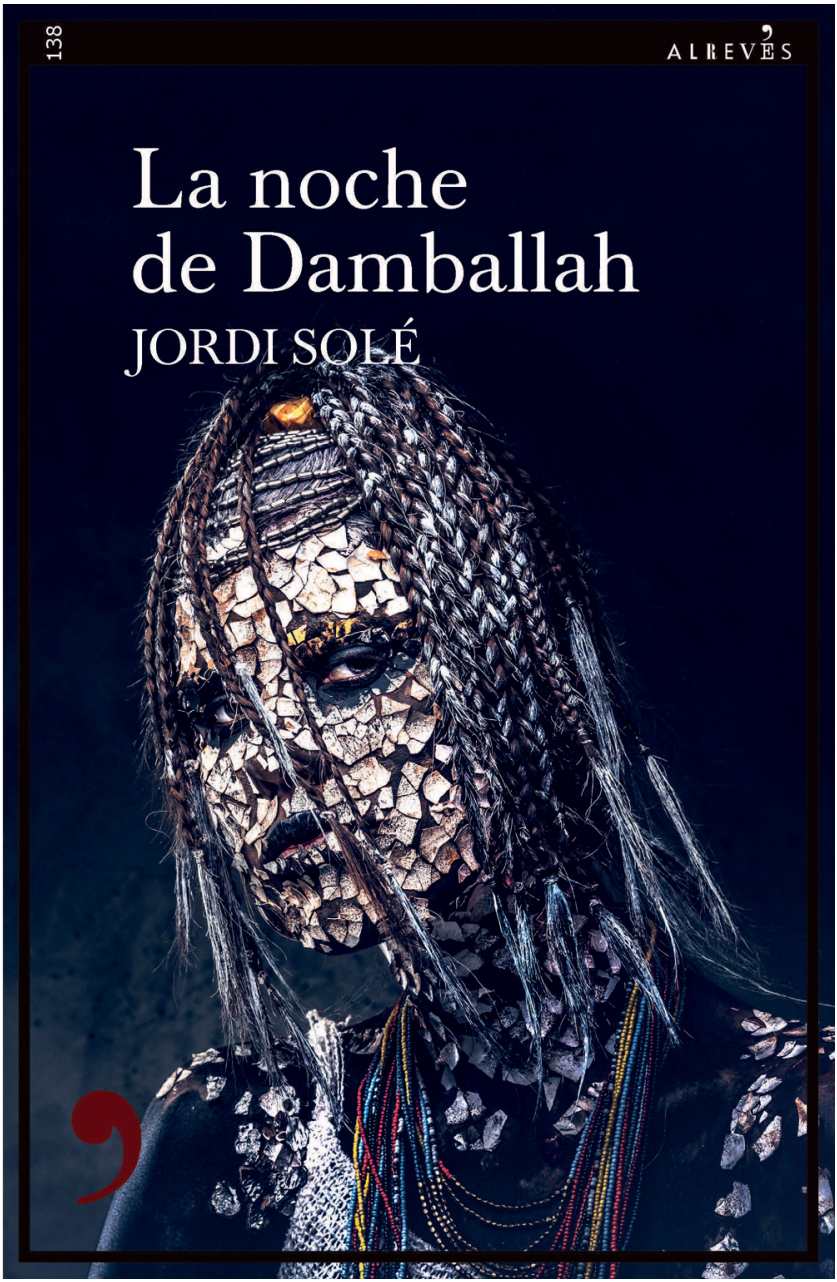
138

ALREVÉS

La noche de Damballah

JORDI SOLÉ



Jordi Solé i Comas (Sabadell, 1966). Licenciado en Ciencias de la Información por la UAB, inició su carrera profesional en 1987 como redactor del *Diario de Barcelona*. Desde entonces ha colaborado con medios como*El Periódico de Cataluña, La Vanguardia, El Independiente*o la revista*Fotogramas*. Ha sido redactor en jefe de la revista*Fantastic Magazine*y director de la revista*Club Disney*. Habitual de programas de TV como*BCN Magazine*(8TV) y*El Club*(TV3), en la radio se lo ha podido oír en los programas de RAC1*Interferències*y*Versió Càmping*.

Es autor del libro de referencia*Telemanía, las 500 mejores series de TV de nuestra vida*(Salvat, 1999); del cuento*Blanco*(Tantagora, 2011) y de las novelas:*Hijo de dioses* (editada en catalán por Efadós con el título de *L'últim faraó*),*La isla de las brumas*y*Barcelona Far West*(traducida al castellano con el título de *El revólver de Buffalo Bill*), publicadas por Ediciones Pàmies, y*Ciutat de espies, La nit de Damballah*y*Conspiració a Tàrraco*, editadas por Columna. También del libro de relatos*Per què no?,* editado por Témenos. Su última novela es*El tigre y la duquesa*, publicada en 2020 por Harper Collins Ibérica en castellano y Columna en catalán.

«Dio cuatro pasos y la vio. Una cría. Dieciocho o diecinueve, a lo sumo. Delgada y con el pelo revuelto y largo hasta el pecho. Ojos rasgados, labios carnosos, pómulos muy marcados y nariz recta y mucho más fina que la mayoría de las negras que había visto.
Una preciosidad... hasta con la mueca de pánico que le crispaba el rostro.
La carnicería empezaba justo por debajo del esternón.»

Madrugada, Zona Franca de Barcelona. En la radio del coche patrulla de Lluís Artigas suena un 10-50: «Alguien la ha palmado». La víctima resulta ser una joven nigeriana brutalmente asesina siguiendo lo que parece ser un ritual vudú. Artigas, un agente quemado y bajo sospecha de ser corrupto, emprenderá una inesperada búsqueda de los responsables de este crimen. Su única aliada será Mónica Vidal, una periodista que necesita una historia como el aire que respira y a quien también asedian sus propios demonios.

En *La noche de Damballah*, una novela magistralmente escrita, con un ritmo endiablado, con el pulso narrativo de los clásicos del género, con el tono irónico y la mirada dura, cínica a veces, incisiva siempre de los mejores narradores de la novela negra más descreída, más callejera, Jordi Solé nos muestra una Barcelona esquinada y grasienta por la que pululan personajes en los que no siempre reparamos, encabezados por un policía, Lluís Artigas, llamado a convertirse en mítico antihéroe, y nos confirma a su autor como una de las voces más sobresalientes de nuestro panorama narrativo.

La noche de Damballah

La noche de Damballah

JORDI SOLÉ

ALREVÉS
BARCELONA-2022

Primera edición: enero de 2023

Para Josep Forment, siempre con nosotros

Publicado por:
EDITORIAL ALREVÉS, S.L.
C/ València, 241, 4.º
08007 Barcelona
info@alreveseditorial.com
www.alreveseditorial.com

© 2023, Jordi Solé
© de la presente edición, 2023, Editorial Alrevés, S.L.

ISBN: 978-84-18584-88-6
Código IBIC: FF
Producción del ePub: booqlab

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Para mi padre, que me presentó a
Alfred Hitchcok, Billy Wilder y John Ford,
y me enseñó a descubrir quién era el asesino.
Y para mi hijo, que se deja llevar hasta
una galaxia muy, muy lejana,
se pone la armadura de Tony Stark conmigo
y espera con ansia el último invento de la sección Q.
Qué habría sido de mí sin vosotros dos...

1

Los polis de verdad nunca echan la pota en la escena de un crimen.

Eso solo lo hacen los de pega. Los de las pelis americanas malas, donde los personajes pueden permitirse semejantes lujos porque luego ya no vuelven a salir y se la suda quedar como un puto idiota.

Pero en la vida real —esa donde los coches no arden a las primeras de cambio, las puertas se mantienen impasibles cuando las patean y la gente guapa escasea— el pobre diablo que cediese a la necesidad de echar la papilla delante de un fiambre sería carne de chiste hasta el día de su fiesta de jubilación. La pota esa, de hace treinta años, sería el tema estrella de todos los discursos. Garantizado.

No.

En la vida real los polis jamás abren la compuerta, por jodido que sea lo que haya. Antes se lo tragan entero, como se tragarían una cucharada rebosante de menestra calentita. Claro que la mayoría han visto de todo y tienen suficiente cuajo como para tolerar la visión de un cuerpo, por mal que esté. Solo un pardillo recién salido de la academia podría pasar un mal momento. Pero, aun así, sabiendo lo que hay en juego, soportaría el mal trago —perdón por el chiste malo.

El cabo Lluís Artigas tenía hecha suficiente mili para mantener la cena en su sitio, pasara lo que pasase. Pero ni así estaba preparado para lo que le esperaba en un descampado de la Zona Franca, aquel jueves de marzo, en plena madrugada.

Escuchó el aviso en la radio del coche patrulla sin inmutarse: tenían un 10-50 en la calle de la Farola, junto al antiguo faro del Llobregat. Sin darse cuenta, la fina línea de sus labios se arqueó

en una mueca amarga. Al principio de ser poli, en otra vida, le había parecido absurdo tener que aprenderse aquel código en el que todo empezaba por 10. ¿10-31? Delito en curso. ¿10-55? Falsa alarma. ¿10-44? Permiso para retirarme. Y así una lista interminable. ¿No era más fácil llamar a las cosas por su nombre, joder?

Le había llevado un tiempo darse cuenta de que, más allá de la justificación oficial para usarlo —representar nombres, lugares, situaciones y frases comunes de manera rápida y estandarizada en las comunicaciones orales—, el sentido real del código no era ese, sino deshumanizar lo que había detrás. ¿O es que acaso no es mejor decir que tienes un 10-50 que una chica de dieciocho años muerta?

Pues eso. Que Dios bendiga el código 10.

Aunque no lo pillaba cerca —los faros *nunca* pillan cerca de nada— decidió pasarse a echar un vistazo. En la muñeca, la manecilla pequeña marcaba el tres y la grande se acercaba al nueve. Le faltaban horas para empezar el turno, pero entre el escenario de un crimen y su apartamento, no había color. Se echó el aliento en la palma de la mano: olía a alcohol, a tabaco y a culpa. Por fortuna, nadie lo obligaría a soplar en un tubito. Entre compañeros estas cosas no se hacen. Hoy por ti y mañana por mí, así es el juego. Sin soltar el volante, rebuscó en la guantera hasta dar con el espray contra la halitosis. Un flis-flis, y a correr. El abnegado cabo Artigas de nuevo a punto para proteger y servir al contribuyente, ¡señor! Da igual la hora. ¡Un buen policía siempre está de servicio!

Un buen policía. Sí, ya. Manda huevos.

Sacó la sirena y la sujetó al techo con la ventosa. Las luces azules empezaron a girar como locas, pero se ahorró el tirorí-tirorá que llevaban asociadas. A esas horas y en el quinto pino, no la necesitaba. Hizo volar el Seat León por la desierta calle 3 hasta la gran rotonda donde esta se encontraba con la A y luego por la Ronda del Port hasta la siguiente, siempre buscando la línea de la costa.

No tardó en dar con la verbena: tres coches estacionados, con las luces encendidas, en el descampado en cuyo final se levantaba el viejo faro. Este era un edificio con más de siglo y medio a cuestas, pero en buen estado, que había formado parte de la vida cotidiana de la ciudad en los años veinte. La gente iba a bañarse y a tomar el sol allí hasta que el nuevo y gigantesco puerto y su Zona Franca asociada lo habían relegado al olvido más absoluto.

Artigas reprimió un recuerdo. De adolescente, había llevado a aquel lugar a más de un ligue. A esa edad, las chicas encontraban superomántica la combinación del cielo estrellado, el rumor de olas y la antigua torre, y se sentían afortunadas de estar con alguien que evitase el rompeolas, que era donde aparcaban, en hilera de procesionaria, todas las parejas salidas.

Que luego hicieran exactamente lo mismo que los demás ya daba igual. El cambio de escenario las hacía sentirse especiales. Y eso, amigo, no fallaba nunca.

Dejó el León con la puerta a medio cerrar y se acercó a ver de qué iba aquello. El recinto del faro estaba protegido por una verja metálica oxidada, pero enseguida detectó un agujero que hubiera podido competir, sin complejos, con el de la capa de ozono. Montando guardia enfrente había un uniformado de la policía portuaria. Un chaval con pinta de recién salido del horno. Se le acercó y le ofreció un Marlboro mientras se presentaba, con tonillo de camaradería:

—Artigas, homicidios. ¿Qué tenemos, compañero?

El muchacho rechazó el pitillo con un ademán enérgico y volvió a maravillarse de lo rápido que habían llegado.

—¡Joder con los de homicidios! He dado el aviso no hará ni un cuarto de hora, y esto ya parece una convención. ¿Qué pasa? ¿Os pone venir al puerto a meneárosla?

Mira por dónde: el cachorrillo levantaba la patita, marcando territorio. Todos los polis son iguales. Al menos, no volvía la cabeza y fingía que no lo había visto. En comparación a lo que ya estaba acostumbrado, resultaba hasta agradable.

Pero no por eso se lo iba a dejar pasar, claro.

—Más o menos —le soltó, encendiéndose uno él—. Pero a mí nunca me ha gustado meneármela solo. Es mucho más divertido

cuando me lo hace tu hermana. Por cierto, que te manda recuerdos. Que tu madre hará paella este domingo. Que no llegues tarde. Que la pobre mujer se agobia cuando se pasa el arroz.

La andanada, de veinte cañones y a bocajarro, desarboló por completo al pipiolo, que se quedó con la boca abierta. Artigas decidió que con eso bastaba y cambió de tema:

—Entonces, ¿me dirás qué hay, o lo reservas para los del CNI?

Lejos de relajarse por dejar de lado a su familia, el novato torció aún más el gesto.

—Una puta carnicería, eso es lo que hay. Nunca pensé que vería algo así. Te lo digo en serio…

Entonces se dio cuenta: con la poca luz reinante no se había percatado de lo pálido que estaba. El hermano decolorado de Nicole Kidman.

—¿Tan malo es? —preguntó, ya sin rastro de sorna en la voz.

—Una puta carnicería. —No pudo reprimir una mueca de disgusto—. Si te la puedes ahorrar, yo no me lo pensaría dos veces. Tus colegas ya están allí. No haces falta. Ojalá yo hubiera podido… —Dejó la frase a medio terminar, asegurándose de mantenerse siempre de espaldas al faro.

Algo —instinto, lucidez de borracho, costumbre— le advirtió que la estaba cagando hasta el cuello mientras metía el cuerpo por el agujero de la valla. Pero lo ignoró. Era su *modus operandi* habitual: ver el precipicio y acelerar en lugar de dar media vuelta. Igual que un miura contra un trapo rojo.

Así le había ido. Pero a esas alturas ya no iba a cambiar.

Se acercó al grupo de cuatro hombres que se interponían entre él y el cuerpo, como una muralla de carne. Ni había llegado el primero, ni le habían dado vela en ese entierro, así que tocaba hacerles la pelota.

Era el protocolo.

—¡Buenas noches, señores! —saludó—. ¿Puedo echar una mano?

No lo habían oído llegar y se volvieron, sorprendidos. Artigas lo vio enseguida. Ninguno tenía el estómago revuelto como el chaval de la valla, pero sus caras eran un poema.

—¡Éramos pocos y parió la abuela! —soltó el más alto del grupo, un tipo en la pendiente hacia la jubilación, mejillas de *bulldog* y muchos más agujeros en el lado izquierdo del cinturón que en el derecho—. Artigas, el de los tres kilos, en persona. ¿Qué coño haces tú aquí? Deben de haberte informado mal, porque no hay nada que trincar.

El cabo lo ignoró y se dirigió a su compañero, veinte años más joven, mal afeitado y en considerable mejor forma física. Se conocían desde la academia.

—¡Hombre, Salva! ¿Todavía continúas aguantando al gilipollas de tu binomio? Yo hace años que habría pedido el traslado a la Urbana si tuviera que cuidarlo todo el día, como a un *tamagotchi*. ¿Es verdad que tienes que abrocharle los zapatos cada mañana porque él ya no alcanza a verse los pies?

—A la mafia rusa es adonde deberías pedir tú el traslado. Con ellos estarías en tu salsa, ¡hijoputa! —se revolvió el panzón al oír aquello.

—¡Mascarell, no le hagas caso, coño! —lo refrenó su compañero—. ¡Siempre embistes a la primera de cambio, hostias! Te va a estallar la vena antes de la jubilación, y entonces la Encarna me echará las culpas a mí. Y tú, Lluís: ¿qué cojones se te ha perdido por aquí? ¿No estás en el Eixample?

No gastaba la mala leche del otro, pero se le notaba la incomodidad a la legua. Artigas ya estaba acostumbrado. Simuló no darse cuenta.

—Pasaba cerca y he oído el aviso. Un crimen es un crimen. ¿Me diréis de una puta vez de qué va esto?

—Ahí la tienes. Sírvete tú mismo… —le dijo Salva, apartándose.

Dio cuatro pasos y la vio. Casi una niña. Dieciocho o diecinueve, a lo sumo. Delgada y con el pelo revuelto y largo hasta el pecho. Ojos rasgados, labios carnosos, pómulos muy marcados y nariz recta y mucho más fina que la mayoría de las negras que había visto.

Una preciosidad… hasta con la mueca de pánico que le crispaba el rostro.

La carnicería empezaba justo por debajo del esternón. La

habían abierto en canal y le habían esparcido los intestinos hasta las rodillas. Las vísceras eran una autopista de hormigas, yendo de un lado a otro, locas con el festín. Con la luz ambarina de la linterna de Salva, la sangría que rodeaba el cadáver solo podía adivinarse. Pero notaba la hierba empapada bajo las suelas de los zapatos y aún era temprano para que fuera de rocío.

Sintió el regusto agrio del whisky subiéndole a la boca, mezclado con el de los ácidos del estómago.

Venciendo la aversión, se puso en cuclillas junto al cuerpo. La muchacha llevaba un vestido negro, corto y escotado y, a su lado, entrevió un sombrero aplastado, del mismo color. El *outfit* lo completaban unas sandalias que pretendían parecer de marca, sin conseguirlo.

Sexi. Pero no tanto como para pensar que se había arreglado para salir a buscar clientes. La niña no hacía la calle.

Se fijó en los brazos y las piernas, erizados de cortes longitudinales. Se los habían hecho con un cuchillo de cazador o una navaja grande, pensó. Y antes de usar las tripas para hacerle unas charreteras. Si no, no habría sangrado tanto.

Algún hijo de puta se había ensañado con la pobre.

—¿Me la prestas, Salva? —Le pidió la linterna.

El otro se la pasó, meneando la cabeza. ¡Qué cuajo tienes, joder!

Artigas paseó el haz de luz sobre el cadáver. Le apartó el pelo de la cara con la punta de los dedos. Le habían cortado las orejas y la habían degollado. Después del trabajito en el vientre, aquello no hacía maldita la falta. Pero empezaba a ser evidente que el asesino había querido hacer algo más que matarla. Se apostaría el sueldo de un mes a que el forense determinaría que todo fue *ante mortem*.

También le habían cortado los dedos de ambas manos, por encima de la primera falange. Volvió a sentir náuseas.

Ojalá no se hubiera tomado los dos últimos Wild Turkey.

Enfocó la hierba a su alrededor. Ni rastro de los fragmentos amputados.

Un reflejo le llamó la atención. Se sacó un pañuelo del bolsillo de la americana para recoger el objeto que lo había provocado, sin

contaminarlo. Era una pulsera de la suerte, de plata y con las figuras de unos ositos de peluche colgando.

Una joya modesta, casi infantil. Chorreando sangre.

—¿Qué es eso? —quiso saber Salva.

Artigas levantó el brazo y lo enfocó con la linterna para enseñárselo.

—¡Joder, menudo yuyu! —exclamó otro agente que no había dicho esta boca es mía hasta entonces—. Le compré una igual a mi sobrina no hará ni un mes. ¿Era de la víctima?

—O eso, o tu sobrina viene aquí a fumarse porros con las amigas…

Se arrepintió mientras se lo soltaba. Aquello estaba fuera de lugar, pero le había invadido una cólera sorda e inexplicable al encontrar aquella joya. Una rabia que le había hecho perder los estribos.

Iba a disculparse, pero el otro no le dio cuartelillo.

—Cada día eres más gilipollas, Artigas —le escupió, antes de que tuviera tiempo de decir nada—. ¡Que te den!

Él se encogió de hombros.

Vale. Pues que te den a ti también…

Dirigió el rayo de luz más allá del cadáver. Las sorpresas no habían terminado.

—¿Qué coño…? ¿Habéis visto eso?

A disgusto, el resto miró hacia donde enfocaba. Lluís paseó la luz por encima de varios objetos: dos velas embutidas en sendos tubos de plástico con imágenes de santos que no reconoció. Un cuchillo de caza manchado de sangre que empezaba a secarse. Un trébol de vidrio de color verde. Varias estampas religiosas. Un par de platos de plástico llenos de semillas. Dos figuras de tiza pintadas de vivos colores: una, de la Virgen y el Niño, y la otra, de un ataúd con una cruz pintada en la tapa. Un par de botellas de ron barato… y los dos elementos más inquietantes del lote: un plato de plástico ensangrentado que contenía la cabeza de un gato con los ojos muy abiertos; y una figura de metal de dos serpientes entrelazadas dentro de un rombo, donde también se veían seis estrellas de diferentes medidas y un Sagrado Corazón, traspasado por una daga.

—¿Qué es toda esta mierda…? —murmuró Mascarell mientras Artigas movía la luz de un objeto a otro.

—Esto no lo ha hecho un novio despechado al que se le ha ido la mano —murmuró el cabo—. Esto va mucho más allá.

Salva lo miró con ojos graves. No había que saber latín para ver que tenía razón.

—¿No llevaba nada? ¿Un monedero? ¿Un bolso?

—A primera vista, no. Pero no hemos buscado a conciencia. Y aquí no se ve una mierda. El juez y los del depósito deben de estar al caer. Y ya sabes cómo se ponen los de la Científica cuando les contaminas un escenario. De hecho, te la estás buscando…

—Que se la pique un pollo, a los de la Científica. *CSI* la echan los lunes, y hoy es jueves. ¿Me ayudáis, sí o no?

Viendo que los otros no se decidían, Salva tuvo que coger el toro por los cuernos:

—Supongo que podemos echar un vistazo, pero con cuidado, ¿vale?

Seguía siendo como lo recordaba de la academia: buen tipo. ¿Cómo había logrado no embrutecerse?

Sin decir nada, los demás sacaron las linternas y empezaron a buscar. Fue Mascarell quien lo encontró.

—¡Aquí! —gritó.

Era un monederito de color rosa y con la imagen de Hello Kitty serigrafiada en ambas caras, sentada entre tulipanes de colores. También ensangrentado. A Artigas se le revolvieron otra vez las tripas.

—Dame —dijo, envolviéndose la mano con el pañuelo.

Salva tuvo que asentir con la cabeza a Mascarell para que el veterano accediera. El cabo sintió un placer mezquino al notar cómo le costaba dárselo.

Lo revolvió hasta dar con el carné de una academia de peluquería y estética con una foto de la chica. Sonreía alegremente a la cámara, luciendo con gracia el mismo sombrero que había visto, segundos antes, aplastado junto al cuerpo.

—Gbemisola Shotade —leyó—. Nigeriana. Había cumplido los diecinueve hace tres semanas.

—¿Ahora les dan un carné para hacer la calle? ¡Esta sí que es nueva! —dijo el agente a quien antes había ofendido.

Artigas lo fulminó con la mirada.

¿Y ahora quién es un puto gilipollas?

El hombre inclinó la cabeza. Vale, empatados a uno.

—Esta niña no hacía la calle. Cuando menos, no aquí, donde no se ve ni un alma. Además, no va vestida para eso. Está claro que la trajeron desde otro lugar.

Salva volvió a asentir.

—Tiene sentido, sí. Pero ya lo dictaminará el forense. Vamos, dejémoslo todo como estaba y no jodamos más la marrana. Y tú, Artigas, vete a casa de una puta vez, ¿quieres? Todavía no sé qué puñetas haces aquí. Y estoy demasiado cansado para dar explicaciones por ti cuando redacte el informe. Ya te has divertido bastante.

Iba a decir algo, pero cambió de idea. Al fin y al cabo, Salva había sido legal. Y ya tenía suficientes enemigos en el cuerpo. Levantó los brazos, en señal de rendición, y se incorporó.

—Vale, tú mandas.

Dio media vuelta y se encaminó hacia el coche. No había dado ni cuatro pasos cuando su viejo compañero de estudios le espetó:

—Y, Artigas… Cambia de marca de espray, ¿vale? No es lo bastante fuerte. O, aún mejor: no vuelvas a presentarte medio borracho en un escenario o te juro que daré parte.

Se giró y le hizo un ademán fatigado. ¿Tanta falta te hacía soltarlo?

Salva le sostuvo la mirada. Sí, *tanta*. Si no, igual caías en el error de creerte que aún somos amigos.

Artigas asintió, resignado, y regresó al coche.

Devolvió la sirena a su sitio, puso la llave en el contacto y dio marcha atrás sin mirar. Un bocinazo indignado lo reprobó, mientras un Toyota Corolla daba un volantazo desesperado, esquivándolo por los pelos.

¡Anda y que te den! ¿Es que no has visto las luces, imbécil?

Condujo, excitado, mientras buscaba un lugar donde hacer un cambio de sentido —estuviera permitido o no—. Continuaba con los ojos llenos de imágenes del brazalete de ositos y el monedero

de Hello Kitty.

¿Quién podía ser tan hijoputa como para hacerle algo así a una niña que ni siquiera había aprendido a disfrazarse de mujer de manera convincente?

Dio un frenazo. Esta vez no sonó ningún claxon, aunque la maniobra lo pedía a gritos.

Salió del coche cagando leches y echó hasta la primera papilla en el arcén. No manchó la tapicería de milagro. Las puntas de los zapatos no tuvieron tanta suerte. Los dejó para tirar.

Se limpió la comisura de los labios con el mismo pañuelo que había usado en la escena con aquel maldito monedero de la gatita blanca y el lacito rosa en la cabeza. Luego, lo tiró a un lado con un gesto de rabia.

Pensó en lo que haría Jubany cuando se enterase del caso. El jefe de homicidios, a quien apodaban *el Cardenal* —no estaba claro si por el apellido compartido con el antiguo obispo de Barcelona o por el rumor de que todos los días los empezaba en misa de ocho—, estaría más preocupado de evitar que la noticia llegase a la prensa que de dar con el responsable.

¿A quién le importaba una puta nigeriana más o menos?

A él, fijo que no.

Lo primordial era seguir dando la imagen de que en Barcelona esas cosas no pasaban.

¿Asesinatos rituales? ¿Chicas torturadas en la mejor tradición de *Seven*?

Ni de coña.

No en la Cataluña del *conseller* Turó. Ni tampoco en la del inspector Jubany, ya puestos.

No. El Cardenal no movería ni un dedo por la pobre niña. Se limitaría a enterrar el expediente. Y, en el caso improbable de que algún periodista tocapelotas quisiera meter las narices en el asunto, le ofrecería un trato a su redactor jefe para que se olvidase de aquella historia truculenta.

Te debo una, Pepe. Cuento con que no sacas nada. ¿Vale?

Vale, vale… Aunque sí, me debes una. Y gorda.

Y a la niña, primero tierra y después olvido.

Pero él ya no podría olvidarse ni del monedero, ni del

brazalete chorreando sangre.

Ni de esa mirada enloquecida de pánico y de dolor.

Me-nu-da-mier-da.

Subió al coche y volvió a ponerlo en marcha. La Zona Franca se estaba cargando con el tráfico de los que empezaban temprano.

Condujo hasta casa, con el sabor agrio del vómito en la boca.

Del vómito, y de algo más.

¡Su puta madre! Debería haberle hecho caso al chaval de la portuaria cuando le aconsejó que no se metiera.?

2

Mònica Vidal se moría de ganas de encender un cigarrillo. Lo había dejado hacía un par de semanas y lo peor del mono debería haber pasado ya. Pero la urgencia de nicotina seguía allí: torturándola como un interrogador de la Gestapo. Necesitaba uno como el respirar. Pero, por lo visto, en aquella redacción el humo estaba peor considerado que la mentira.

Cuando menos, la mentira se toleraba.

Meneó la cabeza. Si su madre, la respetadísima Eva Vidal, hubiese vivido para verlo, se habría tirado de los pelos. Y les habría montado un pollo de narices, ya puesta. ¡Menuda era ella! No se jugaba con Eva Vidal y el tabaco.

Y menos aún con Eva y la verdad.

Por eso había salido en globo de tantas redacciones… Pero el teléfono había sonado siempre, a los pocos días. Y allá que se había ido, hasta conseguir hacerse lo bastante incómoda como para que la acompañaran de nuevo en la salida. Y otra vez a empezar el bucle.

No era fácil ser hija de una factótum. Especialmente de una a quien un cáncer de útero se había llevado demasiado joven y demasiado guapa, minimizando cualquier defecto que hubiera podido tener.

Que los tenía.

Enormes. Descomunales. Monstruosos.

Aunque ella consiguiera que pasasen desapercibidos al lado de sus virtudes.

Eva Vidal. La entrevistadora implacable. La reportera insobornable. La *bulldog* que cuando mordía ya no soltaba jamás su presa. La alumna aventajada que había conseguido superar incluso la leyenda de su abuelo: esa vaca sagrada del periodismo

que había sido Pol Vidal.

Menuda losa para las que les había tocado ir detrás.

¡Mataría por un pitillo!

Levantó la cabeza. A lo mejor, alguna de aquellas abejitas industriosas que pululaban a su alrededor, entrando y saliendo de sus celdas de metal para intercambiar ideas, notas y algún reproche, llevaba tabaco encima. Sí, vale, aunque consiguiera un pitillo, continuaría sin poder fumárselo. Pero ¿y qué si lo encendía? ¿Se abrirían los aspersores, acaso? ¿O aparecería la brigada antitabaco y la sacaría de la casa a manguerazos?

Iba a levantarse, a pedir, cuando oyó a Bertrán llamándola:

—¡Mònica! Perdona que te haya hecho esperar. Ya sabes cómo son las redacciones a estas horas. Pasa, por favor.

La invitó a pasar a su despachito acristalado y cerró la puerta.

Mal presagio. Nunca cerraba si no era malo.

Le indicó la silla que tenía frente al escritorio, rebosante de papeles y otras publicaciones abiertas al azar, y él mismo se sentó en la suya.

Dejó escapar un gran suspiro:

—Me he leído lo que me mandaste… —De repente, dejó la frase en suspenso, echó la espalda atrás y separó el puente imantado de las gafas, dejándolas colgar del cuello por la cinta que unía las patillas.

Si cerrar la puerta no auguraba nada bueno, lo de quitarse las gafas ya lo hacía oficial: estaba jodida. Mònica se preparó para el chaparrón.

—Si vas muy pillada de pasta, puedo tratar de sacarlo en algún momento, en alguna parte. Quizás en el suplemento del sábado, hacia el final. Le debía demasiadas a tu madre como para no hacerlo. Aunque, si me aceptas un consejo…, no lo firmes.

Ella hizo el gesto de hablar. Bertrán la detuvo con la mano:

—Sí, ya sé que lo que no va firmado no se cobra. Lo arreglaré con los de administración. Te lo pagaremos igual.

—¿Tan mal está?

Él le dedicó una mirada incómoda. «¿Qué quieres que te diga?», preguntaban sus ojos sin la coraza que les proporcionaban las gafas para la presbicia.

Mònica sintió cómo se le resquebrajaba la autoestima. Xavier Bertrán había sido uno de los mejores amigos de su madre, desde que le diera clases en la universidad. También el primero en darle trabajo, incluso antes de terminar la carrera. Y luego, ya de igual a igual, un clásico de las cenas en su casa. Lo conocía desde siempre. Lo había visto hacerse mayor: poner kilos en una cintura que durante décadas había sido brevísima y encanecérsele el pelo.

Aquel hombre la quería de verdad, no tenía ninguna duda.

Nunca había sido tan duro con ella.

—No es una mierda, si es eso lo que te preocupa —terminó diciéndole él—. Pero es plano. Aburrido. Más de lo mismo. Está escrito con gracia, y eso lo redime en parte. Ya sabes que siempre te he dicho que eres la Vidal que escribe mejor de la saga. Pero le falta mordiente. Historia. ¿Me dejas que te pregunte una cosa, con sinceridad?

—Claro.

—Si ahora tuvieras una parálisis en las manos que te impidiera volver a escribir, ¿querrías que tu último artículo publicado fuera este?

Mònica no tuvo que pensarlo. ¡Joder, no!

—Pues, entonces, ¿por qué cojones tratas de endosármelo? —Bertrán abrió los brazos en un gesto de lo más explícito.

—¡Hostia, Xavi, hago lo que puedo! —Se escuchó a sí misma disculparse y sintió vergüenza. Pero ya había empezado—. Ya sabes cómo están las cosas, ahí fuera. Y ni siquiera puedo enseñar el carné del periódico para abrirme algunas puertas cuando lo necesito.

—Mònica… No me cuentes tu vida, que es muy triste. Desde que empezó esta puta crisis la mitad de los periodistas de este país han perdido su empleo. ¡La mitad! Solo la construcción está más jodida que la prensa. O eso dicen… Y los medios somos los primeros en fingir que no pasa nada y rebajar la calidad cada día. Pero eso no me vale. Yo sé que eres buena. Lo llevas en la sangre. Por eso me repatea tanto tener que comprarte articulitos de chichinabo. Porque para hacerlo dejo de publicar otros mejores. Y *mucho*. Y si fueras boba, pues todavía… Pero no lo eres. ¡Tienes

que ponerte las pilas, cariño! Y si para conseguirlo tengo que dejar de comprarte estos churros que te marcas sin ninguna clase de pudor, te juro que lo haré.

Se lo había dicho sin levantar los ojos de la mesa. Le dolía más decírselo que a ella escucharlo. Pero así estaban las cosas.

—Es la última moto que te compro. Estás advertida.

En ese momento volvió a mirarla: la viva imagen de un cachorrito abandonado. Se sintió como un auténtico cabrón y eso le hizo dulcificar el tono.

—Oye, dentro de seis meses se jubila Miralles…

—¿Ya? Creía que acababa de cumplir sesenta…

—Sí, pero dice que está hasta los huevos. Que quiere cobrar una pensión mientras todavía quede algo de dinero en caja. Por lo visto, hizo un par de buenas inversiones y se lo puede permitir. Ya sabes: pasar más tiempo con su mujer, viajar un poco. Todo lo que decimos siempre y nunca hacemos.

Mònica afirmó con la cabeza. Incluso su madre había fantaseado con aquello alguna vez. *Il dolce far niente* y esas vainas.

—El caso es que quedará una vacante en la redacción. Tendré que mear sangre para que me autoricen a contratar a alguien, pero si hace falta lo haré. Quiero que ese alguien seas tú, Monis. —Ella sonrió al escuchar cómo usaba el mote que le había puesto de niña. Bertrán fingió no darse cuenta—. Aunque no quiero regalártelo y tener que ser injusto con algún otro. Tienes que ganártelo tú solita. Hay tres candidatos. Y, ahora mismo, vas tercera.

—¿Y se puede saber qué esperas de mí?

Él hizo una mueca de hastío. ¿Vas a obligarme a decírtelo? Empezamos bien.

—¿Que qué espero? Compromiso. Esfuerzo. Dedicación. Curro. Espero historias muy trabajadas. Propias. No hace falta que me destapes otro caso Palau, tampoco es eso. Pero no quiero volver a leer nada más sobre tal cocinero que promete o cual centro de rehabilitación que las pasa canutas para llegar a fin de mes porque no le llega la subvención. Para esas cosas puedo mandar a un becario. O a Miralles, que ya está más allí que aquí. Y, sobre

todo, lo que espero es que no me preguntes cosas como esta, precisamente tú.

¿Por qué *precisamente* yo? ¿Porque soy la hija de la gran Eva Vidal? Mònica sintió unas ganas irreprimibles de gritarle aquellas palabras a la cara.

Pero se contuvo.

En vez de eso, compuso una sonrisa responsable.

—Te prometo que intentaré darte lo que esperas de mí, Xavi. Y gracias por echarme un capote con eso —dijo, señalando el artículo.

—¡Anda y vete a tomar viento a la farola antes de que me arrepienta! Recuerda: fuera de esta redacción soy tu amigo y haré lo que sea por ti. Pero una vez cruces el umbral pienso tratarte igual que al resto.

Y una mierda, igual. Me tratas peor, pensó ella.

Pero tampoco se lo dijo.

Agotada, Mònica hizo girar la llave de la cerradura de su piso: cincuenta metros cuadrados, mondos y lirondos, en un cuarto, sin ascensor, al final de la calle Peu de la Creu. Apenas con los requisitos imprescindibles para considerarse habitable. Una cocina pequeña y mal ventilada, un comedor minúsculo, un lavabo con media bañera y una habitación bastante cuadradita, eso sí. Todo con vistas privilegiadas a un patio de luces compartido con un bar de tapas donde se freían hasta las judías verdes.

Llevaba casi un año allí y todavía se sentía como una extraña. Quizás por eso un tercio de las cajas de la mudanza continuaban precintadas. O puede que fuera al revés, y que las cajas, en lugar del efecto, fueran la causa. En el fondo, daba igual. Aquello no era un apartamento; era un purgatorio donde expiaba su culpa. Y no se le piden lujos al purgatorio.

Si tanto le gustaba su casa de antes, no haberle puesto allí los cuernos a Jon. Así de clarinete.

Se merecía las paredes agrietadas, la moqueta roñosa, las manchas de humedad de los techos y las bombillas que colgaban

de portalámparas desnudos, aquí y allá. Se las había ganado a pulso. Igual que los muebles, que parecían todos sacados de un contenedor. Solo se salvaban los libros. Muchos libros. Amontonados de cualquier manera y también dispuestos en hilera, en el suelo, siguiendo las líneas temblorosas de los tabiques.

El único mobiliario en buen estado estaba en el dormitorio: una cama grande, de hierro forjado, *vintage* y acogedora, y una sencilla burra, donde todo su vestuario colgaba en perchas. Desde las piezas de marca hasta las camisetas de promoción. Y debajo, los zapatos: ordenados en una hilera que ya la hubiese firmado el cuerpo de marines.

Un par de semanas atrás también había ceniceros a rebosar, por todas partes. Pero cuando decidió quitarse, lo primero que hizo fue tirarlos. Hasta el último. Aun así, las habitaciones conservaban un tufillo a tabaco que la ponía de los nervios. Había ventilado a conciencia, pero la impronta del humo era tan difícil de eliminar de la atmósfera como el aroma de un amante habitual de las sábanas. Y siempre se le olvidaba comprar el puto ambientador.

Aquel antro era todo lo que podía pagar sin recurrir a lo que le había dejado Eva en el testamento. Se resistía obstinadamente a tocar ni un céntimo, como si hacerlo implicase aceptar algo más que una herencia. Pero eso no era todo. Se merecía estar allí después de haber jodido lo suyo con Jon. Formaba parte de un complejo proceso de expiación, que alcanzaba la mayoría de las facetas de su vida y que no solo tenía a su ex como deudor.

¡Qué jodida es la culpa!

Dejó el bolso en el suelo, junto a la puerta, y fue directa a echarse en la cama. Por el camino se quitó los zapatos y la chaqueta tejana. La moqueta estaba minada de objetos que había dejado tirados en algún momento y nunca se había preocupado de recoger. La cocina no estaba mucho más limpia, ni ordenada. Pero comer tan poco como ella tenía sus ventajas. No había nada pudriéndose en la basura, ni platos fermentando en el fregadero. Solo una larga hilera de botellas vacías de cerveza y vino blanco, esperando el momento de ir a parar al contenedor verde, cuando

se acordase de bajarlas.

Se dejó caer sobre las sábanas revueltas. Ni recordaba la última vez que se había molestado en hacer la cama.

Sintió unas ganas irreprimibles de llorar.

La sombra de Eva. Siempre proyectándose sobre ella. Oscureciéndole el camino. Poniendo el listón tan alto que parecía imposible de superar.

Mucho menos ella.

¿Cuándo se daría cuenta todo el mundo de que no podía ser su madre? Una mujer tan fuerte que ni siquiera había necesitado un padre para su hija. Y que incluso en su lecho de muerte había continuado animándola a ella a trabajar y a no quedarse junto al trasto inútil al que la había reducido la enfermedad. Tan concienciada del mundo en el que le había tocado vivir que parecía que se sintiera culpable de disfrutar un poco de la vida.

Y que se lo reprochase a ella si lo intentaba.

Pues ¿sabes qué? Eva habría podido meterse la conciencia de clase, el afán de verdad y la soledad independiente por el culo.

Porque ella odiaba la soledad. La aplastaba. No la soportaba.

La ruptura la había dejado herida. Rota. Atrapada en una espiral de la que no sabía salir.

Hubiera preferido mil veces ser ella quien lo hubiera pillado follándose a otra. De ser así, al menos hubiera podido estar cabreada en lugar de triste. La rabia te pone las pilas. Te impulsa. La tristeza, por contra, te chupa la sangre lentamente. Pero, lamentablemente, había sido Jon quien regresó antes de tiempo y se la encontró en la cama, metida en faena con uno de sus compañeros del gimnasio.

Después de eso, no podía reprocharle no haber querido ni escucharla. ¿Qué iba a decirle: «Cariño, esto no es lo que parece»? Porque era precisamente lo que parecía: un polvo salvaje con un gilipollas buenorro. En justicia, había aceptado su condición de no estar allí cuando él regresara de hacer unas fotos en Siria. Y lo había visto marcharse, cerrando suavemente la puerta a su espalda.

Llévate lo que quieras, fue lo último que le dijo, con voz escarchada. Como si quieres vaciar el piso entero. Solo te pido

que cuando vuelva no os encuentre ni a ti ni a la puta cama esa que te empeñaste en comprar. Nada más.

Así habían saltado por los aires los mejores tres años y medio de su vida. Dinamitados por ella misma y su tendencia a acostarse con el primero que pasaba cuando se sentía sola.

¿Cómo le haces entender al tipo que te ama que le has puesto los cuernos solo porque lo echabas demasiado de menos mientras él se jugaba la piel para ganar la pasta que luego tú te gastabas en gilipolleces?

No puedes.

Lo único que te queda es largarte y buscarte un agujero lo bastante hondo y sórdido para merecer a una basura como tú.

Algo así como aquel apartamento.

Debería haberle pegado fuego a la cama ese mismo día, volvió a recriminarse. Con ella dentro, en plan funeral vikingo. Pero la autodestrucción exprés requería demasiado valor. Así que había optado por inmolarse en diferido. Y le había salido bastante bien hasta hoy, cuando el jodido Xavier Bertrán, su amigo del alma, que había sido como un padre —y más que hubiera querido, si Eva no le hubiese parado los pies, con cariño—, había decidido ponerle el espejo frente a la cara y quitarle la red de seguridad.

Quien tiene un amigo tiene un tesoro, ¿no es eso lo que dicen?

Pues ojalá él la quisiera menos, porque sin la pasta que iba sacando del periódico con sus trabajitos de mierda no sabía cómo iba a poder seguir revolcándose en la miseria en paz.

¡Como si ella fuera la única con padrino en aquella mierda de redacción! Podría señalar a media docena de protegidos sin despeinarse. Todo el mundo enchufaba a quien podía, ¡joder! Estaban en España.

Pero, claro, san Xavier Bertrán no jugaba a eso. San Xavier Bertrán no te daba peces. San Xavier Bertrán te obligaba a pescarlos… o te dejaba morirte de hambre.

¡Estaba tan cansada! Ojalá fuera capaz de cerrar los ojos y dormir treinta y seis horas seguidas.

Pero las paredes se le echaban encima. La soledad la zarandeaba por las solapas.

Pensó en Jon. En cómo era tenerlo entre los muslos.

Cabalgarlo. En cuando la cogía por las nalgas con aquellas manazas suyas, la levantaba en volandas y la hacía sentirse como la protagonista de una peli de Erika Lust.

¡Basta! Jon ya no estaba. No estaría nunca más. Por no estar, ni siquiera estaba Sergi, que había resultado que tenía mujer y dos crías y se había esfumado a la primera oportunidad. Lo siento, tía: solo estábamos pasándolo bien. Ya sabes…

Tampoco lo iba a echar de menos. Si de algo había inflación era de tíos como él.

Aunque, ahora mismo, le hacía falta uno.

Se obligó a levantarse y escoger un traje de chaqueta blanco del perchero. No se puso ropa interior. Ni arriba, ni abajo. Y en lugar de blusa o camiseta, adornó el escote generoso que le dejaba aquella prenda, abrochada a la altura del ombligo, con unos cuantos collares largos de bisutería.

Fue a mirarse al espejo del baño.

Estaba guapa, de blanco y con todo aquel oro, aunque fuese de feria, echándole destellos dorados sobre la piel, color oliva. Con el flequillo negro a la altura de las cejas y el resto peinado en una cola de caballo.

Se aplicó un poco de maquillaje en las mejillas y en los párpados y se pintó ligeramente los finos labios, de Bad Habbit. La cara, angulosa, y la nariz, recta y perfecta, no necesitaban más aderezos.

Por la ventana entraron, amortiguadas, las notas de la canción de aquella muchachita canadiense, de ademán ingenuo, que cantaba sin vergüenza:

Hey, I just met you and this is crazy
But here's my number, so call me maybe

Eso, llámame. O mejor aún: vente conmigo ahora mismo.

Se había sentido de esa manera tantas veces. También la tarde en que se le ocurrió invitar a Sergi a tomar una copa en casa, al salir del gimnasio. Jon llevaba semanas fuera y ella no aguantaba estar sola más tiempo. Y, qué cojones: Sergi era un pedazo de hombre. Había pensado demasiadas veces cómo sería

en la cama para dejar pasar la oportunidad.

Ahora ya no tenía remedio.

Sus ojos, nocturnos y vagamente exóticos, buscaron los de la mujer que la observaba desde el otro lado de la superficie lisa del espejo.

¿Quieres follarme? Sí, tú, tío. ¿Quieres? Porque yo estoy que me muero de ganas.

Babearían al verla así vestida. Y si pasaba una hora más sola en aquel apartamento de mierda, se volvería loca.

Apagó la luz del baño, recogió el bolso de donde lo había dejado y cerró la puerta de golpe.

3

A Clara Nadal empezaban a pesarle los años. Continuaba siendo una mujer guapa, sí. Hasta de bandera, como se decía antaño. Pero, al filo de los cincuenta, la naturaleza se empeñaba en gastarle malas pasadas. La piel de los pómulos, antes tan tersa, ahora amenazaba con descolgarse. Las pecas del escote resultaban cada vez más difíciles de disimular y las tetas…, las tetas eran cada vez más sensibles a la primera ley de Newton. Hasta se había visto obligada a cambiar su queridísima melena rubia por un peinado de esos con volumen. De señora. Que no llegan ni a la base del cuello.

¡Pues claro que sí! El pelo largo es para las jovencitas, había querido bromear su peluquero mientras le amputaba la cabellera a tijeretazo limpio. Y ella había tenido la tentación de echar mano de la Walther P99 reglamentaria que cargaba en el bolso y abrirle un tercer agujero en la nariz.

Imbécil.

Menuda historia: la primera mujer en obtener la graduación de inspectora de los Mossos le pega un tiro a un pobre estilista solo por haberla hecho sentirse mayor.

Es que desde el divorcio no me reconozco, señor juez. Compréndame usted, haga el favor. ¿Cómo le sentaría a su señoría que su mujer lo abandonase por un jovencito de veintitrés años que se la cepillaba —disculpe la expresión— mientras usted se dejaba la cornamenta —otra vez mil perdones por el símil— en el juzgado?

Pues eso.

Era un buen argumento, cargado de verdad. Pero, como conocía el sistema, tenía poca fe en la indulgencia de los tribunales para con las locuras transitorias de las

premenopaúsicas. Si el asesino hubiera sido un marido despechado, no te digo yo… Pero como ella era una mujer, el idiota había conservado intacta su disposición facial y se había librado con solo una sonrisa ártica y la íntima promesa de que no volvería a poner otra vez los pies en su mierda de salón.

Y eso que —al César lo que es del César, aunque sea un bocazas— el nuevo peinado le sentaba de maravilla.

Fuera como fuese, el divorcio la había dejado tocada. Le había dedicado demasiado tiempo al trabajo. Todo el necesario para que una mujer pudiera llegar hasta la mesa tras la que ahora se sentaba. Pero le había parecido que a Jaume aquello ya le valía. Que lo que tenían funcionaba. Que estaban bien.

No lo vio venir.

«Echo de menos tener hijos», le había reprochado el muy cínico la noche en que le anunció que la dejaba, con un whisky en la mano. Y a ella se le había puesto cara de idiota.

¿Y yo qué, Jaume? Tú te largas con tu coñito fresco que te dará niños y hará que te sientas veinte años más joven; ¿y a mí qué me queda?

Él la había mirado con rostro de genuina sorpresa.

Pues tu carrera, Clara. ¿Qué si no? Lo que siempre has puesto por delante de todo lo demás. ¡Te auguro un futuro muy brillante en el cuerpo!

Y había salido por la puerta. Sin terminarse la copa, ni darle siquiera la oportunidad de decirle dónde podía meterse sus augurios de mierda.

Clara Nadal no era de las que se venían abajo. Jamás. Pero esa noche se había reconciliado con las lágrimas. Y, desde entonces, aún la sorprendían de vez en cuando, si la pillaban con la guardia baja.

Quizás por eso había cometido la estupidez de liarse con el cabo Lluís Artigas.

Ya antes del divorcio le había echado el ojo en comisaría, no quería mentirse con eso. Un día le oyó comentar a una agente novata que tenían un compañero igualito a Jude Law cuando rodó *Alfie*. Le chocó la comparación y a partir de entonces se fijó.

Resultó que tenía razón: los mismos labios finos, las mismas

entradas precoces, la misma figura esbelta, los mismos ojos de cobalto…

Luego, un par de observaciones dejadas caer aparentemente por casualidad le permitieron enterarse de que el buen cabo tenía más cosas en común con Alfie, además del aspecto. Con que solo fueran ciertas la mitad de las historias que corrían, el tal Artigas tenía que ser un prenda de cuidado. Pero como el tipo iba de frente y no prometía más de lo que ofrecía, la opinión general no le era desfavorable: una sabía a lo que iba cuando se liaba con él. Y casi nadie lo lamentaba luego.

Más de lo que podía decirse de la mayoría.

Oficialmente, por supuesto, las relaciones entre miembros del cuerpo no estaban bien vistas. Extraoficialmente… En fin, cada cual tenía derecho a hacer lo que quisiera fuera de horas de trabajo. La vida de un agente ya era bastante jodida como para, encima, pedirles que fueran castos cual *jedis*. Clara le había echado un vistazo al expediente del cabo y le había parecido un buen poli. El resto era cosa suya y solo suya.

Pero la idea de tomarse una copa con Alfie se había quedado revoloteando en la trastienda de su cerebro, igual que una mariposa lasciva.

Después, Jaume se había largado con aquella secretaria recién salida del instituto y a ella se le había hundido el mundo bajo los pies.

Se lo encontró, por casualidad, en el Frank's del hotel Arts, después de que una amiga de la universidad la hubiese arrastrado a cenar fuera, tras mucho insistir. Estaban tomándose la última cuando lo descubrió, acodado en la barra como si la soledad no lo molestase lo más mínimo.

Clara iba un poco achispada, y ya no había podido quitarle los ojos de encima, mientras simulaba escuchar las memeces de su pobre amiga.

El sosias de Alfie la ponía. Y *mucho*. ¿Para qué continuar negándoselo? ¡Si ya no tenía que serle fiel a nadie!

La ponía tanto que, tras despedirse por fin de aquella sinsustancia, cedió a un impulso y desanduvo el camino desde el parking hasta el Frank's para pedirse una copa de vino blanco,

mientras se sentaba al otro extremo de la barra. Mirándolo descaradamente.

El cabo Artigas había continuado bebiendo, como si nada, sus buenos cinco minutos. Al final, había apurado la copa, meneado la cabeza como admitiendo que no se puede luchar contra uno mismo e ido a sentarse a su lado.

En aquel juego ella era una neófita y él, miembro del Hall of Fame.

Pero Clara se sentía guapa y segura, con el peinado nuevo, el vestido negro que le dejaba la espalda al aire y una pesada cadena de oro blanco embelleciéndole el atrevido escote acabado en V. Se había dejado invitar a otra copa de Monte Blanco, coqueteado con él un rato, fingiendo ignorar quién era, y terminado invitándolo a la última en su casa.

Artigas no se sorprendió. El divorcio de la inspectora era el chismorreo estrella del mes en comisaría. En fin: ella lo había empezado, ¿no?

Pues él lo terminaría.

Clara no tenía ni idea de que se podían hacer esas cosas en la cama. Aunque le sonrojase admitirlo, siempre había sido más bien mojigata. Apenas si había flirteado con un par de compañeros de la universidad antes de comprometerse en firme con Jaume. Y luego había sido la viva imagen de la fidelidad con aquel hombre de luces apagadas y misionero los sábados y fiestas de guardar.

Su Alfie particular le había abierto las puertas de un mundo nuevo. Y ese universo por estrenar le había resultado más estimulante que toda su existencia anterior.

Era casi diez años mayor, pero hubiera podido colgarse de él. Fácilmente. Porque su marido la había abierto en canal cuando había preferido a una Bollycao. Y Artigas —que vestido le daba diez vueltas a Jaume y desnudo, cien— había logrado que volviera a sentirse bella y deseada.

Se habían visto solo un puñado de veces —siempre en casa de ella, para evitar habladurías— cuando estalló el escándalo de los tres kilos de cocaína perdidos. Y el cabo Artigas se había encontrado, de repente, en el ojo del huracán.

Clara se había apartado de él como de un leproso. Sin ni siquiera preguntarle si era culpable.

Prefería no saberlo.

Al contrario de lo que se temía, él no le montó ningún pollo. Ni la amenazó con nada. Cuando le soltó, por teléfono, que lo mejor sería dejar de verse, se limitó a asentir con un murmullo escueto, y si te he visto no me acuerdo. En comisaría, los rumores circulaban más deprisa que los electrones y Clara había vivido las primeras semanas con el temor constante de empezar a oír chismes sobre lo suyo. Pero no hubo ni una palabra, ni una mirada que pudiera malinterpretarse, ni un comentario soltado al vuelo.

El tipo era una tumba.

Paradójicamente, aquella facilidad para poner fin a lo suyo le había dolido un poco. ¿Tan poco había significado para él que podía cortar como si nada? Porque a ella sí le había costado dejarlo. Y solo lo había hecho para preservar lo único que, a esas alturas, todavía conservaba algo de sentido: su carrera. Pero era una mujer inteligente y se había tragado el amor propio, agradeciéndole en silencio tanta discreción.

Hasta esa mañana.

—El cabo Artigas le pide cinco minutos. —La voz de Esperanza, su secretaria, intentaba sonar a disculpa—. Ya le he dicho que tenía la mañana muy llena. Pero insiste…

Clara levantó una ceja. ¿Qué mosca le picaba, después de tantos meses?

—Hazlo pasar, por favor.

Lo encontró muy desmejorado. Avejentado, con las entradas más pronunciadas, bolsas bajo los ojos y esa barba suya, tan dura, ganándole la partida a la maquinilla y proporcionándole una apariencia desaliñada y sospechosa.

Un hombre a punto de ser sobrepasado por sus propios demonios.

—¿Qué se le ofrece, cabo? Me pilla en muy mal momento…

Lluís no se mostró ni molesto ni afectado por aquel trato tan gélido. En realidad, no esperaba ni que lo recibiera. Pero lo había intentado porque creía conocerla y sabía que Clara Nadal era

demasiado blanda para hacerse la dura.

Aquel era su talón de Aquiles; como el de él lo eran las niñas destripadas, con pulseras de ositos y monederos de Hello Kitty.

Se lo explicó. De pe a pa. Sin tapujos ni medias tintas. Quería el caso. Quería ser él quien le pusiera la soga al cuello al hijo de la gran puta que se lo había pasado en grande con aquella pobre chiquilla. Lo necesitaba, habría querido añadir. Pero se contuvo.

—Cabo —protestó ella—. Entre usted y yo: para empezar, no sé ni si habrá caso. Ya sabe cómo funciona Jubany. Estos marrones le provocan alergia. Hará lo que sea para enterrarlo bajo una tonelada de papeleo. Y si, por casualidad, la cosa termina investigándose, ni es competencia mía, ni usted la persona más indicada para encargarse de ello.

—Ya veo. Entonces querría tomarme dos semanas de vacaciones.

—¿Vacaciones? ¿Se cree que me chupo el dedo, cabo? ¿Pretende jugar a Charles Bronson? Y encima, cobrando. Con su… —Iba a decir *historial*, pero se contuvo.

Lluís no despegó los labios. Tenía esa capacidad de decirlo todo con los ojos. De repente, Clara se sintió una miserable. Se había apartado de él sin tan siquiera preguntarle. Dando por hecho que era culpable. Como el resto del departamento. Sin embargo, los del DAI no habían encontrado ni una sola prueba contra él. Na-da-de-na-da. Por eso continuaba de servicio, aunque fueran muy pocos los que le concedían el beneficio de la duda y casi todo el mundo le hiciera el vacío.

Pero lo cierto era que él había sido una tabla de salvación cuando más la necesitaba. No se merecía todo aquel *cabo* por aquí y aquel *me pilla en mal momento* por allá.

Y menos aún la última frase.

—Entiendo… —dijo él, dándose la vuelta para irse.

No le dejó dar dos pasos.

—Lluís… Con los recortes y la que está cayendo no puedo autorizar unas vacaciones por las buenas, sin que cante demasiado. Pero ni yo ni nadie puede prohibirte que te pongas enfermo. Por convenio, pasarán tres días antes de que te reclamemos una baja médica como Dios manda. Puede que un

poco más, si nos lo tomamos con calma. Y la doctora Reguant es muy amiga mía…

Él se volvió para mirarla. A pesar de estar hecho unos zorros, continuaba teniendo algo que se encontraba en muy pocos hombres.

Jodido Alfie del demonio.

Él le devolvió algo parecido a una sonrisa.

—Gracias… En serio.

—No me las des. Si fuera una buena jefa te metería en preventiva antes de que cometieras alguna estupidez. —Hizo una pausa y añadió, con más ternura—: Hay algo que apesta en este asunto, Lluís. Ándate con mucho ojo, o no podré hacer nada por ayudarte.

—Iré con tiento, palabra. —Iba a irse, pero esta vez fue él quien cambió de idea—. Por cierto… Charles Bronson, que en gloria esté, pasó de moda hace veinte años. Ahora, quien lo peta es John Wick. Deberías actualizar tus referentes, inspectora. Si quieres, te hago un PowerPoint.

Y salió, sin más, cerrando la puerta, flojito.

Clara intentó volver a concentrarse en el expediente que estaba leyendo antes de la visita del cabo.

¿John Wick? ¿Quién puñetas es John Wick?

4

Cuando Mònica consiguió despegar un ojo, el otro lado de la cama estaba frío. Pero no toda la noche había sido así. ¿Cómo se llamaba? ¿Jordi? ¿Quim? ¿Marc? Podrían apuntarla con una pistola y no sería capaz de recordarlo. Tenía el pelo claro, una sonrisa agradable y le sudaban las manos. A partir de ahí…

Se incorporó. La cabeza le dolía como si el cráneo fuera un almirez donde alguien le estuviera moliendo el cerebro a conciencia. Y tenía la boca seca como el lecho de un arroyo de los Monegros. Necesitó cerrar los párpados un momento para conseguir que el mundo dejase de dar vueltas a su alrededor.

Siempre se prometía que no volvería a beber tanto. Y siempre se mentía.

Recordaba vagamente la secuencia: ella, sentada en la barra, con tres vasos secos delante y el cuarto a punto de caer. Con el humo del cigarrillo formándole nubes de algodón en los labios. Él se le había acercado después de un buen rato de observarla desde lejos. Pijo, pero sin pasarse. Y enarbolando esa sonrisita de: ¿sabes?, lo pasaremos bien.

—¿Cuatro tequilas para ti sola? —Silbó: *fiit-fiuuu*—. ¿Un día duro?

Había maneras peores de entrarle. Pero tendría que trabajárselo un poquito más. Le echó una mirada de perdonavidas.

—¡Qué novedad! Un tío que sabe contar hasta cuatro sin utilizar los deditos. Alucino. ¿Tu cuidador te da un plátano cada vez que aciertas?

Muchos se habrían dado media vuelta al oír aquello. Pero él encajó el comentario y hasta subió la apuesta. Prometía.

—Por supuesto. Y cuando fallo, una descarga en los huevos.

Es un conductista heterodoxo. Pero soy un ejemplar de primate extraordinariamente aplicado. Si me dejas demostrártelo, verás que me hago querer enseguida.

¡Anda! Si hasta era simpático.

—Mmmmm… No sé yo… Soy bastante antisocial. Y tengo tendencias autodestructivas. ¿No te has dado cuenta? —dijo, señalando los chupitos vacíos.

—Entonces, enhorabuena. Vas por el buen camino. Cada trago de eso mata mil neuronas.

Ella ladeó la cabeza. Vas bien, chaval. Solo un poquito más.

—¡Ah! ¿Sí? Pues mira, estas mil te las dedico —le soltó. Y vació el vaso de un trago. El alcohol le cayó en el estómago como el napalm en la jungla vietnamita.

Joder con José Cuervo. Tenían que dejar de verse así.

—¿Ves lo que has hecho? —respondió él, sin amedrentarse—. Ahora tendré que invitarte a otra para agradecértelo. —Y había levantado la mano para pedir dos más. Luego se había reído. De una manera contagiosa que la había obligado a reírse también a ella. Y se había sentado a su lado.

El resto ya fue sota, caballo y rey. Como de costumbre.

Se levantó, vacilante. En cueros, excepto por los collares que le tintineaban en el cuello. Encontró los pantalones, vueltos del revés, a un lado de la cama. Los recogió, sacudiéndolos. Para dar con la chaqueta tuvo que ir hasta la puerta. Lo primero que había hecho él al entrar en casa fue arrancársela para poder comerle los pezones. Por suerte, los botones no habían saltado. Nunca se había molestado en aprender a coser.

Devolvió el conjunto a la burra, los colgantes al joyero donde guardaba la bisutería y arrastró los pies hasta el baño. El repiqueteo de la orina contra el agua de la taza le pareció tan estrepitoso como el retumbar de las cataratas del Niágara el primer día del deshielo. Llenó un vaso con agua del grifo y se lo bebió de un trago.

Se miró al espejo: pelo revuelto, ojos hinchados, facciones desencajadas.

Parecía la hermana del *Ecce Homo* de Borja.

Pero se lo había pasado bien, joder. Cuando menos, la parte

que recordaba. Jordi-Quim-o-quien-coño-fuera había resultado un acierto. Después de matar unas cuantas neuronas más, habían bailado, habían bebido y se habían sobado de lo lindo. Y cuando por fin lo había invitado a subir, le había echado un par de polvos bastante decentes. En realidad, el segundo casi se le había borrado, pero como el chaval parecía capaz de mantener el nivel le concedía el beneficio de la duda.

No se molestó en comprobar si había dejado su número por alguna parte. Mientras se metían chupitos de tequila, se había fijado en el surco de la alianza en su anular. Era de los que se marchan antes de que te despiertes, sin dejar rastro.

Mejor. Repetir nunca era buena idea con aquella clase de hombres. Demasiado fácil meterse en malos rollos.

Una vez y no más, santo Tomás.

Se metió en la ducha e hizo girar al máximo ambos grifos. El agua salía caliente, pero con muy poca presión, de manera que para conseguir un remojón decente había que invocar toda la posible, que no era demasiada. A pesar de todo, el calor húmedo en la piel la reavivó.

Cuando volvió a colocarse frente al espejo, la cosa había mejorado ligeramente. Ya casi se le habían quitado los ojos de borracha y su larga cabellera nocturna —herencia de la bisabuela *sioux* que había muerto en un bombardeo durante la Guerra Civil — le caía, lisa y brillante, por el lado derecho del cuello.

Se dio un repaso crítico. Había adelgazado mucho y ahora tenía las tetas diminutas, como dos cerezas. Bien puestas, pero minúsculas. Los muslos y el culo también estaban en nada. La buena noticia era que podía ponerse lo que le diera la gana. Cabía en cualquier talla. Recordó a Jon, echado en la cama y contemplándola con devoción, pero pidiéndole que pusiera algún kilito: dos, dos y dos, insistía refiriéndose a los pechos, el vientre y las caderas.

¡Si la viera ahora!

Si la viera ahora, se la traería al pairo. Jon la detestaba, se lo había dejado muy claro la última vez que hablaron.

Meneó la cabeza. No podía continuar pensando en él de ese modo.

De *cualquier* modo, en realidad.

Se puso unas braguitas de encaje, negras, unos Levi's que se le agarraban a la piel como un bebé a una teta y una camiseta azul, muy ceñida y escotada, que le dejaba el ombligo al aire, sin ni un gramo de grasa a la vista. Para rematar el conjunto, unas criollas de plata y tres collares, dos cortos sobre el escote y el tercero, muy largo, del que pendía uno de esos colmillos de marfil falso que parecía que volvían a estar de moda.

Se obligó a sonreír. Volvía a estar guapa. Lástima que ese no fuera el problema.

Bajó al bar de abajo, decidida a forzarse a desayunar algo. Una vez allí, se sintió incapaz de tragar nada que no fuera un café muy cargado y el humo de un pitillo. Y volvió a mentirse, prometiendo que almorzaría como Dios manda.

—¿Tienes tabaco? —le pidió al camarero cuando le puso el expreso.

Él, un hombre grande con nariz de boxeador paquete y sonrisa de cura bondadoso de película americana, le hizo una mueca de reproche.

—Me pediste que no te diera aunque me lo suplicaras.

—Joder, Dídac. ¡Me hace mucha falta!

—Sí, eso también me advertiste que me lo dirías —le respondió, dándose la vuelta para ir a atender a otro cliente.

—¡Te odio!

—Y yo a ti. Pero necesito el euro y medio que te dejas cada mañana en caja para la pensión de mi ex. Así son las cosas…

Mònica tuvo que sonreír. Si en lugar de tener sesenta y siete tuviera treinta y cinco, Dídac sería un pedazo de hombre.

Se terminó el café de un sorbo, dejó dos euros en la barra —tu ex se merece un extra, por haberte aguantado— y salió a la calle encontrándose bastante mejor de lo que habría esperado una hora antes.

Notó un zumbido a la altura de la cadera y buscó el móvil en el bolso. Era un *whatsapp* de Xavier.

Tuvo que leerlo tres veces.

¿Al depósito? ¿Para qué diablos?

El doctor Navarro era el forense más veterano de Barcelona. Y toda una institución entre los del oficio. En edad de jubilarse —de hecho, debería llevar años en casita, pero lo iba prorrogando *sine die*—, continuaba siendo la primera elección de los agentes cuando el caso era de los que exigían algo más que sumar dos y dos. Y como desde la muerte de su esposa no tenía nada mejor que hacer, se mantendría al pie del cañón mientras sus superiores hicieran la vista gorda.

A Mònica le sorprendió descubrir que aquel azote de presuntos asesinos perfectos fuera un hombrecillo que no llegaba al metro sesenta, pulcro y elegante, de manitas infantiles y pajarita al cuello. El doctor salió enseguida a recibirla cuando preguntó por él en recepción y le tendió la mano con una sonrisa cálida, totalmente fuera de lugar en un ambiente fúnebre como ese.

—Usted debe de ser la señorita Vidal, ¿me equivoco? Xavier no le ha hecho justicia cuando me ha dicho lo guapa que era.

Mònica le devolvió el apretón de manos, ligeramente incómoda. Aunque comprendía que los hombres de su generación ya no entrarían nunca en el siglo XXI, continuaba jorobándola que le hablasen igual que si fuera su abuela.

—Le agradezco que me reciba tan pronto, doctor —cambió enseguida de tema—. Pero, si le soy franca, me temo que no sé qué hago aquí. Solo he recibido un mensaje de Xavier diciéndome que viniera a verle cuanto antes.

El forense asintió con la cabeza, invitándola a atravesar las puertas que conducían a las entrañas del edificio.

—Si no le sabe mal, prefiero que no nos oigan mientras hablamos de esto —se justificó, volviendo a ofrecerle aquella sonrisa tan amigable—. Xavi y yo crecimos juntos, ¿sabe? En el barrio de Sants. Y, aunque yo tengo algún añito más que él, de niños éramos como culo y calzoncillo. Después, la vida ya se encargó de separarnos. Pero ambos somos demasiado testarudos para permitir que nos alejase por completo. Cenamos un par de veces al año. Y, cuando sucede algo que creo que puede interesarle, le hago una llamadita de cortesía.

—¿Y quiere decir que ha pasado algo?

—Yo no malgastaría el genérico para referirme a este caso —puntualizó el forense, perdiendo la sonrisa—. Esta madrugada me han traído un cuerpo como no había visto nunca antes. Y llevo cuarenta y dos años haciendo autopsias, oiga. Pero el *modus operandi* del asesino no es lo único inquietante del asunto. La escena del crimen también presentaba peculiaridades de lo más siniestras. Venga, acompáñeme.

La hizo subir por unas escaleras que olían a productos químicos y a algo peor. De repente, Mònica volvió a encontrarse mal. Aquel ambiente aséptico le recordaba demasiado al tiempo que había pasado en el hospital viendo consumirse a Eva.

No llevaba nada bien lo de torear con la muerte.

El forense la guio a lo largo de un pasillo desnudo hasta llegar a una puerta cerrada con llave. Detrás había otro mundo: un despacho que parecía sacado de una fotografía de los sesenta, acogedor de puro caótico. Un espacio construido a medida de su ocupante a base de años y dedicación.

El santuario del doctor Navarro.

—Siéntese, por favor —le pidió, descubriéndole una silla debajo de una montaña de expedientes que dejó en el suelo—. Tiene usted mal aspecto, ¿sabe?

—Tengo un poco de migraña —dijo ella, echando balones fuera.

—Sí, yo también tenía cuando bebía demasiado. —Consiguió decirlo sin que sonara a reproche—. Le ofrecería un Bloody Mary, que es mano de santo para la migraña resacosa. Pero tendrá que conformarse con un poco de esto —dijo, materializando una botella de Soberano y dos vasos de uno de los cajones del escritorio arcaico.

—¿No tendría un pitillo, mejor?

Él la miró con una sonrisa pícara.

—Querida, aunque sea usted un bombón, esto sigue siendo un edificio público. ¿Quiere meterme en un aprieto? —Mientras lo decía, buscó dentro del mismo cajón y sacó un paquete de Winston vacío, que estrujó con la mano—. Lo siento, se me han terminado. ¡Estoy desolado!

Ella hizo un mohín. No era su día.

—No importa. Gracias.

El doctor Navarro vertió un par de dedos de licor en cada vaso y le alargó uno.

—Tómeselo. Insisto. Lo que voy a enseñarle no puede verse con el estómago vacío. Y usted no tiene pinta de llenarlo muy a menudo.

Mònica decidió que sería más fácil tragarse el coñac que discutir con el forense.

Adentro. De un trago.

Asqueroso.

—Muy bueno —mintió.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Pues quiere usted creerse que a mí siempre me ha sabido a pis de murciélago?… Lo que pasa es que, a veces, hace falta.

Él se lo terminó más despacio. Luego, abrió otro cajón y sacó una carpeta que le pasó por encima de la mesa, inundada de papeleo.

—Ya sé que, a ustedes, los jóvenes, les van más las nuevas tecnologías. Pero un servidor es de la vieja escuela. Y, además, según tengo entendido es más fácil rastrear un *e-mail* o una copia ilegal de archivos que contar los folios que faltan de la fotocopiadora.

Mònica tuvo que sonreír. Aquel duendecillo socarrón tenía su punto. En el último instante, el doctor hizo el gesto de retener el dosier.

—No es cosa grata de ver. No diga que no la he avisado.

Mònica hizo un gesto de asentimiento y se lo tomó de las manos. O la requebraba o la trataba como una damisela. Lo que habían tenido que aguantar las mujeres. Y lo que aún seguían soportando.

Abrió la carpeta.

Y volvió a cerrarla enseguida.

—¡Jo-der!

—Yo no lo habría expresado mejor. Y mire que llevo años en esto. Se nota que es usted una literata.

Volvió a abrirla, esta vez con mucho más respeto. No se detuvo más de un par de segundos en cada una de las primeras

seis fotos del expediente, que eran del cuerpo destripado de una chica negra, muy joven. Luego, la cosa cambiaba y el objetivo se centraba en una especie de altar, repleto de objetos insólitos: velas, un cuchillo de caza, estampas. Incluso la cabeza de un gato con los ojos desorbitados…

Fue pasando las imágenes hasta demorarse en una muy curiosa: una figura de metal que representaba dos serpientes entrelazadas dentro de un rombo en el que había también seis estrellas de diferentes medidas y un Sagrado Corazón.

—¿Qué es todo esto, doctor? —dijo, cerrando la carpeta con cuidado de que no se le cayera ninguna fotografía al suelo y se viera obligada a volverlas a ver.

—Las primeras son del cuerpo que entró ayer, de madrugada. Una joven nigeriana, de menos de veinte años. Encontrará los datos en las hojas anexas. Puede quedárselos, son fotocopias. El resto son del escenario donde apareció el cuerpo, un solar de la Zona Franca.

—¿Es habitual esta parafernalia?

—En absoluto. Yo, cuando menos, no había visto cosa parecida en cuarenta años de profesión. Por eso he llamado a Xavi.

Mònica soltó el aire por la nariz. San Xavier Bertrán por fin le enviaba una señal desde el cielo.

—¿Tiene alguna idea de qué va todo esto, doctor?

El hombrecillo suspiró.

—Sin ser ningún experto, y teniendo en cuenta la nacionalidad de la víctima, yo me atrevería a aventurar que se trata de algún tipo de crimen ritual de raíces africanas. Vudú, santería o algo parecido. Aunque ya le digo: hablo de oídas.

Mònica no pudo evitar un escalofrío al escuchar aquella respuesta.

¿Vudú?

¿En Barcelona?

No me jodas.

Apenas volvió a sentir la caricia del sol en la piel y hubo dejado atrás aquella pestilencia hecha de seis partes de muerte y

cuatro de productos químicos, marcó el número directo del despacho de Bertrán.

—Xavi, ¿qué se supone que debo hacer con el tema que me has pasado?

El periodista se demoró unos instantes en responder. Era de esa clase de personas que no saben hablar por teléfono. Siempre lo notaba incómodo cuando lo hacían.

Pero hoy aún más.

—Ante todo, dejemos una cosa clara: yo no te he pasado nada. Solo te he puesto en contacto con un viejo amigo que me ha dicho que podía tener algo bueno. Pero no hablamos de ningún encargo oficial ni nada que se le parezca. ¿Entiendes?

—Entonces…

—Entonces —respondió él, impaciente—, ¿cuántos crímenes rituales como este se cometen al año en Barcelona? ¿Y en cuántos periódicos o cadenas de televisión has visto la noticia? ¡En ninguno! ¿Sabes por qué? Porque oficialmente no ha pasado. Lo he estado buscando y nadie ha sacado nada. ¡Ni un mísero breve! Y nosotros tampoco lo sabríamos si no fuera porque Miquel Navarro y yo somos amigos de toda la vida. ¿No te parece extraño?

—Sí —tuvo que admitir ella—. Mucho.

—Pues ahí lo tienes. Me has preguntado qué se suponía que tenías que hacer. ¿Qué te parecería un reportaje de puta madre?

Ella estaba a punto de colgar cuando volvió a escuchar la voz al otro lado de la línea:

—Monis… Esta puede ser una buena historia. Jodidamente buena. De las que justifican un puesto fijo en una redacción. No la cagues, ¿quieres?

Clic.

Vaya. Enternece que confíen tanto en una.

Empezaba a hacer bueno. Lo suficiente como para poder comer sentada en un banco, al solecito. Entró en una de esas tiendas de alimentos presuntamente sanos que proliferan en cualquier capital moderna y escogió un sándwich vegetal y una

Coca-Cola Zero. Iba a pagar ambas cosas cuando cambió de idea: devolvió el bocadillo a la nevera y se quedó solo con la lata.

¿Quién sería capaz de tragar nada con el recuerdo de esas fotos todavía fresco en la memoria?, se dio como pretexto esta vez.

Mientras se bebía el refresco a sorbitos, intentó decidir cómo proceder.

Xavi no había resistido a ser fiel al recuerdo de Eva una última vez y la había puesto en el buen camino. Pero no podía volver a contar con él, se lo había dejado muy claro. Ella no tenía ningún contacto en los Mossos, ni nada que se le pareciese. Por esa vía tampoco llegaría a ninguna parte.

Echó otro trago. Era adicta a la Coca-Cola. Desde niña. Eva la detestaba. Seguramente por eso a ella le gustaba tanto.

Aquella reflexión la incomodó. Había dejado demasiadas carpetas abiertas con su madre. Carpetas que ya no se cerrarían nunca.

Mierda.

Paseó los ojos a su alrededor, buscando algo que la distrajera de aquellas comidas de tarro que no la llevaban a ninguna parte. En el banco de al lado, una pareja de adolescentes se comía a besos como si les fuera la vida en ello.

Y, posiblemente, así era.

Sintió mucha envidia. De la buena, pero envidia. Y también nostalgia. De ella misma cuando era como ese par y creía que el amor le duraría para siempre. De unos ojos que la mirasen con la misma devoción con la que el chico contemplaba a su novia. Y de adorar ella a alguien con idéntica intensidad.

Se sintió triste. Y sola. Y fracasada.

Cuando quiso echar otro trago, descubrió que la lata estaba vacía. La estrujó y la tiró a una papelera.

Se levantó de un salto. Si algo había aprendido desde que lo había dejado con Jon era que lo último que había que ha-cer cuando empezaba a sentirse así era revolcarse en esos sentimientos. Si caía en la trampa, podía quedarse horas atrapada en un lodazal de autocompasión y melancolía.

No conocía a nadie en la policía, cierto. Pero tenía el número

de una de las mejores africanistas de Barcelona: Alicia Gil. Íntima de su madre, por supuesto.

Incluso con ella en la tumba, continuaba dependiendo de Eva.

No te jode…

5

Quedaba muy poca gente en el cuerpo dispuesta a tomarse un café en público con Lluís Artigas. Un informe redactado con estilo escéptico que reconocía de mala gana no haber encontrado pruebas con las que encausarte no era suficiente para que te considerasen inocente.

Y si no eres inocente solo puedes ser culpable.

El cabo de Antivicio, Claudi Hostalot, era uno de los pocos que no actuaban como si Lluís hubiese contraído el ébola y pudiera contagiárselo con solo estar en el mismo edificio. Cuando lo llamó, no tuvo ningún inconveniente en citarse con él en una cafetería del centro.

Al verlo entrar por la puerta, Hostalot se levantó con los brazos abiertos. Habían sido muy buenos amigos en la academia y, por lo visto, era de los que tenían memoria global y no selectiva.

—¡Lluís! ¡Te veo muy bien, tunante!

El pobre mentía fatal, pero Artigas fingió lo contrario. Un abrazo corto, masculino, y se dejó caer en el sofá que le había reservado su compañero mientras este iba a por dos de esos cafés enormes y carísimos que servían en aquella cadena de importación americana que se había extendido como un virus.

Cuando regresó, Hostalot le puso la bañera de cafeína delante con una sonrisita culpable.

—Sí, ya lo sé, ya lo sé… —claudicó, levantando los brazos—. Pero ya me conoces, tengo *americanitis*. Demasiadas pelis…

Buena táctica, pensó Artigas. Te sacas las vergüenzas antes de que lo hagan los demás y así los dejas sin argumentos. Lástima que el truco no te valga para cuando el tema de conversación son tres kilos de cocaína que no aparecen por

ninguna parte.

Mientras sorbían aquellos cafés dulces, con aroma de vainilla y regusto a canela, intercambiaron unas cuantas frases de cortesía. Artigas sabía que su antiguo compañero ya tenía dos hijos. Pero era incapaz de recordar los sexos y, aún menos, los nombres. Salió del paso con un: *¿y qué tal anda la descendencia?* que sirvió a las mil maravillas.

¿Era la familia lo que lo inmunizaba contra las miasmas de la ciénaga en la que habían escogido chapotear ocho horas al día? Porque no notaba ni rastro de su propio hastío en el ademán de su amigo, mientras remoloneaban para llegar al meollo de la conversación. Si era eso, la había cagado no imitándolo.

Daba igual. Ya era tarde.

Hostalot tardó medio café en considerar que ya habían socializado bastante y fue él mismo quien le preguntó en qué podía ayudarlo. Artigas se lo agradeció. Lo apreciaba sinceramente, pero dos minutos más de charla insustancial y ya no habría sabido qué cara poner.

Se inclinó hacia su amigo. No tenía sentido ir con ambages. No con Claudi.

—¿Te has enterado de lo de la chica muerta en la Zona Franca?

Su compañero levantó las cejas. Así que era eso.

—Algo he oído, sí. Era nigeriana, ¿verdad?

—Era una niña. Diecinueve recién cumplidos. Se encarnizaron con ella. Tú conoces mejor el mundillo. ¿Suelen pasar cosas así?

—Para nada. Entre las putas, las nigerianas comen aparte, eso sí. Pero no de este modo.

—¿Qué es eso de que comen aparte?

—Pues que no son como las rumanas, las albanesas o, incluso, las chinas, que ahora empiezan a estar de moda. A todas esas pobres las traen engañadas de su país y cuando llegan aquí las encierran en un local y son esclavas hasta que revientan. Con los proxenetas siempre encima, controlándolas. Las nigerianas vienen igual de engañadas, pero, una vez han cruzado la frontera, van por libre. Se juntan para compartir piso y hacen la

calle diez o doce horas al día. A su aire. Por supuesto que pagan, y mucho, a sus *mammys*. Pero la *mammy* de una chica que se ofrece en el Raval puede vivir en Valencia o Madrid. O incluso en Nigeria, que ha habido casos. Y las deja campar porque sabe que las potrillas pagarán puntualmente y no se le irán de madre.

Artigas hizo un esfuerzo de procesado de toda esa información tan inusual. Estaba familiarizado con las redes de tráfico de mujeres de China y la Europa del Este, igual que la mayoría del cuerpo. Pero aquello lo pillaba a contrapié. Él asociaba a los nigerianos con la droga. Eran únicos vendiéndoles la moto a pobres diablos y usándolos de mulas a cambio de cuatro perras. O coaccionándolos con amenazas, si el elegido no se tragaba el cuento de hadas que le vendían. Escogían siempre a gente desesperada o a chavales que aún se creían eso de que existía el dinero fácil. Y, a la hora de la verdad, muchos de aquellos ilusos terminaban pudriéndose en la cárcel, vendidos por los mismos que los habían embaucado. Una manera barata y fácil de tener contenta a la policía, que podía colgarse medallas a base de decomisos de droga camino de Europa. Y, ya de paso, quedarse con una buena tajada de lo que interceptaban para hacer negocio.

Menudos hijoputas.

—Siempre había creído que esas chicas eran independientes —reconoció.

Hostalot suspiró y echó otro trago de aquella taza para gigantes.

—A ver… La mayoría atraviesan media África para llegar al Estrecho. Evidentemente, no lo hacen solas. Las llevan unas redes de *transporters* con quienes, sabiéndolo o no, contraen una deuda que puede oscilar entre los treinta y los cincuenta mil dólares, dependiendo de lo cabrón que sea el tipo con quien han ido a dar. Una vez aquí, su principal misión en la vida es saldar la deuda. Ya sea abriéndose de piernas, vaciando bolsos de turistas o lo que haga falta. Y después, claro está, aún tienen que enviar dinero a casa, donde su familia lo espera como el maná para sacar la cabeza del vertedero. Evidentemente, toda esa pasta no se consigue limpiando escaleras o sirviendo hamburguesas en un McDonald's. Las demás putas odian a las

nigerianas. Revientan precios. Un francés te sale por treinta pavos. Y con cincuenta, te la cepillas sin condón.

—Ya, pero si me dices que las atan tan largo, ¿por qué no pierden a la mitad una vez están aquí?

Hostalot hizo un gesto de impotencia.

—Por dos motivos: el principal es la familia. A la mayoría de esas desgraciadas las entregan a las redes de tráfico de mujeres sus propios padres, que piensan que tener una hija en Europa es la forma más rápida de prosperar, y se las trae al pairo la manera como ganen el dinero. Cuando están aquí, la *mammy* se encarga de recordarles que, si no cotizan, las represalias serán contra los que se quedaron. Y créeme: no amenazan en vano. Cuando sabes que le cortarán la cabeza a tu madre si no te retratas cada fin de mes, haces lo que sea…

—Ya veo. ¿Y el otro?

—¿El otro qué?

—Motivo. El otro motivo.

—¡Ah! Eso es aún más pintoresco. ¿Cómo te lo diría…? Les hacen vudú.

—¿Vudú? ¡No jodas!

—Sí, ya sé que parece imposible. Pero es así. Antes de salir del país, un brujo las somete a un ritual. Les dicen que es para asegurarse un viaje rápido y seguro. La mayoría de las chicas llegan aquí muertas de miedo por culpa del *bokor* que las ha maldecido.

Artigas recordó el altar que había visto junto al cadáver.

—¿Y funciona?

—Si crees en ello, como un cañón. Mira, te pondré un ejemplo: ¿recuerdas cuando hubo todo aquel jaleo en el Raval por culpa de las nigerianas que se dedicaban a robar a los turistas? Los de arriba se pusieron de los nervios porque daban mala imagen a nivel internacional, y nos tocó hacer unas cuantas redadas. En una de las primeras, pillé a una que me miraba desde un portal como si todo aquello no fuera con ella. Cuando le puse la mano encima, se quedó de piedra. ¡No se lo podía creer! ¿Sabes por qué? Porque antes de salir de Nigeria un brujo le había hecho unos cortes en el cuerpo y se los había espolvoreado con una ceniza

mágica para hacerla transparente a ojos de la policía europea. ¡La pobre ingenua estaba convencida de que yo también tenía que ser un brujo muy poderoso si había podido verla, protegida como estaba! Sería cómico, si no fuera tan terrible.

Hostalot se terminó el café y echó un vistazo al reloj.

—Lo único bueno del sistema, si es que puede decirse así, es que a las que consiguen saldar la deuda las dejan en paz. Más de una vez, entre las pertenencias de alguna, hemos encontrado recibos de los pagos que estaban efectuando. O sea, que tienen una posibilidad. Claro que cuando aún están en casa les prometen que solo tendrán que ir con hombres unos pocos meses, para salir del paso, y una vez aquí, a treinta pavos la mamada y teniendo que enviar buena parte de lo que sacan a casa, ya te puedes imaginar que la mayoría no lo consiguen. Eso sí, antes se mueren de sida en un callejón que vuelven con las manos vacías. Eso sería mucho peor que la muerte. Nunca lo hacen.

Lluís le echó una ojeada al reloj e hizo un ademán inequívoco. Ambos hombres se levantaron. La charla había terminado. Hostalot volvió a tenderle la mano.

—Me ha alegrado mucho verte, Lluís. Deberíamos repetirlo más a menudo.

—¿En serio? Me parece que no es precisamente lo que te conviene —respondió Artigas, torciendo la boca—. No necesito contarte cómo están las cosas…

Por primera vez, Hostalot dejó de lado la sonrisa amistosa que había esgrimido durante toda la conversación.

—Amigo, si pensara que eres culpable no te habría cogido el teléfono. El Lluís Artigas que fue conmigo a la academia, el que me ayudó a aprobar más de una asignatura y el que tuvo el detalle de dejarme el campo libre con la mujer que ahora es la madre de mis hijos, nunca haría algo así. Los dos sabemos lo jodido que es este trabajo. Te ha tocado a ti y no sabes cuánto lo siento. Si mantienes la cabeza alta y esperas a que pase la tormenta, el sol volverá a salir. Y ya no tardará demasiado, estoy seguro.

Volvió a abrazarlo.

—Escucha, Lluís… Ya sé que eres mayorcito y sabes cuidarte

solo. Pero no me quedaría tranquilo si no te lo dijera: ándate con pies de plomo, ¿me oyes? Estos nigerianos son muy mal ganado. *Mucho*. Más peligrosos que un mono con una ametralladora. Y no por los muñecos vudú y todas esas milongas. Eso son gilipolleces, pero un palmo de acero entre las costillas no lo es. Y les cuesta muy poco metértelo, créeme. Tócales los cojones y te irán a la yugular. Como casi siempre se sacan los hígados entre ellos, parece que no pase nada. Pero pasa, vaya si pasa. Por mucho que el Cardenal y otros se esfuercen en gritar a los cuatro vientos lo contrario. Yo lo veo todos los días. ¿Comprendes dónde te metes, amigo?

Por primera vez, Lluís reconoció un atisbo de su propio hastío en el fondo de la mirada de su antiguo compañero. Al final, resultaba que no era tan inmune. Solo sabía llevarlo mejor.

—Ya me conoces —le respondió, forzando una sonrisa por primera vez—. Casi nunca sé lo que me hago. Pero casi siempre termino cayendo de pie. Viene de serie, con los Artigas.

Hostalot tuvo que reírse.

—Fingiré que me lo creo —terminó cediendo—. Aunque te repito que tengas cuidado: no estás en situación de hacer más amigos. Oye, le pregunto a Mariona qué día nos va bien y te llamo para que vengas a cenar a casa, ¿te parece? Comeremos, nos reiremos y Mariona intentará domesticarte una vez más, ¿vale?

Lluís asintió. Los dos sabían que Mariona aún no le había perdonado que lo hubiera dejado de mala manera con Elvira, su jefa en la aseguradora, a quien le había presentado en una de aquellas cenas. Era *persona non grata* en su casa desde entonces. Pero lo habían pasado bien juntos en otra vida, y a Claudi le gustaba engañarse, fingiendo que todavía podían volver a hacerlo.

—Claro. Cuando quieras. Dales besos a todos de mi parte.

Lo vio alejarse, andando deprisa para volver junto a los suyos cuanto antes.

Sacudió la cabeza. Pobre. Creía que lo tenía todo. No era consciente de lo cerca que estaba de poder acabar como él. Apenas los separaba un traspiés.

La academia de estética Míriam Vasco ocupaba la planta baja de un edificio antiguo del barrio de Gracia. Muy lejos de donde había aparecido el cuerpo. Artigas no había podido quedarse con el carné que había encontrado en la cartera de la víctima, pero había retenido los datos de memoria sin dificultad. Un don de lo más útil en su trabajo. Era un negocio pequeño, aunque bien puesto. Uno de esos lugares donde una adolescente que no quisiera perder el tiempo estudiando y buscase una manera de ganarse la vida podía tener la sensación de que estaba haciendo las cosas bien.

Artigas entró y preguntó por la propietaria a la recepcionista, una chica mona, con un punto de ordinariez, que no había tenido ni la paciencia de cursar uno de los cursos que se impartían allí y había preferido conformarse con el sueldo mínimo, recibiendo clientes y atendiendo llamadas. El *look*, eso sí, corría por cuenta de la casa. Iba pintada y repeinada para recoger la banda de Miss Mercadona 2018. A pesar de la falta manifiesta de sofisticación, resultaba aparente. Y se notaba que estaba encantada de conocerse.

Míriam Vasco era harina de otro costal. Treinta recién cumplidos, cara de luna llena, ojos claros y labios de melocotón. Una belleza poco llamativa, nada artificial, que se veía potenciada por una sonrisa de dientes mejor alineados que una compañía de marines. Y, de guinda, una de esas voces salidas de un tarro de miel. La nuera perfecta, vamos.

—¡No me diga que quiere apuntarse a uno de nuestros cursos! Están todos completos, aunque siempre podríamos hacerle un hueco a un alumno como usted. —Le sonrió, ofreciéndole la mano. Tenía un apretón firme, franco, que hizo que a Artigas le entrase con buen pie. Ojalá no estuviera envuelta en aquel asunto.

—Me temo que he venido por un tema oficial —le contestó él, enseñándole la placa.

La sonrisa de Míriam Vasco se hizo menos luminosa, pero sin abandonar su rostro. Le gustó. Quienes tienen algo que ocultar casi nunca consiguen ponerle buena cara a la policía cuando llama a la puerta sin avisar.

—¡No me asuste, agente! ¿Nos falta algún permiso? ¿He olvidado pagar algún impuesto?

—Ojalá. ¿Le suena el nombre de Gbemisola Shotade?

Míriam puso cara de ignorancia.

—Me parece que el señor se refiere a Anna —la rescató Miss Mercadona desde detrás del mostrador—. Yo misma rellené su ficha y creo que se llamaba así de verdad.

—¡Ah! Si es Anna, entonces por supuesto que sé quién es. Una niña encantadora. Y una de las mejores alumnas que he tenido. Con unas ganas de aprender y de hacerlo bien que ya las quisieran muchas. Espero que no haya ningún problema de papeles…

—Por desgracia no es nada de eso. Lamento tener que decírselo de este modo: Anna ha fallecido.

Las caras de consternación de la esteticista y su empleada fueron de las que no se fingen. O estaban muy afectadas con la noticia, o aquello era la sucursal catalana del Actors Studio.

—¿Qué dice? ¡No puede ser! ¿Anna, muerta? ¡Si estuvo aquí no hace ni una semana! ¿Cómo ha sucedido? —Míriam tenía los ojos encharcados.

—Lo siento, es secreto de sumario —mintió. No necesitaba conocer los detalles y él estaba allí para obtener respuestas, no para darlas—. Nos ayudaría mucho saber más cosas de ella. ¿La había notado preocupada o nerviosa, últimamente?

—En absoluto. Anna es… era una niña muy dulce. No tenía mucho contacto con las demás chicas, pero siempre sonreía. Ya le he dicho que era la alumna perfecta. Se notaba que le hacía auténtica ilusión aprender el oficio.

—Ya veo. Entonces, ¿no tenía amigas aquí? ¿Y fuera? ¿Alguien que viniese a buscarla o la acompañara al llegar?

Míriam lo meditó un instante antes de responder.

—Que yo recuerde, no. ¿Tú la habías visto con alguien, Raquel?

—Con otras chicas no —se apresuró a responder la *vedette*, con ganas obvias de ser útil—. Pero a menudo venía a recogerla un hombre.

¡Bingo!

—¿Su novio?

—Yo no lo llamaría novio. Es más mayor que usted. —Lo dijo sin mala intención, aunque sonó como si Lluís le pareciera una criatura jurásica—. No pegaban ni con cola. Anna era monísima y él tenía una pinta de merluzo que echaba p'atrás. Pero si se refiere a si estaban juntos, yo juraría que sí.

—Y no sabrás el nombre del tal Matusalén, ¿verdad, guapa?

Procuró que el *guapa* llevara, implícito, un *boba*. La *miss wannabe* no dio muestras de pillarlo.

—No sé su nombre, pero trabaja en la carnicería que hay dos calles más abajo. Sabes dónde digo, ¿verdad, Míriam? Al lado del videoclub que cerró… Lo he visto dentro muchas veces cuando voy a comer donde Adolf.

—Se refiere a la carnicería Ibáñez —añadió la propietaria, que sí había detectado la mala leche en la pregunta y eso le había devuelto los colores a su cara de luna de agosto—. Dos calles por debajo, paralela a esta. Ni a cinco minutos.

Lluís se lo agradeció con una inclinación de cabeza.

Ya tenía un hilo del que tirar.

Míriam Vasco no había exagerado: plantarse en la carnicería Ibáñez le llevó cuatro minutos de reloj. A diferencia de la academia de estética, aquel era un negocio rancio, con toda la pinta de haber pasado de padres a hijos durante generaciones, sin que nadie se hubiera preocupado de hacerle un mísero lavado de cara. Uno de esos comercios de barrio con escaparate de madera, letrero de ABIERTO/CERRADO colgando de la puerta, mostrador de mármol amarillento y azulejos anticuados en las paredes que sobreviven gracias a una clientela incluso más obsoleta que ellos mismos. Si no hubiera estallado la burbuja inmobiliaria ya habría sido pasto de algún promotor para edificar sobre sus vetustos cimientos.

Cuando abrió la puerta, sonó una campanilla que lo devolvió de un plumazo a la niñez. A cuando su madre le confiaba veinte duritos y lo enviaba a comprar cualquier cosa a un establecimiento idéntico a ese. De la trastienda salió un hombre

posiblemente cinco años más joven que él, aunque aparentase cinco más. Artigas tuvo que admitir que Miss Mercadona la había clavado con la descripción: delgado pero barrigón; camisa blanca y pasada de moda, abrochada hasta el cuello; ojeras del tamaño de bolsas del súper… Una pinta de merluzo que echaba p'atrás.

La clase de hombre que tenía que pasar por caja si quería estar en la misma habitación que un pastelito de chocolate como Anna.

—Usted dirá —saludó el carnicero, enjugándose las manos en un delantal que heredó de su padre, a la vez que el negocio.

—¿El señor Ibáñez?

—Yo mismo, sí.

—Soy el cabo Artigas, de los Mossos d'Esquadra. —Los rasgos de aquel hombre se derrumbaron igual que un castillo de naipes al oír la palabra «mossos»—. ¿Conoce a Gbemisola Shotade?

—¿Gbemisola cómo? —Pronunció el nombre esperando que no fuese quien creía, pero sabiendo que no tendría tanta suerte.

—También se hace llamar Anna.

El pequeño intervalo para la esperanza se disipó con aquel alias.

—¡Dios mío! ¡Dígame que no le ha sucedido nada!

—Lo siento… La señorita Shotade ha fallecido. —Nunca aprendería a dar noticias de esa índole. ¿Podía aprenderse, en realidad?

El carnicero necesitó agarrarse al mostrador para no derrumbarse. La viva imagen de la desolación.

Adiós a la solución fácil del crimen pasional. Hay cosas que no se pueden fingir.

—¿Qué…? ¡Es imposible! ¿Seguro que no se equivocan de persona?

—No puedo darle detalles, porque el caso está bajo secreto de sumario —otra vez aquel recurso trillado—. Aunque trabajamos con la hipótesis de que no fue un accidente. ¿Tiene usted idea de quién podía tener algo contra ella?

—¿Contra Anna? ¡Si era un ángel caído del cielo! ¿Quién querría hacerle daño a alguien tan maravilloso? ¿Quién?

Continuaba aferrado al mostrador, igual que un náufrago a

los restos del barco que acaba de irse a pique. Casi lamentó tener que presionarlo en un momento semejante. Pero si algo no le sobraba era tiempo.

—¿Puedo preguntarle qué tipo de relación le unía a la señorita Shotade?

Ibáñez lo miró con recelo.

—Era mi prometida. Íbamos a casarnos en mayo, cuando ella aprobase el curso en la academia de estética.

—¿Cómo se conocieron?

—No creo que eso sea asun…

—Señor Ibáñez, si no le importa, seré yo quien decida qué me incumbe y qué no. Le aseguro que no he venido aquí a juzgar nadie. Solo quiero encontrar a los culpables y hacerles pagar por su crimen.

Jadeando como un alpinista en pleno ataque a la cumbre, el carnicero consiguió salir de atrás del mostrador para ir hasta la puerta y colgar el cartel de CERRADO. Luego, le hizo una señal para que lo siguiera.

Como era norma en aquel tipo de establecimientos antiguos, la vivienda de los propietarios empezaba donde terminaba la tienda. Lo condujo por un pasillo oscuro y tan ramplón como todo lo demás que desembocaba en el comedor de la casa. Ninguna sorpresa: muebles anticuados, de madera oscura y maciza, decorados con volutas y espirales; sillas altas con respaldos de tapicería gastada; bodegones torpes y escenas de cacerías anacrónicas colgadas en las paredes forradas con papel pintado. Y hasta una santa cena de plata maciza sobre el aparador que acaparaba una de las paredes. Solo le faltaba el tufo a col saliendo de la cocina. Seguramente, porque Ibáñez aún no había puesto la olla en el fuego.

El carnicero sacó una botella de coñac de un armarito y se sirvió una dosis más que generosa.

—¿Quiere?

Para mantener la fachada de profesionalidad, Artigas debería haberle soltado eso de: *No, gracias. Estoy de servicio*. Pero era tarde y el cuerpo empezaba a pedírselo a gritos. Hizo un ademán de asentimiento y el otro no escatimó el licor.

Vaciaron las copas en silencio, esperando a que el hombre reuniera el valor para contarle lo que ya sabía.

Había conocido a Anna en el Raval, una noche que la soledad se le había hecho más insoportable que de costumbre. Con ella la experiencia había sido muy distinta a la de sus asépticas transacciones previas. Las otras chicas eran…, ¿sabe a qué me refiero? Profesionales. Robots. Lluís lo animó a proseguir. Lo entendía. ¡En cambio, Anna lo había tratado con tanta delicadeza! Se había enamorado esa misma noche. Y tras repetir varias veces, a tanto el encuentro, se había atrevido a proponérselo: dejar todo aquello. Irse a vivir con él. La carnicería daba más de lo que aparentaba. Podía ponerle un negocio. Una peluquería, o lo que quisiera. Y, para demostrarle que no pretendía comprarla, si una vez abierto ella todavía lo quería podrían hacer las cosas como Dios mandaba. Casarse. Tener niños que tuvieran la piel café con leche y los ojos oscuros de su madre y lo menos posible de él.

—¿Y aceptó? —preguntó Lluís, sorprendido después de lo que le había contado Hostalot.

—Le costó un poco, claro. —Ibáñez no se ofendió. Tenía asumido que incluso un trato tan ventajoso había que sopesarlo con cuidado si llevaba implícito tener que pasar el resto de la vida a su lado—. Luego, hace un par de meses me dijo que sí. ¡Tendría que haberla visto! Feliz como una niña con zapatos nuevos. Se había matriculado en la academia y ya habíamos encontrado un local en el barrio donde abrir su propio salón. Hasta teníamos las obras apalabradas. Estaba tan entusiasmada que incluso había empezado a quedarse a dormir aquí alguna noche. Todo era perfecto, hasta hace un par de días, que no fue a clase y ya no contestó al móvil. Estaba seguro de que tenía que haberle pasado algo muy malo para que se comportara de ese modo…

El pobre diablo tenía los ojos húmedos y le temblaba la voz. Estaba a un pellizco del colapso. Lluís no quería estar allí cuando sucediera.

—¿Sabe dónde vivía? ¿Y con quién?

—En un pisito del Raval. —Le dio la dirección—. Con otra

chica que había llegado con ella desde Nigeria: Gloria. Eran muy amigas.

Otro hilo del que tirar. Progresaba adecuadamente.

—Muy bien. Le haré una visita. Creo que por ahora no es necesario molestarlo más. Le dejo mi tarjeta, por si recordara cualquier cosa, lo que sea.

El carnicero se la aceptó. Le temblaban las manos. Dos casetas de adobe en mitad de un terremoto.

—El cuerpo… Quiero decir… ¿Podría verla? Arreglar el entierro…

Lluís recordó el destrozo que había tenido que presenciar la noche anterior. Pensó en advertirlo, pero se arrepintió enseguida. Que otro se comiera aquel marrón. Le dio la dirección del depósito.

—Aunque, sin ser pariente, no le garantizo que le dejen verla —lo advirtió, para evitarle el mal trago.

—No se preocupe. Gracias.

Lo acompañó de regreso a la tienda a través de aquel pasillo que parecía un túnel del tiempo y, justo antes de abrirle la puerta, lo miró directamente a los ojos.

—Lo encontrará, ¿verdad? Anna era un ángel. *Mi* ángel. Quien haya sido se merece arder en el infierno.

¿Era *tu* ángel y ni siquiera sabías su nombre auténtico? Lluís se mordió la lengua. No juzgues. No estás en condición de hacerlo. Además, aquella frase, pronunciada con un poso de rabia genuina, había sido la primera muestra que le daba el hombrecillo de que también tenía sangre en las venas.

Nunca había sido de hacer promesas que no sabía si podría cumplir.

Pero el infeliz la necesitaba.

—Y arderá —dijo—. Se lo prometo.

6

Alicia Gil se tomó su tiempo para examinar las fotografías que le había llevado Mònica. La africanista estaba en algún punto indeterminado entre el final de la edad madura y los primeros estadios de la vejez. El pelo, teñido de rojo chillón, y un ligero sobrepeso que la favorecía ayudaban, sin embargo, a crear una ilusión de juventud a su alrededor. Y también la ropa estridente, que realzaba un escote exuberante en el que tintineaban varios collares étnicos de madera en una batalla incruenta.

Una abuela jamás se vestiría así.

Ni tampoco tendría un salón como el que las acogía: caótico, con demasiado polvo en los rincones y repleto de objetos meridionales, del todo fuera de lugar en un elegante piso antiguo del Eixample. Máscaras con muecas inquietantes, amuletos tallados en caparazones de frutos ignotos en Europa, pequeños objetos ornamentales de colorines hechos de madera o barro, lanzas y porras de ébano. Un pedacito del continente al que aquella mujer había consagrado la vida trasplantado al corazón de su casa.

Lo mejor de ambos mundos. O, por lo menos, la mejor manera que ella había encontrado para que convivieran.

La periodista observaba en silencio mientras su anfitriona revisaba con atención obsesiva cada una de las fotos, antes de dejar una sobre la mesa y pasar a la siguiente. Como si pretendiera memorizar hasta el último de los detalles macabros. Frente a ambas, sendas tazas de Rooibos se enfriaban sin que ninguna las hubiera probado siquiera. Mònica había aceptado el té por cortesía. Lo que de verdad necesitaba era un cigarrillo. Por lo que respectaba a la africanista, estaba demasiado fascinada por el contenido de aquellas imágenes como para cambiarlas por

una humilde infusión. La inspección se alargó casi media hora. Por fin, tras dejar la última foto en la cima del perfecto montoncito que había formado con el resto, levantó los ojos e inquirió con una sonrisa cortés.

—¿Estás segura de que han sido tomadas en Barcelona?

—Totalmente. No puedo contarle nada más para proteger la fuente que me las ha confiado, pero lo sé al ciento por ciento.

La profesora se encogió de hombros.

—Pues lo que yo puedo decirte al ciento por ciento es que todo lo que hay aquí forma parte de un ritual vudú. Magia negra, y de la más siniestra que existe. *Macumba*.

Impostó una voz teatral para pronunciar la última palabra.

A pesar de que la afirmación no la cogió por sorpresa, a Mònica todavía le costaba darle crédito. La vieja amiga de su madre meneó la cabeza dedicándole una sonrisa con regusto paternalista.

—No sé de qué te sorprendes tanto, Mònica. ¡Da igual en qué siglo estemos! Siempre habrá un momento en que la tecnología nos fallará, las circunstancias nos superarán o, simplemente, desearemos algo que no podremos tener. En esos casos, es inherente al ser humano levantar los ojos al cielo y pedir la ayuda de cualquiera que esté dispuesto a brindársela. El resto es solo una cuestión de precio. Algunas religiones se contentan con una simple plegaria. Otras, reclaman una donación. Y las más rigurosas exigen un sacrificio. Pero este pensamiento mágico, el que nos hace pedir ayuda al cielo, o al infierno, lo continuamos llevando inserido en el ADN, por muchos ordenadores que tengamos, internets que inventemos y satélites que pongamos en órbita.

—¡Mujer! ¡No me dirá que lo que se ve en las fotos es un síntoma de civilización!

—De civilización, totalmente. Si hablamos de modernidad o de progreso…, ahí ya podríamos embarrarnos. Pero solo una civilización bastante avanzada es capaz de perfilar un ritual tan complejo como el que me has mostrado para invocar a sus dioses.

¡Eso: perdámonos en tecnicismos! Son precisamente lo que pide a gritos el reportaje…

Decidió cambiar de táctica.

—¿Qué puede contarme de lo que ha visto en las fotos?

Alicia interpretó aquella retirada como una victoria y decidió que podía ser generosa con la rival vencida.

—La mayoría de las prostitutas nigerianas que pululan por las Ramblas y el Raval proceden del mismo sitio —empezó—: Benin City, en el estado de Edo. No sé si sabes que el sur de Nigeria es fervorosamente creyente. Eso sí, a su manera, como Frank Sinatra. El evangelismo cristiano se mezcla allí de forma fascinante con las antiguas religiones animistas de la zona. Y, por lo tanto, con el vudú. De hecho, Edo es la cuna del vudú, y sus prácticas impregnan incluso los aspectos más cotidianos de la vida. Por lógica, un acontecimiento del calibre de enviar una hija a miles de kilómetros para que prospere el resto de la familia debe estar sujeto a algún tipo de ritual. Y no uno menor.

—A ver si lo entiendo: ¿me está diciendo que creen en los curas y en los brujos, todo a la vez?

La africanista asintió con entusiasmo.

—¡Exacto! Creen a pies juntillas en los curas y a pies juntillas en los brujos. La diferencia es que los brujos, además, les dan mucho miedo. Existen diferentes rituales, pero uno de los más extendidos es el que le proporciona al brujo negro, el *bokor*, el control de la chica en cualquier lugar del mundo donde esté, gracias a poseer una muestra de pelo púbico, unas gotas de sangre o una simple uña. Básicamente, el *bokor* las convence de que les ha extraído el alma del cuerpo y no se la devolverá hasta que ellas hayan saldado la deuda contraída con los traficantes que las traen aquí. Es lo que se conoce como *yuyu*, y esas mujeres están convencidas de que el poder del *bokor* puede llegar a matarlas allí donde estén si lo desafían.

Mònica asintió. Ella, como todo el mundo, había usado más de una vez la expresión «qué yuyu». Aunque jamás había imaginado que tuviera una raíz tan siniestra.

—Pero, si las controlan desde su país de origen, ¿por qué ha aparecido este cuerpo en Barcelona?

Alicia Gil inspiró profundamente.

—Es solo una especulación, ¿vale? Pero yo diría que esto es un

recordatorio. Un aviso para navegantes. No sé…, quizás la chica creyó que podría escapar del poder del *bokor* y esta es su manera de demostrarle a ella, y fundamentalmente a las demás, lo que les espera si osan desafiar al *yuyu*.

Un escarmiento, claro. Por eso se habían ensañado tanto con la pobre chica.

—¿Puede darme algún otro detalle? Lo que sea…

—No conozco las prácticas vudú en profundidad. Son muy variadas y muy complejas. La cabeza del gato es, evidentemente, el precio en sangre que exige el rito. Y este símbolo de aquí —señaló la figura de metal que representaba dos serpientes entrelazadas dentro de un rombo, en el cual había también seis estrellas de diferentes medidas y un Sagrado Corazón— es el *vevé* del *loa* a quien se ha consagrado la ceremonia: Damballah.

La periodista puso cara de niña perdida en mitad de un bosque espeso.

—El *vevé* es un símbolo que sirve de representación del *loa* en un ritual vudú —se apresuró a explicarse Alicia—. Y los *loa* son los espíritus que actúan como intermediarios entre los hombres y *Bondye*, el regente del mundo sobrenatural. Imagínalos como un equivalente a los ángeles del cristianismo, pero con la diferencia que a los *loa* hay que servirlos. Para simplificar: el *vevé* se usa para conseguir que el *loa* baje a la tierra y participe en la ceremonia. Por eso, los sacrificios y ofrendas se colocan generalmente encima del *vevé*. Sin embargo, raras veces se parecen a los de tus fotos. Casi siempre se dibujan sobre el suelo, espolvoreando una sustancia como harina, corteza, polvo de ladrillo rojo o pólvora. Imagino que en el escenario del crimen algo impediría trabajar así, y el *bokor* optó por utilizar un *vevé* de metal.

—¿Y ese Damballah es el dios a quien se ha consagrado el sacrificio?

—El *loa* —corrigió Alicia—. Como te he dicho, el equivalente de Dios en el vudú sería un ser sobrenatural a quien llaman *Bondye*. Pero este dios es inaccesible y, de hecho, los humanos le importamos un comino. Por eso, los *loa* tienen que transportarle las peticiones de los hombres. Existen varios *loa*, cada uno con su

personalidad diferente y su propia manera de ser alabado e invocado. Los más conocidos son el Barón Samedi, Mamá Brigitte, Papa Legba y también Damballah. Pero hay más…

—¿Y sabe que el *loa* invocado es Damballah por este símbolo?

—Exactamente. Damballah se representa siempre como dos serpientes, ¿ves? —dijo, señalándolas en la foto—. Es el principio masculino de la naturaleza y también uno de los *loas* más crípticos. Raramente habla en lengua humana y siempre se expresa a través de adivinanzas y metáforas. Y una cosa más, que te encantará: la palabra «zombi» es, de hecho, un derivado de un vocablo africano que también puede usarse para referirse a Damballah.

Mònica trató de asimilar toda aquella avalancha de información.

—Dicho llanamente: la chica quiso salirse de la red de tráfico de mujeres a la que estaba sometida y sus proxenetas la descuartizaron para dar ejemplo, sacrificándola a una deidad vudú llamada Damballah.

—Dicho en lenguaje docente: matrícula de honor en capacidad de síntesis. Sí.

De película de terror, pensó Mònica. Material de primera para un reportaje formidable. Xavi no se había equivocado en eso. Si acaso, un pelín demasiado truculento para un periódico que se las daba de serio.

Alicia Gil se acordó entonces del té y le dio un sorbo. Si le importó que estuviera frío, no lo demostró.

—Me ha sorprendido mucho tu llamada, ¿sabes? No nos veíamos desde…

—Desde el funeral, sí. —Ahora que ya tenía lo que había venido a buscar, Mònica se reconcomía por encontrar la manera educada de salir de aquella casa cuanto antes—. He estado muy ocupada, ya se lo puede imaginar. Las cosas no son nada fáciles para los de mi profesión.

—No, por supuesto. Yo también veo los telediarios de vez en cuando, aunque te cueste creerlo.

Mònica esbozó una sonrisa incómoda. Algo sí le costaba, viendo aquel mundo a medida que se había fabricado, tan alejado

del que había al otro lado de la puerta del piso.

—¿Tú crees en el destino, Mònica?

La pregunta la pilló por sorpresa.

—Ni creo, ni dejo de creer. Las cosas pasan, pero no siempre existe un motivo. ¿Por qué?

—Porque yo sí creo. Y cuando me has llamado esta mañana, me ha parecido que el destino te traía de vuelta a mi vida precisamente en el momento más oportuno.

—¿Perdone?

—Ahora soy yo quien habla un poco como Damballah, ¿verdad? —Alicia cogió aire—. Verás, hace una semana que tengo en casa a Txell, la hija de una antigua y muy querida amiga, francesa, que tuvo la mala ocurrencia de casarse con un catalán que no la merecía. Cuando me lo pidió, me precipité y le dije que podía quedarse aquí el tiempo que quisiera. De vez en cuando, todos metemos la pata, ¿no crees? El caso es que Txell y yo hemos resultado ser agua y aceite. Y el ambiente se está volviendo…, bueno, digamos que no es el que a mí me gusta. Tenéis más o menos la misma edad y creo que os llevaríais de maravilla…

Mònica no se lo podía creer.

—Alicia, ¿me está pidiendo…?

—Que la alojes en tu casa, sí. Solo serán un par de semanas. A principios de mes tiene que estar en Florencia para empezar un curso de pintura renacentista, o algo así. Pero si se queda una noche más conmigo, tengo miedo de que o ella o yo no sobrevivamos a otra velada juntas. Cuando he recibido tu llamada he visto claro que era el destino quien te enviaba en mi ayuda… Del mismo modo que yo espero haber sido útil en tu investigación. Y serlo aún más…

Dejó la frase en suspenso.

La reportera torció el gesto, incrédula. Si algo le había enseñado la experiencia era a huir como de la malaria de las compañeras de piso. Se empezaba ji-ji-ja-ja y se terminaba con el cuchillo entre los dientes, deseando la muerte de aquel ser que habían puesto en la tierra solo para ser tu contraparte.

—Alicia, es que verá… Yo vivo sola desde hace mucho…

—No más que yo, querida.

—Sí, ya. Pero tendría que ver mi piso. Vivo en un cuchitril. No creo que a su invitada le guste el cambio…

—¿Que no? *Au contraire, ma chérie!* Txell se levanta cada día con la única esperanza de ser el equivalente del siglo XXI de los artistas del XIX, como Van Gogh o Toulouse-Lautrec. Por lo que dices, en tu piso estará en el paraíso. ¿Lo ves? ¡Es el destino!

¿El destino? ¡Y una mierda! ¡Un chantaje de las proporciones del *Titanic*, es lo que era!

Por otro lado, Eva le había inculcado concienzudamente la idea de que no se podían pedir favores si no se estaba dispuesta a ofrecer algo a cambio. No importaba que ya hiciera tres años que el cáncer se la hubiese llevado. Su influencia continuaba allí: intacta.

¿Es que nunca conseguiría sacudirse aquel fantasma de encima?

Y también estaba la última frase que Alicia había dejado en el aire, insinuando que aún tenía más información valiosa para ella.

Información que, por lo visto, tenía un precio.

Pécora.

—¿Diez días? —se rindió.

—Quince, a más tardar —dijo la otra, con el tono exultante de quien se ha salido con la suya—. ¡Te la mandaré hoy mismo! Apúntame tu dirección aquí, por favor.

Mònica la garabateó sin ofrecer más resistencia. A cambio, la africanista no se hizo de rogar.

—Estaba pensando… —dijo como si se le acabase de ocurrir— que en Gracia hay una asociación de mujeres nigerianas bastante activa. Es muy posible que tu víctima se pusiera en contacto con ellas si tenía pensado dejar la calle. Son algo cargantes, con tanto Dios por aquí y tanto *Nuestroseñor* por allá, pero te podría resultar útil hacerles una visita.

¿Eso era todo? ¿La dirección de una asociación que hubiera podido encontrar surfeando en Google? Acababa de meterle un gol por toda la escuadra.

—No sé exactamente la dirección, pero seguro que la encuentras en Internet. Me parece que tienen una página web. Tu madre siempre decía que eres muy avispada —concluyó la

profesora, haciéndose oír por encima del tintineo de sus collares étnicos.

Mònica tuvo que morderse la lengua hasta hacerse sangre.

La Asociación de Mujeres Nigerianas tenía, efectivamente, una página web. Y otra de Facebook. Y un local muy cerca de la Plaça del Sol. Mònica las encontró fácilmente, desde el móvil, apenas puso los pies fuera del santuario africano de Alicia Gil. No tenía nada mejor que hacer, ni otra posibilidad de conseguir más información del caso, de manera que se montó en su Honda Vision 110 roja y fue a buscar el paseo de Gracia, para enfilar después por Gran de Gràcia y, finalmente, doblar a la derecha en Travessera, hasta encontrar un lugar donde dejar el *scooter* sin temor a que se lo llevase la Urbana. El resto del camino hasta la asociación lo hizo a pie.

El lugar era una planta baja, abierta a la calle y con la fachada pintada del verde nacional de Nigeria. Un local tronado, pero con un qué sé yo que lo convertía en amable y hasta acogedor. El alboroto que salía del interior —un batiburrillo de cánticos, chiquillería jugando y runrún de charla— se mezclaba con los aromas fuertes y especiados de la cocina africana. Parecía evidente que estaban en plena preparación de algún tipo de fiesta.

Entró poniendo cara de buscar al responsable. Las paredes estaban salpicadas con carteles de diseños ramplones y lemas aún más cursis, todos en inglés, que le hicieron comprender el comentario sobre el abuso de Dios que le había hecho Alicia. *LOVE YOUR ENEMIES, SAID THE LORD*, aconsejaba uno, con letras negras sobre fondo rosado. *A RELATIONSHIP WITH GOD IS THE BEST RELATIONSHIP YOU CAN HAVE*, aseguraba otro, rodeado por un raudal de corazoncitos. Y otro aún se jactaba desde un rincón: *I'M SMILING NOT BEACAUSE I'M STRONGER THAN MY PROBLEMS. I'M SMILING BECAUSE MY GOD IS STRONGER THAN MY PROBLEMS*, con las palabras sobrepuestas en un campo de flores añiles.

Pues Dios había ayudado más bien poco a Anna.

Entonces vio uno que le gustó más: *A REAL MAN NEVER HURTS A*

WOMAN —advertía—. *BE VERY CAREFUL WHEN YOU MAKE A WOMAN CRY, BECAUSE GOD COUNTS HER TEARS.*

Lástima que no especificase qué pensaba hacer el Señor al respecto de todas aquellas lágrimas.

—¿Puedo ayudarla, señorita?

La pregunta, llegada desde detrás y hecha con aquel acento sincopado tan propio de los africanos, la sobresaltó. Mònica se volvió dando un respingo para encontrarse cara a cara con una mujer en sus sesenta, pelo largo y encrespado, facciones marcadas y rostro altivo. Una matrona a quien la edad y varios partos le habían ensanchado la cintura y las caderas y convertido las tetas en dos ánforas, pero sin terminar de robarle una belleza que debió de haber sido esplendorosa tres décadas atrás.

Esgrimió enseguida la acreditación de prensa y su interlocutora sonrió y se presentó como Francine Olowakandi, la presidenta de la asociación. La periodista notó enseguida que estaba acostumbrada a hablar con los medios. Y a que la trataran bien.

Lo mejor, decidió sobre la marcha, sería hacerle creer que venía a escribir otro de esos artículos elogiosos sobre la tarea que llevaban a cabo allí, a los que Francine estaba acostumbrada. Y, una vez se hubiera ganado su confianza, preguntarle lo que de verdad quería saber.

La táctica funcionó. Francine la paseó sin prisa por las modestas dependencias de la asociación, soltándole la letanía que tenía preparada para esos casos. Ser mujer en Nigeria no era fácil. Los hombres de su país las maltrataban, las veían solo como a sirvientas o recipientes de su semilla y pretendían que los mantuvieran mientras ellos se dedicaban a haraganear, emborracharse y esperar a que hiciera bastante fresco para echarse a la calle, a buscar vete tú a saber qué.

—No me malinterprete —quiso matizarle mientras le mostraba la cocina, repleta de ollas burbujeantes de contenidos sabrosos y exóticos—: por supuesto que hay buenos hombres en mí país. Muchos. Pero todavía estamos muy lejos de lo que han conseguido ustedes aquí.

Si yo te contase, reina mora…

Mònica, sin embargo, vio que se le abría una puerta para acercarse a su objetivo y no la desaprovechó. ¿Qué llevaba a tantas chicas de su país a acabar haciendo la calle en Barcelona? ¿Qué camino seguían? ¿No se hacía nada en Nigeria contra ese comercio? Francine le ofreció el abanico de sospechosos habituales: la miseria derivada de un pasado colonial abyecto —ya puedes empezar a sentirte un poco culpable tú también, pequeña europea privilegiada—, la corrupción en todos los niveles de la administración, el analfabetismo, la tradición mal entendida, las supersticiones…

—Yo misma —terminó admitiendo, sin atisbo de vergüenza— viví lo que están padeciendo ahora muchas de mis compatriotas. El Señor escuchó mis plegarias y gracias a su bondad pude salir de todo aquello y fundar la asociación.

La periodista enarcó las cejas. Una mujer como debió haber sido Francine en sus buenos tiempos no se habría pasado años en el Raval ofreciendo griegos a cinco mil cucas, como la mayoría de aquellas pobres desgraciadas. La nigeriana se dio cuenta de su perplejidad.

—No se extrañe, señorita Vidal. Ya le he dicho que la vida es dura con las mujeres de mi país.

Si había algún momento adecuado para sacar el tema de Anna, era ese.

—Precisamente, señora Olowakandi, quería preguntarle por una de ellas en concreto. —Sacó la fotocopia del pasaporte que el doctor Navarro había tenido la precaución de adjuntar al dosier y se la mostró—. Se llamaba Gbemisola Shotade, pero también se la conocía como Anna. ¿La había visto alguna vez por aquí?

Francine observó la foto atentamente antes de devolvérsela.

—Lo siento mucho, pero no me suenan ni el nombre, ni la cara. ¿Qué pasa con ella? ¿Le ha sucedido algo malo?

Mònica no quería entrar en detalles y respondió con otra pregunta.

—¿Conoce usted a todas las mujeres que pasan por aquí?

—Diría que a la mayoría. Pero también tengo una vida fuera de estas cuatro paredes… —Lo dijo con el tono de quien se excusa sabiendo que, en realidad, no tiene motivos.

—Ya que estoy aquí, ¿le importa si enseño la foto y pregunto a las otras socias?

—Por supuesto que no. *Feel free*. Pero no ha respondido usted a mi pregunta. ¿Le ha pasado algo a esa joven?

—Todavía no lo sé —mintió Mònica, sin saber exactamente por qué lo hacía—. Puede. Tendría que encontrarla para saberlo.

—Pues pregunte, y que tenga suerte. Y el Señor quiera que… ¿Anna? esté bien.

Fíjate tú, creo que al Señor la pobre Anna se la traía al pairo…

Antes de despedirse, Mònica pensó que ya no venía de una mentira y le prometió que al día siguiente la llamaría el fotógrafo para concertar la sesión de fotos que ilustrarían el reportaje. La presidenta se mostró encantada y le pidió que la disculpara. Cuando se tenía tanto trabajo como lo había siempre en aquella santa casa, ni siquiera el Señor llegaba a todas partes. Y a ella le tocaba arrimar el hombro a menudo.

—Por favor, hable con quien quiera y pregunte lo que necesite. Verá que todas estarán encantadas de ayudarla —le aseguró antes del último apretón de manos.

Lo hizo. Enseñó la foto hasta a la última mujer que se encontró en aquel local caótico. Todas fueron encantadoras, como le había prometido Francine. Pero nadie respondió afirmativamente a la pregunta de si conocía a la chica de la fotografía. Muchas sonrisas resignadas, muchas disculpas innecesarias y ni una brizna de algo que pudiera serle ni remotamente útil.

Terminó frustrada de tanta negativa, y tanta alusión superflua al Señor, su bondad y su propósito.

Si Alicia tenía razón y ellas creían igual en aquel Damballah que en Jesucristo, los traficantes las tendrían comiendo de su mano.

Salió a la calle con una sensación agria en el estómago. Había contado con que la visita le serviría para poder continuar la investigación sobre Gbemisola. Pero la cosa había desembocado en un callejón sin salida y ahora no tenía ni idea de cómo continuar. Podía contactar con los Mossos, claro. Pero pocas veces

se sacaba algo de eso.

—¡Señorita! ¡Espera, por favor!

Estaba en mitad de la Plaça del Sol cuando aquel grito la obligó a volverse. Enseguida reconoció a una de las chicas con las que había estado hablando en la asociación. Una joven regordeta, de piel de esparto y ojos anfibios, que llevaba un vestido demasiado ceñido y con un estampado demasiado llamativo para un cuerpo gelatinoso como el suyo.

La chica llegó a su altura y, antes de dejarle decir nada, la tomó del brazo para conducirla hasta uno de los extremos de la plaza, donde la sombra de unos plataneros altísimos proporcionaba una ilusión de intimidad.

—La chica de la foto… Anna… Tú dejas de preguntar por ella, ¿entiendes?

Su tono era muy diferente del que había tenido unos minutos antes, en la asociación. Había miedo en él.

—¿La conocías?

—Ella vino alguna vez. Quería poner peluquería. Quería dejar calle. Quería saber si alguien había hecho antes.

—¿Por qué no me lo has contado cuando hemos hablado en la asociación? ¿Tenías miedo? ¿Hay alguien allí que…?

La nigeriana no la dejó terminar. Agitó la cabeza y le presionó el antebrazo con urgencia. Déjame hablar.

—Ella no había pagado deuda. Ella miedo de *yuyu*. Y yo también…

Miraba constantemente a ambos lados, mientras cambiaba a cada instante el peso del cuerpo de una pierna a la otra. Los ojos, de natural salidos, amenazaban con saltarle de las órbitas de un momento a otro.

Estaba muerta de miedo.

—¿Y por qué me lo dices ahora?

—Anna buena. Valiente. No merecía lo que pasó. Y tú buena también. Preocupada por ella. Pero muy tarde. Ya no puedes hacer nada. Dejar de preguntar. Olvidar. Mejor para todos así…

¡Y una mierda, olvido, después de lo que me estás contando!

—¿Sabes quién puede haberle hecho daño a Anna?

La chica parecía a punto de echar a correr. No contestaría

más de otro par de preguntas. ¡Tenía que sacarle algo como fuera!

—No sé nada. Tú dejas de preguntar. Mucho malo. *Macumba!*

Parecía hecha de jalea. Se volvió para irse.

—¡Espera! ¿Sabes al menos dónde vivía? ¿Con quién?

La chica la miró con aquellos ojos huidizos. ¿No te estoy diciendo que lo dejes, idiota?

—Por favor… Por Anna…

La nigeriana volvió a mirar a su alrededor. La plaza estaba inusualmente desierta a esas horas. Y la poca gente que las rodeaba, todos blancos, parecían tan indiferentes a su conversación como los pajaritos que se refugiaban del sol entre las ramas. Al final, le musitó una dirección del Raval y el nombre de otra chica: Gloria.

—Pero tú dejas de preguntar —insistió enseguida, como si se arrepintiera de lo que acababa de hacer. La cogió de las manos y se las oprimió hasta hacerle daño—. Haz caso. Muy peligroso. Mucho malo. *Macumba!*

Después la soltó y desapareció tan deprisa como le permitieron las piernas, cortas y rechonchas.

7

Marcel Jubany, *el Cardenal*, no ocupaba el despacho que ocupaba por casualidad. Tampoco era el final del trayecto que se había marcado. A sus cincuenta y dos años, lo movía una ambición compulsiva y tenía una idea bastante exacta de los culos que había que mantener relucientes a base de saliva. Gracias a ello, en menos de una década había pasado de cabo a sargento, y, luego, a inspector. Y, si las cosas no se torcían, cuando se otorgaran los siguientes ascensos le esperaba, seguro, una intendencia.

Una carrera vertiginosa. Digna de estudio. Un modelo a seguir.

Y la cosa no terminaría allí. Sabía cómo ser comisario a los cincuenta y siete. Y después, ¿por qué no?, la Subdirección Operativa. Como todo, ascender era solo cuestión de voluntad y técnica. Y él tenía para dar y regalar de ambas.

La promoción personal constante, por desgracia, tenía un inconveniente: resultaba incompatible con meter la pata. Un patinazo, *uno*, y hasta luego, Lucas. Y lo que todavía era peor —y más injusto—: ni siquiera era necesario que la cagases personalmente. A veces, con que lo hiciera un subordinado, un ascenso largamente trabajado podía quedar pospuesto *sine die*.

O hasta que las ranas criasen pelo.

Consecuentemente, el Cardenal era escrupuloso hasta la náusea con lo de evitar cualquier charco que pudiera salpicarlo. Salía por patas cada vez que intuía la posibilidad, ni que fuera remota, de verse involucrado en algún tema de orden público —la Brimo, ni en pintura—. Rehuía a la prensa como al cólera, excepto cuando sabía que podría controlarla; y dedicaba todos sus esfuerzos a aquellas áreas que le permitiesen esgrimir

estadísticas favorables y números lustrosos. Datos irrelevantes a nivel de calle, engañosos la mayoría de las veces, pero de valor incuestionable cuando de lo que se trataba era de poder presentarlos a la opinión pública.

Y, por encima de todo, procuraba tener siempre satisfechos a intendentes, comisarios y al *conseller* de turno.

Por el motivo que fuera —lo habían aconsejado mal, creía que era fácil de conseguir o, lo más seguro, había visto demasiadas películas de John Wayne—, resultaba que el *conseller* Turó había convertido el objetivo de reducir drásticamente la tasa de criminalidad en la calle en una cruzada personal. Era de esos políticos que creían que la gente valoraba el orden por encima de todo. Y había basado su trabajo al frente de la *conselleria* en demostrar que *Orden* era su segundo nombre.

¡El ciudadano tenía que poder pasearse sin miedo por cualquier barrio de la ciudad, a cualquier hora! Y en esa tesitura, la noticia de una chica descuartizada por el hermano sádico de Hannibal Lecter en la Zona Franca —por muy negra y puta que fuera la víctima— no quedaba bien.

Nada bien.

La peor pesadilla del Honorable era que, en una sesión de control del Parlament, cualquier diputado de la oposición pudiera levantarse de su escaño, apuntarlo con el dedo índice y recriminarle: *Con nosotros estas cosas no pasaban*.

Consecuentemente, el inspector Jubany se había puesto las pilas para conseguir que aquello, sencillamente, no hubiese pasado. Si un árbol cae en mitad del bosque y no lo oye nadie, ¿ha caído realmente?

No. Ni de coña. Sigue derechito y lustroso.

Pues lo mismo sucede con una nigeriana asesinada cuando nadie publica ni una línea del asunto.

Cero. Nada. No ha pasado. Y aquí paz y después gloria.

Aquella era, con mucho, la faceta más tortuosa de su escalada. Se necesitaban muchas llamadas, mucha persuasión y muchos favores para evitar que las cadenas sensacionalistas no aprovechasen un tema tan jugoso con el que elevar los índices de audiencia. O que los medios más hostiles al Govern no entraran

al trapo para hacerle pupa al *conseller*. Pues sí que son seguras las calles, señor Turó. ¡Los ciudadanos podemos estar tranquilos con usted al frente de Interior!

Se le ponían los pelos de punta solo de pensar en la llamada que recibiría desde la Plaça Sant Jaume si llegaba a pasar algo parecido.

Pero Marcel Jubany tenía buena mano con los medios. Su fórmula mágica eran seis partes de zanahoria y cuatro de palo. O siete y tres, dependiendo del caso. La experiencia le había demostrado que era mucho mejor pactar que imponer. Comerciar que conquistar. Adular que amenazar.

Y le había ido bien. Especialmente en casos como ese, que, tampoco nos volvamos locos, tenían la importancia que tenían. Nadie pediría la dimisión del *conseller* por una puta asesinada en la Zona Franca, por supuesto. Pero Turó era caprichoso y llevaba muy mal las críticas —¡no haberse hecho político, campeón!—. Y eran ese tipo de servicios los que, a la hora de la verdad, lograban que fuera tu nombre el que brotase cuando se abría el grifo de los ascensos y los cargos de confianza.

El pero —*siempre* hay un jodido pero— era que toda esa milimétrica ingeniería de pactos, favores y promesas podía mandarla al carajo un solo hombre. Uno de esos capullos que se mueven cuando el fotógrafo pulsa el botón y consiguen que la instantánea salga una chapuza.

El típico imbécil que se cree Eliot Ness.

O una oveja negra como el cabo Lluís Artigas.

Había repasado su historial. La clase de elemento que ensuciaba la imagen del cuerpo.

Si hubiera dependido de él, no se habría salido de rositas. El DAI le habría encontrado esos tres kilos, aunque hubiese tenido que metérselos él personalmente por el culo cinco minutos antes de un registro. Pero resultaba que Artigas era un hombre de Clara Nadal. Una blanda de cojones que solo llegaría a intendente para cumplir con la cuota. Eso, si llegaba. Resultado: el cabo había esquivado la depuración y ahora reaparecía en la escena de aquel crimen para tocarle los huevos.

A él.

El informe de Mascarell que tenía sobre la mesa no dejaba lugar a dudas: el tal Artigas había metido la nariz en una investigación que no le correspondía, estando fuera de servicio y con un interés más que sospechoso en el caso. De aquí que el inspector, nada proclive a dejar cabos sueltos, hubiera pedido enseguida el historial de aquel verso libre y se hubiese echado las manos a la cabeza al ver con lo que estaba tratando.

Hasta el incidente de la coca, el cabo Artigas había sido uno de tantos agentes que hacían su trabajo con eficacia, aunque sin brillantez. Un hombre de sota, caballo y rey que, si no la cagaba, podía aspirar a retirarse de sargento, y gracias. El escándalo lo había cambiado todo y ahora la cosa se reducía a pasar desapercibido hasta que pudiera cambiar la placa por una pensión.

La pregunta del millón era por qué. ¿Por qué un poli corrupto y marcado se metía por propia iniciativa en un caso en el que no había nada que ganar? ¿Acaso había algo más de lo que se veía a simple vista? No lo parecía. ¿O es que era el chulo de la víctima? También poco probable. Los nigerianos no hacían negocios con blancos.

Entonces, ¿qué coño hacías husmeando en *mi* escenario, hijoputa?

Desconocer qué vinculaba a un elemento inestable como Artigas con aquel caso tan espinoso lo sacaba de quicio. Pero lo que había hecho disparar todas las alarmas del Cardenal era que lo informasen de que el cabo no se había presentado hoy en comisaría.

Mala señal. Muy mala señal.

Una gripe, se había excusado por teléfono.

¿Una gripe? ¿En junio? ¿Y después de meter las zarpas en aquel caso? Sí, ya. ¿Y qué sería lo siguiente? ¿Elvis, Walt Disney y Michael Jackson compartiendo piso en el Masnou?

El Cardenal no creía en las casualidades. O sí…, siempre y cuando no le afectasen a él. En esos casos, todo debía tener un porqué y nada se dejaba al azar.

Tenía que librarse de aquel tipejo *ya*.

Levantó el auricular y marcó la extensión de Clara Nadal. Su

trato con ella se reducía a coincidir en un puñado de actos oficiales. Tenía fama de competente. Y no faltaban los —o más bien, *las*— que aseguraban que había tenido que trabajar el doble para conseguir la mitad que sus colegas masculinos. Igual sí. Cada cual prosperaba como podía, y él respetaba todas las estrategias. Pero le fastidiaban los victimismos. Y no soportaba aquella eterna letanía reivindicativa de las feministas. Que no le vinieran con sermones: si jugaba bien sus cartas, una mujer guapa y competente como ella lo tenía todo a su favor para hacer carrera. A partir de ahí, si se ponía tiquismiquis con los escrúpulos, que cada uno cargue con su maleta.

Que le nombrasen un solo cargo que hubiese llegado adonde estaba sin aceptar las servidumbres del juego.

¿Alguien?

¿No?

Pues eso.

Con todo, hubiera preferido no tener que hacer esa llamada. Saltarse el protocolo para meterse en el negociado de una colega y apuntar con el dedo a uno de sus subordinados en el mejor de los casos podía verse como una descortesía. Y en el peor, como un acto de guerra. Iba en contra de su credo enemistarse con nadie si no era estrictamente necesario. A saber qué cuentas podían llegar a pasarte en un futuro…

Pero la idea de tener a Artigas campando por la ciudad a sus anchas le resultaba intolerable.

Nunca se sabía. Quizás Nadal lo sorprendiera.

La secretaria de la inspectora lo pasó enseguida.

—Marcel Jubany. ¡Qué sorpresa! ¿En qué puedo ayudarle?

La voz de Clara era cordial, pero el trato de usted marcaba las distancias. Una manera sutil y educada de decirle: ¿qué coño quieres?

Muy bien. Él también sabía jugar a ese juego. En realidad, había ganado tres campeonatos de Cataluña seguidos.

—Pues, mire, Clara… Si le parece, no me andaré por las ramas. Uno de sus agentes, el cabo Lluís Artigas, metió baza el otro día en un caso que está bajo mi jurisdicción.

A Clara se le erizó el vello de la nuca. Cuando Esperança le

había dicho quién tenía al teléfono había imaginado que Jubany no la llamaba para desearle los buenos días. Pero eso era ir directamente a la yugular.

Tenía que estar histérico para hacer algo así.

—Continúe, por favor, Marcel.

—La verdad es que su comportamiento, aunque fuera de lugar, no dio motivos de queja a mis hombres. O sea que esta es una llamada informal. Pero como me extrañó ver su nombre mezclado en el informe, quise echarle un vistazo a su expediente…

—¿Y?

—¡Pues que ahí es nada, el angelito! No se ofenda, Clara. No es mi intención decirle cómo tiene que llevar a su personal. Aunque, si me permite un consejo, ese hombre no debería salir del cuarto de las fotocopias hasta el día de su jubilación. En todo caso, eso no me incumbe. Lo que sí que le agradecería es que le dejara muy claro al cabo Artigas cuáles son sus límites… Y que se asegure de que no los vuelva a traspasar. Cada uno en su casa y Dios en la de todos, ¿me explico?

Y después le molestaba que lo apodasen *Cardenal*…

Clara se quedó un buen rato en silencio. Lo suficiente como para que el otro se plantease si se había cortado la comunicación. Finalmente, le dijo:

—No tenía ni idea de lo que me cuenta, Marcel. Quiero pensar que el cabo Artigas solo estaba intentando echar una mano a unos compañeros, como haría cualquier buen agente.

—Yo también quiero, por supuesto. —La voz afilada: una cuerda de piano—. Por eso lo mejor sería que entendiera que le agradecemos la cortesía, pero que a partir de ahora ya nos encargamos nosotros, que para eso está en nuestro distrito. Con la falta de personal que sufrimos, sería dramático que, encima, nos pisáramos el terreno unos a otros, ¿no le parece?

Hablando en plata: o le dices a tu jodido hombre que no meta la nariz donde no lo llaman, o le corto los huevos y se los doy a los perros para cenar.

Clara inspiró fuerte por la nariz.

—Por supuesto, Marcel. No se preocupe. Y le agradezco mucho

la llamada. Espero poder devolverle la cortesía muy pronto.

—Mi puerta estará siempre abierta. Que tenga un buen día.

Jubany colgó el teléfono. Le temblaba la mano de ira. ¿Qué se había creído, la muy zorra? ¿Que a aquel corrupto de los cojones le había dado por hacer de buen samaritano? ¡Y una mierda! ¿Y la última frase? *Espero poder devolverle la cortesía muy pronto*. ¿Era una amenaza? ¡Porque si lo obligaba a poner los cojones sobre la mesa, haría que se los acabase comiendo enteritos!

Respiró unas cuantas veces lentamente, recuperando la calma. Nadal había estado a punto de hacerle perder los estribos por teléfono. Cada vez toleraba peor que alguien le llevase la contraria.

Se había acostumbrado demasiado a dar órdenes.

En fin, el mensaje estaba entregado, que era de lo que se trataba. Vale, podría haber sido más sutil. ¿Y qué? Nadal estaría molesta, por supuesto. Pero se tragaría el orgullo y llamaría al orden a aquel imbécil. Al fin y al cabo, ella quería lo que todos. Y no lo pondría en el alero por un rifirrafe con un compañero.

Se arregló las solapas de la chaqueta, satisfecho. Artigas había dejado de ser un problema.

De todos modos, decidió, mejor que Mascarell no le quitase el ojo de encima otro par de días. Solo por precaución. Con las mujeres nunca se sabe.

Clara Nadal colgó el teléfono con aquella clase de cabreo que solo se pilla cuando alguien te humilla entrando en tu casa y diciéndote cómo tienes que llevarla.

¿Qué se había creído el Cardenal con aquella escenita en plan don Vito? ¿Que era una pardilla recién salida de la academia a quien podía intimidar con cuatro amenazas veladas?

Juntó las puntas de los dedos de ambas manos y se las llevó a la cara, con los índices tocándole el extremo de la nariz y los pulgares por debajo de la barbilla. A Jubany tenía que preocuparle extraordinariamente aquel asunto si lo movía a hacer una llamada como la que acababa de recibir.

¿Tanto escocía en la Plaça Sant Jaume lo de la nigeriana

muerta que lo impulsaba a cometer aquel atropello?

Igual no. Pero el Cardenal era un trepa y, por ende, el perro fiel del *conseller*. El esbirro en cuyas manos podían dejarse esa clase de asuntos, y echarse una siesta. Tras meses sacando pecho a base de números que aseguraban haber hecho las calles más seguras, con menos agentes —*Más con menos*, igual que en el anuncio del Fairy—, encontrarse con un asesinato de película en primera página, con la nueva remesa de ascensos en puertas, sería cicuta para él.

De ahí las prisas.

Vale: el Cardenal tenía un problema. O, más bien, intuía que podía tenerlo e intentaba solventarlo *avant la lettre*. Y eso ponía la pelota en su tejado. Jubany era un mal enemigo que crearse. Especialmente para alguien a quien solo le quedaba su carrera para hacerla bajar de la cama por las mañanas.

La mierda que removía Artigas estaba a punto de salpicarla. Más que eso: podía acabar enterrada en ella sin darse ni cuenta.

Miró por la ventana, como si pudiera localizarlo más allá de los cristales, que pedían a gritos jabón y una gamuza.

¿Dónde coño te estás metiendo, Lluís? ¿Y dónde coño me estás metiendo a mí?

8

¿Puedes?

El icono verde del WhatsApp, con aquella única palabra, tentó a Artigas desde la pantalla del móvil.

Le echó una ojeada al reloj. Demasiado tarde para plantarse en el piso de Gloria y hacerle el numerito del palo y la zanahoria.

O quizás no tanto…, pero unas cuantas horas no afectarían al caso. Y le apetecía mucho verla.

Sí.

1659. 45 mins.

Ok.

Le iba de perlas. Tardaría más o menos eso en llegar a la Vila Olímpica.

Mientras continuaba dándole vueltas a todo lo que le habían contado Míriam Vasco y el infeliz de Ibáñez, sacó el coche del parking —en Gracia ya no aparcaban en la calle ni en las películas— y buscó sin prisa la ruta hacia el mar. El tráfico era bastante denso a esas horas, pero, por una vez, le daba igual. Prefería conducir escuchando cómo Llimós y sus tertulianos elucubraban en RAC1 sobre los problemas de la defensa del Barça que tener que aguardar a Sandra tomando una copa en el bar del hotel.

Cada vez lo jorobaba más que lo hicieran esperar.

Lluís, chato, te estás haciendo mayor.

Llegó al aparcamiento del Arts convencido de que los azulgrana sudarían sangre para volver a ganar la Champions —¡en Europa se saben nuestro juego de memoria!— y lo suficientemente tarde como para no tener que sostener la esquina.

Salía a la calle cuando la vio, cruzando la avenida, desde la

Plaça dels Voluntaris.

Un pedazo de mujer. Treinta y pocos; rubia de raíces oscuras y melena hasta los omoplatos; vestido morado, de diseñador, muy ceñido; Cartier de oro en la muñeca y *louboutin* de tacón alto, que pisaban con el paso firme de las chicas que son guapas y lo saben. No sabía por qué, pero siempre le había recordado a Daisy, la eterna compañera del pato Donald. Tan peripuesta: con la piel láctea, el lacito en el pelo, los párpados maquillados de púrpura, el brazalete dorado bailándole en la muñeca y la colita de caballo perfectamente recogida. Una chica pálida, pulcra y perfecta, con un atractivo más fácil de asociar al de una presentadora del telediario que al de la abogada que había elegido ser.

Sandra Savall esquivó el tráfico y entró en el *hall* del hotel sin darse cuenta de que la seguía. Mirando al frente con decisión. Como si fuese una residente habitual en vez de estar entrando a hurtadillas para encontrarse con su amante. Artigas la vio perderse en el interior del edificio y se hizo el remolón para darle tiempo a subir. Luego, atravesó el elegante vestíbulo con la misma seguridad que ella y pulsó el botón del piso dieciséis.

Le abrió enseguida. Con aquella sonrisa de dientes ligeramente imperfectos que la hacían más terrenal. La sombra de ojos muy marcada y los labios teñidos de rosa Catrice.

Se había quitado el vestido y solo llevaba las bragas y el sujetador. Morados. De encaje. Sabía que era su color y abusaba de él.

Una mirada lasciva, desde su atalaya de tacones de aguja.

Lluís no dijo nada. La agarró por la cintura y cerró la puerta, oyéndola jadear de deseo. Ella le buscó la boca con glotonería, pero él se la negó y la arrastró hasta los ventanales, obligándola a darle la espalda y a apoyar las palmas en el cristal que abría la habitación a la playa, muchos metros más abajo.

Sandra ronroneó de placer. Aquel juego la volvía loca.

La obligó a abrirse de piernas, como en un registro. Sus dedos expertos desabrocharon fácilmente el sujetador, dejando al aire unos pechos no muy grandes, pero de una perfección envidiable.

Ella trató de revolverse otra vez. No se lo permitió. La agarró del cuello con una mano, obligándola a mirar al frente, y con la

otra le bajó las braguitas de un tirón. Sandra soltó un chillido al notar sus dedos mimándole el sexo. La sintió estremecerse y, solo un instante más tarde, el flujo ya le chorreaba por los muslos.

¡Qué agradecido era follársela!

Se libró de los pantalones como pudo y la penetró con urgencia. Ella gimió primero y, enseguida, empezó a resoplar. Flojito al principio, más fuerte a medida que iba aceptando cada acometida y se excitaba más y más.

—¡Córrete dentro! —la oyó decir con la voz agrietada por el placer—. Tengo pastillas…

Él todavía estaba lejos de correrse. Continuó embistiendo, con la cadencia de un ariete decidido a derribar las puertas de la fortaleza, mientras la oía gritar: ¡Ah! ¡Ah! ¡Aaah!

Los dedos se crisparon sobre el óvalo perfecto de las nalgas, hasta clavarle las uñas.

—No… me dejes… marcas… —consiguió suplicarle ella, sin demasiada convicción.

A veces sentía la tentación de hacerlo. Un buen arañazo en el culo. Los surcos delatores de unas muelas asediándole un pezón. Incluso un chupetón de adolescente bastaría. Solo para comprobar qué diría Pere al descubrirlos. Pagaría con gusto el sueldo de un mes por ver la cara de su hermano en el momento de encontrar la evidencia de su paso por aquel cuerpo tan glorioso, del que Pere se jactaba de tener la exclusiva.

Se contuvo. Sus encuentros con su cuñada una o dos veces por semana, dependiendo de cómo fuera el trabajo, tendrían que continuar siendo un placer privado.

Pero se imaginó la mueca de Pere si llegaba a saberlo algún día.

Y eso le hizo el orgasmo aún más placentero.

Sandra se revolvió sobre las sábanas desordenadas para ver la hora. ¡Mierda, es tardísimo! Se giró buscándole los labios y esta vez él no se los negó. Sus besos sabían a batido de melocotón.

Se bebió dos bien largos, y, después, ella cerró la fuente y se levantó de la cama de un salto. Habían follado tres veces. Polvos

olímpicos. Maratonianos. Y ahora que él se echaría a dormir a pierna suelta, ella parecía pedir a gritos una clase de *spinning*.

Sí. Te estás haciendo viejo, amiguito…

Sandra recogió la ropa interior del suelo y se la puso. Después, fue a buscar el vestido al armario donde lo había colgado de una percha y se lo enfundó. Pocas mujeres cabrían ahí dentro. A ella, en cambio, le sentaba como un guante.

—El jueves Pere estará todo el día en Montgat. Una de sus mierdas. ¿Reservo habitación a las siete?

El mosso miró a su alrededor. El lujo —de diseño, nada ostentoso, pero lujo— supuraba por todos los rincones. Se preguntó cuánto debía de costarle. Siempre pagaba ella la habitación y nunca quedaban en otro hotel. Cuando le había preguntado por qué, Sandra respondió que su hermano le había montado uno de sus típicos pollos a la dirección y había prometido no volver a poner los pies allí. De forma que ese era el lugar más seguro de Barcelona para ellos.

¿Tanta pasta tenía el cabrón de su hermano que podía pagar todo aquello sin ni enterarse? ¡Joder con los abogados matrimonialistas! Debería haber terminado la carrera.

Se levantó con mucha menos energía y empezó a recoger la ropa que había dejado tirada de cualquier manera. A él no le importaban las arrugas.

—El jueves pinta mal —respondió, por fin—. Te digo algo, pero no creo que pueda. Me ha salido un caso de los complicados.

Sandra torció el gesto. Incapaz de ocultar su enojo. O, más bien, sin ningunas ganas de hacerlo.

—A veces me pregunto por qué hacemos esto —le soltó mientras le enseñaba la espalda para que le subiera la cremallera—. O, más bien, por qué lo hago yo. Tú, para joder a tu hermano, eso lo tengo muy claro.

Ya estamos…

Lo más inteligente habría sido callarse. Pero era tarde, el cuerpo le pedía una copa a gritos y, viniendo de Sandra, la pose de víctima lo sacaba de quicio. Sabiendo que era sacudir un avispero, le soltó:

—Lo hacemos porque nos gusta, porque nos lo pasamos bien y

porque follamos de cine, ¿no?

Ella lo miró con reproche.

—¿Y si no fuera la mujer de tu hermano? ¿También me tratarías de este modo?

—¿Tratarte cómo? No entiendo adónde quieres ir a parar, Sandra.

—¡Joder, Lluís! ¿Es que no tienes nada ahí dentro? —le gritó, señalándole el pecho—. ¡Me paso los días deseando verte y a ti parece que todo te dé lo mismo! ¡Cuando te llamo vienes, igual que podrías irte a jugar a *squash*! ¿No te importa pensar en Pere y yo compartiendo cama? Al fin y al cabo, tú y yo nos conocimos primero.

¡Ah, no! Por ahí no pasaba.

—Mira, Sandra…, si tienes la impresión de que me eres indiferente, te sugiero que recuerdes lo que ha pasado hace solo un rato. Pero que sepas que no me gusta nada lo que estás insinuando.

—¿Y qué estoy insinuando, a ver?

No quería tener aquella discusión. Quería vestirse, pimplarse un par de whiskies a solas y pensar en cómo se las ingeniaría mañana con Gloria. Pero ella le estaba buscando las cosquillas.

Y quien lo buscaba, lo encontraba. Era marca de la casa. Rebuscó en su interior hasta encontrar el uranio que le hacía falta para fabricar su personal bomba atómica y abrió las compuertas de lanzamiento.

Sayonara, baby.

—Pues que yo soy un hijo de puta sin sentimientos y tú una pobre muchachita infeliz en su matrimonio de mierda y sedienta de un poco de amor. Y lo siento, princesa, pero no cuela.

—¡¿Ah, no?! ¿Y eso por qué?

Artigas estalló. Un Krakatoa enfurecido.

—¡Oh, vamos, Sandra! ¡Si no te quitas ese pedrusco ni para follar! —le dijo, apuntando con los ojos al enorme solitario de diamantes que llevaba en el anular izquierdo y que su hermano alardeaba que le había servido para cerrar el trato con ella—. ¿Qué pretendes hacerme creer? ¿Que si yo hubiera sido un buen chaval, de los que piden la mano de la chica, ahorran como una

hormiguita durante años y usan los fines de semana para bajar a La Sènia a comprar muebles te habrías casado conmigo y no con Pere?

Sandra no decía nada, pero tenía los ojos brillantes.

Demasiado tarde, él ya había abierto las compuertas.

—Porque, claro está, tú habrías renunciado a todo por amor, ¿verdad, princesa? ¡Habrías preferido un nidito de mierda conmigo al dúplex de la Bonanova, el BMW que te espera en el garaje y el baño con jacuzzi! Y eso por no hablar de tu trabajo en el bufete. Porque si no fueras propiedad privada del más brillante de los asociados jóvenes tendrías el mismo cargo, el mismo sueldo y ninguno de los socios te miraría el culo, ¿a que no?

A mitad de la erupción, toda la rabia ya se había esfumado y solo le quedaba la sensación incómoda de que estaba yendo demasiado lejos. Aun así, llegó hasta el final por pura inercia. No se ahorró ni un monosílabo.

A Sandra le temblaba la barbilla.

—Eres un hijo de puta, Lluís.

—Seguramente. Pero un hijo de puta que te folla mejor de lo que te han follado nunca. Por eso siempre vuelves a por más.

¿Por qué estaba siendo tan cruel con ella? No se lo merecía. Le hacía pagar por cosas de las que solo él era culpable.

Sandra se calzó los zapatos, cogió el bolso de encima de la cómoda donde lo había dejado y anduvo hacia la puerta. Una diosa herida.

¡No dejes que se marche así, imbécil!

—¡Sandra! Perdóname… De verdad. Me he pasado tres pueblos. No sé por qué te he dicho todo eso.

Ella se volvió.

—Porque lo piensas, Lluís. Puedes ser muchas cosas, pero no un hipócrita. Eso te lo reconozco. Y posiblemente tienes más razón de lo que quisiera. Estoy donde estoy por decisión propia. Nadie me llevó a punta de pistola. Fui yo solita, y con una sonrisa en los labios, habría que añadir. Es solo que a veces me gusta pensar que todo podría ser diferente. Y, cuando te miro, veo que a ti las cosas ya te valen tal cual están. Pero tú no tienes la culpa de mis neuras. Supongo que cada uno nos vengamos de Pere a

nuestra manera.

—Sandra, mira…

—No. Déjalo, ¿quieres? No le demos más vueltas. Te llamo el jueves, por si al final puedes. Cuídate.

Salió de la habitación dejándolo con los pantalones a medio subir y un tiovivo de sentimientos de lo más molesto.

¡Bravo, Artigas! Si la mierda fuese dorada, tú serías el rey Midas.

Le costó dos Wild Turkey y un dedalito de José Cuervo quitarse el mal cuerpo. Le dolía haber herido a Sandra. Pero no tanto para permitirle que se subiera a un pedestal y lo mirase desde arriba. No olvidaba la manera en que había ido a por su hermano menor al ver cómo se lo rifaban los mejores bufetes de la ciudad, incluso antes de terminar la carrera. Afilado como un estilete, despiadado como un escualo. El abogado de divorcios perfecto. Vayan haciendo cola, señores. ¿Quién da más?

Ya entonces, no le había reprochado la elección. Después de todo, Pere podía ser encantador cuando se lo proponía. Y con Sandra había echado el resto. Se apostaría cualquier cosa a que la llevó al Mirablau un sábado por la noche, después de cenar en el ABaC, le puso Barcelona iluminada a los pies y le cuchicheó al oído: «Si vienes conmigo, algún día, todo esto será tuyo». Pere era capaz de aquello, y de mucho más, cuando se trataba de quitarle algo. Cualquier cosa que creyera que él deseaba. Era su *modus operandi* desde que tenía seis años.

Y, claro, *todo esto* fue demasiado para una chica de clase media como Sandra. Se dejó deslumbrar. Normal. Pero ahora que no se lo vendiese como si la culpa hubiera sido suya: que si tenía pánico al compromiso, que si coqueteaba con otras, que si no la quería igual que ella a él, y más vainas por el estilo. Y encima, cuando Pere ya había hecho el gran gesto del anillazo, todavía había tenido el cuajo de insinuarle que, si daba el paso, aún estaban a tiempo de volver.

¿A tiempo? No princesa, ahora ya no. El pedrusco ese dice muy clarito que perteneces a mi hermano. Haber pedido muerte.

Cualquiera se mete en aquel berenjenal. Sus padres aún estaban enteros y no había duda de cuál de los dos era el favorito. Habría ardido Troya con él dentro.

Game over. Toda suya.

Sería por mujeres…

Ahora bien, cuando se presentó la ocasión de devolvérsela doblada no la dejó escapar. Un año atrás, Sandra lo llamó para tomar un café con la excusa menos elaborada de la historia y él no se hizo de rogar. Como tampoco puso objeciones cuando le propuso terminar aquel feliz reencuentro en la cama.

Ninguno de los dos eran los mismos de antes, pero el deseo continuaba allí. Intacto. Hubiese sido una pena desaprovecharlo. Y había que ser imbécil para dejar pasar la ocasión de acostarse con un bellezón como Sandra. Pero mentiría si dijera que lo que lo ponía de verdad no era ponerle los cuernos a Pere.

Tenía el móvil al lado. Pensó en volver a disculparse.

En lugar de eso, llamó a su hermano.

Voz tediosa. Hastiada:

—Lluís. ¿No has visto qué hora es? Estoy tomando unas copas con unos clientes.

Sí, yo también estoy encantado de hablar contigo, hermano.

—No te entretengo. ¿Has ido a ver a papá? No deja de preguntar por ti, ya lo sabes.

El enojo le llegó, palpable, vía satélite. ¿Otra vez me sales con esas?

—Voy de culo, chaval. No he podido. A ver si la semana próxima.

Sí. O cuando nos den la independencia. Para el caso…

Silencio.

—¿Has recibido la transferencia?

Por supuesto. No fueras a dejar pasar la oportunidad de recordarme que la residencia la sufragas tú.

—Como siempre. Ese no es el problema…

—Perfecto. Oye, tengo que dejarte.

¿Te he dicho ya que me estoy follando a Sandra, so cabrón? Deberías ver cómo chilla cuando la empotro contra los ventanales. A veces, incluso tenemos público entre los

trabajadores de la torre Mapfre. El día menos pensado salimos en YouTube. Virales.

—Vale.

No tuvo claro que hubiera esperado a oír la última palabra para colgar.

9

Txell Bergés le cayó mejor de lo que esperaba. Y eso que empezaron con mal pie. La parisina se presentó en su piso al atardecer, sin llamar siquiera. Como si ella tuviera que estar esperándola para abrirle la puerta. Llegó con una mochila ajada a la espalda, una especie de zurrón de piel —carísimo— bajo el brazo y un sombrero de detective americano de los años cuarenta calado hasta las cejas. Por algún extraño motivo, le sentaba de maravilla combinado con el vestido de tirantes y estampado primaveral que llevaba. Eso, y el colgante de bisutería barata que se perdía, juguetón, en el interior del escote que dejaba adivinar unos pechos pequeños y jugosos como ciruelas. No parecía consciente de lo insultante que podía resultar aquella mezcla de juventud y belleza élfica que desplegaba a su alrededor, como un aura.

—Guapo, el piso. ¡Me encanta el Raval! ¿Hace mucho que vives aquí? —Arrastraba ligeramente las erres, a la francesa. A Jon, aquel acento lo ponía tanto que, a veces, lo fingía para él, en un juego erótico.

—Un año. Casi —tuvo que admitir.

—Ya veo que no te va lo de hacer nido. Yo también lo odio. —Extrajo un saco de dormir de la mochila y lo desplegó en la moqueta de color indeterminado y perlada de bolas—. *Le foyer est où le coeur, n'est-ce pas?* —dijo, dejando el sombrero encima de un montón de cajas y liberando una catarata de cabellos cobrizos sobre sus hombros desnudos.

Mònica no entendió qué acababa de decir, pero no quiso demostrarlo. Llevaba fatal el francés. Se arriesgó a asentir con la cabeza, esperando que fuera la reacción adecuada.

Le echó un repaso: tendría unos veinticinco, a todo estirar.

Igual de escuálida que ella misma, pero con la cara aún más afilada. Se podría decir que hasta se parecían, aunque era un parecido superficial. Txell tenía los ojos pantanosos, jaspeados de musgo, y la piel pecosa de los centroeuropeos poco acostumbrados al sol. Aunque los labios eran almohadillados, mediterráneos. Lánguida como un lirio y traviesa como una nutria. Una criatura ambigua e indefinible, capaz de ir de un extremo a otro del espectro en un parpadeo. De esas que igual parecen necesitar desesperadamente que un hombre las abrace, como se revelan capaces de arrastrar al infierno al pobre diablo.

Un cóctel irresistible. O casi.

Apenas dejó aparcadas sus cuatro pertenencias, la invitada se ofreció enseguida a hacer la cena. Ella ni siquiera había pensado en ello. No cenaba ni cuando aún vivía con Jon.

—Habrá que bajar al *paki* de la esquina. Tengo la nevera vacía —improvisó, a disgusto.

—¿Perdón?

—El *paki*, ya sabes. La tienda…

Eso: ahora me pondré a explicarte los giros del idioma.

—¡Ah, *fantastique*! Pues vamos, ¿no?

Qué remedio.

Txell la sorprendió cargando todo un muestrario de botes, paquetes y botellas. ¿Cómo demonios podía estar tan delgada si pensaba comerse todo aquello? También insistió en pagar. Mònica se fijó en que llevaba una cartera de esas de *hippies*, pero abultada.

Todo era así de contradictorio en ella.

La gauche divine, 2.0.

O, siendo más prosaica, otra niñata que quería ser Leonora Carrington.

Pero entonces, justo cuando ya se sentía preparada para detestarla con todas sus fuerzas, Txell empezó a desplegar todo su potencial de seducción con ella. Mientras llenaba dos vasos de plástico con el vino que habían comprado en el *paki* —más que decente viniendo de una procedencia tan sospechosa—, la parisina se puso a flirtear descaradamente, mirándola a los ojos mientras se mordía el labio inferior.

Era buena jugando a eso. Y le encantaba.

Para empezar, quiso saber un montón de cosas de ella. Pero no de una forma chismosa o invasiva. Más bien, como si lo que Mònica iba soltando, con cuentagotas, le pareciera superinteresante. Sin parar de rellenar los vasos. Mirándola intensamente con aquellos ojos que tanto parecían tristes como brillaban, retozones. Trasteando por la cocina con la espontaneidad de una niña bulliciosa.

A medida que el alcohol empezó a hacerle efecto, Mònica se fue encontrando cada vez más a gusto con aquella invitada a la fuerza. Porque Txell podía ser una rebelde de feria, que pasaba de puntillas por la paradoja que suponía despreciar la vida aburguesada de su madre, mientras le pedía que le enviase otro giro. Pero lo hacía sin tapujos. Y, lo que le dio aún más envidia: sin sentirse ni así de culpable.

¿Que había roto con una larga tradición familiar de vidas dedicadas a la abogacía a cambio de una vocación artística de futuro más que incierto? *Oui, et que se passe-t-il?* Era su vida y la vivía como mejor le parecía. Sin creer que le debía ni explicaciones ni resultados a nadie.

Hubiera pagado por tener aquel carácter.

Mientras charlaban, igual que si fueran amigas del parvulario, Txell se sacó de la chistera un par de platos cuyos nombres su anfitriona olvidó enseguida, pero que resultaron ser lo bastante apetitosos como para hacerla romper con el obstinado ayuno que practicaba desde el día anterior.

Cuando terminó de prepararlos, los llevaron a la mesa que Mònica había desocupado precipitadamente. Se sentaron una frente a la otra, descalzas y con las piernas cruzadas, y, por iniciativa de Txell, hicieron chocar los vasos de plástico, llenos del néctar oscuro y espeso que había salido de la segunda botella que descorcharon.

—*À la santé de mon hôte!* —brindó, dedicándole un mohín adorable.

La bella y la botella.

Mònica volvió a simular que la entendía, y echó un buen trago. ¿De dónde sacaba aquel *paki* un vino tan potable?

Después, mientras picoteaba de su plato, trató de cambiar un poco el cariz de la conversación.

—Dejemos de hablar de mi apasionante vida y cuéntame qué hacía una chica como tú viviendo en el piso de una mujer como Alicia Gil, ¿quieres?

La francesa apuró el vaso, le dedicó una mirada seductora por encima de la mesa y se encogió de espaldas.

Comme tu souhaitez, charme.

—Alicia es una vieja amiga de mi madre —dijo—. Se conocieron en el Chad, mientras una simulaba que le interesaba la cultura centroafricana y la otra quería creer que estaba haciendo algo importante, después de que mi padre, *le traité catalan*, la hubiese dejado tirada por otra, más joven. Estaban hechas la una para la otra y enseguida se hicieron amiguísimas, con el cielo estrellado de N'Djamena como cómplice. Sintiéndose importantes, útiles y superiores a los hombres en general, y a los que les habían tocado en particular. —Mientras hablaba, la luz anaranjada de un par de velas que habían encontrado en un estante le bailaba por la piel, confiriéndole un halo todavía más seductor—. Han pasado un montón de años, pero ellas han sido lo bastante tercas como para mantener el contacto. Cuando la telefoneé la última vez pidiéndole dinero, Chantal sufrió un ataque de tacañería y en lugar de una transferencia me envió la dirección de su *vieille amie,* para que me alojara con ella.

Mònica asintió con la cabeza, notando que Txell llamaba a su madre por su nombre de pila. Ella nunca lo había conseguido con Eva. Fue *mamá* hasta el mismo día de su muerte.

Apuró el vaso para ahuyentar el recuerdo. Le brillaban los ojos y sentía esas mariposas en el estómago que sabía tan peligrosas en ella. Casi podía ver las feromonas bailando, enloquecidas, por la habitación a la luz parpadeante de las velas.

—Ya. Y os llevasteis fatal, claro…

—Alicia no es mala tipa, no creas. Pero… ¿quién querría vivir con una fotocopia de su madre, por mejorada que fuese la imagen resultante?

Mònica puso los ojos en blanco. La comprendía muy bien.

Txell soltó una risita, se acabó su vino y repartió lo que

quedaba de la botella entre los dos vasos. Cuando se inclinó para servirla, Mònica pudo sentir su perfume. Dulce y fresco. Nada empalagoso. Un aroma inocente y revoltoso, como ella misma.

No se acostaba con otra mujer desde la universidad. La cosa había durado solo unas cuantas semanas, porque la chica —Natalia, la recordaba bien— había abandonado la carrera ese mismo verano. Pero conservaba un buen recuerdo de cómo había sido.

En la cama hay cosas de una mujer que solo puede saber otra, le había dicho su amante la primera vez que estuvieron juntas. Y, en muchos aspectos, resultó que tenía razón.

Por un instante, sus ojos se encontraron y quedaron enlazados. Mònica se sintió envuelta por aquella mirada, empapada de un deseo cálido y urgente. Pero aún no sabía si quería que pasase y ladeó la cabeza.

Txell volvió a su sitio, como si nada. *Nous avons de temps, chère*.

—¿Tú y tu madre estabais muy unidas? —quiso saber entonces, sin sospechar dónde se estaba metiendo.

Aquello la pilló a contrapié. Nunca hablaba de Eva. Y menos aún con una perfecta desconocida.

—Sí… No… Es complicado… —Txell se dio cuenta enseguida que había pinchado hueso sin pretenderlo e intentó cambiar de tema. Pero Mònica se sorprendió queriendo hablar—. Mi madre era una periodista muy respetada, ¿sabes? Igual que mi bisabuelo. ¡Pol Vidal! Un factótum de su tiempo, antes de la Guerra Civil. ¡Si habrá llovido! Pero ella llegó a conocerlo y fue él quien la inspiró a seguir sus pasos. Resultó que lo llevaba en la sangre. Era valiente. Íntegra. Curiosa y enfermizamente comprometida. Y no se dejaba comprar. Encima, tuvo la suerte de empezar a trabajar en los años de la Transición, cuando en este país pasaban cosas de verdad y todo parecía nuevo y por redescubrir.

—Tal y como hablas de ella, veo que la admirabas. ¡Qué suerte!

—No creas… Una mujer no se hace un nombre en este negocio cuidando de sus hijos. Y mi padre era un corresponsal americano

que tampoco estaba hecho para la reproducción. Salió por piernas apenas le dijeron que había nacido con la cabeza en su sitio y diez deditos en manos y pies. Me pasé la niñez en casa de mis abuelos, escuchando las batallitas que contaban del bisabuelo Pol. Y, cuando crecí, pasé a escuchar las de mi madre, narradas casi en tiempo real. Una sombra demasiado alargada. Debería haber estudiado cualquier cosa menos Periodismo. Pero entonces aún creía que me gustaba escribir. Y, si te soy sincera, puede que incluso me siga gustando. Lo malo es que hasta que no empiezas a trabajar nadie te cuenta que el periodismo y escribir tienen tanto en común como Shakespeare y Sergio Ramos… Una omisión muy común. Y en mi caso, trágica.

—No te entiendo. Eres una mujer inteligente. Capaz. Lo vería hasta un ciego. ¿Dónde está el problema?

—Nunca estuve a la altura de lo que esperaba de mí. Nunca lo hacía lo bastante bien. Siempre había algún reproche. Algo que mejorar. Ella quería que yo la superara, y yo, simplemente, no daba la talla. Una puta decepción.

Mònica había bebido demasiado. Y largado aún más. De repente se sintió desnuda ante aquella extraña, que la había abierto en canal a base de vino barato y caídas de ojos de colegiala.

Por un instante, volvió a odiarla.

Pero, justo entonces, Txell se incorporó sobre la mesa y, apartándole un mechón de pelo de la cara, le cuchicheó al oído:

—Puede que Eva Vidal solo hubiese una. *Mais, puis-tu sais? Je préfère à Mònica.*

Sus labios eran tan dulces y carnosos como los había imaginado toda la noche. Embriagaban más que el vino.

Le devolvió los besos, mientras le desataba los tirantes del vestido, dejándola totalmente desnuda.

—Te juro que era lo último que esperaba… —reconoció mientras notaba cómo la cabeza le daba vueltas y Txell le quitaba el top y le bajaba los tejanos.

—*Il vaut mieux ainsi… Mon Dieu*, ¡eres preciosa! ¿Lo sabes?

Se dejó acariciar por aquellos labios de miel, que se deslizaron de la boca al cuello, a los pezones y al ombligo, para terminar la

travesía entre sus muslos. Se oyó gemir, mientras el cuerpo se arqueaba de placer al ritmo de aquellas caricias expertas.

Antes de dejarse llevar por completo, una idea la hizo sonreír.

Después de todo, Alicia había tenido razón: iban a llevarse de maravilla.

10

A Kabiru Tanimu le encantaba Barcelona. Desde que llegó, no había echado de menos Benin City ni una sola vez. Podían quedarse las calles polvorientas que se convertían en lodazales cada estación lluviosa. Las avenidas infestadas de coches y motocicletas que circulaban según su propio código. Los mercados al aire libre donde humanos y moscas se disputaban ser la especie dominante. Las colas interminables; el olor a mierda; los edificios a medio construir que no se completarían nunca, la omnipresencia ominosa de los *bokors*…

Europa era mil veces mejor. Dinero fácil y polis permisivos que solo buscaban las cosquillas si se llamaba demasiado la atención o se tenía la mala idea de tocarle un pelo a un blanco. Un paraíso donde holgazanear todo el día, con una botella a mano, unos muslos siempre dispuestos a recibirlo y un par de rayas con las que alegrarse la nariz.

Todavía no había tenido que usar la pistola. Con enseñarla un par de veces había bastado.

Una bicoca, oiga.

Hasta el mal día en que un autobús se llevó por delante a Joyce Ngozi. Y, con ella, la buena vida.

La vieja Joyce, a quien le encantaba cepillarse de vez en cuando, era una de las *mammys* más veteranas de la organización. Había empezado como las demás: entregada por su familia a cambio de la promesa de convertirse en una fuente de ingresos. Y así, sin más ceremonia, la soltaron en mitad de Madrid, a mediados de los noventa, lista para empezar a ordeñar la teta del primer mundo.

Pero Joyce tuvo suerte. Fue de las primeras en llegar y se encontró con un país donde las calles parecían alfombradas con

billetes. Un viaje de ocho meses cruzando media África a trompicones, en la parte posterior de un camión, le había hecho perder cualquier escrúpulo que hubiese podido tener antes de salir. Solo paraban para echar gasolina y para que los tipos que jalonaban las diferentes etapas les echasen un polvo. Al llegar a España, las supervivientes estaban tan acostumbradas a los maltratos que, en comparación, los clientes autóctonos les parecían hasta amables.

Joyce supo cazarla al vuelo. Valiéndose de su belleza exótica, se había echado a la calle dispuesta a hacerse valer. ¿Quieres saber cómo es echarle un polvo a una negraza, blanquito? Pues pasa por caja y no te arrepentirás.

Y vaya si los blanquitos habían pasado por caja. En riguroso orden de cola. La voz había corrido —¡macho, si no has follado con una negra, no has follado en tu puta vida!— y Joyce había hecho pasta a puñados.

Cuando pudo regresar a casa lo hizo rodeada de tanto lujo que dejó pasmados a propios y extraños. La muchachita asustadiza que se había ido con las tetas aún bailándole dentro del sujetador regresaba convertida en una diosa. Vestida de oropeles y paseándose como una reina por el estercolero de los suburbios de Benin City. Llenando con sus historias sobre el paraíso que había al norte las largas horas en que los constantes cortes de luz dejaban al barrio huérfano del consuelo de los culebrones televisivos.

Joyce se había dado cuenta enseguida de que el sueño que la había ayudado a sobrevivir tantas noches devastadoras en Europa —abrir una tiendecita en el barrio, encontrar a un hombre decente, tener tres o cuatro hijos— no era más que una patraña. Ya no podía vivir allí. Y aún menos mirar a sus padres a la cara a sabiendas de lo que le habían hecho. O ver sobre el terreno lo que habían sacado sus hermanos a costa de tanta carne flácida, tanto sudor agrio y tanto semen escupido a escondidas.

Cuando el señor Aganga, el alto funcionario que se llenaba los bolsillos con el tráfico de mujeres, le había propuesto volver a España, esta vez como *mammy* de una nueva remesa de chicas,

no había necesitado pensarlo.

Fuck Nigeria!

Había regresado al norte sin mirar atrás. Y durante años había visto a docenas de chicas recorriendo el mismo camino que ella. Solo que los buenos tiempos habían pasado. El dinero ya no corría como antes y las calles estaban llenas de negras vendiéndose por cuatro perras. Las pobres desgraciadas llegaban a aquel paraíso de mierda para descubrir que, cuando se desvanecía el humo de las promesas, no quedaban sino las cenizas de las mentiras. Entonces, su trabajo consistía en ayudarlas a colocarse, mantenerlas ligeramente controladas y recordarles que podían hacer cualquier cosa, excepto retrasarse con los pagos. También debían estar localizables por si alguna resultaba herida, se ponía muy enferma o tenía algún cliente que quería pasarse de listo.

Únicamente entonces a Kabiru le tocaba mover el culo del sofá y sacar a pasear la guadaña.

El sicario jamás tuvo la sensación de que Joyce se compadeciese de sus chicas. Igual que nunca le había parecido que follar con él le gustase de verdad. Lo hacía porque era lo mejor para todos, y punto. La vida la había resecado tanto que, cuando se la metía, tenía la sensación de estar taladrando un pedazo de madera. Un fragmento de ébano precioso que gemía, se revolvía y lo arañaba de fábula, eso sí. Pero inanimado, después de todo. Por fortuna, a Kabiru se la traía al pairo lo que Joyce sintiera. Tampoco él movió jamás un dedo para hacerle creer a ella que le importaba una mierda lo que le gustase o lo que quisiera.

Igual por eso habían hecho tan buen equipo. Porque no se traían a engaño.

Como la *mammy*, él también estaba a sueldo del señor Aganga. Protegiendo el negocio sobre el terreno, asegurándose de que el dinero fluyera en la dirección correcta y de que nadie quisiera pasarse de listo.

Algunos podrían pensar que un solo hombre no podría con todo aquello.

No conocían a Kabiru.

Si Joyce había aprendido cómo era la vida abriéndose de piernas, a él se lo habían enseñado a base de hostias. Primero, recibiéndolas como panes. Y, cuando creció lo suficiente, devolviéndolas con unos intereses exorbitantes. Las cunetas y los vertederos de Benin City estaban llenos de ilusos que habían creído que un solo hombre era insuficiente. Hasta que la policía ya no había podido hacer más la vista gorda y el señor Aganga en persona había premiado sus servicios con un exilio dorado en el norte.

Solo un tiempo, hasta que la cosa se calme, le había prometido. Como si enviarlo a Europa fuese una putada.

Pues, por él, que no tuviera prisa en llamarlo. El jodido culo del mundo podía esperar. Eternamente.

Por desgracia, todo saltó por los aires el día que Joyce salió de casa con demasiadas prisas y cruzó la calle sin mirar. Incluso echado en su sofá del segundo piso, Kabiru habría jurado que escuchó cómo aquel bonito pedazo de madera se astillaba al ser embestido por doce toneladas de metal, conducidas a cuarenta kilómetros por hora por un imbécil que iba hablando por el móvil.

Había bajado las escaleras de dos en dos y se había encontrado con los ojos de Joyce, mirándolo, exorbitados, desde debajo de las ruedas delanteras del número 14, Pla de Palau/ Bonanova. Incapaces de asumir que tantos años de tragar mierda solo le habían servido para terminar debajo de otro gilipollas que, por última y fatal ocasión, iba a lo suyo.

Sin ella cuidándolo, el corral de Joyce no había tardado en alborotarse. Si de lo que se trataba era de meterle a alguien un palmo de acero entre pecho y espalda, Kabiru era tu hombre. Pero lo de controlar a un puñado de chicas diseminadas por toda la costa catalana le venía grande. Los pagos habían empezado a retrasarse más de la cuenta, y el negocio a adelgazar. Y, en mitad de aquella tormenta perfecta, esa idiota de los cojones, Anna, se había dejado seducir por un blanco y había tratado de escapar del redil. A regañadientes, Kabiru se había visto obligado a pedir instrucciones al señor Aganga.

El amo no era de los que se tomaban bien los contratiempos. Pudo notarlo incluso a nueve mil kilómetros de distancia. Otro en

su lugar lo habría tenido crudo. Pero él todavía era quien era. El señor Aganga se había tragado la bilis y le había dicho que tranquilo, que enviaría otra *mammy* para reemplazar a Joyce tan pronto como fuera posible.

Pero quien llegó fue Eshu.

Kabiru acababa de cumplir los cuarenta —o eso calculaba—. Medía un metro setenta, raso, con la nariz chata, una perilla escasa alrededor de los labios descomunales y unas rastas que hubiesen podido competir con las del mismísimo Bob Marley. Tenía los hombros anchos, el pecho fuerte y una sonrisa que podía confundirse fácilmente con la mueca que esbozan los lobos cuando enseñan los colmillos antes de morder. No tenía un físico capaz de intimidar por sí mismo, pero desprendía una energía poderosa y maligna que asustaba al más pintado.

Y, aun así, era Eshu quien lo acojonaba cada vez que tenía que tratar con él.

El recién llegado era mucho más joven, no había cumplido ni los treinta. El pelo muy corto, a tazón, la frente ancha, la nariz recta y un labio superior casi inexistente que contrastaba con el inferior, típico de los de su raza. Pero, por si aquella asimetría no le confería un aspecto suficientemente inquietante, lo que de verdad te helaba la sangre eran los ojos: de un azul casi transparente. Como dos esferas de hielo encastadas en aquel rostro triangular, capaces de ver mucho más allá que el resto de los simples mortales.

Eshu, claro, era un puto *bokor*.

El señor Aganga había decidido enviarlo después de valorar lo que significaba que una chica se hubiera atrevido a desafiar el *yuyu*. Si permitían que una sola se les escapase harían concebir esperanzas a las demás de que podían seguir el mismo camino. Y eso sí que no. Necesitaban dar un escarmiento ejemplar, y Eshu era el hombre idóneo para llevarlo a cabo.

En Benin City era una jodida leyenda, Eshu. Algo así como el hermano maligno del hombre del saco. Todo el mundo le tenía miedo.

Apenas lo vio aparecer por la puerta de *ARRIVALS* de la T-1, el sicario entendió por qué. Y la cosa no mejoró cuando, al

presentarse e ir a cogerle la única bolsa que cargaba, le preguntó su nombre.

—Eshu —respondió el otro, con una vocecita que hubiese parecido infantil de no resultar tan desagradable como unas uñas arañando la superficie de una pizarra.

Eshu. El señor del caos y la astucia. Lo más parecido al diablo que tenía su religión.

Pues sí. Le pegaba.

Siguiendo las instrucciones del señor Aganga, lo había llevado al Changó, un bar de copas de mala muerte y vaga customización africana del Raval que les servía de tapadera y para blanquear el dinero. Regentarlo era, de hecho, su trabajo oficial en Cataluña. En realidad, hasta el accidente de Joyce, solo se dejaba caer por allí muy de cuando en cuando, casi como un cliente más.

Al *bokor* no pareció importarle la habitación oscura y mal ventilada que le había reservado en la trastienda —no había otra mejor en aquel antro—. Apenas pareció darse cuenta. Se limitó a dejar la bolsa sobre el cubrecama roñoso y lo hizo acompañarlo al mercado más próximo, donde compró una retahíla de productos que Kabiru fue pagando, sin atreverse siquiera a mirarlos.

Macumba.

Él era hombre de plomo y de acero. De callejones oscuros y de puños americanos que partían huesos y desgarraban tejidos. Detestaba la magia casi como la temía. La sola presencia de aquel duendecillo siniestro lo perturbaba. Y más aún el hecho de que él pareciese ser perfectamente consciente del efecto que le causaba.

¿Quién te mandaba cruzar sin mirar, Joyce?

Cuando regresaron al Changó, bien provistos, Eshu preguntó si tendrían a la chica lista dentro de un par de noches.

Ningún problema. La había estado vigilando. Sabía dónde vivía, qué hacía y por qué lugares se movía. No le costaría nada que subiera al coche. Ni siquiera tendría que obligarla.

—Magnífico —respondió el *bokor* en yoruba—. Prepararé la ceremonia para entonces. Busca un lugar discreto.

Kabiru asintió, tratando de disimular cuánto le desagradaba todo aquello. Desde que vivía en Barcelona, se había

acostumbrado a ser el jefe. Joyce no estaba exactamente por debajo en el escalafón, pero nunca habían tenido problemas con eso. Él era el hombre.

Ahora, sin embargo, la presencia del *bokor* le devolvía, de un plumazo, a su estatus anterior de pistola a sueldo.

Otro motivo más para detestarlo.

Con todo, se apresuró a cumplir las instrucciones. Localizó el faro desierto en la Zona Franca y, como había previsto, ni siquiera tuvo que forzar a la chica a acompañarlo. Le bastó con detenerse a su lado, cuando esperaba el autobús, y abrirle la puerta.

Ella lo había mirado con ojos de miedo, pero también de esperanza. Y Kabiru había terminado de convencerla con aquella sonrisa suya de depredador amistoso. Anda, sube. Hoy es tu día de suerte. No voy a hacerte nada. Lo arreglaremos.

No hay nada más sencillo que engañar a quien desea ser engañado.

Una vez en el Changó, cuando Kabiru cerró la puerta a su espalda y colgó el letrero de CERRADO, la pobre ilusa se había dado cuenta enseguida de lo que le esperaba. Cuando apareció el *bokor* se echó a lloriquear y a temblar como una hoja.

Hasta se lo hizo encima.

Lo que le sorprendió fue que no tratara siquiera de huir. No. Se quedó allí, quieta, esperando el final. Como el dic-dic que no puede sino observar a la boa, hipnotizado, mientras la serpiente se le acerca con la boca abierta de par en par para engullirlo.

El *bokor* se le había aproximado de igual manera. Poco a poco, haciendo movimientos espasmódicos con el cuerpo y recitando una salmodia ominosa. Taladrándola con aquellos ojos helados que podían arrancarte el alma del cuerpo. Le puso la mano en el pecho y ella sufrió una sacudida. Los ojos se le pusieron en blanco y echó la cabeza atrás, como si quisiera mirar al techo. Eshu continuó con su letanía, girando a su alrededor y arrancándole la ropa, hasta dejarla en cueros. Ella ya solo profería una especie de estertores, mientras las extremidades se le iban agarrotando y se quedaba rígida en mitad de un charco de orina.

Cuando el *bokor* terminó el cántico, le dio un golpecito en la

frente con dos dedos y Anna se quedó inmóvil, como una estatua. Casi sin respirar. Con un hilillo de baba cayéndole de los labios entreabiertos.

Muerta en vida.

—Vístela. Saldremos en cuanto anochezca —le ordenó.

Muerta, pero lo bastante viva para poder llevarla de la mano hasta el coche. Una escena perfectamente normal a ojos de cualquiera que la presenciase gracias a las gafas oscuras que ocultaban lo que había detrás. Y luego los siguió, igual de mansa, hasta el lugar de la ceremonia.

A los pies del faro, Eshu había mirado a su alrededor con desaprobación.

—¿No había un lugar con más hierba?

Estaba realmente irritado. Kabiru tragó saliva.

—Perdona, no me dijiste nada de la hierba. Solo que fuera discreto —trató de excusarse—. Y aquí no pasa nadie a estas horas.

El *bokor* le dio un repaso con sus ojos crípticos. Después, lo dejó estar y abrió la bolsa para sacar el *vevé* de metal, el cuchillo y las demás cosas. Por suerte ya había contado con eso. Iba preparado.

A su alrededor, la oscuridad se hizo aún más densa. El ambiente, más opresivo. Kabiru sintió que le costaba respirar y que la nariz se le llenaba de olores desconocidos y amenazantes.

—*Ezili Kalikau Elu. Ala loa ki red. Ezili uno Damballah. Me apé Ba uno le. Ezili Kabri dé pié! Katé pum pra pu ba le. Ezili Damballah Elu. Ala loa ki red!* —recitaba el *bokor*, mientras le indicaba que obligase a la muchacha a echarse.

Cuando la destripó, empapando de sangre la hierba que los rodeaba, y le sacó las vísceras al aire, ella apenas si se estremeció.

Con su roña y su decorado étnico de feria, a Kabiru el Changó nunca le había parecido un buen lugar. Y desde que Eshu vivía en la trastienda, menos aún. Pero no tenía más remedio que ir. El *bokor* quería verlo.

Como siempre, estaba casi vacío. Solo aquel pibón de Obioma, con su eterno ademán de aburrimiento tras la barra, y un par de tipos en una de las mesas del fondo, bebiéndose una One Lager cada uno.

Los miró con desprecio. Tenían que ser idiotas si preferían aquella mierda nigeriana a las cervezas europeas. ¡Antes se bebería sus propios meados que volver a probar una One!

Saludó con la cabeza a la camarera y ella se las ingenió para devolverle el saludo sin apartar los ojos de la tele. En la pantalla, muy bajito, se peleaban las jóvenes estrellas del culebrón de moda. Kabiru meneó las rastas. Si alguna vez una zorra se le encaraba como lo hacía esa con su hombre, le arrancaba la cabeza. Vivir con una blanca tenía que ser insoportable. No entendía que los europeos pretendieran hacerse respetar si les permitían a sus putas que les levantasen la voz de esa manera.

Kabiru pasó al otro lado de la barra. La trastienda parecía más oscura desde que la ocupaba el *bokor*.

Lo encontró sentado frente a una mesilla redonda, con los ojos fijos en algo que tenía entre los dedos. Sobre el tablón, unas cuantas ramitas, un ovillo de hilo y un puñado de agujas de pino.

Eshu no levantó la mirada de lo que estaba haciendo:

—Cuéntame —pidió en yoruba.

Había muy poca gente en Benin City que los tuviera así de bien puestos como para tratar de aquel modo a Kabiru Tanimu. A Eshu le salía de manera natural.

—Todo ha ido tal cual esperábamos. Han encontrado el cuerpo, pero la noticia no ha salido en ninguna parte. La policía no nos molestará. A nadie le importa una puta negra más o menos.

Le pareció que Eshu sonreía. Era la primera vez.

—¿Y las otras chicas?

—Obioma ha hecho correr la noticia por la asociación. Y Gloria, lo mismo en la calle. A estas alturas no debe haber ni una que no sepa lo que le ha pasado.

¿Otra sonrisa? Era difícil de decir, con aquellos ojos.

—Vigila a la amiga un par de días. O tres. Debemos asegurarnos de que la policía la deja en paz. Si no, tendrás que

encargarte de ella.

¿Iba a tener que pasarse tres días vigilando el piso de Gloria? ¡Menuda mierda!

—Como quieras. Pero si a estas horas no la han interrogado pienso que ya no…

—No pienses. Limítate a hacer lo que te digo, ¿entiendes?

¿Quién te crees que soy? ¿Tu puto esclavo?

Kabiru notó la frialdad del metal de la pistola contra la piel de la espalda. A más de uno le había pegado un tiro por menos de aquello, allá en Benin City.

Ni que le hubiera leído el pensamiento. Eshu sacó las manos de debajo de la mesa. Entre los dedos tenía una muñeca que había trenzado hábilmente con los palitos y el cordel, usando las agujas de pino como cabellos.

Y, colgando de la cabecita, un pendiente que le había visto llevar a Obioma más de una vez.

Eshu dejó la muñeca sobre la mesa, junto al material, y lo miró con aquellos ojos árticos.

¿Algo más?

—La seguiré. Tres días. —Aquella mirada no tendría precio en los suburbios de Benin City.

Eshu asintió con la cabeza.

Anda, esfúmate.

Cuando salió a la calle, Kabiru todavía veía la muñeca.

Seguro que aquel diablo también había hecho una de él.

La primera.

11

—*Són les vuit. Bon dia, Catalunya!*

—*Bon dia, Basté.*

Como cada mañana, mientras sorbía el primer café del día, Artigas le devolvió mecánicamente el saludo al locutor. Estaba de pie, en la cocina de su apartamento. Solo con la claridad grisácea que llegaba desde el patio de luces, las noticias en el transistor y el café —sin leche, ni azúcar, ni nada— para acompañarlo. Otro día lo habría mezclado con un trago de algo más fuerte. O hasta con un tirito. Pero hoy prefería tener la cabeza despejada. Y, además, la coca se le había terminado.

Apuró la taza, la limpió en el fregadero y la dejó, escurriéndose, sobre el mármol. Se obligaba a mantener la casa razonablemente limpia y ordenada como parte de una especie de terapia de control personal. Y eso incluía hacerse la cama por las mañanas, lavar los pocos platos que ensuciaba, hacer la colada una vez por semana y no dejar las cosas tiradas de cualquier manera. A partir de ahí, si el polvo se adueñaba de los rincones no le quitaba el sueño.

Para el tiempo que pasaba entre aquellas cuatro paredes, su estándar de pulcritud era más que suficiente.

Apagó la radio en el instante en que los tertulianos empezaban a buscar el cuerpo a cuerpo. Cada día era lo mismo, pero su tolerancia para soportarlos decrecía. Resultaba demasiado evidente a qué señores servían. Y si volvía a oír a otro pronunciar aquella gilipollez de «el sistema que nos hemos dado entre todos», le provocaría un derrame cerebral irreversible. Pulsó el botón en defensa propia, silenciándolos en el preciso instante en que aquella mujer tan vehemente clamaba por una oleada reformista que se llevara la mierda y lo limpiase todo de

una vez.

¿No se daba cuenta de que si la ola era lo eficaz que la situación requería se la llevaría también a ella por delante?

Y a él, ya puestos.

Esbozó una sonrisa amarga imaginándose a ambos, tertuliana y mosso, arrastrados por aquel tsunami depurador, igual que los protagonistas de *Lo imposible*. Solo que su final no sería tan afortunado como el de aquella buena familia.

Desde luego, no si la ola tenía que servir de algo.

Salió a la calle dispuesto a convertirse en una gota de otra marea mucho más prosaica: la de la gente que iba al trabajo. Se incorporó al tráfico y condujo en dirección a la Ronda de Dalt.

Era día de visita y —al no tener idea de cuánto tardaría en encontrar a Gloria en casa, ni de qué pasaría cuando lo hiciera— prefirió pasarse antes por la residencia.

Estaba en la parte alta del Passeig Valldaura. Tardó un buen rato en llegar. A cambio, el karma lo compensó con un sitio donde aparcar a dos pasos del antiguo caserón reformado. Habían hecho un buen trabajo, disfrazando el edificio de algo en las antípodas de lo que realmente era: una sala de espera. El jardín acogedor, las paredes pintadas de colores alegres, el hilo musical siempre con una de Kenny G o Suzanne Ciani, las enfermeras de sonrisas amables; nada que ver con la triste realidad de los inquilinos. Todos muy jodidos. Devastados por los años y las enfermedades. Haciendo cola para irse al otro barrio de la manera más discreta posible.

El colmo de la civilización y de la asepsia. Eso sí, solo al alcance de bolsillos privilegiados como los de Pere.

«Lo que hacemos es barrer a los viejos bajo el felpudo, de acuerdo», podía haber rezado el elegante díptico con el que se promocionaba aquel lugar. «Pero la nuestra es una alfombra persa, cosida a mano y con diez mil nudos por pulgada.»

El recepcionista lo saludó con cordialidad, sin detenerlo. Lo conocía de sobra: el hijo del señor Artigas, de la 24.

Subió las escaleras de dos en dos. Ignorando el aroma a marchito que ni todo el dinero, ni todos los decoradores del mundo eran capaces de arrancar. Porque no provenía de las

paredes, sino de los que se consumían dentro.

Al abrir la puerta que daba al pasillo se encontró con Carla, la cuidadora de planta. Una de esas personas que parecen puestas en el mundo con el único objetivo de cuidar de los demás. Ella le regaló enseguida una sonrisa de membrillo. Tendría unos veinticinco, aunque aparentaba veinte porque siempre llevaba batas de colorines con motivos infantiles que la hacían parecer más joven. La de hoy era morada, con estampado de florecillas azules y ocres, corazoncitos rosas con la palabra «*Love*» escrita dentro, y Hello Kitty y su lacito —otra vez Hello Kitty— en mitad de todo aquel almíbar. Llevaba el pelo recogido en una sencilla cola de caballo, que le resaltaba los ojos, enormes y grises, los labios, pintados de rosa chicle, y la naricita arremangada.

La clase de personita que querrías cuidando de tu padre, enfermo de Alzheimer en fase avanzada.

—¡Buenos días, Lluís! —También tenía la voz de pajarillo de Disney—. No te esperábamos hasta la tarde. ¡Albert se pondrá muy contento!

Los dos sabían que Albert ya no era capaz de ponerse ni contento, ni triste, ni nada. Su padre se pasaba las horas de silla en silla, con los ojos perdidos en algún punto más allá de todas partes y el cerebro extraviado en el centro de una nebulosa espesa y permanente.

Quien era incapaz de disimular su felicidad cada vez que lo veía era ella. La pobre se esforzaba en demostrarle de todas las formas imaginables que estaría encantada de que la invitase a salir. Pero, aunque tenía su punto —si te iba el candor—, eso no iba a pasar.

A una chica así, él solo podía hacerle daño. Y ya había causado el suficiente.

—Buenos días, Carla. ¿Está despierto?

—Sí, sí. Hemos desayunado hace un rato. Pensaba sacarlo a tomar un poco el aire a media mañana. Pero seguro que preferirá que lo hagas tú.

—Buena idea. Ahora lo llevo.

Se notaba que no quería que la conversación terminase. Lluís trató de continuar yendo a la habitación de su padre, pero ella lo

detuvo, a la desesperada.

—Oye… ¿Por casualidad no te gustará Lady Gaga?

Había visto los carteles anunciando el concierto en el Sant Jordi pegados por toda la ciudad.

Esa vez no necesitó mentirle.

—¡La odio! Me temo que en gustos musicales me quedé anclado en los setenta.

La chica puso cara de decepción. Para una vez que se lanzaba.

—Ya. Bueno… Os veo fuera, entonces —concluyó, resignada.

Lluís asintió con la cabeza.

Angelito, ¿no te das cuenta de que me necesitas como a un trago de cianuro?

La habitación de su padre es de las individuales. De dimensiones modestas, pero muy bien puesta. Con cama motorizada, un armario sólido y de buen gusto, butaca y lámpara para leer —¡leer!—, y un par de mesitas de las que no bailan al poner algo encima. La que está en el cabecero, repleta de frascos de gotas y pastillas; y la otra, junto a la butaca, donde lucen varias fotos enmarcadas.

Allí, la cara de Pere se repite una y otra vez. Más incluso que la de su madre. O que la suya propia, apenas visible en un par.

Un pequeño santuario dedicado al hijo predilecto, vestigio de los días en que el viejo todavía era capaz de distinguirlos.

—Hola, papá. ¿Cómo estás?

Albert levanta los ojos del lugar remoto donde están y lo mira sin saber quién es. Apenas le quedan palabras, porque aquella mierda de enfermedad que lleva siete años royéndole el cerebro se las ha robado casi todas. Y las que quedan no sirven para enhebrar nada coherente.

—¿Pere? —farfulla.

—No, papá. Soy Lluís.

Vuelve a mirarlo, aún más confuso. Un hilillo de baba brotándole de entre los labios.

Lluís suspira. Le limpia la boca.

—Sí, papá. Soy Pere. ¿Has pasado buena semana?

—Pere… —El hombre articula una parodia de sonrisa. Ni ha entendido la respuesta, ni es capaz de contestar a la pregunta.

—Anda, vamos a que te dé un poco el sol. ¿Te apetece?

Ladea ligeramente la cabeza. Decide tomárselo como un sí.

Están sentados bajo uno de los sauces frondosos del jardín. Hombro con hombro. Callados. A Lluís hace rato que se le agotaron las cuatro cosas que tenía que contarle. Albert, simplemente, es incapaz de pensar y, mucho menos aún, de transformar pensamientos que no tiene en palabras. No ha vuelto a abrir la boca.

Las visitas se le hacen cada vez más duras. Querría poder salir por la puerta y no volver hasta el día en que tenga que ir a por el certificado de defunción. Pero algo continúa ligándole a aquella carcasa que un día fue su padre y lo obliga a volver, miércoles tras miércoles, a fingir que le dice todo lo que se calló cuando aún estaba a tiempo.

Carla sale de la casa y se les acerca con esa sonrisa de niña buena que cualquier madre querría para su hijo. A Lluís le fascina que pueda ser tan cariñosa con un detritus como Albert. Él lo soporta porque es su padre, porque no le queda otra. En condiciones normales, daría un rodeo, evitando pasar siquiera por delante de un lugar como ese. La chica llena al viejo de caricias y palabras tiernas. Lo coge de las manos y lo baña con su luz. Y, de alguna manera, Albert parece apreciar aquel trato.

Por nada del mundo le pondrá ni un dedo encima a ese ángel, se promete una vez más el mosso.

Carla los acompaña otra vez al interior de la casa. Albert tiene música y, luego, psicomotricidad. Su agenda está repleta de felices actividades.

De alguna forma hay que justificar la minuta, piensa Lluís.

Se muere de ganas de salir por piernas. Hoy, la visita se le está haciendo más agotadora que de costumbre. Carla parece darse cuenta. Aprovecha que llega otra enfermera por el pasillo y

deja al anciano en sus manos. Artigas se lo agradece desde lo más profundo.

—Bueno…, pues hasta el miércoles.

Carla lo mira como un perrillo abandonado. ¿Seguro que no quieres que vayamos juntos a lo de Lady Gaga?, le preguntan sus ojazos color de humo.

Él finge no darse cuenta. Ojalá las cosas fueran diferentes…

Le dedica un ademán de despedida y se da la vuelta para largarse. Entonces ella lo detiene.

—Lluís… Llevo días queriendo decirte algo… Eres muy buen hijo, ¿sabes? Mucho mejor que la mayoría de los que pasan por aquí. Me he fijado en las fotografías que Albert tiene en la mesita. Seguro que, si ahora pudiera, añadiría alguna más.

Él la mira con rostro inexpresivo. No lo soy, piensa. Fui una mierda de hijo, soy una mierda de poli y sería una mierda de novio, créeme. Pero nadie se merece terminar así: despojado de la propia esencia y reducido a una broma pesada. Ni siquiera un tipo tan arisco y cicatero como era mi padre. Por eso vengo todos los miércoles.

En lugar de eso se encoge de hombros y le recuerda:

—Es mi hermano quien paga tu sueldo. Mi padre está aquí gracias a él…

—¿El hombre con barba y gafas de las fotos? ¿El que no ha venido ni una sola vez?

—El mismo que viste y calza. Pere Artigas, abogado matrimonialista. Sí.

—Pues debería recordar que hay cosas que no se pueden comprar con dinero.

Sí, ya. Eso es lo que nos cuentan a los pelagatos para consolarnos.

—¿Sabes a quién creo que sí debe de gustarle Lady Gaga? —le suelta, por fin—. Al chico de la recepción. Jaume, ¿no? He visto cómo te mira y me apuesto lo que sea a que está por ti.

Se lo ha dicho con una mala leche muy sutil. Como si de verdad creyese que una monada como ella tiene problemas para conseguir que alguien la lleve a un concierto. Que no puede aspirar a nada mejor que al sosaina ese de la entrada.

A ella, que se ha esforzado tanto en resultarle atractiva, le duele igual que si la abofetease. Pero pugna por no demostrarlo. No quiere ni pensar en cómo sería que su padre fuese el hombre de la silla y su hermana la de las fotos. Ya tiene bastante, el pobre, con lo que tiene… Sus labios se arquean hacia arriba. La enormidad de sus ojos derrama indulgencia.

—Hasta el miércoles, Lluís. Cuídate mucho.

Artigas dejó el León en el parking de plaza de Catalunya y bajó sin prisa por las Ramblas, dirección Raval. Al poco de pasar frente a la Boqueria, torció a mano derecha y se adentró por los callejones que rodeaban el antiguo mercado, ahora siempre rebosante de turistas.

Se adentró en un paisaje de restaurantes cucos, comercios alternativos y cafés sugerentes que se alternaban sin solución de continuidad con negocios más prosaicos como locutorios, *pakis* y chiringuitos de kebabs… La nueva Barcelona abriéndose paso, inexorablemente, sobre la ciudad antigua.

Anduvo por aquellos callejones, antes canallas y ahora recuperados para el turismo familiar gracias a los denodados esfuerzos del consistorio. Atravesó una plazoleta. Medio echados sobre un banco, una pareja de adolescentes se comía la boca como si no hubiera un mañana.

Sintió lástima por ellos. Un día, más temprano que tarde, descubrirían que aquel deleite que ahora sentían tenía fecha de caducidad, como un yogur. O a él, o a ella, o a ambos, se les irían los ojos detrás de cualquier otro. Y tendrían suerte si conseguían acabar civilizadamente y no odiándose aún más de lo que hoy se deseaban. El amor con mayúsculas, esa quimera que te vendían los guionistas de Hollywood y los autores de novelas malas, era un espejismo. Y el de verdad, el de andar por casa, repetía el mismo patrón una y otra vez. Lo tenía más que comprobado. ¿Por qué la gente se empeñaba en no verlo? ¿Cuándo se darían cuenta de que lo normal en cualquier relación era que se acabase? Y que la que te sobrevivía lo hacía solamente porque tú te extinguías antes.

Se sintió estafado. Y solo. Y exhausto.

El edificio donde vivían Anna y Gloria resultó ser una reliquia de la Barcelona de Rius i Taulet, que seguía esperando turno para entrar en el siglo XXI.

Subió con cuidado por las escaleras descascarilladas. Todo daba pena: el yeso que se caía de las paredes como la piel de un leproso, las bombillas extinguidas y las puertas de los pisos, tan maltrechas que no habrían soportado ni el soplido del lobo de los tres cerditos. El técnico municipal que le había concedido la cédula a aquel montón de escombros o era un cachondo, o se lo llevaba muerto a casa.

Llamó a la puerta con los nudillos. Toc-toc-toc. Nada. Repitió la operación tres veces, hasta quedar convencido de que estaba vacío.

¿Aún no había regresado o ya había salido a hacer la calle?

Miró el reloj. ¿Quién podía querer una mamada a esas horas?

Bueno, hay gente pa todo.

Miró a su alrededor. La oscuridad lóbrega de la escalera amenazaba con tragárselo. Si se quedaba más tiempo en el rellano, de un momento a otro se le aparecería el fantasma de Enriqueta Martí dispuesta a chuparle la sangre y la poca juventud que le quedaba.

Y si no era el fantasma de la vampira, quien se lo llevaría por delante sería el moho chungo que seguro que crecía por todas partes.

Casi que la esperaba dentro.

Buscó en el bolsillo de la cazadora y sacó el estuche de piel, con la ganzúa. Chic-chac. La puerta se abrió sin oponer resistencia. Tan fácil que lo hizo sentirse un abusón. Habría bastado con empujarla con el dedo.

Entró. Por dentro tenía algo de mejor pinta. Un pañuelo colocado sobre una lámpara para amortiguar la luz por aquí, un mueble rescatado del contenedor y repintado con paciencia por allá… Y la insustituible televisión, presidiendo el espacio. Recordó que Hostalot le había contado que la tele y la religión eran el mayor consuelo de aquellas chicas. Él, si podía elegir, se quedaba con *Padre de familia* y la casa Stark antes que con el

papa Francisco y la casa del Señor.

Tuvo una corazonada. Gloria iba a tardar un buen rato en volver.

Decidió echar un vistazo, a ver si encontraba algo de Anna. No tuvo suerte y, con resignación, se dejó caer en un sofá desvencijado, a esperarla.

12

Mònica llevaba mucho tiempo sin despertarse junto a alguien. El cuerpo de Txell, acurrucado a su lado, roncando suavemente, le pareció cálido y acogedor en comparación con las frías sábanas a las que estaba acostumbrada. Siguiendo un impulso infantil, se puso a juguetear con su pelo, soplándole suavemente en una oreja. La francesa abrió enseguida los ojos y, al recordar, le sonrió.

—*Bonjour, Mònica*.

—*Bonjour*. —Hasta ahí le alcanzaba el francés.

Las dos se daban cuenta de que la atmósfera de la noche pasada se había desvanecido con el amanecer. Aun así, todavía se sentían bien juntas.

Mònica recordaba a un personaje de novela diciendo algo así como que una mujer te salvaba la vida mejor que un chaleco antibalas. Igual tenía que aplicarse el cuento.

Volvieron a besarse. Besos largos, dados sin prisas y acompañados de caricias sabias.

—Me gusta mucho tu tatuaje —le cuchicheó Txell al oído.

Era de cuando Eva y ella habían visitado Dakota —la tierra de la bisabuela *sioux* que le había robado el corazón a Pol Vidal durante la visita del *show* de Buffalo Bill a Barcelona y que había terminado viviendo casi medio siglo a su lado, como su esposa—. Madre e hija se habían hecho uno cada una, y Mònica había elegido la base de la columna. A veces, hasta se olvidaba de que estaba allí.

Era el dibujo de un círculo que enmarcaba una red y con plumas de águila adornando la semicircunferencia inferior.

—Es un atrapasueños.

—*Quoi*?

—Un atrapasueños. Los indios los colgaban sobre las cabezas de los niños cuando dormían para protegerlos de las pesadillas y las visiones malignas. Creían que filtraban los sueños: los buenos pasaban por el centro, hacia la persona, y los malos se quedaban atrapados en la red y se desvanecían con el primer rayo de luz del amanecer. Me lo hice esperando que, si lo llevaba puesto, podría dormir en cualquier cama sin miedo.

—¿Y funciona?

Mònica abrió la mano y la hizo oscilar a ambos lados. Así, así…

—Pues, aun así, me encanta —la consoló Txell.

—El tuyo también es bonito. —La francesa llevaba una salamandra tatuada al final de la pierna izquierda, que se extendía tobillo abajo hasta casi la punta del pie. Quien se lo había hecho conocía su oficio.

—*Oui! N'est-ce pas?* La idea es que me ayude a ser como uno de estos animalitos y poder escabullirme igual que hacen ellos de los malos rollos y las situaciones peligrosas.

—¿Y funciona?

—¡Casi nunca! —Se echó a reír con una risa contagiosa—. Pero a los tíos les parece muy sexi.

Sin saber muy bien por qué, Mònica se sintió aliviada al escuchar esas palabras.

Miró el reloj. Quería ir pronto a casa de Gloria para estar segura de encontrarla y ver si le proporcionaba más pistas. Se sentó en la cama y empezó a ponerse las bragas.

Txell se le acercó por detrás, ronroneando como una gata. Le acarició el pelo y, con la otra mano, empezó a juguetear con uno de sus pezones.

Mònica suspiró. Es que ahora tengo un poquito de prisa…

Notó sus labios en la base del cuello y la piel volvió a erizársele.

Un momento más tarde, volvía a estar desnuda sobre la cama, a cuatro patas.

Esta vez, Txell le metió el puño entero. Ella se estremeció de placer, mientras aquel fuego le calcinaba las venas y hacía que el mundo se le difuminase ante los ojos.

¡Dios, síííííí!

Se plantó en la dirección del Raval bastante más tarde de lo previsto, aunque de un humor mucho mejor del que solía gastar por las mañanas. No pudo evitar una mueca de disgusto al ver la fachada. Su edificio parecía Buckingham Palace al lado de esa ruina. Tanta obsesión con limpiar las calles… ¿Para cuándo algo de control sobre los hijos de puta que se hacían de oro alquilando aquellos estercoleros a la pobre gente?

Subió las escaleras hasta el piso que habían compartido la chica muerta y la que andaba buscando. Mònica no se acobardaba fácilmente, pero le costó que la imaginación no le gastara malas pasadas mientras dejaba a su espalda una planta tras otra, casi a tientas. De aquella oscuridad bien podía surgir el asesino de Anna, decidido a borrar su pista de manera permanente.

Un solo tajo en la yugular y sus neuras serían historia.

Se sacudió el miedo del cerebro. Aquellas cosas solo pasaban en las películas. Lo único que la esperaba arriba era una pobre chica, acojonada, que la ayudaría a avanzar en su investigación.

La puerta del apartamento de las nigerianas estaba tan perjudicada como el resto de aquel decorado de pesadilla. No había timbre, ni nada que se le pareciese. Al final, llamó suavemente con los nudillos. Se trataba de ganarse su confianza, no de hacerle creer que tenía a Antivicio al otro lado a punto de enchironarla.

Escuchó el rumor de pasos y el sonido inconfundible de una cerradura al abrirse.

Iba a exhibir su sonrisa más tranquilizadora cuando el rostro de un hombre blanco, mal afeitado y con cara de necesitar una cura de sueño le provocó un buen sobresalto.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—Perdone, me he equivocado. —Mònica se dio media vuelta para salir, pies para qué os quiero. Pero la voz autoritaria de él la detuvo.

—Quieta ahí, señorita. ¡Policía! No me obligue a correr escaleras abajo, que ya llevo un día bastante movido. Vuelva

aquí.

La voz era la de alguien que no estaba para monsergas…, pero no la del asesino del hacha. Mònica se olvidó de la fuga y regresó al rellano.

—¿Me enseña su placa, por favor?

Él asintió. Era una petición razonable. Se llevó la mano al interior de la chaqueta.

—¿Satisfecha?

Mònica esbozó una mueca, mientras leía el nombre que encabezaba el carné que acompañaba a la placa y comparaba la foto con el original.

—Vale, parece buena. Pero ¿quién me dice que no las venden a peso en el *paki* de la esquina?

—Sí, yo también he visto esa película. Esto es Barcelona, no Baltimore. No quiera pasarse de lista y enséñeme su documentación.

Mònica echó mano del carné de prensa, esperando alguna reacción. Si la palabra «periodista», escrita en letras grandes y negras, lo intimidó, el tipo lo disimuló de manera más que convincente. Se lo devolvió con un ademán seco, acompañado de una invitación a pasar.

Él pudo leerle la reticencia en los ojos.

—Ande, no se quede ahí, que no muerdo. ¿O de verdad piensa que la galleta es falsa? Si va a sentirse más segura, nos quedamos en el rellano a hacerles compañía a las cucarachas… —Y acompañó la frase con un gesto elocuente, que abarcaba aquel espacio tan poco acogedor.

Mònica se dio por vencida.

El cabo Artigas —decidió dar por bueno el nombre que había leído en el documento— la acompañó a la sala y le señaló un sofá que no merecía el beneficio de la duda mientras él se dejaba caer en el otro, que tenía incluso peor pinta.

—¿Me cuenta qué hace usted aquí?

—Yo podría preguntarle lo mismo. ¿No le parece?

—*Podría*, de no ser por el insignificante detalle de que, aquí, las preguntas las hago yo. Mire, podemos hacer esto por las buenas o por las malas, me da igual —le mintió—. Pero si me lo

pone fácil, descubrirá que puedo ser un tipo bastante razonable.

A pesar de que la presencia de un policía en aquel apartamento era muy poco ortodoxa, Mònica tuvo la sensación de que era sincero. Se arriesgó y le contó todo, omitiendo los nombres de Xavier, el doctor Navarro y cualquier mujer de la asociación.

Mientras hablaba, el rostro de él se mantuvo en modo máscara de cera. ¿Poner aquella cara de palo era una de las asignaturas que les enseñaban en la academia?

Cuando hubo terminado, Artigas reflexionó unos instantes y le soltó:

—Mire, señorita mmm… Vidal, voy a serle franco: la ley la asiste a ir adonde le salga de las narices jugando a ser Lois Lane. Así que, si lo desea, oficialmente esta conversación ha terminado. Extraoficialmente, le diré que podría ponerme muy pesadito con lo que acaba de contarme del expediente ese, fotocopiado, que se llevó de la morgue. Sí, vale: la cosa probablemente se quedaría en nada. Pero me serviría para quitarla a usted de en medio, que es de lo que hablamos aquí. Así que, ¿qué le parece si nos lo ahorramos y se va usted a casa, después de prometerme que se olvidará del caso y devolverá los documentos?

Mònica le sostuvo la mirada, sin arrugarse.

—¿Sabe qué? Se me ocurre algo mejor: ¿qué le parece si cojo todo lo que tengo hasta ahora, lo publico a cuatro columnas en la sección de Sucesos y esperamos a ver qué cara ponen sus jefes y el *conseller* Turó?

Joder. ¿Acababa de decir eso? Ni la mismísima Eva habría defendido mejor el fuerte. Por una vez, habría estado orgullosa.

Antes de que el agente hubiera podido replicar, oyeron el rumor de pasos en el rellano y el chasquido de una llave en la cerradura.

Una chica un par de años mayor que Anna entró en el piso con cara de agotamiento. Llevaba un vestido ceñido, corto y estampado con tonos rosas y lilas; bisutería XL en el cuello, orejas y brazos, y unos zapatos de tacón de aguja, cómodos como dos copitas de coñac. Cuando levantó los ojos y descubrió a los intrusos, puso cara de espanto y salió corriendo.

Mònica trató de levantarse de aquella trampa en forma de sofá donde se había hundido. Artigas fue mucho más rápido. Saltó como un gato en celo y se precipitó hacia la puerta abierta.

Mònica no había ni alcanzado la entrada cuando le oyó regresar con la fugitiva cogida por el codo.

—*Leave me alone, you, fucking asshole! Who are you and what the hell are you doing in my house?*

La nigeriana gritaba y trataba de soltarse de la tenaza del agente, pero Mònica vio enseguida que toda esa indignación no era más que un mal intento de esconder el pánico que sentía. Le temblaban las piernas y tenía las pupilas dilatadas.

Artigas cerró de un portazo, la obligó a sentarse, sin maltratarla —la periodista se preguntó si habría actuado igual de no haber testigos—, y le quitó el bolsito minúsculo que llevaba para registrarlo. Al final, fue el carné arrugado de un videoclub que sin duda ya habría pasado a mejor vida lo que le dio la información que buscaba.

—*Urenna Onyeneke. Is that you?*

—*Yeah* —respondió ella, desviando la mirada.

—¿Y Gloria también eres tú*?* —continuó preguntando el mosso, en inglés.

—Sí —volvió a decir ella, a disgusto.

—Vivías aquí con Gbemisola Shotade. ¿Sabes lo que le ha pasado?

Silencio. La mirada clavada en el suelo, como si las baldosas, todas agrietadas, tuvieran un imán para las pupilas.

—¿Para quién trabajas? ¿Quién es tu *mammy*?

Más silencio.

El mosso soltó el aire por la nariz. No se lo iba a poner fácil. Sacó la placa y se la puso en la cara.

—Urenna, soy agente de policía. Tu compañera de piso ha sido asesinada. Necesitamos que nos digas todo lo que sepas.

La chica continuó muda. Pero no dio muestras de sorprenderse por la noticia. Era evidente que estaba enterada.

—Urenna —intervino Mònica, con su inglés mucho más fluido que el del agente—, si nos dices lo que sabes, podemos ayudarte. No nos importa si tienes papeles o a qué te dedicas. Cuentas con

mi simpatía. Pero si no colaboras no nos dejarás otro remedio que empapelarte. No podemos volver a comisaría con las manos vacías. Esto va como va…

Artigas estaba a punto de pedirle que se callara cuando se dio cuenta del cambio de actitud de la nigeriana. Miraba a esa periodista entrometida con otros ojos. Seguramente, solo por ser mujer.

De acuerdo. Juguemos a poli buena y poli malo, pues.

—Déjala, Mònica —soltó, poniendo cara de asco—. Estas negras de mierda son todas iguales. Metámosla en el calabozo y que le apliquen la ley de extranjería. ¡Nosotros ya habremos cubierto el expediente!

—Mi *mammy* está muerta. Un accidente. Ahora el que manda es Kabiru —dijo la chica con un hilo de voz, mirando solo a Mònica, como si el hombre no estuviera.

—¿Kabiru? —La periodista había actuado siguiendo un impulso. Ahora, sin embargo, tenía miedo a estropearlo si no hacía las preguntas adecuadas. Miró al mosso por el rabillo del ojo, esperando alguna clase de señal. Pero él permaneció impasible. Lo interpretó como un *adelante*.

—Kabiru Tanimu, el dueño del Changó. Él es quien recibe el dinero. Gbemi también dependía de él. Ya la advertí de que toda esa historia con el hombre blanco no podía acabar bien. Pero no quiso escucharme. Lo veía todo de color de rosa. Era demasiado inocente. Demasiado buena.

Se echó a llorar.

—¿La mató ese Kabiru, entonces? —insistió Mònica. Artigas continuaba haciendo la estatua.

La nigeriana la miró con los ojos llenos de pavor.

—¡Yo no he dicho eso! ¡No lo sé! Por favor, déjenme en paz… Yo no sé nada. ¡Nada! Si alguien les ve aquí…

—¿Qué? ¿Corres peligro?

La muchacha se derrumbó. Empezó a hablar de manera atropellada en igbo, su lengua, mientras movía rítmicamente el cuerpo adelante y atrás y repetía: *Macumba*.

Solo entonces el mosso abandonó la inmovilidad. La cogió por los hombros y le habló, sosegado y hasta amable:

—Cálmate. Tranquila. Nadie nos ha visto entrar, te lo aseguro. No tengas miedo.

Ella dejó de balancearse de aquella manera frenética, pero continuó gimoteando. El agente se volvió hacia su inesperada socia. No le sacaremos nada más, al menos por ahora.

—Escucha —le dijo a la nigeriana—: te garantizo que no diremos nada a nadie de lo que hemos hablado. Tenemos muchas maneras de pillar a Kabiru, te lo prometo. Estás a salvo. De todos modos, si necesitas algo o recuerdas cualquier cosa, te dejo mi tarjeta. —La depositó sobre la mesilla—. Por cierto, ese local, el Changó: ¿dónde está?

La chica le dio una dirección del Raval con un hilo de voz.

El cabo le hizo un gesto con la mano a Mònica para que lo siguiera. Cuando cerró la puerta, todavía escuchó una última vez aquella palabra de labios de la aterrorizada joven.

Macumba.

Abandonaron el edificio y echaron a andar, de vuelta a las Ramblas. Artigas la fulminó con la mirada.

—¿Y a ti quién te ha dicho que podías hacerte pasar por policía, si puede saberse? ¿No sabes que es un delito?

Así que ahora la tuteaba. Buena señal.

—No he visto que me pusieras pegas. Si no llego a echarte una mano no te habría dicho ni su nombre…

Tenía razón. Pero no pensaba reconocérselo. Pasaron ante un café vacío, que no tenía muy mala pinta. Él le hizo el ademán de entrar.

Ocuparon una mesa del fondo. Ni a él le apetecía el café, ni a ella le entraba la Coca-Cola, pero había que consumir. Las bebidas se quedaron huérfanas sobre el mármol mientras hablaban.

—Si no recuerdo mal, antes estabas a punto de decirme cuándo pensabas devolver el dosier robado. De seis meses a tres años por apropiación indebida de documentos, por cierto… —añadió, improvisando una pena que no sabía ni si existía.

—¡No me digas! Y yo que creía que hablábamos de lo cojonuda

que quedaría la noticia de una mezcla de Jack el Destripador y brujo vudú campando a sus anchas por la Barcelona de dibujos animados del *conseller* Turó.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Y quién va a publicar ese cuento? ¿El *Daily Bugle*? Porque un periódico de verdad seguro que no.

Mònica tuvo que reprimir una sonrisa al oír aquella alusión a los cómics de Spiderman. De adolescente, le encantaban. Su madre, en cambio, los detestaba. Se había hartado de sisarle monedas del bolso para comprarlos a hurtadillas.

—Tú sabrás si puedes correr el riesgo —dijo ella, aumentado aún más el farol—. Pero te advierto que tengo a J. Jonah Jameson comiendo de mi mano…

Vio la sombra de una sonrisa atravesándole fugazmente los ojos, apreciando que hubiera sabido seguirle el juego. Eva siempre decía que la complicidad era la mejor manera de edificar relaciones provechosas.

Con eso y el interrogatorio que había salvado antes, acababa de llevarse el primer set del partido contra el cabo Artigas.

—¿Siempre eres tan descarada con la policía, Lois?

—No creas. Solo cuando me los encuentro jugando al Llanero Solitario, en mitad de un episodio flagrante de allanamiento de morada, investigando un caso que sus jefes se están tomando muchas molestias en enterrar.

Y juego en blanco para empezar el segundo.

Artigas la miró sin saber qué hacer. Te está dando un baño, reconócelo. Ir de sobrado no hará que se eche atrás. Decidió cambiar de táctica e ir por las buenas.

—Mira…, no puedo negar que has estado bien. Te propongo lo siguiente: tú me prometes que te quedarás quietecita y me dejarás hacer mi trabajo y, a cambio, te doy mi palabra de que tendrás la exclusiva cuando todo esto acabe. Y ahora me devuelves el dosier, por supuesto.

Mònica había ido demasiado lejos para contentarse con las migajas.

—Mira…, no te lo tomes como algo personal, pero: y una mierda. Esta historia es mía y no pienso soltarla. Además, visto lo visto, hasta ahora hemos llegado al mismo punto. ¿Por qué

estás tan seguro de que lo harás mejor que yo? Como muy bien acabas de reconocer, con Gloria te he sacado las castañas del fuego, cabo Artigas.

¿Ves? Ahora empezaba a tocarle los cojones.

—¿Prefieres que te lleve a comisaría, entonces?

—Y tú, ¿quieres que escriba tu nombre a cuatro columnas, a ver qué pasa?

Deuce.

Por un instante tuvo miedo de haber ido demasiado lejos con aquel poli. Si lo cabreaba, era capaz de enterrarla en mierda. Aunque ya no podía echarse atrás. Le sostuvo la mirada mientras él trataba de decidir si le ponía las esposas.

Artigas se moría de ganas, pero tenía los pies de barro. Si la llevaba a comisaría haría saltar la liebre y tendría al Cardenal pegado a sus talones las veinticuatro horas. Después de todo, estaba muy solo en aquel asunto. Puede que ella llevara razón y fuese una ayuda y no un estorbo.

Aun así, trató de disuadirla una última vez.

—Vale. Tú sabrás lo que haces. Pero conste que no puedo garantizar tu seguridad si te empeñas en continuar agitando el avispero…

—Por eso no te preocupes, cabo. Hace años que sé cuidarme solita.

Él la miró, muy frío.

—No te confundas. Ni en sueños has tratado con semejante ganado. Si les tocas los huevos, te abrirán en canal, se harán una guirnalda con tus tripas y luego se tomarán una cerveza debajo. Los nigerianos trabajan así. Se la suda matar a una mujer. Aunque sea blanca.

Lo dijo de una manera que a Mònica no le cupo duda de que no mentía.

Igualmente, tendría que correr el riesgo.

—Me las arreglaré. Pero gracias por la advertencia.

Artigas meneó la cabeza. ¿Gracias por la advertencia? ¿Ya me las arreglaré? La muy cabezota estaba pidiendo un disgusto a gritos.

Pues nada, buen viento. Él ya había cumplido.

Mònica se levantó para irse.

—En fin, nos vemos por ahí. Suerte, cabo.

El Artigas de hacía solo un par de días la hubiera dejado largarse. Ahí te pudras, guapa. Pero la nueva versión había incorporado algunas mejoras.

—¡Alto ahí, potrilla! —la detuvo—. Al menos dime que no piensas ir sola al Changó preguntando por Anna.

Ella le dedicó una mueca sarcástica.

—¿Y adónde quieres que vaya? ¿A una echadora de cartas? ¿Llamo a Sandro Rey?

Artigas suspiró. Aquella inconsciente se iba a meter en la boca del lobo pensando que el carné de periodista la protegería como si estuviera hecho de kevlar y cerámica.

Suspiró. Si la mantenía cerca igual hasta podría evitar que le rajasen el cuello. La idea le seducía como una colonoscopia, pero a la fuerza ahorcan.

Iba a proponérselo cuando le sonó el móvil. Le hizo un gesto con la mano para que esperase y descolgó.

—Artigas. —Puso cara de contrariado—. Sí, claro. ¿Esta noche? ¿En el Derby? Sí, por supuesto que recuerdo dónde está. Lo que me sorprende es que todavía siga abierto. De acuerdo, entonces. Hasta luego.

Colgó y volvió a mirarla. Ya sin acritud.

—Lois, oye… El pez que nos proponemos pescar no es de los que conviene perseguir de noche, ¿entiendes? Y se está haciendo tarde. —Ella comprobó la hora y se sorprendió de que tuviera razón—. No hagas tonterías, ¿vale? Si te parece, podemos ir juntos. Te doy mi palabra de que no te la jugaré. Ya has oído que tengo una cita. Si me das tu dirección, te recojo mañana por la mañana. ¿Quién sabe? Igual hasta te dejo volver a hacer de poli buena… ¿Hace?

Mònica receló. ¿Podía confiar en aquel agente que parecía ir por libre?

Vaya una para juzgar a nadie. Hace. Le dio la dirección.

—¿Tengo tu palabra de que no harás ninguna estupidez antes de mañana?

—La tienes. Y también de que, si me la juegas, me aseguraré

de que tu nombre quede a la altura del betún cuando escriba sobre el caso.

Él esbozó una sonrisa exhausta.

—Qué mala leche tienes para ser tan poquita cosa, Vidal…

—No lo sabes tú bien. Procura no hacerme enfadar, Artigas.

Al salir del café, ninguno se fijó en el hombre de torso triangular, labios descomunales y peinado de Medusa que los había visto entrar, por separado, en el piso de Gloria, los había esperado pacientemente fuera durante horas, y los había seguido luego discretamente hasta allí. Cuando se fueron, cada uno por su lado, solo dudó un instante antes de seguirla a ella.

La acompañó, como una sombra ominosa, a través de callejones y travesías hasta que la vio entrar en un edificio solo ligeramente mejor que el de sus chicas. Cuando estuvo seguro de que no podría oírlo, entró, miró el único nombre que había en los buzones y lo apuntó en una libretita ajada que se sacó del bolsillo trasero de los tejanos.

Luego, salió y se mezcló con el resto de las sombras que iban de un lado a otro bajo la luz mortecina de un sol plomizo que empezaba a declinar.

13

El Derby era un local de ambientación ecuestre y aire decadente que había conocido tiempos mejores. De sus días de presunta gloria conservaba el mobiliario macizo, donde abundaban la madera y el cuero; las paredes decoradas con escenas de carreras de caballos y cacerías inglesas; y una carta rebosante de combinados con nombres que solo significaban algo para *connaisseurs* de aquel mundillo, como *Darley Arabian, Byerly Turk, Churchill Downs* o *Aintree*.

A Clara Nadal no le gustaban especialmente los caballos. Pero aquella coctelería que, aún agonizante, trataba de mantener una apariencia *classy*, con sus muebles rancios, camareros de riguroso esmoquin blanco y frascos relucientes le había caído en gracia. Era el único lugar donde se había arriesgado a dejarse ver en público con Artigas, consciente de las escasísimas posibilidades de coincidir con alguien.

Cuando llegó, estaba sentada en un rincón, tomándose uno de esos cócteles con nombre de antiguo campeón del Grand National. Con el mismo vestido que llevaba la primera vez que terminaron en la cama. Mientras atravesaba el local, casi desierto, se preguntó si la elección del *look* sería simple casualidad.

—Usted dirá, inspectora —le dijo, arrastrando una de aquellas sillas tan sólidas para sentarse a su lado.

—No, Lluís. Quien tiene cosas que decir eres tú. ¿Me quieres contar qué demonios estás haciendo?

El tono estaba en algún sitio a medio camino entre el cabreo y el pánico. Un lugar muy peligroso para él.

—Me pareció que había quedado claro en nuestra última conversación.

—A mí también. Pero entonces me llamó Marcel Jubany exigiéndome que te pusiera el bozal y amenazándome veladamente si no lo hacía. Y se me ocurrió que igual te habías olvidado de compartir algún detallito conmigo. De manera que te lo vuelvo a preguntar: ¿hay algo que yo deba saber antes de que empiece a llover mierda?

Clara debía de ser la única persona en todo el cuerpo que no llamaba al Cardenal por su apodo. A pesar de aquella muestra de respeto hacia alguien que no era digno de la misma, ella sí merecía una explicación.

—Todo apunta a que la víctima trabajaba para una red de proxenetas nigerianos y quiso salirse. Tenía novio —la palabra se le hizo extraña al recordar la triste figura de Ibáñez— y se había matriculado en una academia de estética. Lo más probable es que sus chulos hayan querido dar ejemplo. El numerito del vudú es un recordatorio para las que tengan la tentación de hacer lo mismo. Tengo el nombre del tipo que está detrás de todo el tinglado: un tal Kabiru Tanimu. Y sé dónde encontrarlo. Mañana le haré una visita, a ver qué cae. Si la Científica puede encontrarle algo que lo relacione con la escena del crimen, deberíamos poder encerrarlo y tirar la llave.

La inspectora estaba impresionada. No había perdido el tiempo.

—Eso sería fantástico, si no fuera porque ya sabes que Jubany no quiere oír ni hablar de tu caso. Y si tu caso no fuera *su* caso, según el reglamento. Me ha cantado las cuarenta por teléfono. Y ha terminado diciéndome, con buenas palabras, que, si no sacas la nariz de su territorio, te cortará los huevos para hacerse unos pendientes.

—Qué hijo de puta…

—Brindaré por esa descripción tan literaria. —Clara levantó la copa con una mueca de asco, fingido solo a medias—. Pero, independientemente de a qué se dedicase su madre, vuelvo a decirte que tiene la ley de su parte. Y yo no voy a buscarle las cosquillas solo porque a ti te haya dado por hacerte el héroe.

—Necesitaría echarle un vistazo a la ficha del tal Kabiru para saber de qué palo va —le respondió él, como si no la hubiese oído

—. Pero, estando de baja, quedaría feo que me plantase mañana en comisaría. ¿Podrías enviarme lo que haya, por *e-mail*, mañana a primera hora?

La inspectora no daba crédito.

—¿Es que hablo para las paredes? Acabo de decirte que no pienso comerme tus marrones y me pides que te envíe la ficha de un sospechoso. ¿Cómo puedes tener semejante cuajo? ¿O es que tu *vendetta* personal también me incluye a mí? ¿Es eso, Lluís? ¿Quieres hundirme?

—Clara, te juro que no te guardo ningún rencor. Entendí perfectamente que quisieras poner distancia, de verdad. En tu piel, yo habría hecho lo mismo. Pero una cosa es querer salvar el tipo y otra echar tierra sobre el brutal asesinato de una niña. Eso no le pega a la mujer que conozco. Ni a la policía. Mira, ¡estoy a esto —juntó la falange superior del índice y el pulgar— de pillar a ese hijoputa por los huevos! Solo necesito que me cubras un poco más. No te lo pediría si pudiera hacerlo de otro modo, créeme. Aun así, si me dices que no, no pasa nada. Ya me las ingeniaré.

Clara chasqueó la lengua. ¿Tan transparente era? Si apenas se habían acostado unas cuantas veces.

Pero Alfie tenía razón. Que Jubany hiciera lo que le diera la gana no le daba igual. Y la muerte de una joven, menos aún.

—Haré lo que pueda —le dijo, suspirando—. No te prometo nada.

—Con eso tengo bastante, gracias.

Ella echó un trago de su combinado.

—No quiero ni pensar en cuál es mi mote en comisaría. ¿Madre Teresa, quizás?

Artigas apartó la mirada. No pensaba decírselo, pero por ahí iban los tiros. Para despistar, levantó la mano llamando la atención del único camarero que había a la vista. ¡Dos más como este, por favor!

—Lluís, si me arriesgo a enemistarme con Jubany, al menos quiero que me respondas a una cosa.

Por fin. Era de esperar. No podía reprochárselo. Tenía todo el derecho de saber qué había pasado con la droga.

—Claro.

La inspectora lo sorprendió una vez más.

—¿Por qué haces esto? ¿Por qué te juegas el poco crédito que te queda en el cuerpo por una chica que ni siquiera conocías? ¿O es que la conocías? Querría entenderlo, ¿sabes?

¡Esta sí que era buena! No le preguntaba si había robado la droga, sino por qué le importaba tanto aquello. Él también quisiera saber por qué lo hacía, puestos a pedir. Aquella cruzada quijotesca le pegaba como una rebequita a Kim Kardashian. Ni siquiera a su nueva y ligeramente retocada versión.

Cerró un instante los ojos y volvió a ver el cuerpo torturado de Gbemisola Shotade. Destripada como un cordero. Los ojos exorbitados. El monedero de Hello Kitty chorreando muerte. La hierba teñida de rojo.

Toda esa sangre.

—¿Me creerás si te digo que solo estoy tratando de hacer lo correcto por una vez en la vida? —le confesó al fin—. Si no, ¿qué sentido tiene todo esto? ¿Qué hacemos jugando esta partida que no se acaba nunca? Alguna vez habrá que hacer justicia, digo yo. ¿Puedes entenderlo?

Clara asintió. Por supuesto que lo entendía. Ella también necesitaba que se hiciera justicia alguna vez.

Era solo que habría elegido otro momento.

Cuando el camarero llegó a la mesa, con las dos copas haciendo equilibrios sobre la bandeja reluciente, Artigas ya se había marchado.

14

Kabiru se presentó en el Changó con ademán inquieto y lo puso al corriente de la situación. No se había equivocado: dos blancos, hombre y mujer, habían estado en el piso de Gloria. Llegaron cada uno por su lado y permanecieron allí mucho tiempo. Luego, salieron juntos y se quedaron charlando en un café. Cuando al fin se separaron, eligió seguirla a ella. Había apuntado su nombre y dirección en un papel.

Eshu lo contempló con sus ojos de hielo. Nórdicos. Incongruentes en alguien con su color de piel.

Leyó el nombre que había escrito: Mònica Vidal.

Los nombres de los blancos eran igual que sus rasgos: desprovistos de personalidad. Sin ningún significado concreto para él. Todos le parecían iguales y ninguno le decía nada de su dueño. Aquel, sin embargo, le resultaba extrañamente familiar.

—¡Obioma! —llamó.

La camarera, que habitualmente se manejaba con bastante parsimonia, corrió a la trastienda al oírlo. Kabiru le adivinó la incomodidad en el rictus.

—La periodista que fue a la asociación preguntando por Anna —inquirió Eshu en yoruba, con aquella vocecita sibilante como una mamba—. ¿Recuerdas cómo se llamaba?

—Vidal. Mònica Vidal. —El nombre de la tipa se le había quedado grabado. Tan delgada y con una ropa tan elegante y que le sentaba tan bien.

El *bokor* agitó una mano en el aire para indicarle que eso era todo y ella regresó tras la barra aún más deprisa de lo que había llegado.

—Pues el otro era policía —añadió Kabiru, sombrío. En todas partes eran iguales. Podía olerlos a distancia. Y ese no se

esforzaba precisamente en camuflar su tufo.

Por un instante, Eshu perdió su máscara impenetrable. ¿Una periodista y un policía juntos en el apartamento de Gloria? Aquello solo podía traerles problemas.

El señor Aganga había sido muy claro: minimizar las pérdidas, pero aceptar los sacrificios que fueran necesarios. Y, por encima de todo, hacer lo que fuera para no sacar de su sueño a las narcotizadas autoridades locales.

Lo que fuera.

Kabiru le leyó el pensamiento.

—Lo de la periodista no es bueno…

No. *Nada* bueno.

Tendría que empezar a aceptar sacrificios y a hacer lo que fuera.

—Vete donde Gloria y tráela aquí —le ordenó a Kabiru—. Después ya veremos qué hacemos con la blanca.

—¿Qué les has contado, zorra? —Kabiru vuelve a levantarle la mano a Gloria. Ella se encoge, para protegerse, mientras continúa gimoteando. Desde el lugar donde está sentado, Eshu ve claramente que, a pesar del despliegue de brutalidad del sicario, a quien ella teme de verdad es a él.

Aquello lo hace sentirse bien. Poderoso.

—¡Nada! —repite la chica en igbo, entre sollozos, sin apartar la mirada del *bokor*. Tiene la nariz llena de mocos y un hilillo de sangre le brota de entre los labios y le ensucia la dentadura, blanca como una llamarada incandescente—. ¡Os lo juro, no les he contado nada! Yo no soy como Anna. ¡Por favor, tenéis que creerme!

—¿Qué querían saber?

Gloria se estremece. No sabe qué responder para no empeorar aún más su situación. Nunca ha estado tan asustada. Ni siquiera cuando le sacaron el alma, antes de salir de Nigeria. O cuando tuvo que cruzar el estrecho en una zódiac que hacía aguas por todas partes y que llegó de milagro.

—¡Habla!

—¡No lo sé! —lloriquea—. No quería escucharlos. Hablaban de Anna. De que estaba muerta. Yo no quería ni mirarlos. ¡Os juro que no he dicho nada!

Eshu la trepana con los ojos. No la cree. Por otro lado, tampoco sabe gran cosa. Pero puede ver que miente tan claramente como que está loca de pánico.

Ella siente aquella mirada escarbándole el alma y llora todavía con más fuerza. Se da cuenta de que está condenada, pero se resiste a aceptarlo. De repente, rebusca en el bolsillo y saca una tarjeta, arrugada.

—Me dio esto para que lo llamase si recordaba algo. —Se aferra a aquel rectángulo de cartón como lo hacía a la borda de la barca, mientras atravesaban el mar oscuro—. ¿Lo veis? ¡Esto demuestra que no he hablado! Soy buena. Soy buena. Soy buena…

Kabiru le arranca la tarjeta de la mano y se la entrega al *bokor*. La chica se queda de rodillas. Repitiendo esas dos palabras una y otra vez, igual que si fueran un hechizo que pudiera protegerla de lo que está por venir.

Eshu lee: Lluís Artigas, cabo.

Piensa en lo que podría hacerle con aquel cartoncito. Pero no. Es un poli. Si lo toca, sacará a los demás de su modorra.

Entonces se le ocurre otra solución. No sabe hasta qué punto será efectiva, pero seguro que servirá para desviar la atención hacia otro lado.

Justo lo que quiere el señor Aganga.

Llama a Kabiru y le da unas cuantas instrucciones. El sicario asiente. Está de acuerdo: puede funcionar. No pierde el tiempo. Coge la tarjeta y sale de la habitación sin mirar siquiera a la chica, que continúa de rodillas, sollozando.

Ella es para Eshu.

Soy buena. Soy buena. Soy buena…

El *bokor* se le aproxima lentamente, repitiendo su baile hipnótico y recitando la letanía maligna. No le quita los ojos de encima.

Ella se levanta, tal que si unas manos invisibles la ayudaran a incorporarse. Tiembla como la llama de una vela azotada por

una corriente de aire inesperada. Pero se queda donde está. Sin esperanza. Resignada.

Cuando nota su mano en el pecho se estremece, pone los ojos en blanco e inclina la cabeza hacia atrás.

15

ARTIGAS Y VIDAL

La noche era cálida y sugerente cuando Artigas salió del Derby. Demasiado como para plantearse volver a casa. La sangre continuaba pidiéndole a gritos un tirito. Y, si no podía ser, pues un par de copas. Se había quedado sin la que iba servirle el camarero solo porque no quería que lo vieran con Clara más de lo estrictamente necesario.

Las cosas ya estaban bastante jodidas.

Se echó a andar por las calles anchas del Eixample, dándose tiempo para decidir qué hacer. El caso se había complicado aún más.

Las pistas convergían en la dirección correcta, se apostaría un huevo. Otra cosa era no caerse con todo el equipo mientras las seguía. Era la primera vez que iba por libre. Se sentía como un trapecista sin red. Normalmente, se presentaría en el Changó en plan desembarco de Normandía: con una docena de uniformados y una orden judicial en mano. Victoria por aplastamiento. Pero hacerlo en modo Harry el Sucio era otro cantar. En el cine quedaba fetén: *¡Anda, Kabiru, alégrame el día!* y todo eso. En la vida real… pues qué quieres. Prefería ser Ike en el Día D.

De un tipo que se había ensañado con una pobre niña de aquel modo se esperaba cualquier cosa. Y, por si fuera poco, tendría que olerle el aliento al lobo llevando a Mònica colgada del cuello como un jodido pitipinzas. Por mucho que la hubiera advertido, si algo se torcía y ella salía herida, la culpa sería suya y solo suya.

Y luego decían que el karma no existía.

El móvil le vibró en el bolsillo. Un *whats*.

«Pere pasará la noche fuera. ¿Te apetece?»

Claro que le apetecía. A él y a cualquier hetero de allí a Tasmania. Pero no quería malos rollos. La última vez se había

pasado tres pueblos con ella, vale. Pero es que no la soportaba cuando se ponía en plan víctima.

Va a ser que no, decidió.

Iba a guardarse el teléfono, sin responder al mensaje, cuando la imagen de Mònica Vidal le pasó por la mente, como un *flash*.

Mònica se levantó las gafas del puente de la nariz. Tenía problemas de hipermetropía desde niña, pero, aunque Jon se había hartado de jurarle que la hacían aún más atractiva, se las ponía solo para leer. Y siempre cuando no había nadie cerca.

Un error, porque su ex, como casi en todo lo demás, llevaba razón también en eso: aquellas gafas grandes, de pasta negra, le daban un aire de empollona sexi que le sentaba de perlas.

Había pasado la última hora concentrada en la pantalla del MacBook. Buscando información en la red sobre el cabo Lluís Artigas. Todo lo que había se remontaba a más de un año. Y nada era bueno.

Presuntamente, el angelito había distraído —*distraído*, le encantaba ese eufemismo— tres kilos de coca procedentes de un registro que los Mossos habían efectuado en un amarre del Port Olímpic. La droga había salido del yate de los traficantes para ir al depósito… y nunca había llegado. Todos los índices lo señalaban. La serie de artículos que había encontrado sobre el tema —cada vez más breves y recónditos— narraban cómo el Departamento de Asuntos Internos había ido a por él, con todo. Pero sin conseguir pruebas concluyentes en su contra.

La teoría de la defensa —que había dejado la droga en el depósito y alguien la había sustraído luego de allí— se sostenía igual de sólida que la de la acusación —señoría: blanco y en botella…—. Total, que *in dubio, pro reo*, o como fuera que se dijese. Lo último que había encontrado, un breve en la última página de sucesos, informaba de que el juez había terminado la instrucción sin hallar pruebas incriminatorias, por lo que el cabo Artigas se reintegraba al servicio con todos sus derechos intactos y blablablá.

Si una sabía leer entre líneas, y ella sabía, la serie de

informaciones sobre el caso no concluían que Artigas hubiera sido acusado injustamente, sino que su abogado le daba diez vueltas al fiscal. No había más que repasar las escuetas declaraciones de los altos cargos para detectar su profunda incomodidad ante aquel asunto tan engorroso.

Entonces ¿qué?: ¿resultaba que ese mosso clavadito a Jude Law tras pasar la noche en una *rave* era un corrupto?

Aquello explicaría muchas cosas: el allanamiento de morada flagrante, que trabajase solo, la nula ortodoxia… Si has tenido los santos cojones de levantar tres kilos de droga delante de las narices de todo el mundo, cualquier cosa debe de parecerte poca.

Pero, si tenía las manos sucias, ¿por qué la toleraba a su lado? ¿Y qué sacaba de un caso como aquel, donde no había nada que ganar?

Algo no encajaba.

Oyó el típico tono de los teléfonos de la UAT sonando en su móvil. Jon se lo había instalado, entre risas, con el argumento de que así, cada vez que la llamasen, se sentiría como Jack Bauer. Y, cuando se marchó, ella no supo quitarlo. O no quiso.

Descolgó.

Hablando del diablo…

—Cabo. Qué grata sorpresa…

Artigas sonrió. Le gustaba cómo sonaba esa palabra en boca de ella: *cabo*.

—Imagino que ya te habrás informado de a qué árbol te estás arrimando, ¿me equivoco?

Si algo había aprendido de todo aquel maldito embrollo de los tres kilos era que intentar esconderse no servía de nada. Era mucho mejor ir de cara. Descolocabas a tu interlocutor.

—No. ¿Por qué? ¿Hay alguna otra cosa que debería saber sobre ti, además de tu afición a entrar en las casas ajenas sin una orden?

Mentía. Pero con gracejo.

—¿Qué pretendes, que te haga los deberes?

—Oye, bonito: ¿no debería ser yo quien preguntara qué quieres? Al fin y al cabo, me has llamado tú.

¿Es que tenía una respuesta para todo?

Paso al contraataque.

—Sucede que he estado dándole vueltas a nuestro trato y me parece que corres un peligro innecesario acompañándome a ver a Hannibal Lecter. Ya sé que Robert Capa decía que si la foto no era buena era porque no te habías acercado lo suficiente. Pero supongo que no necesitas que te recuerde cómo acabó él. Resumiendo: que no vienes.

—Pues mira, resulta que mi bisabuelo Pol conoció personalmente a Robert Capa y hasta le enseñó un par de cosas sobre periodismo bien hecho. O sea que no me vengas con esas. Deja ya de tratarme igual que si fuera una damisela en apuros, ¿quieres? Porque todavía puedo meter el tema en la edición de mañana…

¿Podía? Artigas también había estado surfeando un poco por la red. Los artículos que había encontrado con la firma de Mònica Vidal eran escasos e intrascendentes. Igual se estaba marcando un farol con todo aquello. Pero, aunque ella fuera de segunda, la historia era de Champions League.

Si la publicaba, le quitarían el caso. Y eso sí que no.

—¡Joder, Lois! Echa un poquito el freno, ¿vale? Lo estoy haciendo de buen rollo. En serio. No quiero que te pase nada. No me lo perdonaría.

Esta vez, ella tardó un instante en contestar. Como si lo hubiese creído y eso la obligara a variar el discurso.

Artigas vio la ocasión de acortar distancias.

—Oye… ¿Dónde estás? A lo mejor deberíamos hablar de esto cara a cara. Vernos.

Le llegó una risotada irónica desde el otro extremo de la línea. ¿En serio quería ponerse personal?

—¿Me estás pidiendo una cita, cabo?

—Más quisieras, Lois… Ahora en serio: no podemos resolver esto por teléfono. Si vamos a ir juntos, al menos deberíamos decidir la mejor manera de entrarle al tipejo ese. Te prometo que no intentaré disuadirte. Pero no es cosa de presentarnos allí sin más, créeme. Y si aún piensas que mi placa es de pega, veámonos en un sitio público y bien iluminado.

Otra risa. Esta vez más cristalina.

—Por una vez, lo que dices me parece lógico. Acepto lo del lugar público, con muchos testigos.

Ya era oficial: tenía respuestas para todo.

—¿Te parece entonces una reunión de trabajo, en un lugar ligeramente informal? Para limar asperezas. Por si tenemos que volver a hacer el numerito de poli buena y poli malo…

Rumor de materia gris trabajando intensamente.

—Me pregunto cómo de malo eres, cabo.

Ahí le has dado, reportera.

—Lo suficiente. Pero a veces un poco de maldad resulta imprescindible. ¿Me das una oportunidad de demostrártelo, Lois? Venga. ¿Qué podría salir mal?

¿Por qué diablos sonaba tan bien eso de Lois cuando se lo decía él?

De todos modos, la casa se le caía encima. Y Txell ya le había advertido que no la esperase. Había conocido a un músico danés muy mono, en un local donde tocaban jazz en directo, y habían quedado en verse al terminar la actuación.

Solo prométeme que no te lo follarás en mi casa, le había pedido Mònica, ligeramente molesta.

¿Estás loca? Iremos a la suya. ¡Este es el santuario de nuestro amor!

Anda y que te den…

—¿Conoces un lugar que se llama Miramelindo? —La voz de Artigas la devolvió al presente.

—¿En el Passeig del Born? Claro. Fui alguna vez cuando estudiaba en la universidad. ¿Me estás proponiendo que nos veamos allí? Porque creo recordar que es donde me llevaban los tíos que querían parecer interesantes…

—¡Joder, Lois! No das puntada sin hilo, ¿eh? ¿Eres siempre así, o solo si el otro lleva placa? ¿Prefieres que quedemos en un McDonald's? ¿Qué tal en el Frankfurt de Pedralbes? ¿O te van más los kebabs? El ambiente es exquisito…

Mònica sonrió. Si mal no recordaba, en el Miramelindo servían unos mojitos de muerte.

—Tú ganas: Miramelindo. Media hora. Odio que me hagan esperar.

Y colgó sin darle tiempo a decir algo que pudiese estropearlo.

16

Incroyable! Ce type est imbécile!

Txell Bergés caminaba con pasos firmes e indignados por las calles de Ciutat Vella, de regreso al apartamento de Mònica. La cita con el guitarrista danés había sido un puto desastre. Desde el minuto cero. El vikingo era tan macizo como para salir en la portada de *Men's Health*, hasta ahí todo en orden. Pero la naturaleza lo había compensado convirtiéndolo en un caso de idiocia aguda. En una hora no había parado de hablar de sí mismo, sin dejarle ni meter una palabra de lado.

Y, encima, no tenía nada interesante que contar. *Rien!*

Lo peor, sin embargo, era cómo miraba a las otras tías mientras la sepultaba con insufribles anécdotas sobre sus putas giras, sus putas guitarras y su puta manera de tocar. El muy gilipollas escaneaba descaradamente a cualquier miembro del sexo femenino que pasase por su radio de acción, como si ella no estuviese delante para darse cuenta. Había soportado aquello un rato, incubando una irritación creciente, porque el muy cretino tenía un polvazo. Pero Mr. Copenhague cruzó la última línea roja cuando empezó a intercambiar miraditas con una Barbie Rizos Dorados que no dejaba de reírse como una hiena, acodada en la barra. Justo la clase de tipa con la que Txell no podía. Y, encima, rodeada por tres amigas, todas igual de rubias y de idiotas. El cuarteto se dedicaba, sin disimulo, a vaciar copas y llamar la atención de los salidos dispuestos a invitarlas a más. Como el que tenía frente a ella.

En ese instante decidió que ya lo había aguantado lo suficiente.

—*Tu me fais chier, salaud! Va te faire foutre!* —le había espetado al *top model* nórdico, levantándose de golpe y vaciándole

el gin-tonic en la entrepierna.

Que el mundo estuviera lleno de idiotas no tenía remedio. Pero lo que sí podía evitarse era soportarlos. Eso lo había aprendido hacía mucho.

Por lo menos, la cara que había puesto el muy capullo compensó parte del suplicio. No del todo, *d'accord*. Pero algo era mejor que nada.

Mientras acortaba la distancia que la separaba del apartamento, Txell deseaba morirse. ¿Cómo había podido ser tan estúpida como para cambiar a Mònica por aquel *connard*? Vale que le iban mucho más los tíos, y que la intensidad de la noche que pasaron juntas la había sobrepasado. Pero aquello de salir huyendo no era su estilo. ¿De qué tenía miedo? ¿De colgarse de ella? Eso no sería un problema. Dentro de apenas una semana tenía que tomar un tren para Florencia. Si iba a tener una historia con otra mujer, mejor que fuera como esa: breve y de las que te dejan buen sabor de boca. En la Toscana ya encontraría hombres a puñados dispuestos a quitarle a Mònica Vidal de la sesera, si lo necesitaba. Tan seguro como que saldría el sol.

Cuando hablaron por la mañana ya se había dado cuenta de que le había dolido lo de la cita con el vikingo de feria. Tendría que compensarla. Una buena cena, un par de botellas de aquel vinito traidor, *et la nuit est longue*…

Remontó los escalones alevosos supurando ganas de abrazarla. *Excusez moi, chérie. Je suis con*… Pero, cuando abrió, la oscuridad del piso vacío la abofeteó con rencor. Por lo visto, su amiga tenía sus propios planes. Montándose la película había cometido el peor de los errores: olvidar que aquel era un juego de dos.

¿Y ahora qué? ¿La llamaba?

Se imaginó el caso a la inversa: Mònica pasaba de ella para verse con un tipo. Y, cuando la cosa se torcía, la telefoneaba enseguida.

Allez à la merde, n'est-ce pas?

Le echó un vistazo al reloj. Era relativamente temprano. Aún podía volver en cualquier momento. Lo mejor sería bajar a la tienda —¿el *paki*, la llamaba ella?—, comprar la cena y ponerse a

cocinar. Aquello la mantendría ocupada un buen rato. Y si al final no aparecía, al menos no se iría a la cama con el estómago vacío.

Dicho y hecho.

Al salir, se encontró con que la calle se había puesto el traje de noche para recibirla. Por supuesto, no se fijó en el hombre negro, medio escondido en un portal de la acera de enfrente, que la acompañó con los ojos hasta el *paki* y la observó regresar, cargada de bolsas y planes.

Una vez en casa, descorchó una botella, se sirvió un generoso vaso de vino y encendió los fogones.

Te chuparás los dedos, Mònica. Y, luego, te los chuparé yo a ti.

Pero, en mitad del proceso, la perspectiva de comerse todo aquello, sola, en aquel piso deprimente, le pareció insoportable.

¿Qué hacía?

¿Se tragaba el orgullo y la llamaba?

Se lo tragaba.

Cogió el móvil del bolso y marcó el número con una mano, mientras la otra continuaba dedicada a la cena.

El tono de llamada sonó hasta agotarse. Nada.

Allons, Mònica! Où est-tu?

Se lo merecía, por idiota.

Dejó el teléfono sobre el mármol con un golpe seco. La noche cada vez pintaba peor.

Esperaría diez minutos y volvería a intentarlo. Había mandado el orgullo a paseo con la primera llamada. Ahora ya daba igual parecer desesperada.

Acababa de verter un par de huevos en un bol para hacer una salsita cuando oyó que llamaban a la puerta.

Mònica! Tu as oublié les clés?

Corrió a abrir, con la sonrisa en los labios. ¡Salvada!

A mitad de camino sonó el teléfono. Descolgó mientras abría.

—¿Mònica? ¿Eres tú? Pero ¿cómo…?

Tardó un fatídico segundo en comprender que su amante no podía estar en dos sitios a la vez.

17

TANIMU

Oculto en un portal, Kabiru intentaba decidir cuál sería la mejor forma de proceder con Mònica Vidal. Si aquello fuera Benin City, no tendría dudas: vas, llamas, le pegas dos tiros en la cara y te largas tan campante. Chimpún. Cuando llega la pasma —como siempre, a las aceitunas—, tú llevas horas ocupándote del culito de la zorra de turno. Ni siquiera necesitas deshacerte del arma. Nunca la buscarán con suficiente ahínco.

Pero Barcelona, con todas sus virtudes, no era Benin City si de lo que se trataba era de darle matarile a alguien. Aquí, las cunetas desiertas no estaban nunca tan desiertas; y la policía podía ser agilísima, cuando le convenía. Tenía que ser mucho más cauto si quería que el plan de Eshu saliera bien. Al fabricante de muñecas no podía irle con otra cosa que no fueran buenas noticias.

Sentía la presión tranquilizadora de la 9 mm contra la piel de la espalda y el bulto familiar de la navaja deformándole el bolsillo derecho de los pantalones. Ni siquiera había decidido cuál de las dos iba a usar.

De repente, vio a la chica salir del portal y trotar alegremente por la acera. La siguió con la mirada. Llevaba un vestido de verano, con florecitas de tonos oscuros, unas sandalias que debían de valer lo que una de sus chicas ganaba en una semana y un sombrero de detective de película. ¿Era ella? Tenía que serlo. Escuálida, cabellera lacia y oscura… Cuadraba. Pero el ademán era mucho más ligero. Como si se hubiera quitado un peso de encima. En el buzón, había vuelto a comprobarlo, no había ningún otro nombre. Y los demás apartamentos estaban vacíos. Aún continuaba dándole vueltas cuando la vio entrar en la tienda de la esquina y salir, al rato, con una bolsa grande en cada mano.

¡Mierda! ¿Esperaba a alguien para cenar?

La observó atentamente mientras regresaba, intentando determinar si era la misma chica que recordaba del otro día. Definitivamente, el vestido no era el mismo. Aunque uno cambia de vestido, pero no de apartamento, ¿verdad? Además: las blancas cambiaban más de ropa que el camaleón de color. Estaba harto de verlo en la tele.

¡Pues claro que era ella! ¿Quién si no?

La vio entrar en el portal y desaparecer escaleras arriba.

Discurrir no era el fuerte de Kabiru. Él era el primero en admitirlo, sin complejos. Lo suyo era actuar. Apretar el gatillo y esfumarse. Ahí sí era el puto amo.

Pero aquella mierda de encargo no era a lo que estaba acostumbrado. Tenía que empezar a moverse o se le haría de día.

Cuestión uno: ¿era la mujer que buscaba?

Ya había quedado claro que sí.

Vale. Cuestión dos: ¿estaba sola?

Esperaba que sí. Y, si no, peor para el otro. A esas alturas de la película, a él le daban igual cuatro que cuarenta.

¿Lo ves? No era tan difícil. Pues vamos allá.

Como Pedro Navaja, cruzó a la carrera, pero sin ruido, y entró en el portal de Mònica. Una vez entraba en modo *killer*, ya no había nada capaz de detenerlo.

Subió los escalones de dos en dos, sin encender la luz de la escalera. Cuando llegó ante la puerta del apartamento, oyó la voz de la chica, hablando al otro lado. Pero nadie contestó. Se jugaba cien euros a que hablaba por teléfono.

Entonces lo tuvo claro: cuchillo.

Llamó a la puerta suavemente, como lo haría un amigo, mientras con la otra mano sacaba el arma del bolsillo y accionaba el muelle que hacía saltar la hoja. Un palmo de muerte, brillante y afilada.

Qué descanso haber dejado de pensar. Así era mucho mejor.

La chica abrió con el móvil en la mano. ¡Ajá! Lo sabía: hablaba por teléfono. Seguro que tampoco se equivocaba en lo demás.

A ella se le congeló la sonrisa al verlo. Todavía no le tenía miedo, pero estaba confusa. Parecía claro que esperaba a alguien

cuando le había abierto.

Lástima. Tendría que ir deprisa.

—¡Hola! ¿Qué quieres? —A pesar de la sorpresa, intentaba ser amable.

Él la hizo entrar de un empujón, le arrancó el teléfono de un manotazo y cerró.

—*Eh! Qu'est-ce que tu fais, salaud?* —El tono airado de la francesa cambió enseguida al ver aparecer la navaja—. ¡Eh, tío! Tranqui, ¿vale? No necesitas eso. Coge lo que quieras y lárgate, *d'accord?* Yo no he visto nada, palabra. Mira, aquí tengo la cartera, habrá unos trescientos eu…

Se volvió para darle el bolso. Él lo apartó de otro manotazo. Entonces se dio cuenta de lo asustada que estaba y eso lo hizo sentirse aún más fuerte.

—*Écoute*… ¿No me entiendes? ¡Te digo que cojas lo que quieras! Si el piso ni siquiera es mío…

Kabiru no entendía ni una palabra de lo que ella le decía. Identificaba el tono: miedo en estado puro. Pánico. Pero hablaba demasiado deprisa.

El móvil de Txell volvió a sonar desde el rincón donde había ido a caer. Nadie le prestó atención.

Le enseñó los dientes en una sonrisa feroz. Ella se fue echando atrás hasta que no tuvo adónde ir. La hoja chispeó ante sus ojos aterrados.

—*S'il vous plaît, s'il vous plaît, ne me faites pas mal*… —le suplicó. Lágrimas de miedo le caían por las mejillas.

¡Cuánto lamentaba no tener más tiempo para dedicarle!

Cuando volvió a poner los pies en la calle, Kabiru llevaba bajo el brazo el MacBook de Mònica y la carpeta que contenía el dosier fotocopiado del doctor Navarro. En el bolsillo, el bulto de la navaja competía con el de la erección que tenía en la entrepierna. No era la primera vez que le hacía algo parecido a una mujer. Pero sí a una blanca. Y era verdad: tenía un morbo especial. Se le había puesto muy dura.

Una vez más, se lamentó por haber tenido que ir con tantas

prisas. Vete a saber si volvería a tener la oportunidad de pillar a otra lechosa.

Una razón más para quedarse para siempre en el norte.

Anduvo sin prisa, calle abajo. Nadie lo perseguía. Y no era cosa de llamar la atención de alguna de las parejas de pasmas que patrullaban incansablemente por el barrio. Si tenía que dar cuentas de quién era el dueño del ordenador o por qué llevaba aquella carpeta, de contenido tan macabro, se vería en un aprieto.

Nada de correr, entonces. Paseando. Un ciudadano respetable que había salido a dar una vuelta para disfrutar del fresco.

La idea lo hizo mearse de risa.

Pero el jajá se esfumó de un plumazo cuando vio a la pareja que doblaba la esquina y pasaba corriendo junto a él sin mirarlo siquiera.

Ellos no podían identificarlo. No lo vieron al salir del piso de Gloria ni, más tarde, del café donde estuvieron charlando tanto rato. Pero Kabiru sí los reconoció.

Especialmente a ella. Iba vestida igual que la última vez.

¡Maldito imbécil! ¡La había confundido con otra! ¡Putas blancas de mierda, todas igual de pálidas y anoréxicas!

Tragó saliva, mientras forzaba el paso para alejarse cuanto antes. De repente, lo del paseo ya no le parecía tan buena idea.

Mierda.

¿Cómo le decía ahora al *bokor* que se había equivocado de chica?

18

Ya era oficial: el cabo Artigas tenía su punto. Por mucho que la mala vida empezara a pasarle factura. Las bolsas de los ojos eran demasiado evidentes, sí. Y las entradas estaban a esto de dejar de serlo para convertirse, irremediablemente, en alopecia. Y también le vendrían de perlas un afeitado y una noche de sueño sin preocuparse por el despertador.

Pero tenía su punto. Y ella empezaba a encontrárselo.

Mònica llegó primero al Passeig del Born, pese a tardar algo más de la media hora acordada. Lo esperó frente al portalón del local, siempre con tres de sus cuatro hojas cerradas y la restante entornada hacia afuera. Con la palabra MIRAMELINDO escrita en discretos caracteres amarillos sobre la plancha metálica.

En el cielo, una luna enorme brillaba como un medallón plateado adornando el escote de la noche. No supo por qué, pero le pareció un buen presagio.

No hacía ni cinco minutos que aguardaba cuando lo vio acercarse por el lado de Santa María del Mar.

—Llegas tarde, cabo —lo regañó a modo de bienvenida.

Él levantó los brazos —hago lo que puedo, palabra— y le dedicó una sonrisa exhausta.

—Mira, Lois, si no me das cuartelillo nunca podré demostrarte lo encantador que puedo llegar a ser. ¿Pactamos bandera blanca hasta mañana?

Ella había aceptado su mano extendida. Un apretón fuerte, masculino. Nada de dejarla flácida entre los dedos del otro como si fuera la de un títere.

Era un buen comienzo.

Entraron y se fue directa al fondo de la barra. En un extremo, unas escaleras de obra bajaban a los baños y, en el lado opuesto,

otras de metal se enroscaban hasta la balconada que se levantaba sobre recios pilares de madera.

—¿Arriba o abajo?

Él le indicó lo primero con un movimiento de cabeza.

Se sentaron en la única mesa que quedaba libre arriba y cuando un camarero, barbudo y desgarbado, se acercó a preguntarles qué iba a ser pidieron dos mojitos, al unísono.

Mònica enseguida se encontró a gusto. Aunque llevaba años sin poner los pies en aquel sitio, continuaba gustándole tanto como antes. Cuando era una estudiante de Periodismo había sido su rincón favorito. Y ahora le traía buenos recuerdos. De tiempos más sencillos y luminosos. De cuando las cosas dolían menos y todo podía arreglarse todavía.

Artigas era buena compañía. Se la iba ganando sin prisa, saltando de un tema a otro igual que un bailarín experto. Como si aquello fuese, de verdad, una agradable conversación entre dos compañeros de trabajo que estuvieran dándose tiempo para ver de qué pie calzaba el otro.

Mònica se dio cuenta enseguida de que él daba por hecho que lo había investigado y conocía su currículum. Pero eso no parecía hacerlo sentir incómodo. ¿Era capaz de ser culpable y tan cínico? Y, si era inocente, ¿por qué no tenía la necesidad de hacérselo saber cuanto antes?

El tipo era un enigma. Y ella, fatal calando a la gente. Una de sus tantas carencias.

Lo que sí reconoció fue su reacción cuando llegaron los mojitos. Se acercó la copa a los labios con un temblor casi imperceptible. El alcohol no era solo una faceta más del hecho de socializar. Lo necesitaba como el respirar.

Tenían el mismo problema con la bebida.

Se dio cuenta de que él también la había calado. Chico listo. No se le escapaba una.

Lluís, presiento que esto es el comienzo de una hermosa amistad.

Las primeras copas volaron. Y las segundas. Con las terceras, ambos ya se sentían lo bastante cómodos para empezar a coquetear en serio. La premisa con la que había empezado la

noche hacía mucho tiempo que había quedado olvidada.

Era la clase de hombre que le gustaba: desencantado. Con un sentido del humor agrio y un punto venenoso. Un tipo lúcido, al que no le dolían prendas demostrar lo cansado y triste que estaba. Claro que ella había vivido suficientes primeras veces como para no saber que todo aquello no dejaba de ser solo una faceta. Un calculado espejismo. Era parte del juego: enseñar la parte bonita y mantener el lado oscuro debajo de la mesa.

Si se terciaba, ya tendría tiempo de salir. Siempre salía.

Pero, aunque ya no fuese una colegiala loca por conocer a Mr. Wonderful, una cosa era cierta: el personaje de hombre de vuelta de todo, Artigas lo bordaba. Cualquiera juraría que le daba igual si acababan en la cama o borrachos en algún callejón. Y aquel desapego, aquella ausencia absoluta de urgencia, lo hacían tremendamente atractivo.

Si tenían que trabajar en aquel asunto juntos, necesitaría tener mucho cuidado. Porque el buen cabo tenía más peligro que un campo minado.

Entonces, más que oírlo, notó la vibración del móvil en el bolso. Lo ignoró. No tenía ningunas ganas de contestar. Quien fuera ya se hartaría.

—¿No lo coges?

Se sintió como si acabasen de pillarla con la mano dentro del tarro de las galletas. Como si el hecho de que no quisiera interrumpir la conversación para atender la llamada le revelara a él cosas que no deseaba que fueran tan evidentes.

—¿Qué? —disimuló.

—El móvil. Lleva un minuto sonando.

—Joder, cabo: ¡Dios te conserve el oído!

Lo sacó. Había dejado de sonar. Miró el número. Tardó un momento en darse cuenta de que era el de Txell.

Él le dedicó una mueca burlona.

—¿Tu novio, preguntando si te espera despierto?

Ella consiguió devolverle la pelota:

—Mi novia, en realidad. ¿Te importa que conteste?

—Por favor.

Mònica se levantó, buscando un lugar más tranquilo. Bajó las

escaleras, recorrió toda la longitud de la barra y acabó saliendo a la calle, justo cuando apretaba el botón de rellamada.

Bastó un solo tono para que Txell lo cogiera:

—¿Mònica? ¿Eres tú? Pero ¿cómo…?

—¡Txell! ¿Me oyes? —Se oían ruidos de fondo. La francesa no estaba sola. Volvió a llegarle su voz a través del teléfono, pero esta vez en segundo plano.

—¡Hola! ¿Qué quieres?

La frase no iba dirigida a ella. Entonces se oyó un chasquido y la comunicación se cortó.

—¿Txell? ¡Txell!

Nada.

Apretó el botón nerviosamente. ¡Contesta, joder! Pero no obtuvo respuesta, hasta que saltó el contestador.

Repitió la operación tres veces y corrió adentro, a por Artigas.

Algo iba mal.

Muy mal.

La calle de Mònica era de dirección prohibida. Optaron por dejar el León sobre la acera y hacer a pie el resto del camino. Ella iba delante, con la angustia cortándole la respiración. Durante todo el trayecto desde el Born no había parado de llamar a Txell sin conseguir más respuesta que el buzón de voz. Al menos, él no se había empeñado en decirle que eran neuras suyas. Apenas le contó cómo se había cortado la llamada, se apresuró a dejar un billete de cincuenta sobre la mesa y seguirla al exterior.

Llegaremos antes si vamos en mi coche, le había dicho, guiándola hasta donde lo había aparcado. Y no exageraba. Colocó la sirena en el techo y voló por las calles de la ciudad, con la luz puesta, aunque sin hacerla sonar.

Con todo y con eso, tardaron veinte minutos. Mònica sintió un escalofrío cuando llegó jadeando al rellano y se encontró con la puerta entreabierta.

—¡Txell! —gritó—. ¿Estás bien?

Artigas la agarró del brazo obligándola a ponerse detrás de él. En la otra mano llevaba el arma reglamentaria, negra y peligrosa. Se llevó el índice a los labios.

Abrió la puerta con mucho cuidado. Aunque las luces estaban

encendidas, un par de tristes bombillas no alcanzaban a iluminar aquello como hubiese querido. La primera habitación estaba vacía, y en la cocina tampoco se veía a nadie. Levantó la pistola apuntando contra la puerta del dormitorio.

—Quédate aquí —le susurró.

Pero Mònica no le hizo caso. Se deshizo de su agarre, precipitándose a su cuarto, sin que él pudiera detenerla.

—¡Mònica! ¡Joder, no!

Ella entró y enseguida soltó un chillido de horror. Artigas llegó un instante después y la abrazó, obligándola a salir.

—¡No mires! O se te quedará en la cabeza para siempre.

La arrastró fuera mientras ella lloraba histéricamente. En lugar de abofetearla, prefirió llenar un vaso de agua del grifo y echárselo a la cara. El efecto fue idéntico. Primero se quedó inmóvil, petrificada, y paulatinamente fue recuperando el control.

—¿Estás bien?

¿Bien? ¿Acaso no has visto lo que hay ahí dentro? Pero se obligó a mover la cabeza afirmativamente.

—Vale… Esta vez, hazme caso y no te muevas. Tengo que echar un vistazo, pero tú no entres por nada del mundo. No es para protegerte, sino para que no contamines la escena. ¿Puedo confiar en que me harás caso?

Ella asintió con la cabeza.

—Necesito que respondas. ¿Lo has entendido?

—¡Sí, joder! ¡Sí!

—Vale. Será solo un minuto.

La dejó apoyada en la encimera y regresó al dormitorio.

Txell Bergés yacía desnuda sobre la cama. Le habían arrancado el vestido, pero no se habían molestado en quitarle las sandalias, ni el collar. Estaba en una postura absurda, con las piernas muy abiertas, la cabeza colgando de un lado del colchón y la mirada fija en algún rincón de la pared.

Los ojos despavoridos. Fuera de las órbitas. Idos. Como los de Gbemisola Shotade.

La habían degollado igual que a un cordero. Un único corte profundo le seccionaba la garganta, de oreja a oreja. Había sangre por todas partes.

Salpicando las paredes.

Empapando las sábanas.

Pintándole el cuerpo de rojo.

Cuando la dejaron con la cabeza colgando todavía le quedaba la suficiente en las venas como para crear un buen charco en el suelo. Las puntas de su melena caoba estaban embadurnadas de muerte. Cerdas de un pincel macabro, listo para pintar la más horrible de las escenas.

Artigas echó un vistazo profesional al escenario. Nada. Tampoco es que esperase lo contrario. Pocos asesinos tenían el detalle de dejar su tarjeta sobre el cuerpo de la víctima.

Apagó la luz y salió, cerrando la puerta.

Se encontró con los ojos aterrados de Mònica, suplicándole una mínima esperanza.

Él meneó la cabeza. No.

Mònica dejó escapar un hondo sollozo. Si la dejaba allí, volvería a perder el control. Se le acercó y la cogió por los hombros. Con firmeza, pero delicadamente.

—Necesito que mantengas la cabeza en su sitio, ¿vale? ¿Has visto si te falta algo?

Ella no quería contestar. Quería cerrar los ojos, abrirlos de nuevo y descubrir que todo había sido una pesadilla.

Pero cuando lo hizo solo se encontró con el rostro de él, observándola con preocupación.

—Mònica, por favor. Céntrate. ¿Qué se han llevado?

Se obligó a levantar la barbilla y mirar a su alrededor. Un vistazo fue suficiente.

—El Mac —consiguió decir—. Y tampoco veo el dosier del caso.

Mierda. Los nigerianos. ¿Cómo coño lo habían sabido?

—Coge lo que necesites y larguémonos.

—¿Por qué le han hecho eso? ¿Por qué?

Era la primera vez que abría la boca desde que abandonaron el edificio, ya hacía más de media hora. Artigas suspiró, aliviado. Estaba empezando a preocuparse. Aun así, decidió ser

brutalmente sincero.

—No querían hacérselo a ella. Iban a por ti.

—¿A por mí? —incrédula.

—¿A por quién si no? Tu casa, tus cosas…, tú. ¿No es evidente? Habrán creído que te estabas acercando demasiado y han cortado por lo sano. Te dije que el tal Kabiru era un hijoputa muy peligroso. ¿Tienes idea de cómo ha podido saber que lo investigabas?

Mònica se paró a pensar.

—Quizás alguien de la asociación les fue con el cuento. No lo sé. —Todavía estaba en *shock*. Seguía pálida como una mortaja.

Artigas lo consideró. Sí, era muy probable. Pero había más maneras. Quizás había alguien vigilando el apartamento de Anna cuando estuvieron allí y luego la siguieron hasta casa.

Daba igual cómo. El caso era que había subestimado al negro de los cojones y se había dedicado a ligar con Lois en lugar de irle a la yugular a Kabiru. Y, como resultado, ahora tenía otra chica muerta en su casillero. Menudo justiciero de mierda estaba hecho. De no haberla tenido a ella allí, se habría dado de cabezazos contra el volante.

La miró de soslayo. Temblaba como una hoja. Tuvo miedo de haberse pasado haciéndole ver que su amiga había muerto en su lugar. Pero ya era tarde para ponerle remedio. Y, antes o después, se habría dado cuenta.

Mejor antes.

Circulaban por el Passeig de Sant Joan, en dirección a la parte alta de la ciudad. El tráfico era escaso y tampoco se veían excesivos transeúntes. Mònica pareció salir del trance. Las manos dejaron de moverse por su cuenta.

—¿Adónde vamos?

—Al piso de mis padres. Si han querido quitarte de en medio es posible que también vayan a por mí. Tenemos que escondernos y pensar. Mi casa es tan poco segura como la tuya. Pero la de mis padres no pueden conocerla. Nunca llevo a nadie y ni siquiera está a mi nombre. Pasaremos la noche allí y por la mañana, con las ideas más claras, veremos qué hacer.

Mònica asintió. Iba saliendo lentamente del trance.

—¿Por qué no has llamado a la policía?

No había rastro de acusación en la pregunta. Solo curiosidad.

Estaban los dos hasta el cuello en aquel asunto. No tenía sentido continuar ocultándole cosas. Artigas suspiró:

—Estoy solo en esto. Ni siquiera investigo de manera oficial. Los de arriba no tienen ningún interés en resolverlo. Solo les importa que no salga a la luz. Que no afee la foto. Pero la muerte de tu amiga es harina de otro costal. Un asesinato como este levantará polvareda. Y con mi expediente, seguro que me estallaba en la cara.

Ella lo miró, inexpresiva. No tenía sentido simular que no sabía de qué le estaba hablando. Pero tenía otras dudas:

—Todavía no me has contado por qué te estás implicando tanto. ¿Conocías a la chica?

¿Qué le pasaba a todo el mundo con sus motivaciones? ¿Daban una recompensa por la respuesta?

Pero, al menos, mientras hablaban ella recuperaba el control. No era cosa de mandarla a la mierda.

—No. Jamás la había visto. Llámalo *motivos personales*. Es complicado de entender. Incluso para mí —admitió.

Ella no insistió. A diferencia de otros, lo de *motivos personales* le parecía un *leitmotiv* más que razonable. Su vida entera orbitaba alrededor de los *motivos personales*.

—Hay algo que no entiendo —añadió, pasado un momento—: si matarme convierte un caso que nadie quería resolver en otro que es prioritario, ¿no es una cagada por su parte?

Sí. Él también lo había pensado.

—Desde luego. Y de las gordas. Supongo que se habrán puesto nerviosos. Pero tampoco es nada extraño. Esto no es como en el cine, donde los criminales tienen cerebro. Te sorprendería ver la cantidad de estupideces que cometen. La mayoría de las veces nos lo ponen muy fácil, la verdad.

Mònica le dedicó una mirada incrédula.

—Como lo oyes —insistió él—. Los tipos listos hay que buscarlos en los consejos de administración, los tribunales y la zona noble de los medios. En la calle, lo que abunda es la carne de cañón que entra y sale del trullo usando una puerta giratoria.

Tú solo tienes que recordarles el camino… y procurar que no te dé una bala perdida o te asesten una puñalada a sangre caliente mientras los acompañas.

Vale, tenía sentido. Solo en la ficción los personajes no cometen errores de bulto, porque es una forma demasiado simple de resolver una trama. La vida real, que no le debe explicaciones a nadie, se mueve por resortes más prosaicos. Y como los referentes colectivos se basan, por completo, en la ficción, terminamos creyendo a pies juntillas que el trabajo policial es tal y como lo describen novelas y películas. En el fondo, pasaba lo mismo con su gremio: la gente tenía un ideal romántico de lo que era ser periodista, cuando la insulsa realidad es que la gran mayoría se pasan la vida detrás de una mesa, aporreando un teclado y escribiendo sobre cosas de las que apenas tienen una vaga idea.

—Vale, lo comprendo. Pero que no hayamos dado aviso me sigue pareciendo mal. Y en este caso, quien saldrá malparada seré yo.

—Mira, no tienes por qué. Esta noche no has vuelto a casa. O sea, que no sabes lo que ha pasado. Además, no tenías motivo para matarla y hay testigos que te situarán lejos del escenario a la hora del crimen. Porque te garantizo que el camarero del Miramelindo se acordará de ti cuando lo interroguen. Si hubiéramos dado aviso, a mí me apartarían del caso… y, casi seguro, a ti del reportaje. De todas maneras, si es lo que quieres, estamos a tiempo. Doy media vuelta, te dejo cerca de tu casa y tú y yo no nos conocemos…

Mònica negó con vehemencia. Sus ojos ya no destilaban miedo. Solo una determinación antártica.

—Ni pensarlo. Ahora yo también tengo *motivos personales* para querer resolverlo.

No se dijeron nada más hasta que Artigas detuvo el motor en una calle perdida del Guinardó. Es aquí.

El hogar de la infancia de Lluís Artigas era en un edificio antiguo de tres plantas sin ascensor. Escalones de granito desgastado, puertas de madera con mirilla y aldabón, y pisos con un recibidor diminuto que daba a un pasillo largo y oscuro, al que

se abrían las habitaciones, y que desembocaba en un comedor de buen tamaño, adosado a la cocina y a un patio de luces.

El cabo abrió la puerta con una llave que había sacado del cenicero del coche y se apresuró a accionar un interruptor de la caja de fusibles. Un par de bombillas solitarias les iluminaron el camino hasta el salón. Allí, encendió una lámpara de araña que solo tenía operativos la mitad de los brazos. Una luz amarillenta y acogedora reveló un conjunto de muebles que, más que antiguos, eran viejos. La mayoría, cubiertos con sábanas que acumulaban polvo añejo. Y los que no, no invitaban precisamente a ser usados.

—Hogar, dulce hogar —dijo él, con una ironía que a Mònica le pareció cargada de amargura—. Voy a dar el agua. Como si estuvieras en tu casa.

Mientras desaparecía en la cocina, ella sintió que toda la tensión acumulada en las últimas horas se le venía encima. Estaba agotada. Retiró la sábana que cubría un sofá de tres plazas y se dejó caer. Él regresó enseguida.

—Aunque parezca mentira, hay café. ¿Te hago uno?

En realidad, no quería. Pero dijo que sí.

Él volvió a meterse en la cocina y reapareció, minutos después, con una taza humeante en cada mano. Se quedó la más desmejorada y le tendió la otra.

—Espero que te guste solo. No tengo azúcar. Y leche ni te cuento.

Ella cogió la taza que le ofrecía y movió la mano para decirle que estaba bien. Bebieron en silencio hasta que él preguntó:

—La chica de tu piso… ¿Era la novia de la que me hablaste?

Mònica estuvo a punto de echarse a llorar otra vez. ¿Cómo definir lo que había tenido con Txell?

No podía. Ni quería. Ni nada la obligaba.

—Podemos no hablar ahora, ¿por favor?

—Por supuesto. Solo quería que supieras que lo siento. He sido muy brusco contigo, pero no era mi intención.

—Lo sé. Pero gracias. Y gracias también por haberme ayudado. Sin ti esto habría sido… —Necesitó un instante para recuperarse—. ¿Y Txell? ¿Va a tener que quedarse mucho tiempo

como está?

—Mañana pienso ir a ver a Kabiru a su madriguera, a ver qué saco. Luego podrás dar el aviso.

—Querrás decir que *iremos* a ver al hijoputa ese.

—Mònica —era la primera vez que la llamaba por su nombre —, ya has visto cómo se las gasta ese cabrón. Esto lo cambia todo. No puedo llevarte. Entiéndelo.

—¿Y tú sí puedes ir? ¿En plan Gary Cooper?

—No creas que la idea me seduce. Pero no hay otra. Necesitamos mover ficha después de lo que ha pasado.

—¿Y yo qué se supone que debo hacer? ¿Gritarte: *a por ellos, tigre* y quedarme aquí esperándote? —le respondió, dolida.

Él esbozó una sonrisa cansada. Otra vez Spiderman. Sabía por dónde abordarlo, estaba claro. Pero no podía ceder.

—Mira… Ese tipo ha querido matarte. En realidad, ahora mismo cree haberlo hecho. Así que, de momento, estás a salvo. No voy a llevarte hasta él para que sepa que la ha cagado y vuelva a intentarlo. Me parece de cajón…

No quiso discutir. Estaba demasiado cansada. Ya lo convencería mañana.

—Puedes dormir en la cama grande —le dijo él, adivinando que la conversación había terminado—. Necesitamos descansar unas horas. Yo dormiré en mi vieja habitación. Y si se te ocurre hacer algún comentario irónico, te mando al coche.

—Tranquilo, cabo. Tengo la ironía bajo mínimos. Pero, si no te importa, prefiero la cama pequeña.

Él no preguntó por qué.

Artigas se incorporó sobre las sábanas al oírla acercarse. Llevaban un rato en sus habitaciones, pero ninguno había sido capaz de conciliar el sueño.

La luz mortecina que entraba desde la calle recortó la figura desnuda de Mònica, esbelta y sinuosa, contra el marco de la puerta. Ella se quedó un instante ahí y entró. Había tanto silencio que podía oír el tap-tap de las plantas de sus pies pegándose y despegándose de las baldosas.

—No puedo estar sola esta noche. No puedo. No puedo…

Se metió en la cama y se acurrucó junto a él. Temblaba igual que un perrillo abandonado.

—Mònica… No creo que…

Ella no le dejó terminar y empezó a comerle la boca mientras le buscaba los rincones con las manos. Artigas estuvo a punto de apartarla y hacer lo correcto, pero cambió de opinión en el último instante. La deseaba incluso antes de entrar en el Miramelindo. Hacía mucho que una mujer no le parecía tan atractiva.

Al diablo lo correcto.

Mònica besaba con desesperación. Abandonándose en cada beso, como si no fuera a haber otro. De repente, se detuvo. Incluso en la oscuridad pudo adivinar la intensidad de su mirada mientras le suplicaba:

—Trátame bien, Lluís. Por favor. Necesito que me trates bien.

Le asustó que fuera tan sincera. Y tan frágil.

No te confundas, Lois, hubiera querido advertirla. No soy el chico de esta mierda de película. Ni siquiera buena persona. Solo un cabrón al que le han dado una mano de pintura.

Pero, en lugar de eso, se escuchó prometerle:

—Tranquila. Lo haré.

Ella lo abrazó aún más fuerte.

19

Si las miradas matasen, Kabiru llevaría un buen rato criando malvas. El ademán de Eshu se había ido ensombreciendo progresivamente, a medida que el sicario le relataba lo sucedido en el apartamento de la periodista. Ahora, aquellos ojos líquidos lo miraban con intensidad homicida. ¿Cómo se podía ser tan idiota y haberse ganado la confianza de un gran hombre como el señor Aganga?

El sicario se dio cuenta y sintió el sudor empapándole las sienes. La imagen del muñeco le sacudió la mente. Un latigazo de pavor.

—¡Todas las blancas son iguales! —repitió, quejumbroso, por tercera vez—. Pero es que esas eran dos gotas de agua, te lo aseguro. Yo solo la había visto un momento, y de lejos. En todo el edificio no vive nadie más. ¿Cómo podía suponer que no era ella?

Eshu no dijo nada. Había escuchado varias veces las mismas excusas, y le parecían solo eso: excusas. A regañadientes, admitía que él también veía iguales a todas las blancas. Pero de ahí a matar a la que no era…

—¡De todos modos —continuó Kabiru, cada vez más nervioso — tenemos el ordenador y el dosier! Y te aseguro que dejé la tarjeta del policía en un lugar donde los otros pasmas la encontrarán sin problemas. Pronto, la mierda le llegará hasta las pestañas, como querías.

Sí. Eso también se lo había repetido tres veces.

Pero después de que el imbécil hubiese metido la pata hasta el cuello, empezaba a arrepentirse de haber tomado una decisión tan drástica.

Cuando le ordenó eliminar a la periodista, le había parecido que mataban dos pájaros de un tiro: se libraban de ella y le

cargaban la muerta al policía. Los contactos del señor Aganga habían hecho los deberes con el nombre de la tarjeta que les proporcionó Gloria. Su propietario era un hombre marcado. Si se veía comprometido en un asunto turbio, le costaría diez veces más que a cualquier otro demostrar su inocencia. Al final, la sola presencia de aquel pedazo de cartón entre las pertenencias de la víctima quizás no sería suficiente para que le atribuyeran el asesinato. Pero, mientras los investigadores seguían una pista falsa, los dejarían en paz a ellos.

Desde la muerte de Anna, todas las chicas, sin excepción, se habían puesto al día con los pagos. Obioma hablaba en la asociación de lo que sucedía en el Changó y sus historias sembraban el pánico entre la comunidad nigeriana. Por eso les resultaba tan útil tenerla allí. La nueva *mammy* lo tendría fácil para mantener el rebaño en orden. Pero, antes de que aterrizase, quería asegurarse de no dejar ningún cabo suelto. La carambola con el policía y la mujer tendría que haber sido justo eso: el carpetazo al asunto.

Pero el inútil de Kabiru lo había estropeado. No comprendía que el señor Aganga lo considerase un activo tan valioso. Si de él dependiese, lo echaría de comer a los perros.

En fin, hasta hombres tan admirables como su jefe se equivocaban alguna vez.

Y él aún lo necesitaría para corregir aquel desastre. No tenía a nadie más que hiciera el trabajo sucio. Y quedaba mucho por hacer. La periodista tenía que morir, no había vuelta atrás con eso. Y todo tenía que apuntar contra el policía. Encontraría la manera de conseguirlo.

Pero, por desgracia, ahora había cosas incluso más urgentes.

Buscó en la bolsita que llevaba colgada en bandolera y sacó un muñeco.

Kabiru enseguida se reconoció en la figura. El peinado, trenzado con habilidad con hilo negro, era inequívoco. Y, además, llevaba colgando un anillo de plata que había echado de menos.

¡El muy cabrón debía de habérselo quitado el mismo día que llegó! El sicario sintió una sensación inusual: miedo. No había nacido el hombre al que no creyera que podía matar. Pero

siempre se había preocupado de mantenerse lo más lejos posible del poder de la *macumba*.

Eshu levantó el muñeco ante la mirada aterrada de su hombre. Sabía que conocía su fama como *bokor*: el más poderoso y despiadado de toda Nigeria. Nada quedaba más allá de su alcance.

Mientras lo sostenía con una mano, con el índice y el pulgar de la otra empezó a estrujarle la cabeza. Primero, solo un poco. Luego, cada vez más fuerte.

Kabiru sintió que una prensa hidráulica le machacaba las sienes. El dolor se fue haciendo cada vez más intenso, hasta que lo hizo caer de rodillas. Frente a él, la imagen de Eshu se difuminó. Solo la intensidad de sus ojos polares se mantuvo clara entre aquella nube de pánico y tormento.

Quiso suplicarle. Pero las palabras no salían.

Cuando ya se daba por muerto, la presión disminuyó. Jadeante, se apoyó en el suelo con las palmas de las manos extendidas y pudo ir recuperando el resuello.

Eshu lo observó, satisfecho, y volvió a guardarse el muñeco en la bolsa de la que no se separaba jamás.

Ahora, aquel imbécil ya sabía lo que le esperaba si volvía a fallarle. Tanto le daba lo que pudiese decir luego el señor Aganga. Se lo había dejado muy claro antes de enviarlo: *asumir los sacrificios que fuesen necesarios*. Pues bien: ese había sido uno. Y no particularmente oneroso. Había pistolas a sueldo a docenas por las calles de Benin City.

Kabiru todavía tardó un par de minutos en poder ponerse en pie. Cuando lo hizo, mantuvo la mirada clavada en el suelo, sumisa, sin atreverse a cruzarla con la del *bokor*.

A cualquier otro lo abriría en canal. Pero ¿cuánto tardaría en sacar el muñeco de la bolsa y romperle el cuello? Menos que él en echar mano de la navaja y dar cuatro pasos, seguro. Y, si lo lograba, luego tendría que justificarse con el señor Aganga. Y no sabía a quién de los dos había que tener más miedo.

Si había sobrevivido tantos años en los arrabales de Benin City no fue por meterse con peces más gordos que él.

Había que joderse.

—Todavía tienes mucho que hacer esta noche —le oyó decir al *bokor* con aquella vocecita infantil que detestaba tanto—. Pero, antes, llama a la policía y denuncia un asesinato. Luego hablaremos del resto.

20

Se despertó con Lluís a su lado. La penumbra ambarina del alumbrado público había sido sustituida por la calidez anaranjada del sol temprano, y, con esta luz, el piso parecía algo menos horroroso que la noche anterior. Incluso el papel pintado —absurdas combinaciones de figuras geométricas en colores chillones— le resultó entrañable bajo aquella nueva perspectiva.

Notaba la respiración de él en la nuca. Lenta. Acompasada. Se quedó quieta para no despertarlo. La última vez que había estado así con un hombre fue con Jon, y lo echaba de menos. Sentir el calor de otra piel contra la suya y la sensación de unos dedos cerrándose delicadamente sobre su antebrazo, en lugar de la soledad escarchada que la despertaba por las mañanas.

La realidad le salió enseguida al paso. Recuerdos de la terrible noche pasada que la atacaron por sorpresa, devolviéndola al mundo. Se estremeció al recordar el cuerpo de Txell: abandonado sobre un charco de sangre, mancillado. Solo la había visto un instante, antes de que Lluís llegase como un vendaval para sacarla de la habitación. Pero no había sido lo bastante rápido. Y tenía razón: jamás conseguiría olvidar aquella imagen pavorosa.

La envolvió una sensación de mareo insoportable. Como pudo, se escabulló de entre las sábanas y fue de puntillas hasta el pasillo. La segunda puerta a la derecha resultó, cómo no, la del baño. Se arrodilló ante la taza y vomitó lo poco que conservaba en el estómago. Básicamente, los mojitos. Una vez lo hubo sacado todo, se sintió un poco mejor. Bebió agua del grifo para quitarse el regusto agrio del vómito, sin lograrlo. De manera automática, abrió el armarito de las medicinas, buscando algo que la ayudase a eliminarlo. Ni pasta de dientes, ni elixir bucal, ni un triste

Almax. Solo una maquinilla de afeitar desechable, un bote de espuma de marca ignota, dos cajas de condones a medio terminar y… ¿qué era aquello?

Un frasquito diminuto, con una cadenita para colgárselo al cuello y una pequeñísima paleta que iba sujeta al tapón. Le costó un momento recordar dónde había visto algo parecido: en las películas. Lo usaban para llevar la coca e ir esnifándola cómodamente cada vez que les apetecía.

Aquello solo lo usaban los adictos. Que él tuviera uno la trastocó. La noche anterior había evitado de forma muy consciente tocar el tema de la droga robada. Ahora ya no le parecía tan buena manera de proceder.

¿Podía confiar en Lluís?

Quería hacerlo. *Necesitaba* hacerlo.

Pero nada de lo que iba descubriendo sobre él aconsejaba continuar concediéndole el beneficio de la duda.

Tenían que hablar. Poner las cartas sobre la mesa.

Aún conservaba el frasco entre los dedos cuando oyó el tono del móvil de él sonando en la habitación. Lo dejó todo donde estaba y regresó al dormitorio, mientras lo oía saltar de la cama para cogerlo.

—Artigas.

—¡Lluís! —La voz de Clara Nadal sonaba crispada, como si aún no se hubiera tomado el primer café de la mañana—. Esta vez has ido demasiado lejos, ¿me oyes? ¡Aunque no acabes en prisión, ya puedes ir despidiéndote de la placa!

—Espera, espera, espera… ¿Por qué me dices eso? ¿De qué va todo esto, Clara?

—¿Que de qué va? —Ella trataba de mantener la calma, pero se notaba cuánto le costaba—. Va de una chica degollada en un piso de Ciutat Vella que llevaba tu tarjeta en el bolso. ¡De eso va! Los de la Científica están peinando el escenario al milímetro, buscando algo que te sitúe allí. Dime que no lo encontrarán.

Artigas se paró a pensar. Con las prisas, no había borrado sus huellas del escenario. En realidad, no creyó que fueran a

buscarlas expresamente.

Joder.

—No puedo —reconoció.

—¿Cómo que no puedes? ¿Qué has hecho, Lluís? —Una pausa breve, para reunir valor para preguntárselo—. ¿La has matado tú?

—¡Por supuesto que no!

—Vale. —La oyó respirar. Le creía—. Entonces, dime qué cojones hacía tu tarjeta en el bolso de la chica.

Gran pregunta. Lástima que no tuviera una respuesta a juego.

—No tengo ni puta idea, créeme.

Clara resopló.

—Aunque lo hiciera, no soy yo quien necesitas que te crea. Es Jubany. Y ya te digo que no lo va a hacer. Te ha puesto en busca y captura. Ahora mismo, eres el enemigo público número uno.

El mosso hizo restallar la lengua. ¡Puto cabronazo de mierda!

—Que le den. Tengo un testigo que me situará lejos del lugar del crimen. Se va a joder, ya verás. —Se ahorró añadir que el testigo en cuestión era el de la propietaria del piso donde había aparecido el cuerpo, quien también tendría unas cuantas preguntas que responder cuando pusiera un pie en comisaría.

Pero Clara se las apañaba solita para arrinconarlo contra las cuerdas.

—Algo es algo. ¿Me cuentas ahora por qué encontrarán tu ADN en el apartamento de una desconocida?

No era el momento de andarse reservando información. La necesitaba de su lado y tenía que convencerla de que era inocente.

—El piso no es de la víctima. Es de una periodista que se llama Mònica Vidal y que también está investigando el asesinato de Gbemisola Shotade. La chica muerta era una amiga que estaba en el lugar equivocado, en el momento menos idóneo. Ya te contaré con detalle, pero ha sido una cagada de los nigerianos… Para desgracia de la víctima.

—¿Una perio…? ¡Joder, Lluís! Lo haces adrede, ¿verdad?

—Clara, escúchame… Estoy seguro de que el objetivo era ella

y no la chica muerta. Se estaba acercando al mismo lugar que yo, por otra vía. El asesino se ha enterado de alguna manera, se ha puesto nervioso y ha tirado de navaja. Lo tenemos cada vez más acorralado. ¿Has podido averiguar algo del tal Kabiru?

La risotada sarcástica de la inspectora le llegó desde el otro lado de la línea.

—¿Te has vuelto loco, Lluís? Solo por hacer esta llamada se me podría caer el pelo. ¿Encima pretendes que te proporcione información clasificada?

—Clara, por favor…

Una pausa muy larga. Luego, un suspiro.

De perdidos al río.

—Seguramente, la ficha más aberrante que he leído nunca. Kabiru Tanimu, de edad indeterminada, originario de Nigeria y llegado a Cataluña a finales del 2012. En su país lo acusan de diversos asesinatos, además de tráfico, robo y todo un muestrario de cargos menores. Una rata de cloaca. Pero nunca ha sido condenado por nada, lo que debe significar que trabaja para gente muy bien situada. Lo raro es que desde que llegó se ha portado como un monaguillo. Ni una triste multa de tráfico impagada. —Otra larga pausa—. Nosotros no teníamos nada de él. He tenido que pedirle un favor a un compañero de la Interpol para que me pasara su ficha nigeriana. Otra cosa que me traerá problemas con Jubany si llega a enterarse. De todas maneras, eso ya no importa. Tienes que venir cuanto antes y aclarar todo este embrollo. Con tu historial, te la juegas, aunque puedas presentar como testigos a todos los miembros del Orfeó Català y de los Xiquets de Valls. Y, aunque ya sé que te importa un comino, te recuerdo que, de paso, también te juegas *mi* cuello.

—Clara, no puedo ir ahora. Tú misma lo has dicho: el Cardenal está mucho más interesado en mí que en Kabiru. Si entro en comisaría, no volveré a pisar la calle. No pienso arriesgarme a que la muerte de Gbemisola quede impune mientras el lameculos ese trata de colgarme la muerta. Necesito ajustarle las tuercas a Kabiru. Ponerlo todavía más nervioso y obligarlo a cometer otra cagada. Cuando lo pille, te juro que me la sudan el Cardenal, Asuntos Internos y la madre que los parió a

todos. ¡Pero ese hijo de puta es mío!

Clara se desesperó. Era exactamente lo que temía escuchar. Y lo peor que podía hacer él en su situación. Había demasiada gente en el departamento esperando una ocasión como esa para ajustar cuentas con Lluís Artigas.

Trató de hacérselo entender:

—Lluís, cometes un error. Si te empeñas en continuar tu cruzada, tendrás suerte si te pilla una patrulla por el camino y te llevan esposado. Lo más probable es que sean los buzos quienes tengan que sacarte del fondo del puerto. Sabes tan bien como yo que no hay criminal más peligroso que el que se siente acorralado. Y es lo que pretendes hacer con ese nigeriano. Ven ahora mismo y te doy mi palabra de que conseguiré una orden de arresto contra tu hombre. El juez Reixach me hará caso si se la pido, aunque tengamos pocos indicios.

El cabo lo valoró un momento. Lo sentía, pero no.

—Vamos, Clara. Me lo dejaste muy claro la otra noche: el caso de Gbemisola es del Cardenal. ¿Cuánto tardará en enterarse de que te has interpuesto en su camino y quitártelo? Y entonces sí que te habrás creado un enemigo de verdad. Y yo estaré jodido. No. Esto es algo que tengo que hacer solo.

—¡Hostia, Lluís! ¿Quieres dejar de hacerte el héroe? —Ella únicamente usaba ese tono cuando estaba realmente furiosa—. Por una vez en la vida, para variar, haz lo más inteligente, ¿quieres? Ven aquí, disipa cualquier duda sobre tu relación con el asesinato de esa chica y deja que los demás nos ocupemos de Kabiru. ¿No te das cuenta de que no tienes otra opción?

Estaba hasta la polla de que le dijeran lo que podía y no podía hacer.

—¡Y una mierda, que no! Espera y verás.

Y colgó.

Mònica dejó pasar unos instantes para darle la oportunidad de serenarse y entró en la habitación en cueros.

Él tuvo que hacer un esfuerzo, pero consiguió pergeñar una sonrisa de buenos días.

—¿A quién tenemos aquí? Creía que esta vez eras tú quien se había largado antes de salir el sol, Lois…

Ella no estaba para ironías. Se acercó hasta donde había dejado la ropa y empezó a vestirse. Artigas la imitó. De repente, la desnudez ya no les resultaba cómoda.

—¿Me cuentas qué está pasando?

Debían tener aquella discusión tarde o temprano.

Pues que fuera temprano.

—Te hago la versión corta, ¿vale? Los que han asesinado a tu amiga quieren colgarme el muerto a mí. De una manera bastante chapucera, habría que añadir. Pero entre mis antecedentes y las ganas que me tienen algunos, resultará suficiente para hacer saltar el caso de Gbemisola por los aires.

—¿Cómo?

—¿Que cómo me han incriminado? Parece que poniendo mi tarjeta entre los efectos personales de la víctima. A saber de dónde la habrán sacado. Pero si le sumas que encontrarán mis huellas en tu casa y que llevo días de baja sin motivo, las pruebas circunstanciales empiezan a acumularse en mi contra. Si en lugar de a la pobre Txell te hubiesen matado a ti, igual hasta les hubiese salido bien lo de inculparme.

—No lo entiendo. Cerramos la puerta. En todo el edificio no vive nadie más. ¿Cómo han podido encontrar el cuerpo tan deprisa?

—Está claro que lo han denunciado ellos. Una llamada anónima es suficiente. Eso acabará jugando en su contra, por cierto. Pero, ahora mismo, el Cardenal no permitirá que estos detalles lo detengan. Le conviene que el culpable sea yo y tratará de encajar las piezas como sea. Es su estilo. Y tratándose de un sospechoso con mi historial, lo tendrá más fácil. Apelará a la honorabilidad del cuerpo, la transparencia, la opinión pública, y blablablá…

Mònica se moría de ganas de preguntarle por los tres kilos. Pero después de lo que había pasado entre ellos, ya no era tan fácil como ir y soltarle: ¿lo hiciste tú?

Si fuera al revés, ella lo mandaría al carajo, sin dudarlo.

Se mordió la lengua. Ya habría un momento mejor. En lugar

de la que realmente quería, le hizo otra pregunta:

—¿Cómo puedo ayudarte?

Él lo pensó un momento.

—No estaría mal que fueras a la redacción y averiguases qué ha trascendido del asesinato de Txell. Los cadáveres se les amontonan a nuestro estimado *conseller* y a su poli favorito. Pero una cosa es enterrar la muerte de una prostituta nigeriana y otra el asesinato de una turista blanca, degollada en el apartamento de una periodista. A ver cómo les venden la moto a los medios para que no lo publiquen…

Mònica asintió y fue a por el móvil. La invadía una tristeza pegajosa como el alquitrán. Lo de aquella noche no había sido un polvo al uso. Había habido algo más. Y juraría que él también lo había notado. Los dos estaban en *shock*, claro. Pero la sensación se había mantenido al despertarse abrazada a él. Ahora, sin embargo, con el rápido devenir de los acontecimientos, lo sentía dolorosamente lejos.

Marcó el número particular de Xavier Bertrán. Era demasiado temprano para encontrarlo en la redacción. El periodista contestó enseguida:

—Mònica, ¿eres tú? —Jamás lo había oído tan agitado.

—Sí. ¿Estás bien, Xavi?

—¡Gracias a Dios! —El hombre se tomó unos segundos—. ¿Si estoy bien *yo*? ¡Eres tú quien se suponía que estaba…! ¿Acaso no sabes lo que ha sucedido en tu apartamento? Recibimos un teletipo en la redacción y Folch, que estaba de guardia, reconoció tu dirección y me llamó enseguida. ¡Te he estado llamando como un loco durante horas! ¿Por qué no contestabas? ¿Dónde estás?

Mònica meneó la cabeza. Había silenciado el teléfono y ahora veía las llamadas perdidas. ¡Joder! Llevaba horas ilocalizable.

—Es una historia demasiado larga para contártela por teléfono, Xavi. No te preocupes, estoy bien.

Pero él no iba a tragarse el *no te preocupes, estoy bien* de turno así como así.

—¿Bien? Mira, no sé en qué demonios te has metido, pero te juro que estás a años luz de estar bien. Al principio, cuando todo apuntaba a que la víctima eras tú, he sacado de la cama a mis

contactos para confirmarlo. Y lo último que me han filtrado es que había cursada una orden de busca contra ti. ¡O sea que no me vengas con la vaina de que estás bien y explícame *ya* mismo de qué coño va esto!

Ella se lo contó. De pe a pa. Lo que había descubierto sobre la muerte de Gbemisola Shotade. Su asociación con Lluís. Quién era Txell y qué hacía en su apartamento. El robo del MacBook y el dosier. Dónde había pasado la noche. *Todo*. Solo se reservó lo que había sucedido entre ella y el cabo.

—Tenías razón, Xavi —concluyó—. Hay una historia de narices detrás de la muerte de esa pobre chica nigeriana.

—¿Historia? ¡Olvídate de historias, Monis! Si llego a saber que te estaba arrojando a los leones no te habría dejado ni acercarte. Quiero que dejes el reportaje y que vayas ya mismo a la comisaría más próxima. Lo importante ahora es que estés segura. Y, luego, aclarar que no has tenido nada que ver en los hechos. Puedes contar con los servicios jurídicos del periódico. Y, por supuesto, con mi testimonio para ayudarte. Dime a qué comisaría irás y el abogado y yo estaremos allí incluso antes de que llegues.

Silencio.

—¿Monis? ¿Me has oído?

—Sí, te he oído. Xavi, quiero hacerte una pregunta, ¿vale? Y quiero que me digas la verdad.

—¿Una pre…? Bien, sí, claro. Adelante…

—Sinceramente, ¿crees que mi madre hubiese abandonado el reportaje para salir huyendo a la comisaría más próxima?

El periodista no pudo responder.

—Ya. Es lo que pensaba que dirías. No te preocupes por mí, ¿vale? Estamos seguros donde estamos. Nadie nos encontrará. Te llamaré cuando tenga algo, te lo prometo.

—¡Mònica! No. Espera…

Clic.

Volvió a la habitación a contarle a Artigas lo que acababa de hablar con su jefe.

No estaba allí.

—¿Lluís?

Lo buscó por todas partes. Nada.

El muy cabrón había aprovechado la llamada para escabullirse sin ella.

¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

21

Si el Changó tenía una cualidad, esa era que no engañaba. Nadie entraba por casualidad. Se veía a la legua el tipo de local que era y la clase de personal que uno podía esperar encontrarse. Un siglo atrás, aquella ya había sido una taberna poco recomendable, frecuentada solo por marineros salidos, putas de a cuatro perras y algún que otro señorito buscando emociones fuertes donde solo había miseria y sordidez. Con el paso de los años, el moho y la herrumbre habían ganado la partida a todo lo demás y el edificio entero había pedido a gritos la bola de demolición. Pero, en lugar de un final digno, apareció el fondo buitre de turno que se hizo con el bloque entero por una miseria, para alquilar las habitaciones superiores a sin papeles desesperados y reabrir el bar gracias a la complicidad del más benevolente de los inspectores municipales.

Para el que necesite que se lo cuenten todo: *benevolente* aquí significa *corrupto*.

Reabierto para un público eminentemente africano, ahora aquel antro recibía a sus visitantes detrás de unas puertas de madera carcomida, aún con los cristales biselados originales. Y, ya dentro: paredes cuarteadas de colores indefinibles; muebles precarios; barra oscura y mugrienta, e hileras de botellas rellenas con líquidos que nada tenían que ver con las etiquetas. El único lujo era el letrero, en el que un artista voluntarioso había usado, con sorprendente acierto, una tipografía de reminiscencias africanas.

La difunta Joyce había tratado de darles algo de vida a paredes y rincones salpicándolos con piezas de la artesanía nigeriana que había ido recolectando aquí y allá. El resultado era una suerte de museo de máscaras rituales con expresiones

feroces, reproducciones anodinas de animales de la sabana y figuras humanas de torso y extremidades dilatados como chicles, todo tallado en madera de tonos nocturnos. La guinda de aquella customización infernal la ponían los carteles promocionales de bebidas populares en su país de origen. Las cervezas One, Star y Life Continental, y refrescos con base de frutas, como Maltina, Fayrouz o Climax. Nada que un europeo que hubiese ido a aterrizar allí, por error o por desgracia, se atreviese ni remotamente a pedir, pero que a la escasa parroquia habitual los hacía sentirse un poco menos lejos de casa.

Artigas decidió tomar un taxi para llegarse al Raval. A esas alturas, todos los coches patrulla de Barcelona debían de estar buscando su León. No era cosa de ponérselo fácil. Antes de irse a la francesa, le vació el billetero a Mònica. Se había acostumbrado a tirar de tarjeta y ahora no podía arriesgarse a dejar un rastro de miguitas de pan electrónicas tras de sí.

De manera que le había tomado prestado todo el *cash*.

El hijoputa de Artigas ensanchando un poco más su ya enorme leyenda negra. Era su especialidad.

Lo sentía de verdad. Mònica le gustaba. *Mucho*. Demasiado, tal y como estaban las cosas. En fin, con un poco de suerte, se daría cuenta de que lo hacía para protegerla.

Y si no… Bueno, una más, ¿qué importaba?

Cuando paró el taxi —toda una suerte, en ese barrio y a esa hora—, rogó para que el conductor fuera de los silenciosos. Un compañero tenía la teoría de que solo había tres tipos de taxistas: parlanchines, silenciosos y psicópatas. Los segundos eran los únicos con los que se podía viajar, insistía. Si te arriesgabas con las otras dos categorías, corrías peligro de acabar muerto… o algo peor.

Le dio la dirección.

Un momento para pensar y una inclinación de cabeza. Sí, ya sé dónde está.

—¿Le importa que ponga la radio?

—Por favor.

Se arrepintió de haberlo dicho en cuanto reconoció la voz profunda del locutor ese que anunciaba una marca de pasta en la

tele. No podía con aquel impresentable, tan facha y pagado de sí mismo. De buena gana le habría pedido al conductor que parase y le dejara hacer el resto del trayecto a pie. Pero se tuvo que aguantar. Prefería soportar las sandeces de un impresentable que unas esposas en las muñecas y cuarenta y ocho horas de interrogatorio dirigidas por el Cardenal en persona.

Se aisló del veneno que vomitaba el radiofonista, tratando de decidir qué haría cuando se encontrara cara a cara con el nigeriano. En la cintura notaba el peso amenazador de la Walther. Jamás la había disparado contra nadie. Y en las prácticas de tiro obligatorias solo conseguía unas puntuaciones apañadas. Aun así, su parte más oscura le pedía liarse la manta a la cabeza y acabar con el asunto al estilo de O.K. Corral. Entraba, le pegaba dos tiros en la cara al hijoputa del negro y probaba suerte con los chicos de Asuntos Internos. Os juro que él ha sacado la pistola primero, compañeros. Comprobad su ficha y veréis la clase de ganado que era. ¡Si estoy vivo de milagro!

Como decía el poeta: a veces tienes que mearte en el fregadero.

Claro que si le añadía un Charles Bronson a su hoja de servicios la mierda que se acumulaba desbordaría la carpeta. Todo cristo pediría su cabeza y podía apostar a que el Cardenal removería cielo y tierra para dársela. Y Clara ya no tendría ni el poder —ni, seguramente, la voluntad— de impedírselo.

En fin.

El taxista lo rescató del ensimismamiento. Lo sentía, pero era lo más cerca que podía llegar. Han cambiado las direcciones de las calles, se excusó, encogiéndose de hombros. El lugar quedaba a una esquina escasa. Le pagó la cantidad exacta. La propina la dejamos para el día que elijas mejor la emisora, campeón. El hombre hizo honor a su condición de silente: aceptó el dinero sin rechistar y no le dejó ni un *ahí te pudras* mientras giraba el volante para volver a las Ramblas. Seguro que el cariño era mutuo.

Artigas se echó a andar hacia la esquina mientras todavía sopesaba las otras opciones. Si no había huevos para usar el método Bronson, solo le quedaba entrar en aquel agujero, pedirse

una cerveza, mirar al tipo a los ojos y soltarle que lo sabía todo: el numerito de vudú con Gbemisola y lo de la chica blanca asesinada en su casa —por cierto, figura, sabrás que te equivocaste de mujer, ¿no?

El lote entero, vamos.

Luego, apuraría la botella sin prisa y le dejaría caer lo del trato. Tú te haces un Pavarotti para que podamos enchironar a tus jefes y yo te consigo el mejor acuerdo que puedas soñar: la deportación al estercolero que elijas. Yo ni me lo pensaría. La alternativa son veinte años a la sombra por asesinato. Tú veras…

Por supuesto, pensaba dejarlo más tirado que al perrito ese del anuncio. No tenía ni autoridad, ni intención de conseguirle aquella bicoca. Pero eso lo dejaría para la segunda cita. Ahora, la cosa era meterle el miedo en el cuerpo y conseguir que se cambiase de bando.

La pena era que el plan B tenía algunas lagunas. Naderías, como que Kabiru era un tipo duro que no se acojonaría por la visita de un poli solitario. O que él tenía a todo el cuerpo pisándole los talones. Vamos, que en la larga historia de los planes de mierda, aquel aspiraba al pódium por méritos propios.

El método Bronson volvía a ganar puntos.

Cuando dobló la esquina, se llevó de nuevo la mano al lugar donde llevaba la pistola, disimulada bajo una chaqueta ligera.

Lo que vio, sin embargo, le hizo olvidarse del arma.

Dos coches patrulla de los Mossos, con las luces en modo tiovivo, custodiaban la puerta del Changó. Desde donde estaba tuvo silla de pista para presenciar cómo dos agentes sacaban esposado a un tipo de hombros WWE, peinado rasta y labios descomunales y lo hacían subirse a uno de los vehículos, poniéndole la mano en la coronilla mientras se inclinaba para entrar. Detrás, una muchacha, mullida pero atractiva, los increpaba en un castellano torturado. Medio oculto en la esquina, a Artigas le pareció que lo hacía sin demasiada convicción. Solo para cumplir el expediente. Con todo, los agentes tuvieron que apartarla del coche patrulla y obligarla a volver al interior del local. Cuando consideró que ya había cubierto el expediente, se dejó llevar sin alargar el numerito.

¡Demonio de Clara! Había previsto —o temido— su movimiento y se le había adelantado arrestando a Kabiru. Tras meterlo en el coche patrulla, los uniformados desfilaron lentamente por la calle peatonal, haciendo gala de la discreción con la que actuaban siempre en esa zona tan conflictiva. Que YouTube lo carga el diablo y nadie quería ser la estrella del último vídeo de brutalidad policial que se hiciese viral en la red.

Se quedó allí, sosteniendo la fachada del edificio, mientras trataba de dilucidar qué hacer. Seguía sin decidirse cuando notó la vibración del móvil en el bolsillo.

Era Sandra.

—Dime.

—¡Lluís! ¡Por fin, joder! ¿Se puede saber qué está pasando? ¿Sabes que tienes una orden de busca y captura? Uno de sus contactos en los juzgados se lo ha filtrado a Pere. Está que se sube por las paredes… —Hizo una pausa—. ¿Tú estás bien? —La voz sonaba genuinamente preocupada—. ¿Necesitas algo? Lo que sea. Lo digo en serio.

Por un momento volvía a ser la muchachita que había conocido en la facultad, cuando ella empezaba, llena de ambiciones, y él estaba a punto de colgar los libros para iniciar el camino a ninguna parte.

—Es todo un malentendido, Sandra. Te doy mi palabra. No te preocupes.

Ella era otra de las personas cercanas que nunca le había preguntado si se había llevado la droga. Parecía mentira el miedo que tenía la gente de hacerlo cuando no estaban seguros de la respuesta que obtendrían.

—Lluís…, eres consciente de que todas las catástrofes de la historia han empezado con un *no te preocupes*, ¿verdad? —Una larga pausa se apoderó de la línea. Por fin, en vistas de que no iba a obtener respuesta, ella repitió—: En serio, ¿hay algo que pueda hacer? No importa qué.

Sandra podía sonar realmente dulce si se lo proponía. Él se lo agradeció en silencio.

—¿Has pensado en la reacción de Pere si te digo que sí?

La abogada suspiró. Un suspiro largo y resignado. Era Lluís

en estado puro. No podía limitarse a dejarse ayudar y basta.

—Cuando firmé los papeles del matrimonio, no recuerdo que hubiera ninguna cláusula que dijera que, además de mi marido, Pere también era mi dueño.

—Los del matrimonio, quizás no. Pero si revisas tu contrato con el bufete estoy seguro de que encontrarás algo que, en argot legal, vendrá a decir más o menos lo mismo.

Ella se mordió la lengua. Podría recitarle de memoria la cláusula a la cual aludía.

Quien calla, otorga.

—Sandra, te lo agradezco, de verdad. Pero no quiero que te metas en un lío por mi culpa. Lo tengo todo bajo control, créeme.

—Si fuera así, ¿no tendrías que estar en comisaría diciéndoselo a ellos en lugar de a mí por teléfono?

—Y lo haré. Pero antes tengo que resolver otro asunto.

—Lluís, me estás asustando mucho, ¿sabes? ¿Podemos vernos y hablar de lo que está pasando? De una forma u otra, vas a necesitar un abogado. Y yo soy buena, lo sabes. Por favor, dime dónde estás y voy para allá.

Ni de coña. Ya la había puteado bastante para ahora hacerle eso. Pere no se lo perdonaría.

—Mira… Ahora mismo estoy liado. Pero te prometo que, si necesito ayuda legal, serás la primera a quien recurriré. Ahora tengo que dejarte, ¿vale?

No insistió. Lo conocía lo bastante como para saber que no serviría de nada. Estaba a punto de colgar cuando le llegó su voz desde muy lejos.

—Y, Sandra… Muchas gracias. De verdad. No me lo merezco.

No. No te lo mereces, capullo, dijo su silencio. Sus labios, sin embargo, fueron por otro camino:

—Prométeme que no harás ninguna locura.

Lo hizo, con pocas ganas y menos convicción. La tristeza de ella todavía rezumaba en el auricular cuando devolvió el móvil al bolsillo de la chaqueta.

Artigas entró en el Changó apenas unos minutos después de

que la policía se hubiese llevado a Kabiru. No sabía exactamente qué buscaba, ahora que su hombre había sido borrado de la ecuación. Pero la experiencia y el sentido común le decían que lo hiciese.

Lo primero que lo sorprendió fue el olor. A secretos. A trampas. A mentiras. Y a alguna otra cosa más. A miedo, ¿quizás?

Sí, a miedo. Sobre todo a miedo.

Desde detrás de la barra, la camarera que había visto quejarse antes, en la calle, lo observaba con ojos rezumantes de recelo. Le devolvió el repaso: unos veinticinco, peinada con una cola de caballo y sin ni una sola arista en toda su anatomía. Solo curvas. Ojos enormes; labios aún más grandes y, encima, pintados de Neon Red; papadita y mofletes. Unos pendientes dorados le colgaban hasta la base del cuello e iba embutida en un vestido negro que costaba dirimir si era más ceñido o escotado. Estaba claro que no había renovado el vestuario desde que dejó de hacer esquinas.

Ni un alma en todo el local.

—¿Qué quieres? —le dijo ella, con aquel acento tan cacofónico de los africanos.

Sin duda, el servicio era uno de los grandes atractivos del Changó. Tenía que acordarse de ponerle cinco circulitos verdes en el Tripadvisor.

Artigas echó un vistazo a su alrededor y acabó señalando un cartel desde donde un muchacho, sonriente y rapado, sostenía una lata de cerveza Star. Con la otra mano levantaba el pulgar, rodeado por amigos de ambos sexos que se lo pasaban en grande en la playa.

—¿Es buena?

Se encogió de hombros. ¿A mí que me cuentas? Si no lo sabes tú, que es quien se la va a beber…

—La mejor de África —acabó asegurándole, al darse cuenta de que él esperaba su respuesta—. ¿La quieres sí o no?

Seguro que había bebido cosas peores.

Claro. Ella se apresuró a sacar una botella de etiqueta azul con letras amarillas de una nevera oculta tras el mostrador.

Vertió la mitad de su contenido en un vaso nada limpio y lo dejó sobre el mármol.

Echó un trago. Largo.

Pues sí, había bebido cosas peores. Aunque no demasiadas.

—¿Era tu amigo? —le dijo al final, como si no hubiera que especificar más.

Desplomó la mirada. Acabáramos, otro poli. Solo le faltaba eso.

—Mi jefe —terminó admitiendo, desganada.

—¿Qué ha hecho?

—¡Nada! La policía blanca siempre nos echa la culpa de todo a los negros. ¿No lo sabes, poli? *Black Lives Matter!*

Artigas le sostuvo la mirada y puso cara de niño bueno.

—Algo he oído, sí. Menudos pedazos de cabrones estamos hechos. Te doy la razón.

La dejó desconcertada. Divertido, echó otro trago de aquel líquido que ni siquiera estaba bien frío. Le dedicó una sonrisa, levantando la botella como si hubiera descubierto una pequeña maravilla. La chica no se la devolvió. No habría estado más incómoda sentada sobre la cama de un faquir.

¿Por qué no te terminas la cerveza y te largas de una puta vez, madero cabrón?, decían sus ojos.

Más quisieras.

Decidió presionarla un poco más. A ver qué pasaba.

—Oye, ¿vienen chicas por aquí?

Ella puso cara de extrañeza.

—Vamos, mujer, ya sabes… *Chicas*… —Le faltó añadir: «como tú». Pero consiguió que fuera implícito con el tono.

Ella desvió la mirada. No estaba acostumbrada a que la interrogasen. Podía notar su ansiedad incluso con la barra de por medio. Bien.

—Solo hombres —acabó diciendo—. Chicas, aquí no. En la calle.

—Y, entonces, ¿por qué se han llevado a tu jefe? ¿Trapicheáis? Porque a mí me vendrían de cine un par de gramos…

La camarera empezó a sudar. Se notaba que quería que se la tragara la tierra. Seguro que no tenía papeles, ni nada que se le

pareciera ni remotamente. La tenía a punto de caramelo.

Aun así, tampoco era para inspirarle tanto miedo.

No fue consciente de lo que de verdad la asustaba tanto hasta que, de la trastienda, salió aquel canijo de ojos transparentes. Escarchados. Como los de un espectro. La miró fijamente primero a ella —habría jurado que tuvo un escalofrío— y, después, a él. Mucho rato.

Cuando habló, lo hizo con una vocecita sorprendentemente aguda y en una lengua ininteligible para Artigas.

La chica tradujo:

—Pregunta que por qué estás aquí.

—¿Por qué va a ser? Esto es un bar, ¿no? Pues para tomarme una cerveza. A ver si ahora resultará que no estáis muy acostumbrados a tener clientes…

Ella volvió a traducir. El hombre no le quitaba la vista de encima. Empezaba a perturbarlo.

—Dice que estamos cerrados.

—Pues tenéis una forma muy extraña de estarlo —repuso, forzándose a mantener el tono socarrón—: no hay cartel, la puerta está abierta y tú me has puesto esta birra tan cojonuda.

La camarera ya no sabía qué cara poner. Pero Artigas tuvo claro que, con la aparición del otro, cualquier posibilidad de que hablase se había ido por el desagüe. Aquel fantasma de ojos de hielo la aterrorizaba. Y no podía reprochárselo. El angelito podría quedar campeón del mundo en la modalidad de tipos siniestros. Sin despeinarse.

Volvió a hablar, y ella a traducir:

—Dice que no hace falta que pagues. Invita la casa. Pero ahora vete. Vamos a cerrar.

—¿Tan pronto? ¡Qué pena! Y yo que creía haber encontrado mi bar en el mundo.

Se levantó del taburete sin ninguna prisa. El otro continuaba taladrándolo con los ojos. Tuvo que hacer un esfuerzo por aparentar que le resbalaba. ¿De dónde había salido aquel puto engendro? ¿De un cuento de Lovecraft?

Se obligó a sostenerle la mirada, retándolo. El fantasma aguantó el desafío, tan pancho. ¿Qué pasaba? ¿No necesitaba

parpadear? Al ver que aquello no lo llevaba a ninguna parte, decidió cambiar de táctica. Se sacó del bolsillo una foto de Gbemisola y se la plantó en las narices.

—Pregúntale si la ha visto alguna vez, por favor. Y, de paso, échale tú también un vistazo.

La chica tradujo en dirección inversa. El espectro miró la foto solo un par de segundos. Después soltó una frase corta. Afilada.

—Dice que no. Que a esas chicas las encuentras en la calle, no aquí.

—Sí, eso ya me lo has dicho. Está claro que os tenéis la lección bien aprendida. Y tú, ¿la conoces?

La camarera ni siquiera fingió mirar la imagen. Trataba aquel pedazo de papel como si desprendiera emanaciones tóxicas.

—No. Y ahora vete, por favor. Vamos a cerrar.

Artigas se acercó más a la barra. Tomó la botella y la levantó, dedicándole un brindis al fantasma, que continuaba aguijoneándolo con aquellos ojos tan incongruentemente azules. Se la terminó de un trago y la dejó sobre el mármol con un golpe seco.

—Muy buena —dijo, dirigiéndose a la camarera, pero mirándolo a él—. Dile a tu amigo que volveré. A por más…

Después lo señaló con el dedo, le dedicó su sonrisa de lobo feroz y salió a la calle.

Una vez puso los pies en la acera, se permitió un resoplido de alivio. Diez segundos más teniendo que soportar aquel escrutinio hipnótico y, o vomitaba, o le pegaba dos tiros en defensa propia. El puto fantasma parecía salido de una pesadilla. Y ni siquiera tenían idea de quién coño era. ¿Por qué Gloria no les había hablado de él?

Lo que era evidente era que ambos mentían. La chica había estado a punto de hacérselo encima al ver la foto. Su *no* era el menos convincente de la historia de las negaciones, desde que Eva negó haber mordido la manzana mientras todavía masticaba.

Y el jodido fantasma la había identificado como prostituta, sin dudarlo. Cuando, en la foto, ella parecía a punto para ir a misa de doce. Con un vestidito de lo más púdico y una sonrisa de niña

buena que le inspiraría piedad hasta al lobo de Caperucita.

Volvería, sí.

Como Terminator.

22

¿Cómo había terminado mezclándose tanto con aquella gentuza? No de una manera consciente, eso podía jurarlo. Más bien, una cosa había llevado a la otra. El dinero fácil había servido, primero, para salir del bache y, luego, para costearse demasiados caprichos. Y ahora, Pau Ruiz, abogado penalista, ya dependía de él en exclusiva si quería poder mantener su tren de vida.

Un tren tipo *shinkansen* que le permitía vivir en Valldoreix, conducir un todoterreno de escándalo y haberle comprado un pedrusco del tamaño del Peñón a la última Miss Girona, una azafata de congresos que tres años atrás no le habría ni dedicado una segunda mirada, después de que los presentasen en una *party* del Upper Diagonal.

El dinero se hace mirar. Es un axioma.

Pau Ruiz lo sabía. Había sido invisible la mayor parte de su vida. Transparente. Como si lo hubiesen moldeado con celofán. Por eso había tenido tiempo de sobra para echarle codos en la universidad. Y, claro, se había graduado de los primeros de su promoción. Luego, en lugar de aceptar un puesto en uno de los bufetes que se lo rifaban, le había echado un par y había abierto su propia firma, con la ayuda de los ahorros paternos de toda una vida.

A eso le llaman ser un emprendedor. La gente se da de codazos para hacerse un selfi con uno.

Año y medio más tarde, estaba con el agua al cuello. Sin un chavo y con dos créditos que amenazaban con devorarlo, como la marabunta. A punto para el descabello.

A eso le llaman ser un fracasado. Hasta sus madres miran hacia otro lado cuando están en la misma habitación.

Pau estaba considerando seriamente ahorcarse el día que aquel hombre tan elegante, de la embajada nigeriana, llamó a su puerta con una propuesta singular. Sería el representante en España de los intereses del señor Akinwunmi Aganga, un pez gordo de Abuya, con una enorme cartera de inversiones en Europa. Los tentáculos de Mr. Aganga —se lo advertía de buenas a primeras, para evitarse malentendidos y todo eso— se extendían hasta rincones insospechados. Y no siempre se mantenían dentro del marco de la estricta legalidad. Su trabajo sería evitarle problemas con las autoridades españolas y, cuando esto no fuera posible, sacarlo del lío. A cambio, él mismo podría fijar sus honorarios.

—¿Y qué le hace suponer que aceptaré un cliente como el que me propone? —había respondido Pau Ruiz, ofendido por la seguridad con la que lo abordaba su interlocutor.

El funcionario le había dedicado una sonrisa condescendiente.

—Por favor, señor Ruiz, no se ofenda. Usted es abogado, y de los buenos, aunque su situación actual no lo refleje. Sabe, igual que yo, que aquí no es relevante si su cliente es legal o no. Lo que importa es su derecho, como el de cualquier otro ciudadano, a disfrutar de la mejor representación posible ante la Administración de Justicia. Y el señor Aganga está firmemente convencido de que usted se la proporcionará. Además, nos hemos informado. ¿De verdad cree que está en situación de rechazar nuestra oferta?

Si bien no se consideraba un idealista, a Pau Ruiz tampoco le seducía la perspectiva de encasillarse en el rol del abogado del gánster. Sin embargo, recordar la desagradable sensación del aliento de los banqueros en la nuca hizo que su faceta pragmática se impusiera por goleada.

Era eso o la cuerda que le esperaba en la otra habitación. ¿Dónde había que firmar?

Desde aquella noche lejana, Pau Ruiz había tenido muchas oportunidades de cuestionarse si había hecho un buen negocio vendiendo el alma al diablo. Pero cuando le entraban las dudas, se las sacudía comprándose cosas. El chalé, el Hummer, el apartamento en S'Agaró, Natàlia… Ahora mismo tenía los ojos

puestos en un yate de treinta y cinco metros de eslora que un promotor en horas bajas necesitaba quitarse de encima con urgencia. Un chollo.

Habitualmente, comprar cosas cuanto más caras mejor le servía para torear con su conciencia —que, siendo sinceros, tampoco era precisamente brava—. Pero cuando aceptó la oferta del señor Aganga —a quien no había llegado a ver jamás en persona— nadie le advirtió que tendría que recibir órdenes de sujetos como aquel joven tan inquietante, de vocecita infantil y mirada reptiloide.

Aunque su inglés estaba algo menos manchado del acento tribal que el de los otros nigerianos con los que había tratado hasta entonces, prefería mil veces despachar con el matón de Kabiru o la desdichada Joyce que con ese nuevo elemento, tan siniestro.

El tipo le ponía la piel de gallina. Pero la oficina del señor Aganga había sido muy clara al respecto: ayudarlo en todo lo que pidiera, con la mayor de las diligencias. Y después de tanto tiempo trabajando para él, Pau Ruiz sabía de sobra que no se jugaba con las órdenes de su invisible patrón.

Por eso, tras recibir la visita sorpresa de aquel personaje tan perturbador, se había puesto las pilas. Había corrido a la Ciutat de la Justícia, se había enterado de los cargos que pesaban sobre Kabiru y había invocado el *habeas corpus*: o lo acusaban de algo concreto, o lo soltaban *ipso facto*.

¡Ah! Qué bien sentaba ponerse un poco de latín en la boca.

Después de leerse detenidamente la orden, la verdad era que estaba sorprendido de que los Mossos hubiesen dado semejante paso en falso. No tenían nada contra su cliente. ¡Cero! No era propio de Clara Nadal meter la gamba de aquel modo. En otras circunstancias, se habría ensañado con la actuación policial y hasta habría reclamado daños. Pero eso no era lo que quería el señor Aganga. Lo suyo era evitarle problemas con las leyes españolas y, cuando no fuese posible, sacarlo del atolladero. Nada de ir a la greña con ellas. El dinero se hacía por otras vías, no con querellas absurdas.

De manera que se contentó con obtener el expediente y

tramitar la excarcelación exprés de Kabiru Tanimu. Todo en poco más de una hora. Chimpún. Pero con lo que le facturaría al señor Aganga, tendría bastante para pagar las arras del yate.

Otro día provechoso en la oficina.

Esperó a Kabiru a la salida de los calabozos. El sicario apareció con sus andares de *cowboy*, el peinado a lo Bob Marley y la sonrisa esquinada del delincuente que, una vez más, se sale de rositas.

Lo acompañó hasta las escaleras, seguidos por la mirada hostil del agente que cumplimentó las diligencias. No, Pau Ruiz no era precisamente popular en juzgados y comisarías.

Pero él no era el malo de la película. Solamente lo bastante listo como para jugar con las cartas que le repartía el sistema. Si lo que querían era que aquella chusma pagara como hacía falta, que aprobasen otras leyes. Pero, entretanto, que no disparasen contra los abogados, ¡joder! Al fin y al cabo, solo hacían su trabajo. Si no era él, sería otro. Además, entre la sonrisa de un mosso y la de una Miss Girona, lo tenía claro…

Cuando pusieron los pies en la calle, Kabiru se volvió a mirarlo. Los honorarios del picapleitos no incluían solo sacarlo de chirona. También se le pagaba por informarlos de a quién le debían el favor de haberlos hecho entrar.

Pau Ruiz suspiró.

—Alguien os la tiene jurada, ¿sabes? —empezó a decirle en inglés—. Y no precisamente un pez pequeño. La orden de detención ha salido, directamente, del despacho de la inspectora Clara Nadal. Revisándolo, lo que resulta más curioso es que el caso ni siquiera era suyo, sino de Jubany. Un tipo que nos convendría mucho más que ella, la verdad. ¿Tienes idea de por qué Nadal te ha puesto en el punto de mira hasta el extremo de arriesgarse a pedir una detención con tan poca base?

Kabiru la tenía.

—Te daré un nombre: Lluís Artigas. Averigua si esa tal Nadal está relacionada de alguna manera con él.

Pau Ruiz hizo una mueca. Aquello se salía incluso del acuerdo que tenía con el señor Aganga.

—Es complicado —intentó escabullirse—. Su nombre no sale

en el expediente. Tendría que pedir favores. Extralimitarme. Me pondría en una posición muy incómoda, la verdad.

Kabiru le dedicó una de sus sonrisas de diablo africano.

—Pues que te ponga, abogado. Y deprisa. Es importante que lo sepamos cuanto antes.

—Pero…

—¡Ni pero, ni hostias! ¿O quieres que llame al señor Aganga y le cuente lo descontento que estoy de tus servicios?

Pau Ruiz sintió un escalofrío. Sin aquel cliente, el castillo de cartas de su existencia se derrumbaría sin remedio. No quería. Desde luego que no quería. Por nada del mundo.

—De acuerdo. Necesitaré un par de horas, ¿vale? Te llamaré al móvil.

—No te retrases, ¿me oyes? Y dame pasta para el taxi. Estoy sin blanca.

El abogado se sacó la cartera. Antes de que pudiera hacer nada, el otro se la vació sin miramientos y lo dejó allí. De pie, en las escaleras del juzgado.

Mientras lo veía alejarse, con sus andares de perdonavidas, Pau Ruiz agradeció perder de vista a aquella escoria.

Bien mirado, entre *Tiroloco* Kabiru y el canijo de los ojos de espectro, no sabía cuál de los dos le daba más repelús.

Tenía que empezar a diversificar la clientela.

23

¿Dónde demonios se había metido el jodido Lluís Artigas? ¿Cómo era posible que, habiendo puesto a todo el departamento en pie de guerra, todavía no lo hubieran detenido? ¿Y esa tal Vidal? ¿Por qué no aparecía si resultaba que la muerta de su piso no era ella? ¿Tenían algo que ver el uno con la otra? ¿Acaso se estaba formando la tormenta perfecta ante sus narices sin que se diera cuenta?

Si no fuera un hombre con un control tan férreo de sí mismo, el inspector Marcel Jubany correría por su despacho, como una fiera enjaulada, ladrando órdenes a sus subordinados. En lugar de eso, ordenó que no le pasaran llamadas y se encerró para reflexionar sobre lo que estaba pasando.

Porque algo pasaba. Algo muy gordo.

A ver, vayamos por partes:

Uno: el cabo Lluís Artigas llevaba dos días sin ir a trabajar. Aparentemente, una simple baja. Pero Mascarell había pasado por su casa y allí no había ni el gato. Todo eso después de haber metido la nariz en el escenario de un crimen que ni le iba ni le venía.

Dos: la tarjeta profesional del cabo Artigas, en paradero desconocido, se había encontrado dentro del bolso de Meritxell Bergés, la víctima de un brutal asesinato perpetrado en un apartamento de Ciutat Vella que había sido denunciado mediante una llamada anónima.

Tres: la propietaria del apartamento donde había aparecido el cadáver era una periodista *freelance*: Mònica Vidal. La había investigado. Era hija y bisnieta de dos vacas sagradas de la prensa catalana. Pero ella debía de ser la oveja negra de la familia, porque hasta ahora no había firmado nada que valiera la

pena leer. Un pez pequeño nadando en un acuario de tiburones.

Cuatro: por si no estuviera todo bastante jodido, Mònica Vidal tampoco aparecía por ninguna parte. No había vuelto a su piso y tenía el móvil desconectado. De momento, no se veía una conexión clara entre ella y Meritxell Bergés. Ni tampoco con el cabo Artigas.

Cinco: aquella misma mañana, sin ninguna prueba que lo justificara, y sin tener siquiera jurisdicción en el caso, Clara Nadal había pedido una orden de detención contra Kabiru Tanimu, un sicario nigeriano sin antecedentes en España. Por supuesto, el tal Kabiru había pasado menos tiempo en la trena que un político en un confesionario. No estaba claro por qué una mujer inteligente y ambiciosa como Nadal había cometido un patinazo semejante. Pero no parecía existir ninguna conexión entre ella y Artigas o Vidal.

Seis: solo un débil mental creería que las conexiones no existían. Simplemente, no se apreciaban a simple vista.

Y siete: gracias a Dios, él no era débil mental.

El Cardenal se arrellanó en su blanda y lujosa butaca giratoria, de cuero. Un mueble que no le correspondería a un funcionario de su rango, pero que se había costeado de su bolsillo porque le confería una autoridad extra a ojos de todos quienes entraban en aquel despacho. *Autoritas* por la que merecía la pena pagar el precio exorbitante que había desembolsado por él.

Hizo tamborilear los dedos mientras intentaba descifrar qué nexo unía a un poli corrupto con una periodista de medio pelo. Si aquello fuera una película, uno buscaría justicia y la otra, la verdad. Pero no se lo tragaba. Artigas era una vergüenza para el cuerpo. Y Vidal, simplemente, no daba la talla. No eran la clase de personas que se embarcan en una cruzada.

Había algo más. *Tenía* que haber algo más. Pero él no alcanzaba a verlo. Se le escapaba. Y eso lo ponía nervioso, porque necesitaba entender qué movía a sus oponentes. Si no, podían salirle por cualquier lado.

Y, si eran impredecibles, eran peligrosos.

Ni siquiera entendía por qué alguien tan sensato como Clara Nadal prefería proteger a un agente bajo sospecha que llevarse

bien con un compañero de escalafón que un día —y no muy lejano — podría devolverle la cortesía, con creces.

Se moría de ganas de coger el teléfono y volver a llamarla. ¿A ti qué te pasa? ¿Es que te he jodido alguna vez sin darme cuenta? ¡Porque si es así, mujer, te pido disculpas! En serio que fue sin querer. Ya te lo compensaré. ¿O es que te estás tirando al condenado Artigas sin que lo sepa nadie?

¿Era eso?

¡Pues claro que era eso! Toda la comisaría cotilleaba sobre su reciente divorcio. ¿Cómo no lo había visto antes?

Clara Nadal estaba tratando de salvarle el culo a su novio.

¿Realmente era tan estúpida para jugárselo todo por proteger a un tipejo como ese? Pues la tenía en mejor concepto, la verdad.

Marcel Jubany era de esa extraña clase de hombres a los que el sexo no les quita el sueño. Llevaba treinta años casado con una mujer con quien se llevaba razonablemente bien; que le daba una vida razonablemente confortable y que satisfacía sus —modestas — necesidades fisiológicas de manera razonablemente eficaz. Le costaba entender por qué el común de los mortales no era capaz de edificar una relación tan razonable como la que tenían él y Joana.

Pero no era tan idiota para ignorar que lo que a él lo dejaba indiferente, a la mayoría los traía de cabeza.

De acuerdo: Nadal hacía lo que hacía para proteger a su nene. Muy bonito. Pero ¿y Artigas? Seguía sin ver qué lo movía.

No lo conseguiría, se dijo. Tendría que ir a ciegas con él. Y con esa reportera de las narices. Era prioritario apartarlos del caso. Incluso más a ella. Recordaba bien a su madre, aquel moscardón de Eva Vidal que tantos dolores de cabeza había provocado en todas partes. Hasta que una bendita dolencia se la llevó al hoyo, mucho antes de tiempo. Para que después dijeran que el Señor no ayudaba a quienes se lo pedían con devoción.

La hija también podría espichar… Pero no, Marcel. No pienses eso, ni en broma, se reprochó.

Cuando menos, el asesinato de la ciudadana francesa le daba carta blanca para actuar con contundencia. En casos así, lo primordial era contentar al consulado y dar imagen de diligencia

en los medios. Precisamente, sus dos especialidades. Ya había hablado con *mesié* Piquemal para asegurarle que seguían una pista muy prometedora y garantizarle que lo tendría al corriente en tiempo real. No necesitaba hacerlo, ni el otro podía pedírselo, pero así el gabacho se sentiría satisfecho y le daría un poco más de cuerda. De primero de psicología de la conducta humana. En cuanto a sus superiores, confiarían en él, al menos algunos días.

Tendría que apañárselas con aquello.

Si tuviera que ser sincero, Marcel Jubany admitiría que no creía que el cabo Artigas hubiese matado a la gabacha. ¿Su tarjeta de visita en el bolso? ¿Y una llamada anónima denunciando una muerte que, de otro modo, aún no habrían ni descubierto? Demasiado conveniente.

Alguien quería quitarlo del tablero. Blanco y en botella.

Pero eso, ahora, daba igual. Las pistas apuntaban a Artigas y a por él que irían. Con todo. Y de paso, a por la señorita Vidal, que también tenía un montón de cosas que aclarar. Si resultaba que, por alguna feliz casualidad, podía acabar colgándole el sambenito al cabo, por Dios que no le temblaría la mano. Se lo había ganado a pulso. En caso contrario, bueno…, al menos podrían depurarlo de una vez por todas, que bastante se lo merecía.

Más tarde ajustaría cuentas con Clara. La pobre idiota se lo había puesto en bandeja. Solo necesitaba encontrar una manera plausible de insinuar delante de las personas adecuadas que la desafortunada detención en falso de aquella mañana había complicado el caso Bergés de una forma innecesaria y, quizás, hasta definitiva. Si lo conseguía, ella también quedaría fuera de juego.

Estando ambos en el paro, tendrían todo el tiempo del mundo para consolarse y hacerse arrumacos. ¡Cortesía de Marcel Jubany!

Ahora solo tenía que ponerle las esposas a Artigas.

Costaría. Siempre es más fácil evitar a la policía cuando conoces sus métodos. Y el cabo no era ningún pipiolo.

¿Y si lo enfocaba desde otro ángulo?

Mònica Vidal no tenía por qué ser buena ocultándose. ¿Dónde

publicaba, habitualmente? Echó un vistazo a los informes. ¡Ah, de acuerdo! ¿A quién conocía en ese periódico? A ver…

¡Mierda! Xavier Bertrán.

Nunca había hecho buenas migas con aquel tipo. Tampoco malas, en realidad. Pero no era, ni de largo, de los que se prestaban gustosos a sus trapicheos. No le gustaba hacer favores. Ni tampoco cobrarlos.

Se inclinó, apoyando los codos sobre la mesa.

Siempre podía vendérselo de otro modo. Era él quien le hacía el favor. La chica se había metido en un embrollo de cojones. Cuanto antes la encontraran y pudieran hablar con ella, antes quedaría libre de toda sospecha. En caso contrario, las cosas podían envenenarse. Mucho. Y, llegados a ese punto, quizás él ya no podría ser tan comprensivo.

Serviría, decidió.

Bertrán era un hombre razonable. Y preocupado por su gente. Mordería el anzuelo.

Era muy temprano, pero igual había suerte. Descolgó el teléfono y, en lugar de pedirle a su secretaria que llamase, marcó él mismo el número del periódico.

Se sabía de memoria todos los de la ciudad.

24

Apenas oyó el ruido de la llave en la cerradura, Mònica saltó del sofá como si le hubiese picado una víbora. Llevaba horas esperándolo. Cardíaca. Él abrió la puerta y la vio venir hecha una furia.

Se preparó para la bofetada. Se la había ganado.

—¡No vuelvas a hacerme una cosa así, cabronazo! ¿Quién te has creído que eres? ¿Cómo tienes el cuajo de dejarme aquí tirada como una colilla?

—Mònica, escucha…

—¡Ni Mònica, ni hostias! Teníamos un trato. ¡Y has tenido los santos huevos de hacerme llamar a la redacción para distraerme y poder largarte sin mí! Eres un hijo de puta, Lluís. Esto no me lo esperaba.

Aunque ella tuviera motivos sobrados de estar furiosa, Artigas no llevaba nada bien que lo riñeran. Ni siquiera alguien con quien había dormido la noche anterior.

—Tía, córtate un poco, ¿vale? ¡Que hayamos echado un polvo no te da carta blanca para decirme qué puedo hacer y qué no!

—No, tienes razón. ¡Que hayamos echado un polvo no me da derecho a una mierda! Que tuviéramos un acuerdo, sí. Y tú y yo teníamos uno. ¡Íbamos a ir juntos al Changó! ¿Qué pasó? ¿Tenías el mono y no podías esperar a salir a pillar? ¡Ya he visto que el frasquito del botiquín está seco!

Aquella acusación inesperada le dolió más de lo que se hubiera imaginado. Había llegado dispuesto a hacer un acto de contrición. Pero todo tiene un límite.

—Y a ti quién te da el derecho de revolver mis cosas, ¿eh? No eres ni mi madre, ni mi novia, ni siquiera mi amiga. ¿Te salvo el puto pellejo y me lo pagas juzgándome?

—¡No solo te juzgo yo, cabo! También los de tu propio cuerpo.

—Sí. ¿Y qué encontraron? ¡Nada! No encontraron nada. Y tuvieron que reconocerlo públicamente. ¡Estoy hasta los cojones de la mierda esa de los tres kilos! ¿Es que no sirve de nada que una investigación te absuelva?

—Cuando te absuelve por un defecto de forma, no.

—¿Un defecto de…? ¡Tú estás histérica, tía! ¡Eres una puta pirada!

Entonces sí que lo abofeteó. Con todas sus fuerzas. El impacto de la palma abierta contra la mejilla resonó en el pasillo vacío como un disparo. Fue un acto inconsciente. Impulsivo.

La fuerza de la bofetada le giró la cara. Él se quedó un momento quieto y luego, muy lentamente, fue doblando el cuello hasta volver a mirar de frente. La miraba con una intensidad que la asustó.

Por un instante, temió que se la devolvería.

En lugar de eso, la agarró por el brazo y la atrajo hacia él.

—¿Qué haces? ¡Déjame!

No le hizo caso. Al contrario. La abrazó aún con más fuerza, mientras sus labios la buscaban con frenesí. Mònica solo simuló un momento que no lo deseaba. Enseguida se rindió a sus propios instintos y le devolvió los besos con la misma ferocidad.

Se arrancaron la ropa el uno al otro. Mònica gimió mientras él la arrinconaba contra la pared y la levantaba en volandas para poder penetrarla.

No recordaba haber deseado nunca tanto a un hombre. Ni siquiera Jon la había hecho sentirse así.

Se estremeció con cada una de sus acometidas, mientras le clavaba las uñas en la espalda. La cabeza le daba vueltas y oía sus propios jadeos con cada nuevo envite. Todo el cuerpo le hervía. Notaba sus manos en las nalgas, sosteniéndola en alto. Los pectorales comprimiéndole los senos. Los labios, ahora deslizándole por el cuello, ahora comiéndole la boca y los pezones.

Tuvo el orgasmo más intenso de su vida.

—¿Los robaste tú?

Estaban echados en la cama. Él debajo y ella, de lado, con la cabeza apoyada en su pecho y los pies colgando. Todavía empapados en sudor.

Él levantó la mirada. Era la última cosa que habría esperado en un momento así. Y, a pesar de todo, no había ocasión mejor para pedirle tal muestra de sinceridad.

Le salió sin pensar:

—Sí.

—¿Por qué? —No había crítica. Solo curiosidad.

Dudó. La tentación de contarle un cuento dickensiano —el Alzheimer, la residencia, ¡todos esos gastos exorbitantes!— le duró solo un momento. Ahora que había hecho lo más difícil, ya no tenía sentido mentir.

—Me había metido en un buen lío, con la peor gente posible. Si les caes bien, los rusos pueden perdonarte muchas cosas. Pero jamás una deuda. Y yo les debía un pastizal. —Hizo una pausa. Empezaba a pesarle admitir todo aquello. Y aún más a ella—. Coca. Juego. No te puedes ni imaginar lo mal jugador de póker que puedo llegar a ser. Cuánto puedes llegar a perder en una sola mano. Por no hablar de los intereses que te cobran estos cabrones. Ríete de la Troika y del FMI…

—¿Y putas no? —Lo miraba con una sonrisa socarrona.

Entendió que detrás de la pregunta estaba el fantasma de Gbemisola, pero no le importó.

—Algunas —admitió—. Pero solo de las caras. ¡Deberías haberlas visto! Menudos pibones…

—Eres un puto degenerado, cabo Artigas. Lo sabes, ¿verdad?

Él tuvo la sensación que hubieran podido dejarlo allí. Aunque ya no sentía la necesidad de huir. Quería ser totalmente sincero con ella.

—Primero les pagaba con favores. Como mirar hacia otro lado durante sus ajustes de cuentas. O hacer la vista gorda aquí y allá mientras movían la mercancía. Nada que realmente cuente, te dices. Ningún inocente sale herido. Pero cada vez necesitaba más dinero. Y cuando quise darme cuenta, ya no se lo podía devolver solo haciéndome el sueco. Me pidieron la pasta… o, si no, el equivalente en droga. De hecho, tuve mucha suerte. La deuda era

tan grande que habitualmente no habría podido saldarla, y se habrían visto obligados a pegarme un tiro, para dar ejemplo. El beso de Beria, lo llaman los cachondos.

Había mucha amargura lastrándole la voz. Mònica la reconoció enseguida.

—¿Ahora estás limpio?

—¿Limpio? —Le devolvió una sonrisa agria—. No volveré a estar limpio, nunca más, Mònica. Soy un alcohólico, un drogadicto y un poli corrupto. Tres manchas que no se quitan, por mucho que frotes. A lo sumo, se disimulan. He reducido el consumo, pero todavía bebo bastante como para disolverle el hígado a un cosaco. La noche que apareció el cadáver de Gbemisola me planté en el escenario del crimen puesto hasta las pestañas. Así de limpio estoy.

De repente, soltó una risa corrosiva.

—¿De qué te ríes?

—De que, encima, Dmitri hizo un negocio redondo conmigo. Primero me tuvo de perrito faldero una buena temporada y, al final, supo chuparme la sangre. ¿Sabes cuánto dan tres kilos puestos en la calle? Pero si me llego a quedar un solo gramo, o le pido que me pagase la diferencia, los chicos del DAI me habrían pillado, fijo. Solo les faltó meterme una sonda en el culo y buscar el dinero allí, créeme. De manera que tuve que regalarle la vuelta al ruso. El método Artigas.

Ella se incorporó para darle un beso en los labios. Pobrecito. Si supieras cómo te comprendo.

La miró, sorprendido.

—¿No te importa tirarte al *teniente corrupto*?

—Será al *cabo* corrupto, no te des aires. Pues mira, no… ¿O es que te crees que yo soy la Virgen María? —le respondió—. No tienes la exclusiva de cagarla, amigo. Pero de eso ya te hablaré más adelante. De momento, lo único que te pido es que seas honesto conmigo. Nada más.

—Eso, y que no me largue, creo recordar.

—Sobre todo, que no te largues —estuvo de acuerdo—. Te advierto que en el bolso llevo un puño americano. La próxima vez no será una triste bofetada…

¿Triste? ¡Tía, me has girado la cara!

Volvió a atraerla. Sus labios conseguían ser dulces y ásperos a un tiempo. Como ella misma.

Podría acostumbrarse a esa combinación.

Sonaron golpes en la puerta que les hicieron saltar de la cama, al unísono.

—¡Policía! ¡Abran!

Tenían la ropa esparcida por todo el pasillo. Tal y como la habían ido dejando hacía un rato. Fueron de puntillas a recogerla, mientras aquel puño invisible continuaba castigando la hoja de madera.

—¡Abran!

Volvieron a la habitación y se vistieron en un santiamén.

—¿Cómo demonios nos han encontrado? —preguntó Mònica con un cuchicheo, mientras se embutía en los tejanos—. ¿No me dijiste que nadie sabía que tenías este piso?

—¡Y no lo sabe nadie! —Estaba desconcertado. Lo habían pillado a pie cambiado.

—¡Artigas! ¡Abre, coño! No te lo pongas aún más difícil de lo que ya lo tienes. ¡Esta vez has pringado!

Mònica levantó la cabeza y, por su expresión, vio que conocía al que acababa de hablar.

—¿Amigo tuyo? —le preguntó mientras se abrochaba las sandalias.

—Conocido, si no te importa —respondió él, tratando de aparentar serenidad—. El cabo Mascarell. Un cielo de hombre. Te va a encantar.

—¡Artigas, te doy treinta segundos, o echo la puerta abajo!

Volvieron a intercambiar miradas.

—Mònica… No puedo dejar que me arresten. Si me llevan a comisaría estoy acabado.

—¿Hay alguna manera de salir de aquí?

—Puedo descolgarme por las tuberías del gas que hay en el patio de luces hasta la calle —dijo él, mirando en dirección al final del pasillo—. De adolescente lo hice más de una vez. Y sigo entero.

Sonaba a locura. ¿Descolgarse por los tubos del patio de luces?

¿*En serio*?

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo?

—¡Pues claro que no quiero hacerlo! Pero ya ves…

No les quedaba tiempo. Ella tomó una decisión:

—¡Anda, vete! Trataré de entretenerlos todo lo que pueda.

Él le cogió la cara entre las manos y le dio un beso fugaz.

—Te debo una, Lois. De las gordas.

—Si te matas haciendo el mono, te juro que te mato yo luego otra vez…

Por primera vez, vio ternura en los ojos del mosso. Le apretó la mano un instante y se fue corriendo al patio de luces. Mònica se compuso la ropa, tragó saliva e hizo el camino inverso, en dirección a la puerta.

—¿Se puede saber qué es este escándalo? ¿Qué quieren?

La voz del otro lado sonó ligeramente desconcertada. ¿Una mujer?

—Policía. ¡Abra ahora mismo!

—Un momento, que busco la llave.

—¡Se acabó! ¡Echa la puerta abajo, López!

Mònica abrió.

Se encontró, cara a cara, con cuatro agentes. Dos de uniforme y otros dos de paisano, con los chalecos antibala puestos y a punto de emprenderla con la madera. Mirándola con hostilidad.

Tranquila, Mònica. No te harán nada.

Se quedó quieta, impidiéndoles la entrada.

—¿Me quiere decir qué significa esto, agente?

Un tipo un palmo más alto que ella, canoso, barrigón y con mejillas de *bulldog* se le acercó hasta casi tocarla con la punta de la nariz.

—Último aviso: salga de en medio o la haré salir yo. —Le llenó la cara de saliva al ladrarle.

Ella mantuvo el tipo.

—Me imagino que traerán una orden…

La traían. Se la puso ante los ojos, como un ariete.

—Y ahora apártese, o le juro que me la llevo por delante.

Lluís había tenido razón. Acababa de conocerlo y ya adoraba a aquel mastuerzo.

Se hizo a un lado. Los dos uniformados y el otro agente de paisano, más joven y con menos cara de mala leche, se desplegaron enseguida por las habitaciones. Mascarell se quedó interrogándola.

—¿Dónde está Artigas? ¿Quién es usted y qué coño hace aquí?

—Me llamo Mònica Vidal. Soy periodista. —Dejó caer lo de *periodista* recalcándolo con el tono. A veces, funcionaba—. ¿Qué quiere decir con qué hago aquí? ¿Acaso me lo impide alguna ley?

—Vaya, vaya. ¡La señorita Vidal, *in person*! —le espetó él, en absoluto intimidado por el cuarto poder—. La mañana mejora por momentos. También se vendrá con nosotros. Aunque antes, dígame: ¿dónde está Artigas? Esta casa no es suya, sino de él. ¡Responda!

Tenía que ganar un poco más de tiempo, como fuera.

—Estoy aquí como invitada. Ni siquiera España tiene aún leyes contra eso…

El barrigón volvió a encimarla. El aliento le hedía a licor dulzón, a tabaco negro y algo más que prefería no identificar.

—Ni se imagina cómo me joden los listillos como usted. Hay una orden de busca a su nombre. Tiene muchas cosas que contarnos, ¿sabe? Empiece por hacerse un favor y díganos dónde está Artigas.

Los tres agentes que habían registrado el piso volvieron al pasillo.

—Aquí no hay nadie —dijo el de paisano—. Pero la cama está deshecha y hay dos tazas sucias en el comedor.

—Voy a mirar si ha subido a los pisos de arriba —dijo uno de los uniformados, pasándoles por delante y remontando las escaleras.

Mascarell volvió a fulminarla con la mirada. Segregaba frustración.

—Hágase un favor: ¿dónde está? —la amenazó.

—Me sabe mal, agente Mascarell. Llega tarde. Hace horas que se fue.

Los dos se dieron cuenta de su error a la vez. Mònica hubiera querido morirse.

—Ah, ¿sí? ¿Y entonces cómo sabes mi nombre, zorra? —Se

volvió hacia los otros dos—. Si me ha reconocido por la voz significa que estaba aquí mientras llamábamos. Buscadlo bien, ¡joder!

El de paisano más joven hizo chasquear la lengua.

—¡Mierda, el patio de luces!

Salió corriendo por el pasillo. Ella rogó para que Lluís hubiese tenido tiempo de llegar abajo. Si lo pillaban por culpa de su bocaza no se lo perdonaría jamás.

Pasaron unos instantes llenos de angustia antes de que el mosso regresara con las manos vacías.

—No estaba. Pero me he fijado y es posible descolgarse por los tubos hasta la planta baja, si se está lo bastante loco o desesperado. Me apuesto lo que queráis a que es lo que ha hecho. No puede andar muy lejos.

Mascarell no pudo reprimir una mueca de rabia. Quedaría a la altura del betún cuando en comisaría corriera la historia de cómo Artigas se le había escabullido de entre los dedos mientras permitía que una chica que no tenía ni media hostia le tomase el pelo como a un novato.

Se sacó las esposas de la funda que llevaba en el cinturón, la empujó contra la pared de mala manera y se las puso.

¡Esta me la pagas, zorra!

—Avisa por radio, Salva —le dijo al más joven, que contemplaba aquel evidente abuso de autoridad con incomodidad apenas disimulada—. ¡Que lo busquen todos los coches patrulla que estén por la zona! Todavía tiene que seguir por los alrededores. A ver si tenemos suerte. En cuanto a usted, *señorita* Vidal —le dijo, cerrándole las esposas hasta casi cortarle la circulación—, nos acompañará a comisaría. Veremos cómo sale de esta.

Empezó a empujarla escaleras abajo, empleando toda la rudeza posible sin que pudiera considerarse brutalidad policial. Mònica estaba tan aliviada de que su error no hubiera resultado fatal que se dejó llevar con una mueca de superioridad en los labios.

Mientras bajaba los escalones y empezaba a notar un desagradable cosquilleo en las muñecas, le asaltó otra duda:

¿Cómo había sabido la policía dónde estaban?
La respuesta era tan obvia que le dolió.
¡Xavi!
¡Xavi se lo había dicho!
San Xavier Bertrán. ¡La madre que lo parió!

25

Las mujeres tan guapas como Sandra Savall no abundaban en la Ciutat de la Justícia. En ninguna parte, en realidad. Sus tacones de acantilado, dos cinceles histéricos contra la cerámica del piso, resonaban, imperiales, mientras se acercaba a toda prisa a la zona de preventivos. A su paso, se daba perfecta cuenta de las miradas que levantaba entre sus colegas. Hombres que se habían quedado estancados en una época donde conceptos como *actitud inadecuada* sonaban a chino y a nadie le importaba un pimiento cruzar la frontera que separaba la galantería de la impertinencia.

Pero los tiempos habían cambiado y en los días del *#MeToo* y del 8-M aquellas exhibiciones de machismo trasnochado despertaban reacciones virulentas en muchas colegas. A ella, le resbalaban. Más todavía: optaba por sacarle todo el provecho posible al poder que había querido concederle el azar.

Mejor eso que pasarse el día pidiendo perdón por su físico o fingiendo que eso no le daba ventaja sobre el resto. No había elegido nacer así. Simplemente, había sucedido. Se siente. Y sí: claro que le daba ventaja. Y *mucha*. Pero, por algún motivo hipócrita, la sociedad se resistía a admitir que estar buena tenía premio y propagaba mensajes del tipo *el físico no cuenta* o *lo importante es estar a gusto con uno mismo*.

La belleza está en el interior. Sí, ya…

La vida no le va igual a Kendall Jenner que a Betty *la Fea*. Y cuanto antes lo asimiles, antes podrás saber cómo están las cosas.

Pero la corrección política se había apoderado del relato y a los que cuidaban el cuerpo se lo hacían pagar a la mínima ocasión. ¿Acaso alguien se metía con los que habían nacido con un C.I. superior al de la media? No, ¿verdad? Al contrario. ¿Pues

a qué venía fiscalizar la belleza de ese modo?

¡Sí, ya! ¡Pero es que el cerebro hay que cultivarlo!, argumentaban.

¡Ah! ¿Y el cuerpo no? ¿O es que creían que ella no sudaba sangre para mantener el suyo? A partir de los treinta era una lucha constante. Y ella la libraba todos los días, sin desfallecer. Porque, solo para que conste, señoría: las verduritas y el pescado a la plancha no le gustaban más que una buena hamburguesa con patatas fritas. Era una simple cuestión de elecciones. No se podía tener todo.

¡Al diablo! Llevaba años sin sentirse culpable porque le gustaba lo que veía cuando se miraba al espejo. Si tipos con edad de ser su padre querían fantasear con ella, adelante. Era su problema. Si la elegían antes que a otras por criterios que no fuesen los adecuados, eran ellos quienes obraban mal. No ella. Tenía la conciencia muy tranquila. Quien dijera que se había acostado con alguien para sacar mejores notas o conseguir un trabajo, mentía como un bellaco. Se había esforzado tanto o más que el resto. A partir de ahí, lo que pasara por las mentes de todos aquellos hombres, en su mundo de hombres, no le incumbía. Que cada palo aguantase su vela.

Cuando llegó al despachito de Serracanta, el encargado de mañanas, jadeaba por culpa de la carrera. Los zapatos altos no se habían inventado para las mujeres con prisa. Se colocó bien el vestido —azul marino y negro, ceñido, escotado—, se puso en la nuca un mechón de pelo artificialmente dorado e impostó su mejor tono de damisela en apuros.

—Buenos días, Esteve —le dijo, acompañando el saludo con una sonrisa tan dulce que engordaba solo con verla.

—¡Buenos días, señorita Savall! —exclamó él, adoptando el tono paternalista que reservaba solo para Sandra y otro par de letradas igualmente de buen ver—. Hoy no la esperaba por aquí.

—Una urgencia. Ya sabe cómo son estas cosas. Vengo a representar a una detenida. —Simuló consultar el nombre—. Mmm… Vidal, Mònica Vidal.

El hombre introdujo el nombre en el ordenador y soltó un silbido.

—¡Caramba! Poca broma… Está en interrogatorios. Bajo custodia del Cardenal en persona. Se le avecina un día duro, ¿eh?

Sandra asintió. El mote del inspector Jubany siempre la remitía al Richelieu de *Los tres mosqueteros*. Tendría que convertirse en Milady, entonces. Porque si intentaba ir de Constance Bonacieux, con el Cardenal lo llevaba crudo. Con él no valía lo que se aplicaba al resto.

—¿Qué sala?

—La tres.

Sandra se volvió para irse.

—Espere, espere. Pase mejor por aquí —se apresuró a ofrecerle él, pulsando un interruptor que abría la puerta, al otro lado del despacho—. Así se ahorra dar la vuelta. Total, ya sé que usted es una buena chica, ¿no es así?

Ella volvió a sonreír. ¿Lo ves? Papaíto al rescate…

—Muchas gracias, Esteve. Es usted un sol.

Le pasó por delante, en dirección a las escaleras que llevaban al piso inferior. Mientras se acercaba a los escalones sintió su mirada, tan espesa que podía notarla, manoseándole las nalgas.

Baboso.

Aunque aquello supusiera una violación flagrante de su propio libro de estilo, el inspector Jubany había decidido hacer una excepción y tirar por el camino de en medio con Mònica Vidal. Se había encerrado con ella en la sala de interrogatorios, sin abogado presente ni ningún tipo de representación legal. A ver si había suerte y sonaba la flauta antes de que se interpusiera uno de esos picapleitos, esgrimiendo el coñazo de los derechos civiles.

Había una clase de personas a quienes la sola presencia de un policía con cara de pocos amigos era capaz de intimidar. Con suerte, ella sería de esas. Por supuesto, no la creía culpable de nada que no fuese querer sacar a la luz una historia que él pretendía enterrar. Pero, paradójicamente, los inocentes eran quienes más nerviosos se ponían al ser interrogados. Tenían miedo de que el sistema les fallase y los acabaran condenando injustamente. Los culpables jugaban a otra cosa. La cárcel era un

gaje del oficio: la mayoría asumían que acabarían entre rejas tarde o temprano y lo aceptaban con deportividad.

Consecuentemente, solían mostrarse mucho más tranquilos.

Si aquello fuera un axioma, Mònica Vidal habría sido más culpable que Raskólnikov saliendo de casa de la usurera.

Menuda y peleona, se había sentado en la incómoda silla reservada a los interrogados con la espalda recta y los ojos provocadores. Desafiándolos. Vamos, venid si tenéis algo, majetes.

—¿Va a decirme alguien qué hago aquí?

Jubany era gato viejo. Oculta en algún punto de aquella muralla que ella se esforzaba en levantar, detectó una rendija de incertidumbre. Suficiente. Si tenía bastante tiempo, la acabaría doblegando.

Se sentó delante de ella y se recostó en el asiento.

—Tranquilícese, señorita Vidal. Esto es solo una conversación amistosa. Pero entenderá que, si aparece un cadáver en su domicilio, la policía tendrá que interrogarla. ¿No le parece lógico?

—¿Un cadáver? ¿En mi apartamento? ¿Está seguro de que no hay una confusión? —exclamó con fingido estupor.

Primer error: empezar mintiendo. Así se las ponían a Fernando VII. El inspector se inclinó hacia ella. Un gato acercándose al canario, encerrado en su jaula. Su voz sonó amistosa como el filo de una navaja.

—Señorita Vidal, le advierto que su situación no es precisamente envidiable. Y esta actitud suya solo la empeora. Sé perfectamente que ha hablado con su redactor jefe y que él la ha informado del asesinato de la ciudadana francesa Meritxell Bergés en su domicilio. ¿Es consciente de que solo por eso ya podría acusarla de obstrucción a la justicia? ¿Se puede saber por qué no colabora? ¿Acaso tiene algo que ocultar?

Mònica encajó el golpe y trató de mantenerse impasible, pero no lo logró. Había cometido la segunda metedura de pata mayúscula de la mañana. Y sin un buen motivo. No tenía ninguna práctica toreando a la policía. Si continuaba así, se la iban a comer con patatas.

Jubany husmeó el miedo.

—Le daré otra oportunidad, señorita. La última. Le sugiero que no la desaproveche.

—Quiero un abogado. Tengo derecho.

Ay, ay, ay… Si entraba un abogado, la perdería. Pero estaba preparado para aquel movimiento:

—Ya le he dicho que esto no es un interrogatorio formal, solo una conversación amistosa. Una cortesía, por así decirlo. La presencia de un letrado lo cambiará todo, se lo advierto. Si insiste, se habrá terminado la buena voluntad y el tono de nuestra conversación cambiará radicalmente.

Volvió a verla vacilar. Continuaba pensando que no era culpable, pero cada vez le parecía más evidente que ocultaba algo.

Tenía que continuar presionándola.

Justo entonces se abrió la puerta y la cabellera falsamente rubia de Sandra Savall irrumpió en la sala.

—¡Inspector Jubany! ¿Qué, marcándose un Guantánamo? —exclamó, entrando como un vendaval—. ¿Es consciente de la flagrante vulneración de los derechos de la detenida?

La abogada dejó caer el carísimo bolso sobre la mesa, entre el policía y su defendida. Como una barricada. Contempló al hombre con reproche.

Te he pillado, decían sus ojos color miel. Esto se acaba aquí.

Los de Jubany decían otra cosa: ¿de dónde coño sales tú, zorra?

Cuando le respondió, sin embargo, su tono era impecable. Como de costumbre.

—Me parece que malinterpreta la situación, letrada. Aquí no se está llevando a cabo ningún interrogatorio. Solo una conversación informal. ¿Verdad que la he informado de ello, señorita Vidal?

Antes de que Mònica pudiera decir nada, la rubia contraatacó.

—Ya. Y como no la interroga, la encierra en una sala de interrogatorios y pone en marcha la grabadora. Muy coherente. Supongo que también la habrá informado de que cualquier cosa que dijese en esta *conversación informal* podría ser utilizada en su contra, ¿no es cierto? Porque es un detallito que suele

olvidárseles cuando organizan estas charlas amistosas suyas, tan irregulares…

El Cardenal se mordió la lengua. Desde el mismo instante en que había entrado por esa puerta, su estrategia se había ido a pique. Y ambos lo sabían.

Él estaba preparado para vérselas con Bertrán y con el abogado del periódico, un profesional que se ocuparía de mantener a la empresa que le pagaba la minuta libre de consecuencias legales por encima de todo. No para sufrir la embestida de una tintorera criada en uno de los bufetes más caros de la ciudad.

Aunque le jodiera, sabía cuándo era el momento de tocar retirada.

Media hora más tarde, las dos mujeres respiraban la brisa que corría entre aquel conjunto de edificios monolíticos, rectilíneos y erizados de troneras que conformaban la Ciutat de la Justícia. Como si a la Justicia, así, con mayúscula, hubiese que construirle una ciudad entera donde residir, pensó Mònica mientras se llenaba los pulmones y se sacudía los últimos restos del miedo pasado. Cuando lo cierto era que había tan poca justicia disponible que con una caja de zapatos habría bastado y sobrado.

Pero no era momento de filosofadas, sino de hablar con la caballería que la había rescatado.

Se volvió hacia la abogada, algo más alta y menos delgada que ella, y la detuvo en mitad de la plaza, cuando le pareció que ya estaban suficientemente lejos del edificio del que acababan de escapar:

—No querría parecer desagradecida, porque Dios sabe que te lo agradezco, y mucho. Pero ¿podrías decirme quién eres y por qué has llegado tan oportunamente a sacarme del mal paso?

—Me llamo Sandra Savall. Soy abogada y amiga…, cuñada de Lluís Artigas. Me ha llamado para pedirme que te representase. Sabía que Jubany te haría un tercer grado y he venido tan rápido como he podido. Siento haber llegado con la función empezada.

—No te preocupes. El tipo aún estaba calentando. ¡Y tú has entrado como una división Panzer! Parecías sacada de una película de abogados, te lo juro. Me ha encantado eso de: *qué, inspector, ¿marcándose un Guantánamo?* —sonrió, tendiéndole la mano—. Supongo que ya lo sabes, pero me llamo Mònica Vidal.

Se miraron igual que viejas amigas. Afinidad a primera vista. No pasaba mucho, pero cuando lo hacía era agradable.

—Oye, ¿en serio Lluís se ha escapado descolgándose por las cañerías del patio de luces? —acabó preguntando la abogada en tono más distendido—. ¡Está loco! ¡Los Mossos deben de estar subiéndose por las paredes!

—Me ha asegurado que no era la primera vez.

—No, es cierto. Él y su hermano solían hacerlo cuando querían salir de fiesta sin que sus padres lo supieran. Eran muy estrictos, incluso estando ellos ya en la universidad.

Lo dijo con la nostalgia de quien evoca un recuerdo entrañable.

—¿Lo conoces desde hace mucho? A Lluís, quiero decir.

—Desde la facultad. A los dos, de hecho. Se llevan poco más de un año. Pero Lluís lo dejó en tercero.

Más nostalgia. Ahora ligeramente amarga.

—Dices que estás casada con su hermano. Casi no me ha hablado de él. Claro que hace muy poco que lo conozco…

—Bueno… No son, precisamente, uña y carne. —Respiró profundamente, aprovechando para cambiar de tema—. Oye, ya sabes cómo es Lluís: me ha pedido que viniera volando a sacarte, y no se ha molestado en contarme nada. ¿Qué tal si me devuelves el favor poniéndome al día? Ya sabes que hay una orden de busca y captura contra él. Estoy muy preocupada.

Mònica no pudo evitar darse cuenta de que toda la nostalgia y toda la preocupación que rezumaba aquella *superwoman* excedían las que cabría esperar en una simple cuñada. Allí había algo más.

De repente, le cayó peor. Y se sintió estúpida por ello. Pero era lo que había. Aunque de una manera u otra, tenía razón: se merecía saber dónde se metía. Porque, o mucho se equivocaba, o pronto volverían a necesitar de su buen hacer en una sala de

interrogatorios.

Le ofreció la versión larga. Con todos los detalles, excepto lo que había pasado entre ellos dos la noche anterior. Eso no necesitaba saberlo.

Cuando terminó, Sandra parecía aún más preocupada.

—Si lo que me cuentas es correcto, ni tú ni Lluís tendréis demasiados problemas para demostrar vuestra inocencia en el asesinato de tu amiga. Pero no son tan buenas noticias. A estas alturas la policía ya debe de saber lo que acabas de decirme. Y, a pesar de todo, actúan como si Lluís fuera su principal sospechoso. No tiene sentido. A menos que pretendan colgarle el muerto…

—¿Por qué harían algo así? —dijo Mònica, que no dejaba de darle vueltas a eso—: Apuntar contra uno de tus propios hombres no es que haga quedar demasiado bien al cuerpo.

—No. Pero, si se hace correctamente, siempre hay quien emerge convertido en un paladín contra la corrupción. Ya sabes: el gran regenerador que tanto necesita el sistema. Te puede dar muy buenos réditos electorales. Y muchos puntos con los de arriba. Jubany es un maestro a la hora de salir siempre el más guapo en las fotos.

Mònica hizo una mueca.

—¿Se puede saber de dónde sale el tal Jubany? ¿De Mordor? Porque hasta ayer no había oído hablar de él y ahora parece que esté en todas partes y mueva todos los hilos…

Sandra la miró de otra manera. Era la clase de comentario friki que habría hecho Lluís. De repente, vio en aquella periodista mucho más que una mera colaboradora ocasional.

La última vez que le propuso que se vieran, él ni siquiera le había devuelto el mensaje.

Ahora entendía el porqué.

—No sale de Mordor —le respondió, tratando de disimular el impacto que le había causado el descubrimiento—. Solo de los Jesuitas de Sarrià. Aunque es la clase de tipo con el que no te aconsejaría enemistarte. Ya lo has visto en acción.

Lo había visto, sí. Habría preferido compartir habitación con una mamba negra.

Sandra miró al cielo. Empezaba a hacerse tarde. Lluís no solo

le había pedido que sacara a su amiga de la cárcel. También quería que la protegiese. Pensaba que estaba en grave peligro.

—Oye, ¿tienes dónde pasar la noche? Lo digo porque de irte a casa, ni hablar. La policía la ha precintado.

Le daba igual. No volvería ni aunque le pusieran una alfombra roja. La imagen de Txell continuaba acosándola al menor descuido.

—Me iré a un hotel. No te preocupes, de verdad. Ya has hecho bastante.

—A mí no me lo parece. Mira, Lluís cree que no deberías quedarte sola. Y después de lo que me has contado, no puedo estar más de acuerdo. Vente a casa. Hay espacio de sobra, te lo aseguro.

—¿Y tu marido? Si, como dices, él y Lluís no son uña y carne, puede que no le apetezca que te presentes con uno de sus marrones…

No. Desde luego que no le apetecería. Pero que se aguantase.

—No te apures. Pere no es ningún ogro. Además, la mayoría de las noches llega muy tarde. Parte de ser socio accionista de uno de los bufetes más *fashion* de Barcelona consiste en socializar todos los días. Lo más seguro es que ni se entere de que estás. Y yo me quedaré mucho más tranquila.

Acababa de insinuarle una infeliz vida de casada sin el menor atisbo de victimismo. Mònica lo tuvo claro: tenía delante a la usuaria de los condones que había encontrado en el botiquín. Cepillarse a su insatisfecha cuñadita en la cama de sus padres tenía algo de retorcido que encajaba perfectamente con la imagen que se iba componiendo del cabo Artigas.

Hubiese querido rechazar la oferta. Pero estaba asustada. Y una parte de ella quería saber más cosas de Sandra Savall.

—Eres muy amable. Aunque antes tendría que pasar por mi piso. Hay un par de cosas que necesito recuperar. Y no son, precisamente, el cepillo de dientes y las pantuflas. Ya me entiendes…

Sandra torció el gesto. Violar un precinto policial no era un delito menor. La periodista lo advirtió enseguida.

—No es necesario que me acompañes. Déjame en algún lugar

cerca e iré sola. Pero necesito recuperarlo. Y si te pongo en un compromiso, de verdad que puedo irme a un hotel. No quiero causarte molestias.

Sandra puso los ojos en blanco.

Una más…

La abogada logró meter el BMW Z4 plateado muy cerca de donde Lluís había dejado el León, de cualquier manera, cuando encontraron el cuerpo de Txell. No era el lugar para aparcar un automóvil de más de cuarenta mil euros, y, encima, descapotable.

—¿Me esperas aquí? —propuso Mònica.

—Será lo mejor. No tardes. No es habitual que la Científica vuelva a un escenario, pero tampoco sería la primera vez. Y si te pillan, entonces sí que estarás en un buen lío.

—Entrar y salir, te lo prometo. Muchas gracias por traerme.

Sandra meneó su melena dorada.

Anda, ve.

Subió las escaleras con una mezcla de miedo y curiosidad malsana. Ante su puerta habían formado la clásica X con cinta. Solo que no era del color amarillo de las películas, sino blanca, con franjas horizontales rojas, y las palabras «Policia» y «Mossos d'Esquadra» en mayúsculas, de color azul marino. No necesitó ni desgarrarla. Se limitó a abrir con su llave y pasar por debajo de las aspas.

El apartamento estaba tan oscuro como solía. Pero ahora en el ambiente flotaba algo de maligno. De podrido. O quizás solo estaba en su imaginación y lo que hacía era trasladarlo a la realidad de manera inconsciente. Se apresuró a encender la luz.

La claridad no disipó completamente aquella sensación ominosa. Aunque la atenuó lo bastante para permitirle moverse. Sandra tenía razón: no podía quedarse más de lo estrictamente necesario.

El piso estaba patas arriba. Nunca había sido un prodigio del orden, pero después del paso de los Mossos por la casa ya podía tirarlo todo.

Le importaba una mierda.

Pasó con indiferencia por entre los despojos de su normalidad, que la policía había esparcido por el suelo sin remordimiento alguno, hasta llegar al umbral de la habitación. Al otro lado de la puerta lo esperaba, agazapado, el peor recuerdo de su vida.

Cerró los ojos y volvió a ver a Txell, juguetona, llena de pasión y de deseo. Y después aquella última imagen horrible: abandonada sobre el colchón sanguinolento, como una muñeca desbaratada.

La lagartija que llevaba tatuada en el tobillo no la había ayudado a escapar de su espantoso destino, atinó a pensar.

Tragó saliva, acercó la mano al pomo y lo hizo girar lentamente. La misma oscuridad que la había recibido se había instalado dentro, multiplicada hasta la náusea. La atmósfera era incluso más angustiosa. Se quedó paralizada, luchando contra las ganas de salir por piernas.

Vamos, Mònica. ¡Muévete!

Encendió la luz. Las manchas de sangre seca estaban por todas partes. Embadurnando las sábanas, encharcando la moqueta, salpicando las paredes. Un sollozo le subió por la garganta mientras la imagen de los ojos abiertos y desorbitados de Txell la azotaba una vez más.

Ahora también es por ti, Txell. Te juro que quien te hizo eso lo pagará. ¡Te lo juro!

Venciendo el miedo y la repugnancia, fue junto a la cabecera de la cama y se puso de rodillas. Buscó debajo, a ciegas, hasta que los dedos tocaron una caja de madera.

La sacó con mucho cuidado, cogiéndola con ambas manos. Se levantó y salió de la habitación a toda prisa, apagando la luz y cerrando la puerta. Aún no se creía que hubiera sido capaz de entrar.

Jadeante, fue a la cocina y dejó la caja sobre la encimera.

Era un recipiente de madera noble, de unos dos palmos de largo, pesado y con un bonito cierre en el lado derecho.

Lo abrió.

Sobre un fondo en relieve y forrado de terciopelo rojo descansaba un revólver con el cañón y la carcasa negras, el guardamonte dorado y la culata de madera reluciente, con una

pequeña argolla en la parte inferior.

En el dorso de la tapa, aún brillante pese al paso de los años, una placa de latón grabada con letras de fantasía rezaba: «*To Mr. Pol Vidal, a true Catalan cowboy. With my respect and friendship. William F. Cody*».

Su madre le había contado mil veces la historia del revólver y de cómo había ido a parar a manos del bisabuelo Pol. También se había hartado de decirle que la caja y la historia que la acompañaba eran las responsables del camino que ella había elegido en la vida.

Hubo un tiempo en el que no se habría cansado nunca de escuchar ese relato. Y, más tarde, había releído una y otra vez los folios manuscritos por aquel antepasado tan notable, que también se las había ingeniado para influenciar su propia vida, sin haber llegado siquiera a conocerla.

Mònica se sabía con pelos y señales las historias que rodeaban esa arma legendaria. Porque había más de una. Todas intrínsecamente ligadas con el destino de su familia.

La sacó de la caja, junto con las seis balas del 45 que, en hilera, ocupaban la parte inferior. Una por una, las fue colocando dentro del tambor, hasta llenarlo. La sopesó entre las manos. Era fría. Y dura. Y daba miedo solo de tocarla, porque era un utensilio capaz de arrancarle la vida a alguien.

Se lo metió en el bolso con cuidado y cerró la cremallera para que nadie pudiera verlo. Por suerte, había que amartillarlo si se quería abrir fuego. Difícilmente se escaparía un tiro por accidente.

El mítico Buffalo Bill en persona le había regalado el Colt .45 a su bisabuelo, como agradecimiento por su ayuda. Primero él y luego su madre lo habían custodiado durante más de un siglo. Y, hasta donde sabía, ninguno había llegado a dispararlo.

Vale.

Otra vieja tradición familiar que igual se iba al garete.

Cuando subió al BMW, Sandra la miró con cara de reproche.

—¡Joder, cinco minutos! Un poco más y subo a buscarte.

—Lo siento —dijo Mònica en tono de disculpa—. No ha sido fácil. Todavía hay sangre por todas partes. Tanta…

No pudo continuar.

—Perdóname —dijo enseguida Sandra, poniendo en marcha el auto—. Perdóname. A veces soy una imbécil.

Sacó el Z4 y condujo sin prisa. Primero en dirección a las Ramblas y, luego, hacia la parte alta de la ciudad. Empezaba a hacerse tarde, pero el tráfico era fluido. Ninguna de las dos dijo nada mientras se alejaban del piso de Mònica.

Ni tampoco se percataron del escúter conducido por un chico negro que las seguía, haciendo eslalon, entre el tráfico vespertino.

26

Cuando colgó, Clara Nadal habría podido echarse a llorar. El intendente Grau acababa de hacerla pasar por debajo del futbolín. El rapapolvo aún le retumbaba en los oídos: ¿En qué demonios estabas pensando, Clara? ¡Hay que ser idiota para ordenar el arresto de un ciudadano extranjero, sin antecedentes en España, ni pruebas sólidas contra él! Te tenía por una profesional muy competente, pero a lo mejor te había juzgado mal. ¡Y, encima, eliges a un negro! No teníamos bastante con la prensa, que nos tacha de matones, violentos y homófobos a la menor oportunidad, que ahora vas tú y les pones en bandeja el cargo de racismo. Debería… Debería… ¡No sé lo que debería hacer contigo, la verdad! Pero que sepas que lo que me pide el cuerpo es tu carta de dimisión sobre mi mesa. ¡Si te libras es por las jodidas cuotas de paridad!

De nada había servido tratar de hacerle ver a Grau que si el consulado ponía el grito en el cielo por una rata de cloaca como Kabiru Tanimu es que había algo podrido en el reino de Nigeria. El tipo era lo peor, y ellos los primeros en saberlo. ¿Por qué protegerlo así, cuando tendrían que estar agradecidos de que lo encerraran y tirasen la llave?

Pero el intendente no quería indicios ni teorías. Quería pruebas. Y de las irrefutables.

¿Las tenía?

¿No?

Pues que no le extrañase si se le acababa cayendo el pelo por todo ese follón.

Grau había terminado golpeando donde más dolía: En lugar de ir por ahí creando incidentes diplomáticos, Clara, lo que deberías hacer es poner en orden tu propia casa. Tienes a un

agente bajo el punto de mira por distraer tres kilos de cocaína y cuyo nombre se relaciona ahora con el asesinato de una turista francesa. ¿Qué más necesitas que haga para meterlo en el agujero más oscuro y profundo que puedas encontrar? ¡Tendría que estar haciendo fotocopias en algún sótano hasta que podamos quitárnoslo de encima! ¡Es el ABC de este trabajo, inspectora! ¡Haz algo con ese jodido Artigas, y hazlo ya! En caso contrario, lo haré yo. ¿Estamos?

Pues que tengas un buen día.

Clara había devuelto el auricular a la horquilla, temblando de rabia y frustración. Grau no era más que la versión *de luxe* de Jubany. Un tipo al que solo preocupaban las estadísticas y poder decir que estaba haciendo cosas. No *hacerlas*. Bastaba con poder *decir* que las hacía delante de quien le pidiera cuentas.

Cuando tienes palabras, ¿para qué necesitas hechos?

Hasta un novato se daría cuenta de que, por irregular que hubiese sido el arresto de Kabiru, sacar de circulación a una rata como él nunca podía suponer un incidente diplomático.

A no ser, por supuesto, que la rata en cuestión sirviera a los intereses de alguien de más arriba.

Cuanto más removían el tema de los nigerianos, más apestaba.

Pero, claro, eso importaba un pimiento en los despachos con suelo de parqué. A ese nivel ya solo contaban las apariencias, las ambiciones y los favores que se debieran unos a otros.

¿Seguro que era allí adonde quería llegar?

Esbozó una sonrisa amarga. ¿Cómo pensaba aún en eso? Con la que estaba cayendo, tendría suerte si no acababa dirigiendo el tráfico en alguna rotonda.

Entretanto, tenía que conseguir que Artigas dejara de hacerse el héroe y empezase a comportarse como un adulto. Hasta allí había llegado su pequeña cruzada. Por el bien de todos, él el primero.

Lo llamó por enésima vez.

Nada. Tres tonos y otra vez saltaba el buzón de voz.

Cuando te vea, te mato, Lluís. Palabra.

Despachar el resto de los asuntos del día le requirió un esfuerzo atómico. Se había levantado con un dolor de cabeza del quince; y, a pesar de la retahíla de aspirinas y paracetamoles que llevaba, solo iba a peor. El revolcón de Grau había sido la apoteosis perfecta para aquella jornada de mierda.

Se levantó y anduvo hasta el ventanal de su despacho. Necesitaba despejarse. Era una pequeñez, y lo sabía, pero aquella era una de las cosas que más le gustaban del cargo: la ventana. La luz de día. La vista privilegiada. Todavía recordaba cómo era ser una simple agente y ocupar un escritorio diminuto, en un sótano, con neones como única fuente lumínica.

Echó un vistazo al reloj de pulsera de diamantes que le había regalado Jaume apenas un mes antes de salir por la puerta. Otra cosa que seguía sin comprender y la atormentaba. ¿Por qué se había gastado un dineral en un regalo de cumpleaños cuando, seguro, ya tenía pensado dejarla? ¿De verdad era tan cínico aquel hombre con quien había convivido durante más de veinte años y a quien una vez había amado sin reservas?

Su primera reacción había sido devolverlo al estuche. Una pena, porque de todos sus regalos, era el que más había acertado. Ahora se lo ponía como terapia. De lo perdido, saca lo que puedas.

Era tarde. Tardísimo. La cabeza la estaba matando y quedarse no haría que Artigas saliera de debajo de la piedra donde se hubiera escondido.

Seguro que no había nada que no pudiera esperar.

Decidido, se largaba.

Cuando salió del edificio, el cielo había adquirido una tonalidad cobriza que anunciaba lluvia. Los meteorólogos, por contra, llevaban días pronosticando la primera ola de calor del año. Aquella tormenta sorpresa le concedería a la ciudad una inesperada tregua. Clara se alegró. Era adicta al firmamento azul y a la luz solar hasta las nueve pasadas, vale. Pero sudar todo el día empezaba a antojársele un peaje excesivo a cambio de un poco de luz y cielos inmaculadamente azules.

Era una chica de verano que se estaba convirtiendo en una

señora de invierno, razonó tristemente. Y a paso de gigante.

El parking de comisaría estaba en plenas obras de reforma y su plaza era una de las afectadas, de manera que se había visto obligada a dejar el vehículo en un aparcamiento cercano. Como todos los veranos, en las calles hormigueaban los turistas haciendo ostentación de su condición de guiris. Reclamando a gritos la atención del ejército de ladronzuelos, carteristas, trileros y timadores que vivían a su costa, como el parásito del huésped.

Los pequeños hurtos: otro dolor de muelas que empeoraba con la llegada del buen tiempo.

Dobló la esquina con los ojos entornados por la jaqueca y se dio de bruces contra alguien. Clara se apresuró a disculparse, consciente de que era ella quien no miraba por dónde iba. El otro, un adolescente negro, vestido con una camiseta del Barça y bermudas a cuadros azules y rojos, apenas si le devolvió un murmullo ininteligible, antes de apresurarse a cruzar la calle y perderse entre la multitud.

De nada, chaval. Da gusto encontrarse con gente bien educada.

Se llevó la mano a la frente. Cuando llegara a casa, se iría derechita a la cama. Llevaba años sin padecer una migraña tan virulenta.

Entró en el parking, abrió la puerta del A3 con el mando a distancia y subió al coche. Acababa de dejar el bolso en el asiento del acompañante cuando sonó el móvil.

Por favor, que no sea de comisaría.

—Diga.

—¡Clara! ¿Puedes hablar?

El chute de adrenalina le hizo abrir los ojos de par en par.

—¡Lluís! ¿Dónde puñetas estás? Te alegrará saber que tu cruzada para acabar con mi carrera está a punto de tener éxito. Hace un rato me ha llamado Grau en persona. Ni mi padre me echaba unos repasos así.

Silencio en el otro extremo de la línea. Al menos, podrías decir que lo sientes, cabronazo.

—Lluís, tenemos que hablar. Esto no puede continuar. Se te ha acabado el crédito. No imaginaba que Jubany te tuviera

tantas ganas. Pero es que Grau también me pide tu cabeza. Eres el chivo expiatorio ideal y se mueren por que les encaje el puzle. O hablamos cara a cara esta misma noche, u olvídate de mí. Y créeme: si alguna vez has necesitado una amiga, es hoy.

Solo un momento de vacilación.

—De acuerdo, veámonos.

Clara volvió a sufrir otro aguijonazo en las sienes. No estaba para ir a ninguna parte.

—Estoy camino de casa. Me pillas en el coche. Lo mejor será que vengas, ¿oyes? Te espero en Sant Cugat, en una hora.

Él suspiró.

—Que sean dos. Estoy sin coche. Tendré que coger los Ferrocarriles y, después, ir andando.

Ni siquiera tuvo ánimo de decirle que iría a recogerlo a la estación.

—De acuerdo, pues dos. Pero ni se te ocurra no venir.

—Tranquila, me pongo en marcha.

—¡Ah! Y si piensas dejarte detener, por favor, que no sea en mi pueblo. Ya tengo suficientes dolores de cabeza como para añadir ese.

—Tu preocupación por mi bienestar me conmueve, inspectora.

—¡Anda y que te den!

Colgaron al unísono.

27

Eshu hizo girar entre los dedos el pequeño objeto que el chaval acababa de entregarle: un pintalabios dorado, con las palabras «Dolce & Gabbana» grabadas en el lateral. El *bokor* lo destapó con curiosidad. La barra, casi por estrenar, era de un color rojo intenso. Se la pasó suavemente por la palma de la mano, admirando la línea sanguínea que le dejaba en la piel.

Perfecto. Serviría.

Levantó los ojos, mirando al chico que se la había traído. Todavía un adolescente, muy flaco y vestido con una camiseta azulgrana. Estaba ahí plantado, con una mezcla de recelo y curiosidad en el rostro. Pero no vio miedo. Eso era lo que pasaba cuando se iban al norte: se olvidaban de las costumbres y los rituales, y se contagiaban del ateísmo de los blancos.

Ojalá pudiera quedarse un poco más, se lamentó por primera vez. No tardaría en poner las cosas en su sitio. Pero el señor Aganga no lo había hecho viajar para eso.

Una lástima.

—¿Seguro que es suyo? —le preguntó en lengua igbo.

—Se lo he quitado del bolso —se apresuró a responder, sorprendido de que un brujo con fama de tan poderoso y despiadado gastara aquella vocecita de niña—. No ha sido fácil. Solo he tenido un instante, cuando he chocado con ella. Y Obioma me dijo que tenía que ser algo que no echara de menos enseguida, como la cartera, que es más grande y más fácil de…

El *bokor* le hizo un gesto con la mano para que se callase. Los detalles le eran indiferentes. Únicamente quería estar seguro de que el objeto le pertenecía a ella.

El chico dejó la frase a medias. Al principio, el *bokor* no le había parecido gran cosa. Pero cuanto más tiempo pasaba a su

lado, más incómodo se sentía. Aquella mirada de ojos casi traslúcidos costaba de soportar. Ahora ya solo pensaba en cobrar lo prometido y largarse cuanto antes.

Eshu percibió el cambio de actitud y se sintió satisfecho. ¡Qué fácil le resultaría devolverlos a todos al corral con un poquito más de tiempo!

—Dile a Obioma que te pague. Y estate localizable. Puede que vuelva a necesitarte pronto.

El chico no pareció muy feliz de oír aquello. Pero se limitó a asentir y a escabullirse rápidamente hacia el bar, junto a la camarera. El *bokor* le parecía siniestro, vale. Pero quería la pasta. Estaba muy colgado de Obioma. De su carita de muñeca, sus labios finos —tan poco comunes— y esa mirada capaz de desnudarte con solo proponérselo. Por desgracia, había dejado la calle cuando entró a trabajar en el Changó. Y no era tan ingenuo como para pensar que una mujer así se fijaría en un don nadie como él. Pero, si reunía suficiente dinero…

La camarera le entregó la cantidad pactada con desgana. Sacándola de la caja registradora sin apartar la mirada de la pantalla de plasma donde los protagonistas de una telenovela infecta competían con los guionistas en una guerra fratricida, a ver quién lo hacía peor.

—Me ha dicho que quizás vuelva a necesitarme —le dijo el chaval, esperanzado.

—Pues estate al loro, Mallam —le contestó ella, aún sin dedicarle más atención de la imprescindible. Ligeramente molesta porque no le había dejado oír la última frase de la desdichada protagonista—. No te conviene hacerlo enfadar.

Él estuvo tentado de decirle que no era Mallam, sino Nyesom. Pero al final eligió callarse. Ya verían si, cuando reuniera suficientes billetes verdes, ella continuaba confundiendo su nombre.

—Tienes mi número —le dijo. Y abandonó el local vacío.

No estuvo seguro de que ella se enterase.

En la trastienda, Eshu esparció sobre la mesita redonda los

enseres para construir una muñeca. De momento, el abogado los había informado de que su pequeña maniobra de distracción estaba funcionando. Los blancos iban detrás de su colega y no de Kabiru. Excelente. Pero no podían permitirse bajar la guardia. Era el momento de terminar de una vez por todas con aquel asunto y volver a casa. Por eso había conseguido un objeto personal de la inspectora que había hecho arrestar a Kabiru. Y también tenía a alguien siguiendo la pista de aquella periodista tan enojosa. Solo faltaba el poli, que continuaba fuera del radar. Aunque intuía que no le costaría hacerlo salir llegado el momento.

Eshu había estado dándole vueltas a su plan. Les había dado a los blancos una cabeza de turco temporal, porque el hombre podría demostrar su inocencia. Pero ahora su abogado creía que podían ir mucho más lejos. Aseguraba que a la policía no le quitaba el sueño encontrar al auténtico asesino de Gbemisola. Preferían, con mucho, tener algo con lo que crucificar a aquel agente que se les había escabullido una vez y dar carpetazo al asunto.

El abogado se lo había dejado caer, como si la idea no fuera suya: ¿Y si el policía no viviera para demostrar su inocencia?

¿Y si todos los implicados en aquel asunto tan siniestro acabasen muriendo en una inesperada espiral de violencia, provocada por un hombre solo, enloquecido y desesperado?

El letrado había despegado los brazos, como si abriera un periódico y descubriera la historia soñada: «Policía corrupto mata a la prostituta a la que estaba extorsionando, a la periodista que le pisaba los talones y, por error, a una amiga de esta. Y se acaba suicidando, abrumado por el peso de lo que ha hecho».

Él no sugería nada, por supuesto. Pero ahí lo dejaba. Por si a alguien podía serle de utilidad. Y se había largado a estrenar yate, con su *miss* colgada del brazo.

¡Qué satisfacción la del trabajo bien hecho!

Eshu no había dejado de darle vueltas a todo aquello. Y cuanto más lo sopesaba, más le gustaba la imagen final.

Desde luego, era la solución perfecta. El señor Aganga no podría quedar más satisfecho. Fijo.

Decidió seguir adelante con el nuevo plan. Y, por si la superior del muerto no se conformaba con aquella versión y pretendía continuar hurgando, se había procurado el precioso pintalabios.

Se puso a manipular los materiales con manos expertas. Hizo la carcasa con ramitas. Hilo amarillo para el pelo. Y rellenó la muñeca con trapos. Y el toque final: la línea de la boca pintada con la barra de labios rojo sangre.

Contempló su obra con satisfacción. Podía empezar la ceremonia.

Pero antes ataría un último cabo.

Por fin entendía por qué el señor Aganga consideraba tan útil tener a Kabiru en nómina.

El sicario escuchó atentamente las instrucciones del *bokor*. Confirmó que las había entendido y se dispuso a obedecerlas. No le pasó desapercibida la nueva muñeca que descansaba sobre la mesita redonda. Ni Eshu dijo nada, ni a él se le ocurrió preguntar.

Cuanto más lejos se mantuviera de la *macumba*, mucho mejor.

Mientras abría la tapa que daba acceso al sótano del local, tuvo que admitirlo: le tocaba los cojones, pero el brujo y el abogado habían dado con la resolución perfecta para todo aquel maldito embrollo. Les iban a proporcionar a los blancos una historia que tendría sus grietas, pero que colaría. Especialmente porque le daría a todo el mundo lo que andaba buscando.

El señor Aganga era muy sabio.

A él jamás se le habría ocurrido nada parecido.

Pero en eso consistía la mejor parte de su trabajo: no tenía que planear. Solo ejecutar. Y esta vez no pensaba equivocarse de mujer.

No quería volver a ver a su muñeco entre las manos del *bokor*.

Accionó el interruptor y bajó las escaleras. El sótano no se utilizaba y olía insoportablemente a cerrado. Para completar el cuadro, la bombilla que colgaba del techo por un hilo, arrojando una luz amarillenta y mortecina que creaba más sombras de las

que disipaba.

Joder, si ni siquiera sabía que tuvieran un sótano. Se lo había descubierto Obioma.

Desde que Eshu ocupaba la habitación de la trastienda, la chica se moría de ganas de demostrar su utilidad. Su desidia habitual —que él toleraba sin problemas— había dado paso a un servilismo desconocido. El brujo solo necesitaba insinuar algo, con aquella vocecita suya, para que Obioma se pusiera a dar saltitos y se lo trajera cuanto antes.

Cuando Eshu regresara a África habría que recordarle quién era el jefe de verdad. Hacerle ver que había cosas mucho más terribles en el mundo que una muñeca de trapo. Difícilmente llegaría al nivel de Joyce en la cama, se temía. Y tampoco era tan guapa. Pero, al menos, sí más mullida.

El que no se consuela…

Cuando llegó abajo vislumbró enseguida el jergón donde Gloria estaba echada.

Costaba de creer que aún siguiera viva. Con los ojos en blanco, tiesa como una vara y con la respiración tan tenue que apenas habría empañado un espejito. Un hilillo de baba brotando de los labios entreabiertos era el único indicio de que no se estaba ante un cadáver. Le puso dos dedos en la carótida. Pues sí, tenía pulso. Podría jugar el papel que el *bokor* le había reservado en su plan.

Una pena que acabase así. Estaba mucho más buena que Obioma. Incluso habría podido compararse con Joyce. De buena gana la intercambiaría por la camarera. Pero Obioma ofrecía algo más que un buen cuerpo. Era sus ojos, boca y oídos en la asociación de mujeres; y les conseguía aquellos chavales para trabajitos esporádicos, como robar el bolso de la inspectora, o seguir a la periodista una vez que había cometido el error de volver a su apartamento.

Aquello no había culito que lo valiera.

Se resignó a dejar a Gloria en su muerte en vida y se apresuró a volver a la superficie.

La noche iba a ser larga.

28

NADAL

Cuando aparcó en el garaje, la migraña de Clara Nadal había llegado al punto de enturbiarle la visión. Le costó lo suyo hacer pasar el vehículo por el portalón sin rozar la carrocería. Con las sienes retumbando como un yunque bajo el martirio del mazo del herrero, accedió a la casa por la puerta interior, con las luces apagadas.

Ojalá pudiera tomarse el calmante más fuerte que hubiera en el botiquín y meterse en la cama. A cambio de eso, le esperaba una discusión a muerte con Lluís. No aceptaría lo de dejar a los nigerianos en paz y entregarse. Se había pasado todo el camino reflexionando sobre cómo hacerlo entrar en razón y no tenía ningún argumento atractivo. Solo aferrarse a la realidad: que él estaba al filo del abismo y ella, contra las cuerdas. Y que así no se podía ir a ninguna parte. A veces hay que saber cuándo has perdido y ser capaz de aceptarlo para poder luchar otro día. Así de simple. Lo contrario es ir de kamikaze por la vida.

Se dejó caer en el sofá del salón, con la cabeza inclinada hacia atrás y los brazos abiertos. En cualquier otro momento, el silencio que amortajaba la casa la habría abrumado de tan patente como hacía su soledad. Ahora, la ausencia de ruido le parecía una bendición.

Le costaba pensar. Las punzadas iban y venían desde las sienes a la parte posterior de las orejas. Como agujas que se clavaran en una almohada hasta el ojo. Pero tenía que ponerse las pilas. Respiró profundamente varias veces. Había oído en la radio que la respiración era el secreto del bienestar. Pero tras una docena de inspiraciones voluntariosas decidió que solo era otro engañabobos. El dolor seguía tan presente como la angustia por la situación en la que estaba metida.

¡Qué idiota había sido dejándose llevar por los sentimientos! Había sacrificado demasiadas cosas como para ahora perderlo todo solo por…

¿Por qué? ¿Por hacer lo correcto?

Soltó un bufido exasperado y se levantó con esfuerzo. ¡Maldito Artigas! ¡Tenías que elegir ser un buen poli precisamente ahora! ¡Y tenías que elegirme precisamente a mí como compañera en tu viaje hacia la nada!

Si por lo menos aquella puñetera migraña le diera una tregua y pudiera pensar con claridad…

Fue a tientas hasta el baño de la planta baja, abrió el grifo y se remojó la cara y la nuca. La frescura del agua la reavivó un poquito e hizo que valiera la pena estropear el peinado. Algo más animada, volvió a la sala, abrió el bolso y se tomó dos aspirinas más. Ya ni recordaba cuántas llevaba. Daba igual. Solo necesitaba tener la cabeza despejada cuando llegase Lluís.

¿Qué haría si él seguía obstinándose en ir a por Kabiru?

¡Señor! Necesitaba una copa.

Se acercó al mueble bar. Que estuviera siempre bien surtido había sido una de las grandes máximas de Jaume. Y así seguía. Otro de los vestigios de su ex que aún no había sido capaz de sacudirse. Llevaba meses prometiéndose que iba a hacerlo: borrar totalmente su presencia de la casa. Pero nunca encontraba el momento. Ni las ganas.

No hay mal que por bien no venga. Ahora todas aquellas botellas le iban al pelo.

Encontró un Vega Sicilia carísimo que debería estar en la bodega. Lo había subido hacía un par de noches, en pleno ataque de soledad. Pero cambió de idea en el último momento y le había dado pereza devolverlo a su lugar. Una botella de ese *bouquet* había que terminarla una vez la descorchabas. Y, para ella sola, le había parecido excesivo. No quería parecer una vieja borracha.

Artigas era un cabronazo con suerte. La llevaba de cabeza al abismo y ella se lo pagaría con media botella de un vino cinco estrellas.

Eso sí: la empezaría sin él.

Se llenó la copa —una Riedel, nada menos, que le había

regalado a Jaume por su aniversario y que el muy imbécil se había olvidado cuando salió por piernas. Se apostaría cualquier cosa a que su nueva Barbie Chochito Feliz no sabía ni que existían—. Echó un buen trago, sin importarle mezclar alcohol y aspirinas, y salió al jardín, a ver si el fresco vespertino la ayudaba.

Soplaba una agradable brisa nocturna, que ondulaba la superficie de la piscina y les hacía cuchichear promesas inconfesables a las hojas de los árboles cercanos.

A pesar de las náuseas que le revolvían el estómago, echó otro trago de aquel vino tan bueno, esperando que la ayudara a relajarse.

Anduvo unos cuantos pasos hacia el agua, observando cómo el viento le hacía adoptar formas extrañamente voluptuosas.

De repente, la vista se le enturbió y notó que el vino le subía desde el estómago. Se arqueó sobre sí misma y vomitó. El cerebro le estalló en pedazos: un espejo recibiendo el impacto de un martillo. La copa se le escurrió de entre los dedos y su contenido tiñó el agua de burdeos.

Un segundo más tarde, Clara Nadal la siguió. Pero ni lo fría que estaba consiguió apaciguar el magma que le derretía los pensamientos. El dolor era tan intenso que ni se dio cuenta de cómo el líquido le penetraba en los pulmones a raudales, ahogándola.

Sus gritos de auxilio se convirtieron en burbujas que luchaban por llegar a la superficie solo para morir, silenciosas, allí. Apenas chapoteó unos instantes. Después se quedó inmóvil, flotando boca abajo, con los ojos todavía muy abiertos. Buscando en las teselas del fondo la respuesta a un montón de preguntas que, finalmente, ya no tenían importancia.

A más de diez kilómetros de donde la inspectora Clara Nadal acababa de caer fulminada, en la oscuridad de la trastienda del Changó, Eshu detuvo su cántico funesto y respiró con dificultad. Incluso para un brujo tan poderoso, una ceremonia como la que acababa de realizar suponía un esfuerzo terrible.

Consiguió acompasar la respiración, abrió los ojos decolorados y observó la muñeca que sostenía entre los dedos. Con el pelo trenzado con hilo amarillo y la boca perfilada con pintalabios rojo.

Le oprimía la cabeza entre el índice y el pulgar de la mano derecha, hasta deformarla por completo.

Con una sonrisa satisfecha, el *bokor* la tiró a la papelera que había en un rincón, donde había dejado otros objetos inservibles.

Ya no volvería a necesitarla. Estaba hecho.

Ahora solo faltaba que Kabiru cumpliera y demostrase que no era tan idiota como le suponía.

29

Pere Artigas era un hombre atractivo. No como su hermano, a quien no se parecía ni en el blanco de los ojos, sino en su propio estilo. Ligeramente más alto, con el pelo y la barba muy oscuros y poblados, y los hombros modelados a base de horas de gimnasio. Conservaba, eso sí, un tufillo inherente a la clase social de la que provenía. Algo que no conseguían eliminar ni el traje a medida, ni la corbata de seda, ni las carísimas gafas sin montura.

De no saberlo, Mònica jamás habría podido adivinar que aquellos dos eran hermanos.

Se había presentado inesperadamente. A darse una ducha rápida, ponerse algo más informal y salir pitando a una de aquellas cenas de trabajo que siempre se alargaban como si fueran encuentros de viejos amigos. Y las había sorprendido sentadas frente a la chimenea apagada, compartiendo una botella de un vino que él reservaba solo para clientes. Aun así, había impostado una sonrisa bastante convincente mientras le daba a su esposa un beso ártico y, enseguida, dedicaba toda la atención a la invitada.

—Hola —dijo, extendiéndole la mano—. No nos conocemos, ¿verdad? Soy Pere, el marido de Sandra.

—Mònica Vidal —respondió, apresurándose a levantarse y estrechársela.

Pere consiguió mantener la sonrisa, pero mezclándola con una expresión de estupor. Tu nombre no me dice nada. ¿Qué coño haces bebiéndote *mi cabernet sauvignon*, sentada en *mi* salón?

—Pere, ¿podemos hablar un momento? —intervino Sandra, que no sonreía en absoluto mientras se levantaba—. ¿Nos disculpas, verdad, Mònica?

—Por favor.

Como si estuvierais en vuestra casa…

La abogada arrastró a su marido fuera del salón. Por su lenguaje corporal, Mònica dedujo que estaba tremendamente incómoda.

La viva imagen de la felicidad conyugal.

Aprovechó para admirar la decoración. Comparado con su agujero de Ciutat Vella, el casoplón de Pere Artigas —porque parecía evidente que el dueño era él, Sandra solo vivía allí— era Buckingham Palace. Para ser sinceros, lo era incluso comparado con el dúplex de Jon. Habitaciones enormes, muebles de onerosa austeridad nórdica, mucha luz natural entrando por todas partes y un jardín donde podrían perderse Blancanieves y hasta los siete enanos.

La clase de escenario que se fabrica un triunfador con el objetivo de dejarle muy clarito al resto del mundo lo bien que le van las cosas.

Y Sandra, por supuesto, era la guinda del pastel. La rubia con la que deslumbrar a quienes entraran en aquel palacio. A juego con el resto de las cosas hermosas que lo decoraban.

Más aún: porque no era una de esas esposas trofeo que se pasaban el día del gimnasio al *spa*, haciendo parada en el club de tenis o en el paseo de Gracia. No. Sandra guardaba algo bajo el peinado de Llongueras. Y eso la convertía en una pieza única. Cualquiera podía comprarse una mujer florero. De Melania Trump para abajo, las había para todos los gustos y de todos los precios. Pero las Sandras Savalls eran otro género. Más raro. Más selecto, aunque saliese de donde salía. Por eso Pere había querido añadirla a su vitrina dorada costara lo que costase. Incluido el rencor de su propio hermano.

Y también por eso ahora le costaba tanto conseguir que se quedara quietecita y callada.

De repente, los gritos del abogado sacaron a Mònica a puntapiés de la película que se estaba montando. A pesar de que Sandra se lo había llevado a otra habitación y cerrado la puerta, le llegaban alto y claro.

Inconvenientes de estar aislados del ruido de la calle por un jardín del tamaño de un campo de fútbol.

Parecía evidente que el señor del castillo había decidido aparcar la sonrisa de bienvenida con la que había aparecido, y le importaba un rábano que su invitada pudiera oírlo.

—¿Te has vuelto loca, Sandra? —vociferaba—. ¿Cuántas veces te he dicho que no quiero saber nada de las mierdas de Lluís? ¿Cómo se te ocurre traer a una de sus amiguitas?

La voz de la abogada llegaba mucho más apagada. Mònica tuvo que hacer un esfuerzo para entenderla.

—Por favor, Pere, no grites. Nos va a oír.

—¡Me importa una mierda que me oiga! Estoy en mi casa y grito lo que me da la gana. ¡Lo que quisiera entender es cómo coño has creído que traer a una prófuga de la justicia me parecería bien!

—¡Una prófuga! Estás sacando las cosas de madre.

—La buscaban los Mossos, ¿sí o no?

—Ya no. Si me dejas contar…

—¡Una prófuga, joder! Lo demás son tecnicismos.

No haré más preguntas, señoría. Al más puro estilo abogado truculento de serie americana. *Better Call Artigas*.

—Han intentado asesinarla. No podía dejarla sola.

—¡Pues más a mi favor! ¿Qué pretendes trayéndola aquí? ¿Que nos maten también a nosotros? ¡Joder, Sandy, hay que ser idiota!

Odiaba que la llamase Sandy. No le gustaba ni cuando creía que estaba enamorada de él.

—¿Es que no te importa nadie más que tú, Pere? Está ayudando a tu hermano en algo muy peligroso. Al menos podrías…

Él no la dejó terminar:

—Mira, sabes perfectamente lo que nos ha costado poner el bufete donde está. ¿Y pretendes que me juegue nuestro prestigio solo porque mi hermano se trae vete tú a saber qué con esa pelagatos de ahí fuera? Que se las apañe, como se las apañó con toda esa droga. ¡No se le da mal, al jodido!

—¡Oh, vamos, Pere! ¿De verdad crees que Lluís es culpable?

—Por supuesto que sí. Estoy seguro. Yo y todo el cuerpo de Mossos. ¿O es que hace falta que te lo diga? ¿Acaso no tienes ojos

y oídos?

Sandra se quedó perpleja.

—Y si robó toda esa droga, ¿dónde está el dinero? —insistió por fin.

—¿Que dónde? ¡Se lo ha fundido! Yo apuesto a que se quedó la droga para saldar sus deudas. ¿No te das cuenta de que es un puto yonqui? ¡Y, de paso, un ludópata, un borracho y un putero! Cuando sucedió lo del robo llevaba años oyendo hablar de sus trapicheos. No tienes ni idea de la de veces que he tenido que bajar la cabeza y hacerme el sueco por su culpa. Y si tú no te empeñases en continuar viéndolo como aquel estudiante de Derecho con quien saliste tres meses también te darías cuenta. ¡Con mis pecados no eres tan indulgente, duquesa!

Aquella última frase le había salido envuelta en amargura.

Touché.

Tenía que cambiar de estrategia. Estaba perdiendo la discusión. Quizás si le suplicaba…

—Pere, te lo ruego…

—¡Ni te lo ruego, ni leches! La quiero fuera antes de que me haya ido. Y si vuelves a hacerme algo así…

Sandra sintió una inyección de cólera recorriéndole las venas.

—¿Qué? ¡Di! —lo desafió.

Estaba harta. Pere había cruzado una línea roja. Incluso él se dio cuenta enseguida, porque su tono fue mucho más civilizado cuando volvió a hablarle.

—Sandy, tiene que irse. Esta noche ceno con los japoneses, ¿recuerdas? Necesito tener la cabeza en su sitio. No puedo cerrar un negocio de tres millones mientras estoy acojonado por si nos entran en casa. Me parece que no es tan difícil de comprender.

—Para eso hiciste que pusieran la alarma, ¿no? —Ella todavía se mantenía firme, pero su tono también sonaba menos beligerante.

—No hay alarma en el mundo que detenga a un tipo con un cuchillo y ganas de usarlo. Y esa es la clase de gente con quien trata Lluís, te guste o no. Tú misma. Voy a ducharme.

Arrodillada sobre el sofá, con los brazos en aspa en el respaldo, Mònica escuchó cómo se abría la puerta del despacho y

los pasos de él se perdían escaleras arriba.

Menudo pájaro, el hermano pequeño. Pobre del que se lo encontrase en un juicio. Hizo una mueca, se levantó y cogió el bolso.

Sí, vale, era un capullo. Pero tenía razón. No había considerado el peligro que corría Sandra acogiéndola. Con una amiga muerta tenía bastante. Si le dejaba un poco de dinero, podía esconderse en un hotel incluso mejor que allí. Y sin comprometer el pellejo de nadie.

Suspiró al levantar el bolso y notar el peso reconfortante del regalo de William Cody a su bisabuelo.

Sandra se la encontró a medio camino de la puerta.

—¿Adónde crees que vas?

—Me largo. Tu marido nunca ganará el Premio Naranja, pero tiene razón. Mi presencia aquí os pone en peligro. Lo que sí que te agradecería es que me dejases un poco de efectivo. No quiero usar el cajero. Sería como ponerme un letrero de neón en la cabeza. Te lo devolveré cuando haya pasado toda esta locura, palabra.

La abogada se dio cuenta de que los había oído.

—Mònica, esta también es mi casa. Me da igual lo que diga Pere. Quiero que te quedes. Aunque solo sea hoy.

—Te lo agradezco, de verdad. Pero a mí no me da igual. Ahora mismo, soy tóxica. Lluís debería haberlo pensado antes de pedírtelo. Y yo, antes de aceptar. Además: en un hotel estaré tan segura como aquí, mujer. ¿Quién quieres que sepa dónde estoy?

—Aun así, insisto.

Mònica le dedicó una mirada amistosa.

—Mira, déjalo correr, ¿vale? Si me conocieras sabrías que cuando se me mete algo entre ceja y ceja, ni la Santísima Trinidad puede hacerme cambiar de idea. Me voy. Es lo mejor. Pero tengo tu número. Te llamaré. Especialmente cuando el Llanero Solitario decida ponerse en contacto conmigo de una maldita vez. Te lo prometo.

—Al menos déjame que te pida un taxi.

—No hace falta. Tardará en llegar y tu marido estará a punto de salir de la ducha. Pillaré uno en la calle. No te preocupes, no

hay problema. Nadie sabe que estoy aquí.

Sandra se encogió de hombros. Estaba demasiado cansada para tener otra discusión. Fue a buscar el bolso. En la cartera debía de llevar dos o trescientos euros.

Desde el interior del todoterreno negro, Kabiru Tanimu contemplaba la entrada del lujoso chalé, sopesando sus opciones. Llevaba un buen rato allí exprimiéndose la mollera. Poner a uno de los chavales de Obioma a espiar el piso de la periodista, por si se le ocurría volver, había sido un acierto. El chico había podido seguirla fácilmente.

Con lo que no contaba era con encontrarla parapetada en un fortín.

Kabiru sabía por experiencia que nunca era buena idea tocar a los poderosos. Y en aquel barrio hasta las cloacas apestaban a dinero. Las casas tenían de todo: alarmas, cámaras, vigilantes privados de primera. Y cuando se recibía una llamada desde allí, los chicos de uniforme acudían a la carrera. Con las sirenas ululando como locas y el pedal del acelerador pegado a la esterilla.

Entrar a buscarla le parecía tan buena idea como tratar de olerle el aliento a un cocodrilo.

Pero a ver quién era el guapo que volvía al Changó sin ella.

No. Cualquier cosa menos eso.

¡Qué remedio! Entraría, se llevaría a la chica y le pegaría un tiro a cualquier testigo que encontrase. También arramblaría con unas cuantas cosas, para confundir a la policía. Solo tenía que asegurarse de taparse bien la cara y haberse largado antes de que llegara la caballería.

Porque llegaría. Y al galope.

Buscaba en la guantera algo con lo que cubrirse el rostro cuando vio que la puerta del jardín se abría, dejándola salir. Esbelta, con el pelo largo y nocturno cayéndole a borbotones sobre los hombros y el ademán decidido. Ya podía decir Eshu lo que quisiera, pero él la encontraba igualita a la que había despachado anoche. Esta vez, sin embargo, la ropa era la que recordaba: *jeans* ajustados, top azul marino que le dejaba el ombligo al aire y tres collares en el cuello. No había error posible.

Soltó una risita estúpida. ¡No podía creerse la suerte que tenía! En lugar de tener que jugarse el cuello entrando a buscarla, ella iba a su encuentro.

Se olvidó de la máscara. Ya no le hacía falta. Lo que sí necesitaba era encontrar la manera de disponer un rato de aquella blanquita antes de que el *bokor* la usara para sus propósitos. La noche anterior se había quedado con las ganas. Y difícilmente volvería a tener una oportunidad semejante.

Se sacó la pistola de los pantalones, abrió la portezuela y cruzó la calle tranquilamente. Ella estaba concentrada en el teléfono móvil. Cuando quiso darse cuenta, lo tenía encima.

Le hundió el cañón del arma en las costillas y se llevó el índice a los labios, haciendo el gesto internacional del silencio. Después, la agarró del brazo y la arrastró hasta el todoterreno. La obligó a subir por el lado del conductor y cambiarse de asiento mientras la encañonaba. Cuando cerró la puerta, se sacó un frasco del bolsillo de la cazadora y le hizo un ademán: bebe. Era la misma pócima que le habían dado a Gloria.

Ella lo miró con recelo, pero el cañón de una automática apuntándote a la cara puede resultar muy persuasivo. Apenas se lo hubo tragado, se quedó muy quieta sobre el asiento.

Kabiru sonrió, satisfecho, e hizo girar la llave en el contacto. El motor arrancó suavemente y él condujo sin sobresaltos, lejos de aquel barrio tan peligroso para los de su clase.

Al final, había sido tan fácil que hasta daba risa.

30

Artigas tenía que desaparecer. Después de la jugada del patio de luces, los Mossos lo pondrían en lo más alto de la lista de prioridades. Aunque solo fuera por vergüenza torera. Dentro de nada, todos los agentes de a pie, todos los coches patrulla, todos los seguratas del metro y los buses ya habrían recibido su imagen en el móvil, la tableta o la PDA, y estarían buscándolo entre la multitud.

Demasiada peña contra un solo hombre.

Y a él ya no le quedaban lugares donde esconderse.

Por la tarde, decidió, se metería en unas multisalas y se tragaría tres pelis seguidas. A ver quién lo identificaba en la oscuridad. Pero faltaban horas para que abrieran los cines, y de ninguna manera podía pasarlas en la calle. Lo mejor sería buscar un bar o una cafetería.

En cualquier caso, lo primero era salir del barrio. Allí era donde ya se estarían concentrando los esfuerzos por detenerlo. Conociendo los tiempos de reacción de los Mossos, aún podía arriesgarse a coger el metro y acercarse al centro. Antes de adentrarse en la red subterránea, llamó a Sandra y le pidió que fuera a sacar a Mònica de la cárcel. Aunque no le contó casi nada, la abogada no se hizo de rogar.

Con lo cabrón que había sido con ella, se estaba portando. Le debía una.

Una vez volvió a la superficie, se apresuró a entrar en unos grandes almacenes a comprarse una gorra —una Kangol, que no pareciese que la llevaba para ocultarse, sino porque le gustaba— y unas gafas de sol. Parecían un recurso digno de Anacleto, pero lo cierto era que dificultaban, y mucho, el reconocimiento facial. A continuación, se agenció un libro bien grueso y anduvo por las

calles del Eixample, con toda la flema, hasta encontrar una cafetería donde le pareció que podía guarecerse entre el enjambre de guiris sedientos.

Se pasó toda la mañana allí. Simulando leer. Pensando en su siguiente paso. Solo estaba seguro de una cosa: no se entregaría antes de que se le hubiera hecho justicia a la pobre niña. Ni aunque se lo pidiera el fantasma de Mahatma Gandhi.

No esta vez.

Pidió un sándwich y una botella de agua y, a eso de las cuatro, salió a la calle y se refugió en la sala de cine más próxima. Compró entradas para dos sesiones consecutivas —una de robots gigantes, tipo Mazinger, que se las veían con unos monstruos interdimensionales, y otra de Bruce Willis en el papel de un agente de la CIA retirado, a quien todo el mundo quería ver muerto más que cuando estaba en activo, que ya era decir.

Casi ni se enteró de los argumentos. Aunque los ojos miraban la pantalla, su atención estaba muy lejos de allí.

Lo de ir a por Kabiru a tiro limpio ya no era una opción. Tal y como estaban las cosas, sería él quien disparase primero al verlo entrar por la puerta. Y, atendiendo a la ficha del sicario, llegada la hora de las pistolas, estaba claro quién tenía todos los números de salir peor parado.

No. Por mucho que lo jodiera involucrarla aún más, cualquier camino factible pasaba por Clara. Tenía que hablar con ella, contarle todo lo que había descubierto y convencerla de que continuara ayudándolo. Era la única que aún podía.

Otra cosa sería que quisiera.

La llamó. Tras una tensa conversación, se dirigió a la estación de los Ferrocarriles de la Generalitat. Tomar un taxi hasta el Vallès habría sido lo más seguro, pero no llevaba bastante dinero encima. Además, un taxista recordaría el viaje fácilmente si lo interrogaban, y aquello podía ser fatal para Clara, según cómo salieran las cosas. Tendría que jugársela y confiar en lo tarde que era —justo antes del cambio de turno, cuando todo el mundo estaba más cansado y solo pensaba en volver a casa.

Era echar una moneda al aire… y le salió cara.

Se apeó del tren en la estación de Sant Cugat, sin

contratiempos, cuando las calles estaban ya tiznadas de sombras. Aun así, se dejó puestas las gafas oscuras.

Clara vivía al otro lado de las vías. En una zona residencial de gente bien: altos funcionarios, ejecutivos estrella y profesionales de éxito. Mucha casa grande, en consecuencia. Muchos tejados a dos aguas. Muchos garajes de tres y cuatro plazas. Y muchos jardines con arbolado que ocultaba a los propietarios de los ojos menos afortunados que miraban con envidia desde la calle.

Dejó la estación a su izquierda y anduvo hasta encontrar un paso subterráneo por donde atravesar las vías. Cruzó y tomó la avenida que enfilaba la cuesta. Por suerte, tenía buena memoria para esas cosas. Siempre era capaz de volver a un lugar en el que ya había estado.

Estaba oscuro, pero la temperatura era agradable. Fue remontando la pendiente, dejando atrás todas aquellas mansiones que le recordaban a la de su hermano. Sintiéndose fuera de lugar. La caminata empezaba a hacérsele pesada cuando reconoció la fachada de ladrillos blancos y el tejado oscuro del chalé de Clara. No era de las más espectaculares, pero ahí es nada.

Se lo había montado bien. No podría reprochárselo si elegía conservar todo aquello en vez de jugárselo ayudándolo.

Pero tenía que intentarlo.

Llamó a la puerta. Un timbrazo seco. Aquí estoy.

Nada.

Volvió a llamar. Esta vez más rato.

Silencio.

Lluís frunció el ceño. Era imposible que hubiese llegado antes que ella. La llamó al móvil.

Este es el contestador de la inspectora Clara Nadal. Deje su nombre y su número y me pondré en contacto con usted tan pronto como pueda. Gracias.

Biiiip.

Era la primera vez que trataba de hablar con ella y le saltaba el contestador. Lluís no creía en las casualidades.

Se apartó de la puerta y miró a ambos lados. Solo lejos, en la otra acera, un hombre en pantalones cortos y sandalias paseaba

con desgana un perro de los grandes. Un *golden*, parecía.

Buscó en el bolsillo de la cazadora y sacó el pequeño estuche con la ganzúa. Si Clara se molestaba por el allanamiento, que lo añadiera a su cuenta.

La cerradura no se le resistió. Fue fácil. No había cerrado con llave.

Entró, cerrando a su espalda. El recibidor le pareció tan oscuro como su propio porvenir.

—¿Clara? Soy Lluís. ¿Puedo pasar?

Silencio. Un silencio hostil. Lleno de malos augurios.

Se adentró en la casa, sin encender la luz. Instintivamente, la mano se le fue a la pistolera y sacó la Walther.

—¿Clara?

Revisó la planta baja. El coche estaba en el garaje y había una botella de vino abierta sobre la mesa de centro del salón.

Ni rastro de la inspectora.

Cada vez más inquieto, subió a la planta superior. Ahora ya empuñaba el arma con ambas manos, a punto para abrir fuego.

Nada. Ni en el baño, donde la pica estaba seca; ni en el dormitorio, con la cama perfectamente hecha.

¿Qué coño te ha pasado, Clara?

Todavía sin encender las luces —no quería que ningún vecino supiera que había alguien— fue de habitación en habitación. Estaba a punto de rendirse cuando se acercó a una ventana que daba a la piscina y miró al exterior. La iluminación del fondo estaba encendida y se quedó un instante mirando cómo el viento removía el agua y le arrancaba destellos eléctricos que parecían bancos de anémonas danzando en un paisaje submarino.

Entonces la vio, flotando boca abajo.

Bajó las escaleras de tres en tres, salió al jardín sin importarle el escándalo que pudiera armar y se zambulló para sacarla.

Enseguida se dio cuenta de que estaba muerta.

Cogió el cuerpo inerte en brazos y lo llevó hasta el lado donde hacía pie. Allí le dio la vuelta. Tenía los ojos vacíos y los labios entreabiertos. En la sien izquierda descubrió un hematoma enorme, casi negro, que le iba desde la oreja hasta el hombro.

La abrazó muy fuerte.

—Joder, Clara… Lo siento. Lo siento mucho. No sabes cuánto…

De repente se sintió muy cansado. Agotado. Por un momento tuvo la tentación de dejarse ir. Quedarse allí, con ella en brazos, esperando a que llegase la policía.

En lugar de eso, la arrastró hasta la escalera. Se disponía a sacarla, cuando cambió de idea. No podía verse comprometido en otro escenario.

Tendría que dejarla allí.

Le pasó la palma de la mano por el rostro, cerrándole los ojos. Lo suyo no había sido una historia de amor. Solo dos animales heridos, lamiéndose mutuamente. Pero eso no significaba que no le importase. En otra vida, bajo otras circunstancias…

La dejó ir con delicadeza, viendo cómo flotaba lentamente hacia el centro.

—Perdóname. Por esto y por todo lo demás… —susurró.

Ahora se trataba de no dejar nada que pudiera situarlo allí. Aguzó el oído, esperando escuchar algún ruido que lo alertase de la presencia de testigos.

Solo el viento, cuchicheando frases incomprensibles entre las hojas. Vale: ese no lo delataría.

Se quitó la ropa chorreante y la dejó sobre la hierba. Después, entró y fue al baño a secarse, asegurándose de llevarse la toalla. En una de sus confidencias de cama, Clara le había contado que conservaba buena parte del vestuario de su ex en un par de armarios. Volvió a subir al piso superior, deseando que fueran de su talla.

Resultó que sí. Gracias al cielo por los maridos que no regresan a por sus cosas.

Se puso unos tejanos y una camiseta vieja y también unas deportivas sin calcetines. Volvió abajo, rebuscó en los armarios de la cocina hasta encontrar una bolsa de plástico grande y la llenó con la ropa mojada y la toalla. Con un paño de cocina limpió todo lo que creía haber tocado y, luego, lo metió también en la bolsa.

Paseó la mirada a su alrededor. Estaba razonablemente seguro de haber borrado todas las pistas en la casa. En el jardín y

la piscina, ni Grissom y sus chicos encontrarían nada que pudiera utilizarse en un juicio.

Estaba a punto de marcharse cuando le sonó el móvil en el bolsillo de la chaqueta. Por suerte, se la había quitado antes de echarse al agua.

Número oculto.

—Artigas.

La voz que le llegó desde el otro lado era gutural, con aquel acento que solo gastan los africanos del centro y el sur del continente.

—Tengo a tu socia, poli. Y me muero de ganas de hacerle lo mismo que a su amiga, la del piso de Ciutat Vella.

No era posible. Le había pedido a Sandra que la mantuviera a salvo en el búnker de su hermano. ¿Es que no podían hacerle caso ni una puta vez en la vida, para variar?

—Si le haces daño te juro que te arranco la cabeza. ¿Me has entendido, hijo de la gran puta? —La voz le sonaba helada. Cortante. Pero el otro no pareció intimidado en absoluto.

—No, poli. Aquí soy yo el que amenaza. Si vuelves a interrumpirme le corto un dedo y se lo doy de comer al perro.

En los años que llevaba en la calle, Lluís había tenido tiempo de sobra para aprender a distinguir entre los bocazas y los peligrosos. Este era de los segundos.

—De acuerdo, ya me callo. No le hagas nada. ¿Qué quieres?

—Eso está mejor. —Un silencio largo, como si tuviera que decidirlo—. ¿Que qué quiero? A ti. Solo. Esta noche. Y no hace falta que te diga qué le haré a tu amiga si oigo una sirena, ni que sea de lejos, ¿verdad?

—No, no es necesario. ¿Adónde quieres que vaya?

Le dio una dirección de Badalona. Ni idea de dónde estaba, pero la encontraría.

—Tardaré dos horas. Estoy fuera de Barcelona.

El otro hizo chasquear la lengua.

—Más te vale hacerlo en una, poli. No sé si podré aguantarme tanto tiempo. Tu amiga está muy buena, ¿sabes?

Lluís recordó el cuerpo de Txell Bergés, desparramada sobre las sábanas, y se mordió la lengua.

—Voy para allá.

Colgó y soltó un juramento. ¡Lo estaba haciendo todo como el culo! Ese mierda de negro había ido siempre un paso por delante, y ahora iba a darle jaque mate.

Sonrió amargamente. Cuando en las películas el malo le decía al protagonista que fuera a solas y el otro iba, siempre pensaba que el guionista era imbécil integral. ¿Para qué iba a meterse de lleno en una trampa?

Menudo momento de darse cuenta de que, a veces, no quedaba otra.

Tendría que hacerlo solo.

El puto Charles Bronson.

Buscó en el bolso de Clara hasta encontrar las llaves del Audi. Al diablo lo de no dejar pistas. Mientras hurgaba, se topó con su arma reglamentaria. También la cogió. Estaba seguro de que iba a necesitarla antes de que saliera el sol.

Metió la bolsa con la ropa mojada en el maletero del Audi y puso en marcha el motor. Cuando se iluminaron las luces del salpicadero, introdujo la dirección en el GPS. No tardó ni diez segundos en localizar el lugar.

Sacó el coche a la calle y siguió las indicaciones.

Tiempo estimado de llegada: treinta y siete minutos.

31

TANIMU

Kabiru colgó el teléfono satisfecho de sí mismo. Había puesto en su sitio a aquel hijoputa de poli. Si vuelves a interrumpirme te juro que le corto un dedo y se lo doy de comer al perro. ¡Ja! El tipo había querido ir de duro con él, pero tendría que haberse oído cómo le cambiaba la voz al escuchar su amenaza.

Con Kabiru Tanimu no se juega. No, señor.

Lo cierto era que ni siquiera tenían perro. Pero la frase sonaba tan bien que, cuando ya no la necesitaran más, le cortaría un dedo a la chica y se lo echaría al primer chucho que encontrara.

Solo para ver qué se sentía.

Se guardó el móvil en el bolsillo y fue a hablar con Eshu. El *bokor* todavía no había puesto los pies fuera de la antigua oficina de la planta superior desde que llegaron, ya hacía casi una hora. Estaban en una fábrica de ladrillos abandonada desde hacía décadas. Una de las escasas reliquias de la revolución industrial que había conseguido sobrevivir, primero, a la fiebre olímpica y, posteriormente, al furor especulativo preburbuja. Ahora, con la crisis, aquel terreno ubicado donde Cristo dio las tres voces había perdido todo su posible valor y solo servía de vertedero y nido de ratas, a la espera de tiempos mejores.

Un lugar inmejorable para llevar a cabo la ceremonia. Parte de la nave hasta tenía el piso de tierra, donde trazar los *vevé* con los que invocar a los *loa* como es debido. Incluso Eshu se había visto obligado a admitirlo: buena elección, Kabiru. Nada que ver con la mierda de sitio que encontraste la primera vez. Pero es que ahora había buscado con más ganas.

No hay nada como tener un buen incentivo.

Kabiru subió con parsimonia los escalones metálicos y anduvo

con idéntica calma hasta la antigua oficina. Encontró a Eshu asomado al ventanal, sin un solo cristal intacto, que daba a la enorme nave.

—Está de camino —le dijo al *bokor,* cuando este lo oyó entrar y se volvió para interrogarlo con la mirada—. Me ha pedido dos horas. Le he dicho que llegase en una, si no quería tener un disgusto.

Eshu asintió distraídamente, se levantó y volvió a contemplar con lástima el espacio que se abría bajo sus pies. Si le dieran la oportunidad, llenaría ese lugar igual que lo hacía en Benin City. Porque aquella ciudad del norte —por mucho que le desagradase en el poco tiempo que llevaba en ella— ofrecía posibilidades infinitas a alguien de su talento. ¡Qué vivero de fieles desperdiciado!

En fin, no merecía la pena lamentarse por lo que no podía ser.

Le hizo un ademán a Kabiru para que lo acompañase. El sicario lo siguió en plan perrillo fiel.

Bajaron por la maltrecha escalera de caracol, que rechinaba y se estremecía con su peso, y fueron hasta un rincón que quedaba en el ángulo ciego de la antigua oficina. Mientras se acercaban, Kabiru distinguió las formas de las dos mujeres: una sentada y la otra, de pie, a su espalda.

Con las manos atadas al respaldo de una silla desvencijada, Mònica Vidal continuaba inconsciente por los efectos del brebaje. Tenía el cuerpo inclinado hacia delante y el pelo le caía como una catarata negra, ocultándole el rostro.

—¿Seguro que nadie te ha visto? —preguntó el *bokor* por tercera vez.

¿Cuántas veces tendría que decírselo? ¿Acaso cuestionaba él su trabajo? ¿Verdad que no? Ya era hora de que le mostrase un poco de respeto. Al fin y al cabo, él ya rebanaba gargantas en las calles de Benin City cuando Eshu todavía se chupaba el dedo. Y ahí seguía, ¿no? Pues eso, ¡joder!

De repente se acordó de su muñeca y se tragó la bilis. Con la *macumba* no se jugaba. Le salió la voz más mansa de la que era capaz:

—Estaba oscuro y no había un alma. Sin testigos.

El brujo pareció darse por satisfecho de una vez.

Apartó la mirada de la periodista narcotizada y la fijó en la otra figura femenina, de pie e inmóvil, un par de metros más allá. Casi invisible por culpa de la oscuridad que imperaba en aquel lugar dejado de la mano de Dios.

Con los ojos en blanco, los brazos inertes a ambos lados del cuerpo y la respiración casi imperceptible, el zombi de Gloria le añadía un toque todavía más escalofriante a la escena. Llevaba el mismo vestido ceñido, corto y estampado que vestía cuando Kabiru la secuestró. Solo que ahora tan sucio y arrugado que daba pena verla. La bisutería había desaparecido, junto con los zapatos, y tenía las piernas llenas de rozaduras y moratones.

Parecía incapaz de sentir nada.

Eshu apenas si le dedicó un vistazo. De todo aquel asunto, su comportamiento era lo que menos le preocupaba.

Era suya. Totalmente. Pocas veces había visto a alguien tan sensible al poder de la *macumba* como ella.

—He hablado con el abogado y está de acuerdo. La historia que les serviremos en bandeja a la policía es esta: Anna y Gloria trabajaban para el cabo Artigas a cambio de droga, y él las explotaba sexualmente. En algún momento de la relación, Anna quiso dejarlo y Artigas perdió el control y la mató. Para desviar la atención, trató de disfrazar el crimen simulando un ritual vudú. Pero eso llamó la atención de la periodista, que se puso a investigar el caso. Cuando Gloria le dijo que había contactado con ella, se dio cuenta de que la tenía encima y decidió que también tendría que eliminarla… Con la mala suerte de que mató a la chica equivocada. Y cuando se enteró del error, no tuvo más remedio que volverlo a intentar. La secuestró, la trajo aquí y, esta vez, quiso cargarle todas las muertes a Gloria. Mientras estaba montando un nuevo escenario, ella se resistió. Se mataron el uno al otro y a la periodista le tocó en suerte una bala perdida. Caso cerrado, a gusto de todo el mundo.

Kabiru tuvo que hacer un esfuerzo para procesar tanta información. Sin ser una lumbrera, él le veía varios agujeros del tamaño de un elefante a aquella historia. Costaba imaginarse a un poli veterano convirtiendo un caso más o menos rutinario en

otro muy escandaloso añadiéndole el factor vudú, así, porque sí. O equivocándose de chica al querer quitar de en medio a la periodista (los blancos sí sabían distinguirse entre ellos). Pero el picapleitos insistía en que contaban con la voluntad de la policía de dar por bueno aquel cuento. Y siendo así, claro, la cosa cambiaba. Por si acaso, Eshu también le había encargado tener a punto varias bolsitas de droga, para endilgárselas al cadáver del poli. El hijo de puta iba siempre puesto hasta las cejas; por eso se confundió de chica, dirían al encontrarlas para que todo les encajara.

Colaría porque había ganas de que colase, concluyó. En el fondo, tanto daba si las pruebas soportaban un examen riguroso o no. De lo que se trataba era de poder dejar tranquila a la opinión pública proporcionándole un culpable. Y eso es lo que harían con el maldito poli. Lo único que necesitaban era que nadie hurgase más de la cuenta.

—¿Qué pasa con la inspectora que ordenó mi detención? —se atrevió a preguntarle, pensando en eso—. ¿No te preocupa que pueda volver a meter las narices en el asunto?

Eshu respondió sin mirarlo.

—Esa mujer no volverá a ser un problema.

Pues si tú lo dices…

—Además —continuó el *bokor*, que parecía encantado con el plan—, les daremos todas las pruebas circunstanciales que necesitan. En la oficina dejaremos el ordenador y el dosier del caso de Anna que te llevaste del piso de la periodista, como si el poli los hubiese traído con él. Y le he encargado a Obioma que convenciera a varias mujeres de la asociación para que, llegado el momento, atestigüen que lo habían visto alguna vez con Gloria y Anna. Luego, cuando registren el piso de las chicas, encontrarán su ADN y efectos personales, lo que acabará de hacer creíble la conexión. De eso te encargarás tú, una vez terminemos aquí.

—¿Y la periodista? ¿No habrá nadie de su entorno que no dé por buena la versión oficial?

—Ruiz asegura que no. Ha investigado un poco y dice que su madre era un pez gordo, pero que está muerta. No tiene familia, ni marido. Tú mismo dices que vivía en una pocilga. El único que

querría investigar sería nuestro poli. Y eso ya no sucederá.

El abogado estaba muy seguro: lo del chivo expiatorio no fallaba nunca. Y, encima, habían estado de suerte: el poli tampoco tendría a nadie que quisiera reivindicarlo. Sus jefes se limitarían a archivar tranquilamente el caso y a colgarse la medalla. Otro éxito policial. La ciudadanía podía estar tranquila con sus cuerpos y fuerzas de seguridad. Cada mochuelo a su olivo.

Sí: colaría porque a todo el mundo le convenía que colase. Así de sencillo.

Kabiru hizo una mueca con los labios prominentes. Los europeos estaban muy satisfechos con su sistema, pero en lo básico, funcionaban igual que en Benin City. El pez grande se comía al chico y el dinero mandaba sobre todo lo demás.

En el fondo, era un alivio. Tener las reglas claras hacía más fáciles las cosas.

—¿Crees que será tan tonto de venir solo? —Eshu ya había decidido ponerse en manos del sicario en lo que se refería a neutralizar a Artigas. Se suponía que ese era su fuerte.

Kabiru no necesitó meditar la respuesta:

—Sí. Por cómo ha reaccionado cuando he amenazado con hacerle daño a ella, se nota que le importa. Otra cosa es que intente algo, claro. Yo lo intentaría…

—¿Entonces?

—Entonces, lo estaremos esperando y no le daremos oportunidad. Fuera están los dos chicos de Obioma. No van armados, pero lo verán llegar. Los he apostado en lugares estratégicos. Cuando vea que ha perdido el factor sorpresa, se rendirá. Después de todo, si ha aceptado venir es que no espera salir vivo. Únicamente tenemos que jugar con su esperanza de poder salvarla a ella.

—Me parece bien. Algo más, Kabiru…

—¿Qué?

—Mátalo tan pronto como puedas. Vi sus ojos en el Changó. Ese hombre es un león. Está dispuesto a llegar hasta el final, ¿entiendes?

¡Pues vaya una novedad! En su mundo incluso los niños

estaban dispuestos a llegar hasta el final.

—Le pegaré un tiro a la primera ocasión. Será un placer.

—Bien. Ahora, prepararé el altar. Tú ve a hablar con tus chicos.

Kabiru inclinó la cabeza, agradecido de poder alejarse de la *macumba*, y se dirigió hacia el portalón que se abría en el otro extremo de la nave.

Cuando Mònica recuperó el sentido, aprovechó que el pelo le cubría el rostro para simular que continuaba inconsciente. Trató de mover las manos con disimulo, pero las tenía tan firmemente atadas al respaldo que enseguida se dio cuenta de que por ahí no iba a conseguir nada. Al rato, escuchó dos voces de hombre hablando en una lengua ininteligible: una profunda y arisca y otra casi infantil. Cuando oyó cómo uno se alejaba, se atrevió a levantar la cabeza para ver dónde estaba.

Dedujo que la habían llevado a algún tipo de fábrica o nave abandonada. Las corrientes de aire la acosaban por todas partes. Las paredes estaban agrietadas y también las chapas de madera que cubrían las ventanas. Y, aquí y allá, pudo distinguir armazones de antiguas máquinas que no volverían a funcionar.

Con mucho cuidado, levantó un poco más la barbilla, hasta poder entrever lo que hacía el hombre que se había quedado cerca. De espaldas a ella, a la luz temblorosa de unas velas, le pareció que trazaba líneas en el suelo, utilizando algún tipo de polvo de tiza. A su lado había dejado una serie de objetos: imágenes de santos, estampas religiosas, platos de plástico llenos de semillas, botellas…

Las mismas cosas que había en las fotos del escenario de Gbemisola. Mònica sintió que se le helaba la sangre.

Aquel hombre estaba preparando el altar para una ceremonia vudú.

Recordó la expresión en los rostros sin vida de Anna y Txell y sintió cómo el pánico amenazaba con bloquearla.

¡Reacciona, joder!

Miró a su alrededor y, a un par de metros de donde estaba, vio

su bolso, tirado de cualquier manera. Sintió un aguijonazo de esperanza. Con suerte, el revólver estaría aún dentro. Si podía hacerse con él tendría una oportunidad.

Volvió a forcejear con todas sus fuerzas, pero las bridas de plástico estaban tan apretadas que le cortaban la circulación. Las puntas de los dedos le hormigueaban por la falta de riego.

No cedieron ni un milímetro.

Para el caso, el arma podía estar en la luna.

Jamás se soltaría.

Lluís, como no aparezcas ya, en plan Séptimo de Caballería, estoy bien jodida.

32

Cuando el GPS lo informó de que estaba a solo trescientos metros de su destino, Artigas paró el motor y apagó las luces. Lo separaba una esquina escasa del lugar donde la calle terminaba en un descampado, y en toda esa manzana apenas quedaba operativa una solitaria farola. Más un chiste malo que un punto de luz. A partir de ahí, solo se intuía la vetusta silueta de una antigua fábrica levantándose en mitad del raso.

Era aún peor de lo que se había temido. No había manera de acercarse sin ser visto. No sin que le crecieran alas.

En la penumbra del interior del automóvil, esperó a que los ojos se le acostumbraran a la oscuridad y después sacó las armas y las fue depositando sobre el asiento del acompañante. Tenía su P99 reglamentaria, de nueve milímetros, más la que había encontrado en el bolso de Clara. Tres cargadores adicionales con diecisiete balas cada uno para ambas pistolas. Y, por último, el pequeño y útil kubotan, que como tantos agentes llevaba camuflado de llavero.

El kubotan era un arma de artes marciales extremadamente efectiva para anular la resistencia del adversario, a base de llaves dolorosas y golpes en puntos precisos, sin causar herida. Consistía en un cilindro de metal, plástico o madera de un máximo de veinte centímetros de largo, y algo más estrecho que un rotulador. Desde que el Departamento de Policía de Los Angeles empezara a usarlo en los setenta, sus colegas de muchos países los habían imitado, sin inventariarlo como armamento reglamentario, porque era muy efectivo y necesitaba poco entrenamiento. Los Mossos lo usaron desde su fundación hasta 2007, cuando, en el curso de una manifestación de la Asamblea de Okupas de Barcelona, un agente había tenido la mala suerte

de ser fotografiado con uno en la mano. Las acusaciones de brutalidad policial llovieron de todos lados. Pero, a pesar de que algún *conseller* progre trató de erradicarlo a raíz de aquello, todo el mundo conservaba el suyo, pues cualquier cilindro duro es un kubotan en potencia y, por tanto, imposible de regular.

Contempló el arsenal: ochenta y cinco disparos y un arma que le daba ventaja en el cuerpo a cuerpo. Seguro que Charles Bronson le habría añadido al lote un M-16 y hasta un par de granadas. Pero es que el canalla vivía en el paraíso de la Asociación Nacional del Rifle.

Aquí me gustaría verte a ti.

Se guardó los cargadores en un bolsillo de la cazadora, el kubotan en la otra y la pistola de Clara en la funda. Su propia arma la llevaría en la mano. Con una bala en la recámara y sin el seguro puesto. Dispararía primero y luego, si eso, ya preguntaría.

Salió del Audi, cerrando las puertas con cuidado. Evitó usar la alarma para que el toque de claxon que informaba de su activación no lo delatase. Estaba lejos de la fábrica, pero para qué correr riesgos. Si algún ladrón de coches lo encontraba abierto y se encaprichaba de él, que le aprovechase.

Se acercó al trote cochinero hasta el punto donde la calle se convertía en el vasto descampado que lo separaba de la fábrica. Con el cuerpo pegado a la pared, intentó penetrar la oscuridad con la mirada. No vio nada. Lógico. Ellos jugaban con ventaja. Podían quedarse sentaditos y ocultos, viéndolas venir.

La pregunta del millón era cuántos pares de ojos había al otro lado, dispuestos a dar la alarma al verlo aparecer. Porque en cuanto lo hicieran era *game over*. Fijo.

¿Cómo diablos llegaría a la nave sin que lo detectaran? No podía pasarse tres horas reptando, centímetro a centímetro, como un gusano. Y las alas seguían sin crecer.

De repente, tuvo una idea. Era un avemaría, claro. Una locura. Lo sopesó un minuto, al abrigo de la oscuridad. En tan corto lapso, se le ocurrieron una docena de maneras de que no saliera bien. Pero no tenía alternativa. Y el tiempo corría en contra de Mònica…, si aún estaba viva. Meneando la cabeza, dio media vuelta y volvió a toda prisa junto al Audi.

Escondido tras los restos de un murete que se levantaba a unos treinta pasos de la fachada sur de la fábrica, Nyesom abría los ojos como dos paellas valencianas, tratando de detectar cualquier movimiento en mitad de aquella oscuridad tan intimidante. Un rato antes, Kabiru en persona, ese hombre que había vivido con la señorita Joyce hasta su accidente y de quien se rumoreaban cosas terribles de su pasado en Benin City, los había cogido a él y a Abdulkadir y los había enviado afuera, con la promesa de mil euros para el primero que viera acercarse al hombre al que estaban esperando.

¡Mil pavos! Dos billetes morados de esos que solamente había visto una vez en la vida, precisamente en manos de Kabiru. Con aquella fortuna en el bolsillo ya podría acercarse a Obioma de otra manera. Seguro que cuando le pusiera aquel dineral delante apartaría los ojos de la tele de una vez. Mira, le diría, sobrado. Y esto es solo el comienzo. ¿Todavía me confundes con el pringado de Mallam? Pensaba comprarle un vestido caro, alguna joya modesta e invitarla a salir al lugar que escogiera. No necesitaría decirle qué esperaba a cambio.

Ella ya sabía.

Se relamió solo de pensar en los pechos de Obioma. En las uñas largas y rojas, pintadas a juego con los labios finos. En aquel culito tan redondo que iba meneando de un lado a otro del Changó. Como siempre que pensaba en la camarera, enseguida notó que los pantalones se le quedaban estrechos. Cerró los ojos para poder verla mejor en su cabeza.

Un segundo más tarde se la estaba meneando furiosamente, con la espalda apoyada en el murete. ¡Cómo le ponía la muy zorra! No pararía hasta que no le…

Un momento. ¿Qué era ese ruido?

Devolvió apresuradamente la hombría al interior de la bragueta y asomó la cabeza por un extremo de la pared. No se había equivocado. Era el ronroneo inconfundible de un motor, acercándose por el lado donde estaba Abdulkadir. Mierda. ¡Si él lo veía antes, se quedaría sin recompensa! La sola idea neutralizó aquella erección tan inoportuna.

Nyesom abandonó su puesto y retrocedió lentamente unos

cuantos metros, para ver mejor.

Joder. Un coche. Con las luces apagadas y acercándose, despacio, campo a través.

Se quedó mirando, sin entender.

¿De verdad aquel blanco creía que los sorprendería conduciendo así? Porque más parecía un borracho tratando de volver a casa que alguien que quisiera tomar por asalto un edificio.

El auto, un modelo grande, caro, continuó su torpe avance, hasta que puso el morro en una zanja y se quedó clavado dentro. El motor no se paró, las puertas no se abrieron ni sucedió nada más. Nyesom continuaba espiando, nervioso, desde su lugar, a cuerpo descubierto. Temiendo que, de un momento a otro, los mil euros que tenían que abrirle la cama de Obioma salieran volando. Estaba a punto de correr hacia el vehículo, cuando vio la figura del inútil de Abdelkadir, abandonando su escondrijo, para adelantársele.

Dejó escapar un gemido de impotencia.

¿Quién habría pensado que aquel poli tan peligroso, contra quien tanto los había prevenido Kabiru, resultaría ser un idiota?

Y, lo que aún era mucho peor: un idiota que vendría por el lado de Abdelkadir.

Artigas jadeaba cuando alcanzó el otro extremo del descampado. La mala vida. Desde su precario escondrijo, observó cómo el Audi llegaba al final de la calle asfaltada y continuaba la lenta e insegura progresión hacia la fábrica.

Había tenido suerte de encontrar lo que necesitaba en el maletero. El gato hidráulico encajó sin problemas entre el pedal del gas y el asiento del conductor. Y el ex de Clara —otra vez, gracias— era de los que llevaban una caja de herramientas suplementaria, con rollo de cuerda incluido. Con ella pudo ingeniárselas para trabar el volante y conseguir que el coche avanzara en línea recta.

No sabía cuánto aguantaría el invento, ni si acabaría yendo demasiado lento, o demasiado deprisa. Pero no tenía tiempo de

preocuparse. A Mònica se le agotaba. Había arrancado el motor, encarado el morro hacia el objetivo y se había bajado en marcha. Después, se alejó tan deprisa como le permitieron las piernas para ir a la fábrica por el lado opuesto.

Si salía bien, empezaría a creer en los milagros.

Se quedó muy quieto hasta estar seguro de que el señuelo había recorrido la mitad de la distancia en campo abierto. Con suerte, los que lo estuvieran esperando tendrían los ojos puestos en él y eso le daría una oportunidad.

Salió de su escondrijo y corrió en dirección al edificio. No había recorrido ni treinta metros cuando, de detrás de un murete invisible a causa de la oscuridad, vio aparecer una figura alta y escuálida, que le daba la espalda para observar el vehículo que se acercaba por el otro lado. Incluso a pesar de la distancia y la oscuridad, pudo darse cuenta de que era un chaval. Poco más que un adolescente.

Fantástico. Kabiru tampoco debía ir sobrado de cómplices si tenía que reclutarlos en el jardín de infancia. Con gente de ese nivel, su plan de mierda igual terminaría funcionando y todo.

Forzó el paso. Cuando el otro se diera cuenta del truco tenía que estar lo bastante cerca para meterle el cañón del arma en la boca.

Desde lejos, impotente, Nyesom vio a su compañero acercarse al coche, dudar y, por fin, abrir la puerta del conductor.

A pesar de que se encendió una luz en el habitáculo, estaba demasiado lejos para ver qué había dentro. Pero el lenguaje gestual de su amigo le demostró su perplejidad.

¡Estaba vacío!

En aquel instante, un rumor de piedras sueltas a su espalda lo hizo volverse.

Lo tenía encima. Ocho o diez centímetros más bajo que él, algo más corpulento y con una pistola que sostenía con ambas manos y que lo apuntaba directamente a la cara.

Se había dejado engañar, como un pardillo.

—Abre la boca y te pego un tiro —amenazó Artigas, blandiendo el arma contra el chico, que no era tan joven ni tan enclenque como le había parecido.

El otro vaciló un momento.

—Si disparas y Kabiru lo oye tu amiga no lo cuenta.

—Ven aquí —ordenó el mosso, sin dejar de apuntarlo. El chico, que llevaba una camiseta del Barça y unas bermudas a cuadros, obedeció, apartándose lo bastante para que el murete los ocultase de la vista de su compañero si se le ocurría mirar en su dirección.

—De rodillas y las manos a la espalda —le ordenó, secamente.

Esta vez, el chaval no obedeció. No habría cumplido los dieciocho, pero exhibía una expresión de feroz determinación que no auguraba nada de bueno.

Tenía que tocarle el héroe de la clase. ¡*Mecagoen* su puta vida!

Nyesom deseaba demasiado lo que podría comprar con aquellos mil euros. No los dejaría escapar.

Miró al blanco, calculando si podría ganarlo a puñetazos. Porque él estaba fino, pero engañaba. Tres o cuatro veces por semana se acercaba a boxear a un gimnasio del barrio, y allí siempre le decían que era muy bueno y trataban de convencerlo de que se lo tomara más en serio. Tenía madera, aseguraban. Madera, y una derecha como un puto martillo pilón. El blanco no contaba con eso. Trató de determinar su peso. Él era un ligero y el poli, mínimo, un wélter. Mucha diferencia.

Pero quería esos mil. Y, si se lo llevaba en bandeja, Kabiru quizás le daría aún más.

Levantó la guardia.

Artigas suspiró. No tenía tiempo para hacer una película de Van Damme. De haber creído que no lo oirían, lo habría dejado seco allí mismo y continuado adelante. Aunque un tiro, en mitad de aquel silencio, resonaría igual que un cañonazo.

Se guardó la pistola en el cinturón, entre la espalda y los pantalones. Después, simuló quitarse la chaqueta, pero lo que de verdad hizo fue coger el kubotan.

Su adversario tampoco pensaba jugar limpio. Cuando lo vio en una posición de desventaja se le echó encima con los puños en alto.

Artigas se movió lo bastante rápido para que el jab que le tiró a la barbilla —y que lo habría dejado KO— lo alcanzase solo en la clavícula. Un fogonazo de luz blanca lo cegó por un instante, mientras un dolor agudísimo se le extendía por el cuello.

Un segundo más tarde, estaba bajo la mirada desafiante del chico, que lo retaba con los puños. Levántate, hombre blanco.

Cerró los dedos alrededor del kubotan, procurando que las llaves no sonaran, delatándolo.

Se incorporó, fingiendo estar peor de lo que estaba.

El chico, claramente envalentonado, bailó a su alrededor, haciéndose el gallito. Mejor. De eso se trataba. Artigas, por contra, hizo la estatua, respirando pesadamente. O lo despachaba rápido, o alguien los vería y todo habría terminado.

Cuando el chaval volvió a la carga, lo estaba esperando. Esquivó el jab, tirado con demasiada confianza, y contraatacó con el cilindro de madera.

Un golpe seco, a la muñeca del adversario.

El chico gimió de dolor y de sorpresa. No entendía cómo podía haberle hecho tanto daño.

El segundo ataque, rapidísimo, fue a las costillas. Lo hizo doblarse sobre sí mismo. Casi hasta le dolió a él.

El tercer y definitivo golpe se lo asestó en el cuello. En uno de los puntos que le habían enseñado a buscar para desactivar a un oponente. Al chaval se le doblaron las rodillas y cayó redondo, sin emitir ni un gemido.

Demasiadas pelis has visto, niñato.

Se arrodilló a su lado y le palpó la carótida. Tenía pulso, pero tardaría un buen rato en recuperar el sentido. No quiso correr riesgos. Le puso las esposas. Una en la muñeca derecha y la otra en el tobillo izquierdo. A ver cómo se movía, cuando se despertara. Después, lo arrastró hasta el murete y lo dejó arrimado en la cara contraria a la fábrica.

Recuperó la cazadora, se sacó la pistola de la espalda y corrió hacia la nave, que ya estaba muy cerca, esperando encontrar un

lugar por donde entrar sin ser visto.

Una vez descubrió que no había nadie al volante, Abdelkadir tardó en decidir qué hacer. Todo aquello le venía grande. Una cosa era que te pagaran por vigilar un portal y seguir a quien saliera con el escúter. Y otra, muy diferente, lo que había visto en la fábrica hacía un rato.

Miró a ambos lados, aún más confuso. Pero ningún monstruo emergió de entre las sombras. Solo el runrún del motor en marcha y el roce de las ruedas posteriores, girando en el aire por inercia. Incongruentes.

Metió medio cuerpo dentro del coche para pararlo y entonces descubrió el montaje de Artigas. Solo en ese momento se dio cuenta de lo que estaba pasando.

Se olvidó de lo de apagar el motor y salió por piernas, a avisar a Kabiru de que el hombre que esperaban había llegado.

No había puerta en la fachada sur de la fábrica. Pero sí un boquete en la pared lo bastante grande como para poder pasar por él. Antes de introducir la pierna, Artigas se imaginó lo que sucedería si el truquito del coche no había salido bien y Kabiru lo estaba esperando al otro lado, pistola en mano.

El escalofrío que siguió le hizo darse cuenta de que, a pesar de las escasas esperanzas que tenía de salir vivo, la inminencia de la muerte lo asustaba más de lo que hubiera querido.

Respiró. No tenía ni tiempo, ni opciones. Si Kabiru había sido el más listo, ganaría la partida. Punto pelota.

Pasó la pierna al otro lado de la brecha, se agachó y, conteniendo la respiración, metió también el cuerpo. Ninguna detonación quebrantó el silencio. Ni ninguna voz gutural le soltó, socarrona, lo de: ¡te pillé!

Un segundo más tarde, estaba dentro de aquella fábrica, oscura como una vida sin esperanza. Pegó la espalda a la pared y se dio unos instantes, mientras acostumbraba la vista a la oscuridad mucho más intensa que había allí adentro. Aguzaba el

oído cuando le pareció escuchar el rumor de una discusión, que llegaba desde el otro extremo de la nave.

Cuando vio lo suficiente para no tropezar con sus propios pies, empuñó el arma y avanzó hacia el punto desde donde salían los gritos.

—¿Cómo que un coche vacío? —preguntó Kabiru, alarmado, tratando de no levantar mucho la voz. No quería que los oyera el *bokor*, que continuaba concentrado en preparar el ritual.

Estaban al pie de las escaleras que llevaban al piso superior. Había decidido sentarse allí, a esperar, mientras echaba un par de tragos de la petaca que llevaba en el bolsillo trasero de los pantalones. Ahora se daba cuenta de que la había cagado confiando en aquel par de idiotas. Pero ¿quién iba a pensar que alguien obligado a atravesar más de cien metros a campo abierto podría coger por sorpresa a otro, escondido, esperando a verlo llegar?

—Pues eso, sin conductor —repitió Abdelkadir, que no parecía darse cuenta del peligro—. Alguien ha trabado el volante y el pedal del gas y lo ha enviado hacia donde yo estaba. Al final, se ha metido en una zanja y se ha quedado bloqueado antes de poder llegar.

Kabiru intentó serenarse. Era la maniobra de distracción más vieja del mundo. Y aquel subnormal se la había tragado. ¡Jodida Obioma! Toda la culpa era suya. No tenía otra cosa en la cabeza que ver la tele y pintarse las uñas. Ni siquiera valía para proporcionarle un par de ayudantes que no llevasen la cabeza metida en el culo.

Cuando la viera, se arrepentiría.

Era esa mierda de país de blancos, con su vida regalada, que los ablandaba a todos. ¡Él incluido! En Benin City jamás le habría ocurrido algo así. Allí nadie era tan idiota como esos dos y continuaba paseándose por las calles.

—¿Y por qué no has avisado? —le preguntó, cada vez más furioso.

—Es lo que estoy haciendo, ¿no?

—¡Tendrías que haber gritado cuando has visto llegar el coche, idiota! ¿Para qué te he puesto ahí afuera, si no?

—¿Y si no era él?

—¿Y quién querías que fuera, imbécil? ¿Hakeem Olajuwon?

—Tú dijiste que gritáramos si veíamos llegar a un hombre. ¡El coche estaba vacío! —protestó el chaval.

El sicario tuvo que reprimir las ganas de pegarle un tiro a aquel tarado. Pero todavía podía serle útil. Si el poli había enviado un señuelo por el norte, lo más seguro era que llegase por el lado opuesto.

—Ve a buscar al otro idiota y avísalo de lo que ha pasado. Si todavía está allí, te lo traes y os venís a ayudar. Y si ves u oyes cualquier cosa por el camino, aunque te parezca que es el pedo de un ratón, ¡grita!

Abdelkadir no pareció muy convencido.

—¿Quieres que vuelva a salir ahí afuera, con ese tipo tan peligroso rondando? ¡Tú estás loco, colega! No pienso…

Kabiru le disparó a bocajarro. Abdelkadir cayó como el peso muerto que era, con la cara convertida en un amasijo de sangre, fragmentos de cerebro y astillas de cráneo.

Se lo había buscado. Por imbécil.

Se volvió hacia Eshu, que lo observaba, estupefacto, desde el altar.

—¡Vete arriba! —le ordenó, apuntando a la oficina con el cañón de la pistola que acababa de sacarse de la cintura—. Está aquí.

Artigas avanzaba lentamente, abriéndose paso entre la oscuridad pegajosa que llenaba la nave. Una tiniebla malsana y opresiva, se diría que invocada por algún poder maligno. Habría resultado absoluta de no ser porque, en el otro extremo, las llamitas convulsas de unas cuantas velas proporcionaban una chispa de luz. Dio gracias infinitas por aquellas luciérnagas. Nunca se había considerado un valiente, pero tampoco era alguien que se dejase paralizar por el miedo. No obstante, en aquel pozo de oscuridad sentía una turbación inédita en todos sus

años de mosso.

Inesperadamente, todo el recinto vibró con una detonación. Un fogonazo resplandeció unas docenas de pasos más allá. Se quedó helado.

¿Era para él, la bala? ¿Cómo coño lo habían descubierto en mitad de aquella oscuridad de culo de barril de alquitrán?

Se quedó muy quieto, con la espalda pegada al muro de ladrillo, dudando entre esperar a oír más disparos o devolverlos a ciegas y empezar la guerra.

A medida que fueron pasando unos angustiosos segundos, quedó patente que no era el objetivo del tirador. Aliviado, destensó la columna, arqueada igual que la de un gato erizado, y expulsó el aire que había contenido, con cuidado de no hacerlo ruidosamente.

Enseguida, un temor aún más grande lo invadió. Si el tiro no iba dirigido contra él, ¿a quién habían disparado?

Mònica… Si aquel hijoputa la había…

Le entraron unas ganas enormes de dejarse de precauciones, sacar el arma de Clara y avanzar abriendo fuego a diestro y siniestro. A ver qué pasaba.

Pero cuando la mano ya buscaba el arma que llevaba en la funda, escuchó la voz de Kabiru, con su acento gutural, llegándole desde alguna parte, al otro lado de la oscuridad:

—¿Estás aquí, poli? Sí. Seguro que sí. No tenías ni para empezar con un cachorrito como Nyesom, ¿verdad? Menuda jugada, la del coche. No te habría funcionado si no estuviera rodeado de putos aficionados. Ahora que ya hemos puesto a dormir a los pollitos, ¿por qué no vienes a por el pajarraco grande y malo? ¡A ver si tienes huevos!

Artigas continuó muy quieto. Tratando de determinar de dónde salía aquella voz de simio para coser a balazos a su propietario. Pero era un esfuerzo inútil. Apenas si podía ver la punta del cañón de su propia pistola.

La voz volvió a sonar. Socarrona. Venenosa.

—¿No vienes? Me decepcionas, poli. Te había tomado por un hombre y no por una niña, como todos los que vestís uniforme en este país de maricas. Parece que al final tendré que cortarle el

dedo a tu amiga. O la mano entera, ya puestos…

El mosso respiró. La bala de antes no era para Mònica.

Tenía que mover ficha.

Fue deslizándose a lo largo de la pared, atento a no hacer ruido, hacia donde le parecía que surgía la voz. Cuanto más se acercaba, más luz proporcionaban aquellas velas que alguien había encendido en el otro extremo.

Ojalá lo ayudasen a ver más allá de sus narices.

Apuntando la pistola hacia la oscuridad, Kabiru se había parapetado tras la escalera de caracol. Hubiera preferido el esqueleto de alguna de aquellas máquinas muertas que se adivinaban al otro lado, aunque si iba hasta allí estaría demasiado lejos del lugar donde había dejado a la chica para poder dispararle con garantías.

Y si algo era seguro es que el poli iría directo a por ella.

Desde donde estaba, ya apenas si podía distinguir su silueta, aún inerte sobre la silla. Igual se había pasado con la dosis de narcótico. Mira que si después de todo resultaba que ya estaba muerta… Aunque daba igual. Solo era el cebo. Ahora tenía a la presa.

Entonces se dio cuenta de que, si la atacaba a ella, obligaría al poli a dejar de esconderse para defenderla. Se precipitaría, correría riesgos y podría acabar fácilmente con él.

¿Cómo no se le había ocurrido antes?

Apuntó bien, apoyando las manos en un escalón para afianzar el pulso; expulsó el aire de los pulmones y apretó el gatillo.

Mònica oyó simultáneamente la detonación y cómo la bala le pasaba rozando la cabeza. Zumbando como un abejorro letal. Se le escapó un chillido de pánico y, de manera mecánica, trató de echarse al suelo. Siendo tan delgada, le costó arrastrar la silla con ella. Pero lo consiguió, un instante antes de que resonara un segundo tiro. Esta vez la bala atravesó, inofensiva, el espacio vacío que un momento antes había ocupado su pecho.

Si el miedo y las náuseas que le provocaba el narcótico la habían mantenido agarrotada hasta entonces, ahora que le disparaban notaba la adrenalina fluyendo por las venas. Jadeando por el miedo y el esfuerzo, intentó arrastrarse y ofrecerle al tirador las patas y el asiento de la silla. Ignoraba si podrían detener una bala, pero no tenía nada más con qué protegerse. Mientras trataba de reptar, atada como estaba, notó las heridas que aquel suelo riguroso le abría en la piel del brazo y la mejilla.

No se detuvo.

Consiguió rotar sobre sí misma. Mientras lo hacía, una tercera bala se incrustó en el suelo, a pocos centímetros de la cara. Se oyó gemir de miedo y de impotencia mientras se encogía todo lo que le permitían las ligaduras, para empequeñecer el blanco.

Momentos antes, cuando oyó a Kabiru amenazar a Lluís desde la oscuridad, el corazón se le había llenado de esperanza. ¡La había encontrado! Pero la alegría se convirtió en pánico cuando el sicario empezó a dispararle.

Echada en el suelo, impotente y aterrada, tuvo la certeza de que no saldría viva de aquel lugar de pesadilla.

Kabiru maldecía todo lo que se meneaba.

Nunca había sido un gran tirador, vale. Tampoco le había hecho falta. Casi siempre disparaba a bocajarro y con la víctima desprevenida. No había que ser Wyatt Earp para eso. Pero haber fallado tres veces lo enfadaba. Y mucho. ¿A qué distancia estaba? ¿Ocho metros? ¿Nueve? Vale que estaba oscuro como el culo de un mandril y que la zorra se había echado al suelo al oír el primer tiro, haciéndole fallar el segundo. Aun así, un pistolero profesional debería poder acertarle a un blanco así, a esa distancia.

Cuerpo a tierra y con aquella luz, era casi invisible. Sollozaba y resoplaba igual que una cafetera vieja, y eso ayudaba un poco a situarla. No tendría más.

Ojalá pudiera acercarse y meterle un par de balas en la nuca,

a bocajarro. Pero no quería arriesgarse a salir de su escondite.

Volvió a apuntar. A ver si ahora…

Cuando resonó un segundo disparo en el interior de la nave vacía, Artigas supo que se le había acabado el tiempo. Era lo que se había estado temiendo: con él allí la vida de Mònica ya no tenía ningún valor. Y si los querían a ambos muertos, empezarían por ella.

Aprovechando el eco de la detonación para ocultar su propio ruido, rodó sobre sí mismo, como le habían enseñado hacía tanto tiempo en la academia, y se alejó de la pared. El corazón le latía muy deprisa. En parte por el miedo y en parte por la rabia que sentía al pensar que ella ya podía estar muerta. Por fortuna, apenas volvió a quedar en posición de fuego, rodilla en tierra, escuchó sus sollozos y su respiración.

Se moría de ganas de gritar y preguntarle si estaba bien. Pero hacerlo habría sido devolverle toda la ventaja a Kabiru. Y el nigeriano ya tenía demasiada.

Avanzó, con la pistola por delante. Tan deprisa como le permitía hacerlo encorvado, para ofrecer menos blanco. Solo un instante después, otro disparo le retronaba en los oídos. Volvió a aprovechar el estruendo para correr, rogando que Mònica no dejara de chillar.

El muy hijoputa la estaba cosiendo a tiros.

Había podido ver los dos últimos fogonazos del arma del sicario. Tan fugaces que solo tenía una vaga idea de dónde podía estar. Su maniobra de buscar el centro de la nave lo había alejado de él. De repente, se dio de bruces con lo que había sido una máquina de hacer ladrillos. Desde allí podría abrir fuego estando a cubierto. Pero daría palos de ciego. Incluso podía acabar hiriendo a Mònica sin querer.

Otro tiro. Más aullidos de pánico de ella. Respiraba tan fuerte que habría jurado que la tenía a su lado.

Era un milagro que aún estuviera viva.

El último fogonazo había brillado cerca. A su derecha. Aun así, seguía sin saber dónde se escondía. Daba igual. Si le dejaba

seguir, al final acertaría.

Se levantó y desenfundó el arma de Clara.

¡A la mierda con todo!

Mònica vomitó de miedo. Casi no tenía nada en el estómago y solo le salió una bilis tremendamente amarga, que se le acumuló bajo la barbilla, provocándole más arcadas.

La cabeza continuaba dándole vueltas por culpa del narcótico. Trató de encogerse un poco más tras el endeble escudo que le proporcionaba el asiento. Estaba agotada y casi incapaz de moverse.

Con un suspiro imperceptible, se rindió.

Lo siento, mamá. Lo he intentado, de verdad. No soy tan fuerte como tú.

Y se quedó allí, esperando oír la detonación que le pondría fin a todo. Un colofón idóneo para una vida patética. Una carrera, *non stop*, de fracaso en fracaso.

¡Vamos! ¿A qué esperas?

En vez de una solitaria detonación, no obstante, lo que llegó fue el infierno desencadenado: una ráfaga efectuada desde algún punto a su izquierda. Mientras el aire se llenaba de estruendo, humo y olor a cordita, ella solo fue capaz de cerrar los ojos.

Por favor, que se acabe, que se acabe, que se acabe…

Kabiru se había incorporado ligeramente para poder apuntar mejor. La lechosa intentaba protegerse tras el asiento de la silla a la que la había atado. Iba lista si creía que una hoja de madera medio podrida detendría un proyectil del 45.

La bala le entraría por el culo y le saldría por la boca.

Divertido con aquella imagen, el sicario levantó el arma e inclinó ligeramente el cañón.

Sayonara, baby.

La primera bala le alcanzó en el hombro, haciéndole fallar. Después, de manera casi inmediata, sintió otros dos impactos, en el pecho y el abdomen. Dos puñetazos secos, que no le dolieron

pero que lo alejaron de los peldaños tras los que se había parapetado. A su alrededor, un puñado de proyectiles más se incrustaron en la pared o salieron rebotados, produciendo silbidos con regusto metálico al impactar contra los escalones y la barandilla de hierro.

Kabiru notó que le faltaba el aire. Las piernas se le volvieron de mantequilla, incapaces de sostener su peso. Cayó de rodillas, mientras la Colt se le deslizaba de entre los dedos, también de gelatina.

Sintió que la camisa se le empapaba de algo cálido y viscoso. Estaba tan oscuro que no consiguió ver nada cuando bajó los ojos para comprobar la gravedad de las heridas. Resolló y notó el regusto salado de la sangre entre los dientes.

Ante sí, de aquella negrura que lo escondía todo, emergió la figura del poli blanco. Con una pistola humeante en cada mano, y mirándolo con ojos implacables. Ni se había precipitado, ni cometido ningún error, el muy cabrón. Al contrario que él, quien, obcecado con acertarle a la chica, había bajado la guardia. Si el señor Aganga pudiera verlo, se avergonzaría de él.

Intentó respirar. Por mucho que quería, no conseguía llenar los pulmones de aire.

De manera que aquello era que te matasen. Mirar a tu enemigo a los ojos y saber que ya no podrías devolverle el golpe.

Kabiru Tanimu no tuvo miedo. Solo un cansancio cada vez más intolerable en los miembros. Soltó otra bocanada roja, que le manchó la barbilla y el cuello. Una fuerza irresistible lo atraía hacia el suelo… y más abajo. Justo al corazón de toda esa oscuridad en la que, ahora se daba cuenta, había vivido siempre.

Nunca da miedo volver a casa.

Cuando el rostro impactó contra la tierra, él ya estaba muerto.

Resignado a jugárselo a todo o nada, Artigas abandonó la protección de la máquina y avanzó con los brazos extendidos y una Walther P99 en cada mano. Cada una de aquellas pistolas podía disparar diecisiete balas de nueve milímetros antes de vaciar el cargador.

Treinta y cuatro tiros.

Mucho plomo.

Lo vertió todo.

Anduvo con decisión, directo hacia dónde creía haber visto el último fogonazo del arma de Kabiru. Apretando los gatillos alternativamente.

Bam, bam, bam, hacían las pistolas. Bam, bam, bam.

No veía contra qué o quién tiraba. Ni siquiera sabía si le devolvían el fuego, porque lo único que podía oír era el eco de sus propios balazos. Solo esperaba que uno de aquellos treinta cuatro proyectiles diese en el blanco. Continuó avanzando inexorable, hasta que hubo agotado el segundo cargador y las detonaciones fueron sustituidas por los clics inofensivos del percutor contra la corredera vacía.

Ni entonces dejó de andar.

De repente, ante sus ojos apareció la figura de Kabiru Tanimu. De rodillas, con los brazos caídos a ambos lados del cuerpo y una mirada hecha a partes iguales de curiosidad y resignación.

Los dos hombres se contemplaron uno al otro, como si ninguno de los dos se creyera cómo había terminado aquello. Artigas volvió a ver el cuerpo torturado de Gbemisola. Su mirada despavorida. Las extremidades amputadas. La espalda arqueada en un ángulo imposible. La carterita de Hello Kitty ensangrentada.

Levantó ambas armas, apuntando al monstruo que lo observaba desde abajo, sin miedo ni remordimientos.

Clic. Clic. Clic. Clic.

Kabiru abrió los labios y dejó escapar un borbotón de sangre. Un segundo más tarde, el cuerpo se le dobló y la cara chocó contra el suelo, con un golpe seco.

No necesitó buscarle el pulso para saber que no lo encontraría.

Se habría quedado allí, observando el cadáver, hipnotizado, de no haber sido por que los bufidos de Mònica lo sacaron del trance. Corrió hasta su lado y se arrodilló.

—¡Mònica! ¿Estás herida?

Temblaba como una hoja, incapaz de pronunciar palabra. Viendo lo sólidas que eran las ataduras, optó por levantarla con silla y todo. Con delicadeza, le apartó el pelo de la cara y le limpió los labios y las mejillas.

—¡Joder, Mònica! ¡Dime algo! ¿Estás bien?

—¿No ves que no, idiota? ¡Me lo he hecho encima!

Dijo aquellas palabras con un hilo de voz. Las que más le había costado pronunciar en su vida. Él tuvo que reírse y su risa quebrada la ayudó a volver al mundo. Se agarró a ella igual que un hombre que se cae al río se aferraría a una rama que sobresale de la orilla. Y, poco a poco, fue saliendo de aquella corriente que había creído que la arrastraría sin remedio.

—¿Vas a desatarme? Me volveré loca si continúo dos minutos más atrapada en esta silla, te lo juro.

Él se apresuró a cumplir su deseo. Kabiru la había sujetado con esas bridas de plástico que ahora se utilizaban en lugar de las esposas de toda la vida. Como no llevaba nada cortante encima, se agachó y se quitó los cordones de un zapato. Una vez lo tuvo, los hizo pasar por el espacio que quedaba entre la brida y la silla.

—¿Qué haces, Artigas?

—Un truquito que ya se conocen todos los okupas de Barcelona. Fíjate bien, porque algo me dice que esta no será la única vez que te pondrán unas bridas. Te juntas con muy malas compañías, tú…

Sin darle tiempo a decir nada, cogió ambos extremos del cordón y lo hizo correr arriba y abajo, muy deprisa.

La fricción partió la brida en pocos segundos.

Mònica agitó la mano en el aire para recuperar la circulación. Se sintió tan feliz de encontrarse libre que fue incapaz de reprimir un sollozo fracturado.

—¿Se puede saber dónde estabas, mientras a mí me detenía la policía y me secuestraban los malos? Ese malnacido iba a… —No fue capaz de terminar la frase.

Él hizo una mueca, mientras repetía la operación en la brida de la otra mano.

—Pues aquí y allá —continuó bromeando, para evitar que

volviera a entrar en *shock*—. He pasado la mañana en un Starbucks, y luego he ido al cine. Programa doble. La de robots gigantes no te la puedes per…

A pesar de su atrapasueños, lo que sucedió entonces continuaría atormentando las noches de Mònica el resto de su vida.

Eshu había presenciado el tiroteo, oculto en la oficina. Primero, tres detonaciones consecutivas, ligeramente espaciadas. Y, acto seguido, aquella descarga interminable. Una tormenta de fuego que, de ninguna forma, podía provenir solo del arma de Kabiru. Desde donde estaba, sin embargo, no podía ver más que los fogonazos.

Cuando por fin cesaron las detonaciones, el *bokor* no perdió el tiempo. Con sus pies ligeros, recorrió la escasa distancia que separaba la oficina de la escalera de caracol y empezó a bajarla, peldaño a peldaño. Tan lentamente que su peso no la hizo rechinar, evitando llamar la atención de los de abajo.

A medio camino, contempló el desastre.

Kabiru yacía boca abajo. Tan inútil como él siempre había sabido que era. Y unos cuantos pasos más allá, aquel policía impío que lo había retado en el Changó le daba la espalda mientras trataba de desatar a la periodista.

Eshu enseguida se hizo cargo de la situación. La cosa ya no iba de cargarle todos los muertos al mosso. La cosa iba de salir vivo de allí.

Pero todavía podía conseguirlo.

Instintivamente, buscó en la bolsa que llevaba colgada en bandolera. Y, mientras lo hacía, su voz atiplada empezó a susurrar las palabras ancestrales:

—Damballah Kalikau Elu. Ala loa ki red. Ezili uno madé. Me apé Ba uno le. Kabri dé pié! Katé pum pra pu ba le. Damballah Kalikau Elu. Ala loa ki red!

Detrás de Lluís, escupida por las mismas sombras, apareció Gloria. Con los ojos en blanco, el vestido mugriento y empuñando el cuchillo que Eshu le había puesto entre los dedos cuando la

había dejado allí, horas antes, para que se lo encontrase la policía al descubrir los cuerpos.

Silenciosa como un espectro, se fue directa contra el mosso, ajeno al peligro. Mònica soltó un chillido de pánico al verla, pero su aviso llegó tarde.

Cuando Artigas se dio la vuelta, fue solo para recibir la primera cuchillada. En el vientre. Hasta el mango.

Intentó sacar el kubotan del bolsillo. Gloria le asestó dos puñaladas más, de abajo arriba.

Chac, chac, hicieron.

Con sus últimas fuerzas, se la quitó de encima de un empujón, apartando el cuchillo de su cuerpo. Cayó de rodillas, llevándose las manos a las heridas y tratando de contener la hemorragia que ya le empapaba la camiseta.

Por un momento, la oscuridad volvió a tragarse a la zombi. Fueron solo unos segundos. Cuando reapareció, llevaba el puñal en alto, dispuesta a terminar el trabajo.

Artigas apenas pudo levantar una mano, blanda, para protegerse. Era como si, de un plumazo, lo hubieran dejado sin una brizna de energía.

Le pasó un último pensamiento absurdo por la cabeza: ¿cómo demonios me ve, si tiene los ojos en blanco?

El estampido de un disparo volvió a resonar por toda la nave, incluso con más estrépito que antes.

Mientras Lluís hacía frente a aquella aparición maligna, Mònica, con las manos libres pero los pies todavía atados a la silla, se dejó caer otra vez al suelo y se arrastró desesperadamente hasta su bolso.

Temblando como si toda la fábrica estuviera bajo los efectos de un terremoto, buscó a tientas el Colt de Pol Vidal. Era un bolso grande, le gustaba llevar muchas cosas. Tuvo que apartar una plétora angustiosa de objetos inútiles hasta dar con el cañón del arma. Tiró de él, y la empuñó con ambas manos. La amartilló, tal y como, con desgana, les había visto hacer tantas veces a los protagonistas de esos wésterns que Jon encontraba magistrales y

que a ella la dejaban fría, pero que se resignaba a tragarse, acurrucada junto a él en el sofá.

Vio a aquel monstruo de ojos lechosos brotando nuevamente de la oscuridad y las manos actuaron, independientes del cerebro.

El índice se crispó sobre el gatillo.

Bang.

El arma se encabritó entre sus dedos. Estuvo a punto de perderla. La agarró todavía con más fuerza.

El pulgar volvió a amartillar el percutor.

Bang.

Aún necesitó dos tiros más para devolver a aquel fantasma a las tinieblas de las que había emergido.

Desde las escaleras, Eshu vio con alivio a Gloria cumplir sus órdenes y atacar al blanco. Incluso a esa distancia pudo oír el chasquido ominoso del metal perforando la carne y percibir que la vida abandonaba rápidamente a ese enemigo tan tenaz.

Inesperadamente, otra serie de detonaciones volvió a hacer retumbar la nave. El *bokor* se encogió de manera instintiva mientras contemplaba impotente cómo, con cada impacto que recibía, su creación iba reculando hacia la oscuridad, hasta que ya no pudo verla. Solo el ruido del cuerpo chocando contra el suelo le indicó que Gloria ya no podría ayudarlo más.

No importaba. Ya había hecho su trabajo. Y bien.

Observó a la periodista arrastrando penosamente la silla a la que seguía atada hasta su compañero, aún de rodillas y con las manos en el vientre. Poco podría hacer ya por él.

Buscó la última muñeca que había fabricado. Escuálida, con pelo sacado de la cabeza de Mònica y un trocito de uña en el interior. No había nada más poderoso que aquella combinación. Lástima no haber podido hacer también una del policía. Habría facilitado tanto las cosas.

Levantó los brazos por encima de la cabeza y empezó a recitar otra letanía, mientras bajaba el último tramo de escalones, oprimiéndole la cabeza con todas sus fuerzas.

Como hizo con la de Clara Nadal.

—¡Lluís! ¿Qué te ha hecho?

Amarrada a aquella maldita silla, Mònica consiguió arrastrarse hasta él. Tenía un aspecto horrible: pálido, jadeante.

No sabía qué hacer para ayudarlo.

Él habló con un gruñido de dolor.

—¿De dónde diablos ha salido esa cosa? Me ha jodido bien…

—Te pondrás bien, ¿me oyes? ¡Tenemos que salir de aquí! Si pudiera desatarme de una puta vez…

Oyó el cántico diabólico fluyendo desde el hueco de las escaleras. Un chorro de agua venenosa. Solo un instante después, las náuseas regresaron aún con más intensidad. Un dolor agudísimo le prensó las sienes.

Con un gemido, dejó caer el Colt para agarrarse la cabeza. A su alrededor, la oscuridad se había espesado de repente y el ambiente era tóxico y opresivo.

Le faltaba el aire.

No podía pensar. Solo dejarse arrastrar por aquella tonadilla hipnótica que le impedía concentrarse en nada más. Sufrió una arcada violenta, pero no le quedaba qué vomitar.

Haciendo un esfuerzo agotador, consiguió levantar la vista para ver la figura borrosa que terminaba de bajar los escalones e iba hacia ella. Sostenía algo sobre la cabeza.

El cerebro iba a estallarle. Se dio cuenta de que estaba a punto de perder la consciencia.

Se encogió en posición fetal y la cara entre las manos. Estaba exhausta, no podía más. ¿Acaso no había luchado bastante?

Por favor, que se acabe, que se acabe, que se acabe…

Con cada latido, Artigas notaba cómo la vida se le escapaba a borbotones por las heridas que le había infligido aquella abominación que había sido Urenna Onyeneke. Apenas recibió las puñaladas, asestadas muy deprisa, una tras otra, sintió que las piernas le flaqueaban y las rodillas chocaban contra el suelo polvoriento. Había soltado las pistolas, vacías, y había tratado de taponar los orificios por donde se le escapaba la sangre y, con ella, la existencia.

Era inútil.

Impotente, fue notando la camiseta y los dedos empapados. Una sensación cálida y pegajosa, pero casi indolora, en contra de lo que hubiera cabido esperar.

De repente oyó la voz de Mònica, llegándole desde muy lejos. Casi desde otro mundo. Volvió los ojos y se sorprendió de ver que estaba allí mismo, a su lado, todavía atada a la silla.

—¡Lluís! ¿Qué te ha hecho?

Le costó mucho encontrar el aliento para contestarle.

—¿De dónde diablos ha salido esa cosa? Me ha jodido bien…

—Te pondrás bien, ¿me oyes? ¡Tenemos que salir de aquí! Si pudiera desatarme de una puta vez…

No pudo terminar la frase. Una letanía hipnótica brotó desde algún punto por encima de sus cabezas y Mònica se llevó las manos a las sienes y empezó a gemir de dolor. Como si esas notas, recitadas con voz de flauta, se le clavasen en el cerebro, tal que agujas.

Incapaz de hacer nada que no fuera asistir al final del drama como un mero espectador, Artigas contempló surgir otra figura humana de la oscuridad. Ni de lejos igual de recia que la de Kabiru, pero, a su manera, infinitamente más amenazadora. Recitaba aquella cantinela que torturaba a Mònica sosteniendo lo que parecía ser una muñeca de cabellos largos y lisos.

Incluso en mitad de aquella oscuridad pudo reconocer los ojos escarchados, siniestros, que lo habían asediado en el Changó. Ahora no lo miraban a él, sino que estaban clavados en Mònica, que se retorcía de dolor a su lado, gimiendo igual que una niña pequeña.

A medida que el hombre se les acercaba, el canto se intensificaba hasta llenar la enormidad de la nave vacía.

Artigas notó la boca seca y un hormigueo traidor en los dedos. Se le escurría el tiempo. Ojalá pudiera esnifar un poco para volver a ponerse en marcha.

Aún tenía los cargadores de repuesto en el bolsillo. Si conseguía encontrar una de las Walther que se le habían caído…

Separó la mano derecha de las heridas sanguinolentas y la obligó a palpar el suelo, empapado con su vida. Sabiendo que,

aunque encontrase el arma, ya no sería capaz de liberar el cargador vacío, sacarse el nuevo del bolsillo, introducirlo en la culata, tirar de la corredera, colocar una bala en la recámara, apuntar y apretar el gatillo.

Ya daba igual. Habían perdido. Solo tenía que aceptarlo y dejarse ir. En su estado, no duraría mucho.

Podía marcharse con la cabeza alta. Lo había intentado.

Iba a rendirse cuando la mano encontró un aliado imprevisto. Lo reconoció enseguida: la culata redondeada del viejo Colt .45 de Mònica.

Los dedos se crisparon a su alrededor. La pistola pesaba como un yunque, pero fue capaz de levantarla. Mientras lo hacía, el pulgar buscó mecánicamente el percutor y montó el arma.

No recordaba si Mònica había gastado las seis balas o todavía quedaba alguna en el tambor. Lo que sí que supo, mientras levantaba el brazo encañonando al que se acercaba, era que solo tendría fuerzas para disparar una vez.

La venganza del hombre muerto.

En el último instante, cuando lo encañonaba con el revólver tembloroso, el *bokor* se dio cuenta de la amenaza. Su mirada líquida volvió a enzarzarse con la del mosso, como habían hecho la primera vez que se vieron.

Esta vez, no obstante, fueron los ojos de Artigas quienes salieron vencedores.

La detonación le llegó desde otro mundo. Empequeñecida entre aquellas oleadas de dolor puro. Por última vez, la nave abandonada amplificó el eco del disparo hasta hacerlo doloroso para los oídos.

Nunca supo cuánto tiempo tardó en darse cuenta de que el suplicio empezaba a menguar. Poco a poco, el aire se fue haciendo más respirable y ella pudo volver a abrir los ojos.

Se incorporó, rodeada de un silencio incongruente después de todo lo que había pasado. Aún sin entender nada, miró hacia la escalera, de donde habían llegado aquel diablo y su salmodia maligna.

Solo pudo verle las plantas de los pies. Con los dedos apuntando al techo.

Atontada, se dio media vuelta. Lluís continuaba de rodillas, pero ahora tenía la cabeza caída, con la barbilla apoyada en el pecho. La mano derecha sostenía todavía el revólver humeante.

Se le acercó.

—¿Lluís?

Él no respondió.

Estaba al límite de lo que podía soportar. Aunque pudiera desatarse los pies, nunca podría sacarlo de allí. Ni siquiera a rastras.

—Aguanta, ¿me oyes? Aguanta. Ahora vuelvo.

Volvió a reptar hasta el bolso, esta vez en busca del móvil. Estaba tan nerviosa que tuvo que esparcir todo el contenido en el suelo para encontrarlo. Casi no veía nada y, por un terrible instante, temió que se lo hubieran quitado o estuviera sin batería.

¡No! Estaba allí. ¡Delante de sus narices!

Lo cogió. Temblaba tanto que le costó manipularlo. Le habría resultado imposible marcar las nueve cifras de un número cualquiera.

Por suerte, el de Sandra lo tenía en la memoria.

La abogada no tardó ni dos tonos en contestar.

—¡Mònica! ¿Qué sucede? ¿Estás bien?

Trató de responder, pero, cuando intentó despegar los labios, las imágenes de los objetos que había esparcido en el suelo se mezclaron ante sus ojos. La negrura que la rodeaba se le echó encima y la pesadilla terminó de una vez.

33

Abrió los ojos en la cama de un hospital. Con el índice de la mano derecha metido en uno de esos dedales que van conectados a una máquina que te controla el ritmo cardíaco. Un suero le goteaba en el otro brazo, a través de una vía abierta en el dorso de la mano. Trató de incorporarse y casi se quedó desnuda. Le habían puesto una de esas batas que se abrochan a la espalda. Diseñadas para que los pacientes tengan que someterse a la humillación de ir por el mundo enseñando el culo.

Por si no tuvieran bastante con estar en un hospital.

Enseguida, la cabeza empezó a darle vueltas. Dejó escapar un gemido involuntario.

Aquello despertó a Sandra, que se había quedado dormida a su lado, en una butaca.

—Mònica, estás despierta. ¡Gracias a Dios! —Se levantó y pulsó un botón de la cabecera de la cama.

La periodista tenía un erial en la boca. Necesitó carraspear varias veces antes de ser capaz de pronunciar una palabra:

—¿Lluís…?

—Lo están operando. —La cara de Sandra se ensombreció—. Ha llegado en parada, pero han podido reanimarlo. Lleva horas en quirófano. No sé nada más.

Antes de que tuvieran tiempo de añadir nada más, la puerta de la habitación se abrió dando paso a un médico flanqueado por dos enfermeras. Amable, pero firmemente, le pidieron a Sandra que saliera y se congregaron alrededor de la paciente. El doctor, un hombre maduro, con alopecia incipiente e inmerso en pleno proceso de desarrollar una antiestética papada, le realizó un examen rápido: ¿Recuerda su nombre? ¿Cuánto dedos ve? ¿Sabe dónde está? Abra la boca. Respire. No respire. ¿Tiene dolor de

cabeza? ¿Dónde, en la frente o en las sienes?

Solo con Artigas en el pensamiento, fue respondiendo a las preguntas y siguiendo las instrucciones como pudo. Lo que el cuerpo le pedía, en riguroso orden, eran respuestas sobre el estado de Lluís y mandar a paseo al idiota que la martirizaba con preguntas absurdas: ¿Cuántos dedos ve? ¡Tres, joder, tres! Y otros dos doblados, ya puestos. ¿Le duele la cabeza? Pues, ahora que lo comenta, igual que si me la estuvieran agujereando con un berbiquí. ¿No se me nota en la cara?

¿Y para eso les pedían seis años de carrera, el MIR y Dios sabe qué puñetas más? ¿Para corroborar lo obvio?

Pero era más fácil obedecer que rebelarse. Usó el escaso ánimo que le quedaba para interpretar el papel de buena chica y responder, mansamente, a todas las preguntas de la bata blanca: Mònica. Tres. En el hospital, creo. Aaaaaa… A ver si se lo sacaba pronto de encima y le decían cómo estaba Lluís. Las palabras «ha llegado en parada» se repetían, funestas, en su cerebro torturado.

Tras el examen, el médico vino a decirle que, en su opinión, sobreviviría.

—De todos modos, la mantendremos veinticuatro horas en observación —concluyó—. Mejor pecar de prudentes. Si notan cualquier empeoramiento, avisen enseguida, ¿de acuerdo?

Y, sin añadir nada más, salió de la habitación, acompañado por las dos enfermeras, cuyo papel en todo el asunto continuaba siendo un misterio.

Volvió a echarse y entornó los ojos. El mundo dejó de girar y ella lo agradeció sinceramente. Sandra volvió a entrar.

—¿Cómo nos habéis encontrado? —quiso saber, sin abrir los ojos.

—Al ver que no contestabas pero que la línea continuaba abierta, avisé a los Mossos —le contestó Sandra—. Saltaban de contentos mientras se lo decía. Para ellos fue pan comido localizaros a través del móvil. No se esperaban lo que se encontraron en la fábrica. No quiero ni pensar en cómo habrá sido para ti…

Mònica hizo un ademán con la mano. Ahora no quería hablar de eso. En realidad, nunca querría.

—¿Y Pere?

La abogada esbozó una mueca de disgusto.

—Sigue negociando con los japoneses. Todo lo demás le importa un carajo. Ni siquiera me ha cogido el teléfono cuando he querido avisarlo. Y a la tercera llamada, lo ha apagado. Me da igual. Lo nuestro se acabó.

Mònica consiguió estar de acuerdo moviendo ligeramente la cabeza.

—¿Me ayudas a levantarme? Necesito saber cómo está.

Sandra titubeó.

—¿Te parece prudente? Ya has oído al médico.

Sí, lo he oído: dice que estoy como una rosa.

—Sandra… Lo han herido mientras trataba de salvarme. Se lo debo, ¿no te parece?

La abogada no puso más pegas. Se acercó al borde de la cama y le ofreció el hombro. Despacito, salieron al pasillo, arrastrando el gotero y sin pensar en lo que la bata estaría dejando al aire.

Una enfermera les salió enseguida al paso.

—¡Eh, eh, eh! ¿Adónde cree que va, señorita? El doctor ha sido tajante. Necesita usted descanso.

—El hombre que llegó conmigo —suplicó Mònica, ignorando una náusea—. ¿Cómo está?

—No puedo decírselo. Pero seguro que cuando se sepa algo, se lo comunicarán enseguida. Ahora le ruego que…

Mònica levantó una mano para acallarla.

—¿Me puede decir su nombre, por favor?

—¿Mi nom…? Elvira. Aunque no entiendo a qué…

—Elvira, escúcheme: le prometo que en toda mi vida jamás me he encontrado peor. Y que lo que más querría es meterme en la cama y dormir una semana. Pero al hombre que están operando lo han herido mientras me salvaba la vida, ¿entiende? ¡Y le juro que ni usted ni nadie conseguirá que me acueste sin saber si está vivo o muerto!

El esfuerzo de levantar la voz le resultó excesivo. Si Sandra no llega a sujetarla, se habría caído.

La enfermera Elvira, cuarenta y tantos, pelo rizado y cobrizo, collares étnicos, cara de pan y de buena persona, se apresuró a

sostenerla también. Su expresión severa había sido sustituida por otra más comprensiva.

—Mire, le diré qué haremos —propuso en tono conciliador—: Yo la ayudo a volver a su habitación y a acostarse. Y, luego, le prometo que no pararé hasta que venga alguien a darles noticias de su amigo. ¿Le parece bien?

Mònica no estaba para dar mucha guerra. Se rindió, pero con condiciones.

—Me parece. Pero si tardan demasiado, tenga por seguro que volveré a levantarme. Y entonces necesitará más que palabras si quiere que vuelva a ser una niña buena.

Elvira tenía un corazón a juego con la cara, y muchos años de trato con pacientes de todo tipo. Habitualmente, le habría sentado como un tiro que la tratasen así, pero ahora contemplaba a aquella joven semianoréxica y al borde del colapso con compasión. Tenía pinta de haberlo pasado realmente mal.

—No hará falta. Puedo ser muy insistente, si me lo propongo. Ahora acuéstese.

No pudo replicar. El mundo se le iba de los ojos por momentos.

Cuando recuperó el sentido, una médica con ropa de operar y pañuelo de colorines en la cabeza, que parecía salida de un capítulo de *Anatomía de Grey*, hablaba con Sandra, dándole explicaciones con expresión grave.

Al tratar de levantarse descubrió que se encontraba algo mejor.

—¿Cómo está? —preguntó lo suficientemente alto para que las otras dos se volvieran hacia ella.

Unos instantes de silencio. Una eternidad.

—Ha salido vivo de quirófano —dijo al final la doctora—. Pero durante la intervención ha sufrido dos paradas más. Los daños en el hígado, el estómago y un riñón son masivos, no voy a mentirle. Si supera las próximas doce horas, quizás tenga una oportunidad.

Tenía una voz muy agradable. Incongruente con tan malas noticias. Mònica se sintió inclinada a confiar en ella.

—Pero usted no es optimista…

—Lo que yo piense es irrelevante… —volvió a decir la

cirujana. A media frase, viendo su expresión, decidió ser sincera —. Pero no, no soy optimista. Tendrían que ir preparándose para lo que pueda pasar. Siento muchísimo no poder ser más concreta, ni darles mejores noticias, créanme.

La creyó.

Sin más que decir, la médica les estrechó la mano y salió.

Las dos mujeres se quedaron mirándose en silencio. Unidas por el vínculo secreto que crea sentir lo mismo, y saber que la otra lo sabe. La clase de conexión capaz de convertir a alguien a quien deberías detestar en el único asidero que te queda ante el desastre. Todavía tenía la vista un poco turbia, pero a Mònica le pareció que los ojos de la rubia brillaban más de la cuenta.

Como cuando los tienes húmedos.

De repente volvió a sentirse agotada y necesitó echarse. Sin decir nada, Sandra se acercó a la cama y se sentó a su lado.

Les esperaba una noche muy larga. La más larga de sus vidas.

34

Xavier Bertrán detestaba los locales franquiciados. A él le iban los cafés con solera. Los mármoles añejos, las mesas de hierro colado, las lámparas de araña y las puertas francesas. Tenía los sesenta a la vuelta de la esquina y era consciente de que no los llevaba bien. Demasiadas veces, en demasiados sitios, se sentía fuera de lugar. Como si estuviera en una película en la que el protagonista fuese el correcto, pero el decorado y el resto de los personajes no. Lejos de ser indulgente consigo mismo, se daba cuenta de que se estaba convirtiendo en un dinosaurio a paso de gigante. Pero no en uno de esos carnívoros que inspiraban respeto. No, él era un viejo brontosaurio: lo bastante grande gracias a los muchos años de experiencia y al buen trabajo realizado como para merecer un reconocimiento; aunque del todo inofensivo para los depredadores que se movían mucho más rápido, a su alrededor, haciéndose los amos de la jungla.

Por primera vez en su vida, la jubilación, en lugar de una condena, empezaba a parecerle un salvavidas.

Pero aún no, se repetía cada mañana al mirarse al espejo. Y le daba ánimos al señor mayor y de mirada fatigada que lo contemplaba desde el otro lado, diciéndole que aguantase un poquito más. Solo un poquito.

A pesar de su aversión a las franquicias, con su mobiliario nuevecito, su decoración artificial y sus precios de bandoleros, no le había puesto pegas a Mònica cuando lo citó en uno de esos lugares que había abierto justo al lado de la redacción. Cada vez que se había ofrecido a ir a verla al hospital, le había dicho que no. Con una voz que no llegaba a ser hostil, pero que tampoco dejaba rendijas a la negociación.

No quería verlo, así de claro.

Había tenido que resignarse. Decirle a Jubany dónde encontrarla no había sido un acto de traición, sino de amor. Y ella tendría que entenderlo. La decisión de perdonarlo, o no, no dependía de lo que pudiera argumentar.

Por eso, cuando recibió un *whats* citándolo en aquel local, había interpretado, acertadamente, que el escenario de la cita formaba parte de su penitencia.

Igual que los quince minutos que lo obligó a esperarla, sentado en una de esas sillas que querían imitar a las de antes, frente a una mesa de mármol de pega. ¿Ahí te duele? ¡Ahí te daré! Aun así, el retraso le pareció un buen augurio. Si alguien te somete a esas pequeñas humillaciones no es para terminar mandándote al diablo. Más bien son los flecos del precio que le ha puesto a su perdón.

Estaba dispuesto a ganarse el indulto, por caro que se lo pusiera. Tres años atrás, perder a Eva había sido uno de los peores tragos de su vida. Ver marchar ahora a Mònica, a quien quería como a una hija, le resultaría demasiado penoso.

Hizo de tripas corazón, se pidió uno de eso cafés de nombres absurdos —Blue Mountain, Kona Hawaianao— que te vendían a precio de maná caído del cielo y se sentó a esperarla en un rincón. Bien visible.

Casi lo había terminado cuando la vio entrar. Llevaba un vestido de tirantes con estampado de flores que le dejaba los huesudos hombros al aire. Bailarinas, grandes aretes de oro que se abrían paso entre la catarata de pelo negro y unos cuantos collares dorados, entre los que destacaba un medallón que había decorado muchas veces el escote de su madre.

Era la primera vez que se lo veía puesto.

Levantó el brazo. Ella lo vio y se le acercó, sin sonreír. Se dieron dos besos protocolarios. Fríos. Muy lejos del afecto que le había dispensado siempre.

Sé positivo: al menos, no te ha escupido en la cara.

—Tienes buen aspecto —inició él la charla, mientras le señalaba la silla que le había estado guardando—. Me tenías muy preocupado, ¿sabes?

Ella dejó el bolso, pero no se sentó.

—Necesito una Coca-Cola.

—Ya voy yo.

—No hace falta. Enseguida vuelvo.

Xavier no opuso más resistencia. La vio pedirse un botellín y volvió a recibirla con una sonrisa, que ella continuó sin devolverle.

Estaba guapa, con el flequillo embetunado hasta las cejas y los rasgos muy marcados. Eva le había hablado muchas veces de su bisabuela de origen *sioux*. Aquella exótica rama de la familia continuaba muy presente en Mònica.

Se miraron. Xavier dudó por primera vez. ¿Y si no pensaba perdonarlo?

—Monis, yo…

—No digas nada, Xavi, por favor. He pensado mucho en lo que ha pasado, ¿sabes? Y entiendo por qué le dijiste a Jubany dónde podía encontrarme. Lo hiciste para protegerme, no hace falta que me lo jures. Pero con toda la buena intención, metiste la pata hasta el cuello. Todavía estoy furiosa contigo. Pero se me pasará. Solo necesito un poco más de tiempo… Y la promesa de que nunca más volverás a tratarme como si fuera una niña.

El periodista asintió en silencio. Su mirada lo decía todo. Mònica leyó el alivio en ella y no pudo evitar una corriente de ternura hacia aquel hombre bueno. No, no tardaría mucho en perdonarlo. Ya lo estaba haciendo.

—¿Me cuentas qué ha pasado mientras he estado fuera de juego?

—Oficialmente, nada, como debes suponer. Esta vez, tu amigo Jubany ni siquiera me llamó a mí. Apuntó más arriba. Màrius me hizo subir a su despacho, cerró la puerta y me leyó la cartilla: ni al periódico ni al lector le interesan casos tan escabrosos. Que hablen otros de ellos, si quieren jugar al juego del miedo y del morbo. Nosotros haremos periodismo de calidad y blablablá. En fin: todas esas mierdas que no se cree ni él, pero que lo mantienen donde está. Incluso nos ventilamos la muerte de Clara Nadal con un breve…

—¡Qué fuerte! Me enteré hace nada de lo suyo. Era muy joven, ¿verdad? ¿Cómo fue?

Xavier dio otro sorbo de aquel café que, pese a la nomenclatura, continuaba siendo un expreso de toda la vida.

—La encontraron flotando en la piscina. Un aneurisma de caballo. Cuarenta y nueve años, la pobrecilla. Por lo visto, tenía antecedentes familiares. Primero sospecharon de Artigas, ¿sabes? El coche con el que fue a la fábrica era el de ella. Y también una de las armas que disparó en el tiroteo. Por eso fueron a su casa y tuvieron que acabar tirando la puerta abajo. Pero su secretaria atestiguó que había tenido un dolor de cabeza muy fuerte todo aquel día. Y la autopsia fue determinante. La inspectora tenía fecha de caducidad y le llegó el turno. Esas cosas no se pueden provocar.

Mònica bajó los ojos. No había conocido a la inspectora en persona, pero Lluís le había hablado muy bien de ella. Ya era casualidad que la única que habría podido hurgar en todo aquel asunto apareciera, convenientemente, fulminada por una apoplejía.

Pensó en el dolor terrible en las sienes que había sufrido mientras aquel diablo de ojos traslúcidos la traspasaba con la mirada, canturreando palabras nocivas.

¿Esas cosas no se pueden provocar? Si tú lo dices…

—¿Y a ti? ¿Te han dicho algo los médicos de qué te sucedió? —preguntó Bertrán, dando carpetazo a la muerte de Clara Nadal.

La cabellera nocturna de Mònica se movió de un lado a otro.

—Nada concreto. Parecía secreto de sumario. Al final, cuando me dieron el alta, uno de ellos se dignó a contarme su teoría. El cabrón que me secuestró me dio algún tipo de narcótico. No conocen exactamente su composición, aunque encontraron rastros de tetrodotoxina, tanto en mi sangre como en la de Gloria. Él creía que soy particularmente sensible a ese veneno, o a alguna otra cosa que llevase la mierda que me dieron. Solo así se explican los síntomas y la persistencia en mi organismo. Según me dijo, una dosis ligeramente superior a la que me tomé me habría matado.

Esa era la explicación médica para todo lo que le había pasado en la fábrica. Lástima que hubiese estado allí y tuviera otros recuerdos, menos académicos.

—Tuviste suerte, pues.

—Sí. La hostia de suerte.

—¡Mujer, ya me entiendes!

—Y tú a mí, Xavi. Todavía me despierto todas las noches en aquella fábrica. Con los ojos blancos de Gloria encima y la cantilena de ese demonio arrastrándome al infierno. ¡Cada puta noche! No me siento nada afortunada. En absoluto. Lo que todavía no me explico es…

—¿Qué?

—Cómo Gloria fue capaz de hacer lo que hizo. Su dosis de tetrodotoxina en sangre era bastante superior a la mía. Pero no tenía nada en el estómago. Llevaba días sin comer. El médico alucinaba con que hubiera sido capaz de mantenerse siquiera en pie.

Removió la cabeza, todavía incrédula.

Esas cosas no se pueden provocar.

—¿Se sabe quién era el otro hombre? —le preguntó a Xavier, para quitarse la imagen de Gloria de la cabeza.

El periodista extrajo unas notas del bolsillo interior de la americana.

—Se encontraron cuatro nigerianos muertos en la fábrica, y otro vivo fuera, con las esposas de Artigas puestas. Por supuesto, Jubany ha impuesto la ley del silencio. Pero no sabe que Navarro y yo somos viejos amigos.

Mònica esbozó una media sonrisa, al recordar al peculiar forense. Aquella ligera curvatura de labios fue como un rayo de sol en el ánimo del periodista.

—Uno de los muertos era un adolescente llamado Bala Abdulkadir Muhammed. Un chaval que todavía era menor y que parece que hacía trabajitos para quien no debía. Lo mató la pistola de otra de las víctimas: Kabiru Tanimu Turahi. Un mal bicho, con una ficha de crímenes de sangre en su país larga como la lista de los reyes godos. La tercera fallecida era la chica: Urenna Onyeneke, de veintitrés años, a quien tú conocías como Gloria. Una de tantas pobres desdichadas que llegan aquí creyendo que mejorarán sus vidas. En cuanto a la última víctima…

—¿Qué?

—Ha resultado ser un fantasma. Cuando registraron el Changó encontraron un pasaporte a nombre de… —tuvo que leerlo— Akinwunmi Ayo Adesina, con el que había entrado en el país. El documento resultó ser falso. A partir de ahí, ha sido imposible identificar su verdadera identidad. Y, menos aún, viendo las ganas que le ponen las autoridades nigerianas cuando se les pide ayuda. La embajadora Ojukwu les dijo a los Mossos, con buenas palabras, que les dieran. Y enseguida llegaron instrucciones desde arriba de no molestar más a su excelencia. Al parecer, la señora tiene muy buenos amigos en Zarzuela. No te lo pierdas: por lo visto, antes de diplomática había sido modelo…

Mònica dejó escapar el aire por la nariz. Fabuloso.

—Del que sobrevivió, Navarro no sabía nada, claro. Pero he preguntado un poco. Al parecer era otro chaval que trabajaba para Kabiru. Un pezqueñín. Por ese lado no sacarán nada.

—¿Me estás diciendo que no se podrá identificar al tercer muerto?

—Yo no apostaría por ello…

La cara de Mònica se torció en una mueca de impotencia. Aquellos días, en el hospital, no había parado de darle vueltas al tema. Los peces gordos de todo aquel asunto vivían en Nigeria, eso estaba claro. Y los que habían muerto aquí eran los únicos que podían proporcionarles la conexión que les permitiría continuar tirando del hilo. Un cadáver sin identificar, no obstante, no haría que ningún juez quisiera proseguir con aquella investigación… Por mucho que una abogada como Sandra le buscara las cosquillas.

Aquello se acababa allí.

O quizás no…

—Puedo tenerlo todo escrito en un par de días —le dijo, mirándolo fijamente—. Será largo, te lo advierto. ¿Podrás darme dos páginas en la edición del domingo?

Bertrán le sostuvo la mirada. El tono de sus primeras palabras ya la preparó para lo que vendría a continuación.

—Mònica…, la vacante en el periódico es tuya. No porque te quiera como a una hija o le deba nada a tu madre. Te la has

ganado por méritos propios. Pero no publicaremos ni una palabra de todo esto. Ya te he dicho que había hablado con Màrius. Por lo visto, el marqués no quiere ni oír hablar del tema. Ya sabes que la política de la casa es estar a partir un piñón con Palau. El pleno del Parlament está al caer. Y no hace falta que te diga que en la Catalunya de Feliu Turó las tríadas no existen, las maras sudamericanas solo se matan entre ellas y, por supuesto, no se perpetran asesinatos rituales vudú. Además, todos los implicados están muertos. Se ha terminado.

Ella ya sabía que le diría eso, pero había querido obligarlo a hacerlo.

—Todos no… —acabó replicándole.

—Tienes razón —aceptó él enseguida—. Todos no. Pero eso les da igual.

Estuvo tentada de volver a enfadarse con él. De culparlo por ser tan cobarde y gregario. De echarle en cara lo que hubiera dicho Eva de estar allí. Pero habría sido injusta con él. Xavi no era el problema. Ya había librado demasiadas batallas y había perdido lo bastante en cada una como para no exigirle que continuara bregando.

No. Ahora les tocaba a otros. A ella.

—No quiero el puesto —le dijo, relajando la voz—. No puedo. No estaría bien. Escribiré la historia y buscaré quien la publique. Si no en medios escritos, en la red. Si hace falta, crearé mi propio blog. Eva me mataría si estuviese aquí y viera que todavía no tengo uno.

—Te mataría, sí —convino Xavier—. Aunque también te aseguro que estaría orgullosa de ver lo que has hecho. Siempre decía que tú serías la mejor de la saga. Y empiezas a demostrarlo.

—¿No eras tú quien lo creía? —dijo, sorprendida.

—No. Yo solo la citaba. Pero hasta hoy no me habrías creído, de manera que nunca me molesté en intentarlo.

Se quedaron mirándose. Xavier se dio cuenta de que ya lo había perdonado. Por eso se atrevió a decirle:

—Entiendo que ahora no quieras el puesto. Más aún: estoy orgulloso. Haz lo que tengas que hacer. Dentro de un año tendremos otra jubilación. Quizás entonces las cosas serán

diferentes.

—Puede —admitió—. Ojalá.

Se levantó.

—Se me hace tarde, Xavi. Nos llamamos, ¿vale?

—Sí, claro, vale. ¿Seguro que no necesitas nada?

Por primera vez ella le regaló una sonrisa.

—Seguro. Pero gracias. Eres un amigo. Mucho más…

Se le acercó y le plantó un beso en la mejilla. Dulce. Largo. Xavier sintió un nudo en la garganta.

Había estado a punto de perderla, pero volvía a tenerla en casa. Gracias a Dios.

—Cuídate, ¿vale, Monis?

—Lo haré. Prometido.

Mientras iba hacia la salida sacó un paquete de tabaco y se detuvo a abrirlo. Entonces cambió de idea: lo echó a la papelera, se acercó a la barra y pidió un sándwich y otra Coca-Cola. Se guardó la lata en el bolso, sacó el bocadillo del envoltorio de plástico y le dio un mordisco.

Bertrán la vio salir a la calle y perderse entre la gente. Dejó escapar un largo suspiro.

Apuró la taza y se levantó para volver al periódico. Iban a dar las doce y aún no tenía nada decente con lo que abrir la sección. El consejo de redacción se presentaba movidito.

Y, aun así, se sentía mejor de lo que lo había estado en mucho tiempo.

35

Llovía. Una de esas lluvias imperceptibles pero tercas que empapan el pelo y dejan la ropa calada a la chita callando. Mònica no era consciente de que la sufría mientras bajaba del taxi y pagaba la carrera. El conductor la había dejado justo frente a la enorme escalinata que subía, en dos tramos, hasta los nueve arcos de inspiración modernista que daban acceso al gran cementerio de Montjuic. El cielo plomizo y el clima inhóspito parecían que ni hechos de encargo.

Subió los escalones sin prisa, ignorando la lluvia. Rodeada por un silencio que solo resquebrajaba el rumor del agua aguijoneando con insistencia las piedras y el césped. Unos meses atrás, habría dicho que aquel murmullo salía de debajo de las lápidas, donde los muertos se resistían a ser olvidados. Y esa sola idea habría bastado para que se sintiera incómoda. Intimidada.

Ahora, en lugar del cuchicheo de muertos antiguos, solo oía el tamborileo del agua. Encharcando los senderos sinuosos de aquel jardín inglés plagado de losas grisáceas, ángeles en posturas torturadas, cruces excesivas y frases que imploraban descanso y prometían recordar a los que se pudrían allí.

No había vuelto al cementerio desde el día que enterraron a Eva. Pero, a pesar de los años transcurridos, recordaba el camino que llevaba hasta su nicho. Una tumba corriente. Nada llamativa. Solo un nombre y dos fechas, demasiado cercanas en el tiempo. Ni alabanzas, ni sensiblerías, ni monsergas. Y aun así, su madre lo habría considerado excesivo. Ella insistía siempre en que, una vez se hubiese ido, le importaba un carajo lo que hicieran con sus despojos. Por mí, como si queréis echarlos a una cuneta, afirmaba.

Y era sincera.

Eva Vidal nunca había esperado nada del más allá. Mejor tenerlo en el más acá, bromeaba. Otra herencia que le había dejado a su hija: un ateísmo feroz.

Cuando llegó al lugar, estaba calada hasta los huesos. No recordaba cuándo había tenido su último paraguas y, mucho menos, dónde lo había perdido. Si le hubieran dicho que tenía impreso algún personaje de Disney, no le habría sorprendido. Tanto llevaba sin usarlos.

Se plantó frente a la losa. Con las manos en los bolsillos de la chaqueta de entretiempo que no la guarecía en absoluto de aquel calabobos.

Habían quedado tantas cuentas pendientes entre ellas que no sabía por dónde empezar. Hasta que se dio cuenta: aquello no iba de ponerse a hablar con un pedazo de mármol, como si fuera el personaje de un telefilme malo de Antena 3. Nanay. Su madre ya no podía oírla y lo no dicho, no dicho estaba. De lo que se trataba era de perdonarla. Y, sobre todo, de perdonarse a sí misma.

Joder, mamá. ¡Qué difícil es ser tu hija!

Continuaba frente a la lápida, como un pasmada, cuando se dio cuenta de que había dejado de llover. Asombrada, echó un vistazo al reloj. No podía llevar tanto rato ahí. El cielo continuaba oscuro y amenazante, pero la lluvia le daba una tregua al suelo y a quienes, como ella, habían ignorado su mal humor.

Extendió la palma derecha para acariciar el nombre de Eva. Se sentía mejor. Liberada. Limpia. Sin rastro del lastre del rencor y los reproches. Y también del lodo tóxico de la culpa y de las dudas que la habían acompañado tantos años.

Ojalá estuvieras para ver la que voy a liar, pensó. Y ojalá me hubieras dicho a mí lo que le decías a Xavi. Nos habríamos ahorrado una tonelada de malos rollos. Y habríamos aprovechado más el tiempo.

Separó los dedos del mármol, milímetro a milímetro. Le dedicó una última mirada y se dio media vuelta. No volvería. Pero ahora ya solo sería porque no lo necesitaba. Cuando quisiera sentirse cerca de Eva, había lugares mucho mejores que ese.

Se alejó de la hilera de nichos con los mármoles aún brillantes de lluvia y caminó en dirección sur. Adentrándose aún más en el recinto. Tuvo que andar unos minutos hasta encontrar la referencia que buscaba: el imponente panteón del tenor Francisco Viñas, de Mariano Benlluire. Un túmulo ataluzado, con una gran cruz, ante la que se erguían las figuras de Parsifal, Tristán y Lohengrin en bronce. Y luego la gran lápida, también de bronce, con la efigie del solista enmarcada por frondosos árboles que regaban dos niños. Solo el escultor oficial de la Restauración era capaz de unos conjuntos tan opulentos. Lo considerarían el último gran maestro del realismo decimonónico y todo lo que quisieran, pero a ella todo aquel despliegue para recordar a un muerto le parecía de un *kitsch* que tiraba de espaldas.

La tumba que buscaba, infinitamente más modesta, estaba solo un poco más allá.

De lejos, distinguió la figura esbelta de Sandra. Con una elegante gabardina abierta, que dejaba ver el vestido negro y ceñido que le llegaba hasta algo más abajo de las rodillas. Y los inevitables zapatos de tacón a juego, aptos solo para unas piernas como las suyas.

Lo que no llevaba, se fijó al acercarse, eran ni el espectacular solitario que relampagueaba siempre por debajo de la manicura perfecta, ni la dorada alianza de matrimonio.

La abogada no levantó los ojos de la tumba hasta que no la tuvo al lado.

—Has tardado mucho —le recriminó suavemente—. Empezaba a pensar que no vendrías.

—Perdona. Tenía que ver a alguien. ¿Llevas mucho esperando?

—Desde antes de que dejara de llover.

Demasiado, pensó Mònica.

La tumba de Lluís Artigas era mucho más bonita que la de Eva. Nada ostentosa, cavada directamente en el suelo. La lápida tenía grabados su nombre, dos fechas y un poema de siete estrofas, en inglés. Mònica leyó directamente la última:

And round that early-laurelled head

Will flock to gaze the strengthless dead,
And find unwithered on its curls
The garland briefer than a girl's.

Sandra le respondió sin que tuviera que preguntar.

—Es un poema de un autor victoriano. Housman, creo que se llamaba —le contó con voz rota por la nostalgia—. Meryl Streep lee un fragmento en el entierro de Robert Redford en *Memorias de África*. A mí me encantaba esa película y, un día, en la facultad, se lo dije a Lluís. Él se había incorporado tarde al curso y se hacía mirar. Me refiero a que no necesitaba hacer nada para impresionar a la chica que quisiera. La primera noche que me invitó a salir se puso la mano en el bolsillo, sacó un papel y empezó a recitarlo. ¡En un inglés digno de la Royal Shakespeare Company! Las horas que debió de pasarse ensayándolo… Creo que me había enamorado de él antes de que terminara la segunda estrofa.

Y todavía lo estás. Hasta las trancas, ¿verdad?

¿Cómo era aquella frase?

Encuentra lo que amas y deja que te mate.

La compadeció.

Iban a tener que hablarlo, y no encontrarían mejor momento.

—Todavía lo querías, ¿me equivoco? —le soltó a bocajarro—. Quiero decir…, no era solo sexo.

—¿Te dijo él que estábamos…? —preguntó Sandra, ligeramente sorprendida de que hubiera sacado el tema de ese modo.

—No hizo falta. No te ofendas.

La abogada movió la cabeza. No me ofendo.

—¿Y tú? ¿Era solo sexo?

Touché.

—Solo fue una noche. Y en unas circunstancias tan extraordinarias que no sabría decirte. —Calló un momento, pero enseguida sintió la necesidad de ser honesta—: Aunque habría podido colgarme de él. Seguro. Tenía algo. Lo echo de menos.

—No era un hombre fácil, ¿sabes? —La abogada continuaba con los ojos imantados en la losa, salpicada de gotitas diminutas

—. Estaba convencido de que lo dejé por el dinero y la posición de Pere. Y en parte tenía razón, no lo niego. Pero incluso en los momentos más íntimos, sentía que nunca sería totalmente mío. Que nunca sería de nadie, en realidad. Y eso me aterrorizaba, porque yo estaba loca por él.

—¿Y Pere sí era tuyo? —Ahora, la sorprendida era Mònica.

Sandra pareció escandalizada:

—¿Pere? Pere no te da nunca nada. ¡Y las pocas veces que lo hace es porque espera recuperarlo multiplicado por tres! Eso sí: no engaña. Hay que reconocérselo. Además…, ¿quién podría querer tener a Pere del todo?

—¿Vais a divorciaros? —Ojeada significativa a las manos desnudas.

—Firmaremos los papeles el mes que viene. Yo no le he pedido ni la mitad de lo que podría y él no se ha puesto ni la mitad de capullo de lo que es capaz. Cree que es al revés, pero he salido ganando yo. Con creces.

Mònica asintió. Su breve experiencia con el joven Artigas —ahora el único—hacía que estuviese de acuerdo.

Callaron un momento, hasta que el silencio se le hizo incómodo a la periodista.

—Ha quedado muy bonita —mintió, refiriéndose a la tumba. No es que pensara que no era así. Más bien tenía que ver con el hecho de que era incapaz de encontrarle ninguna belleza a nada relacionado con la muerte. Pero quería ser agradable con Sandra.

—Sí, ¿verdad? —Pareció contenta por un instante—. ¿Quieres creer que Pere no quería hacerse cargo? No ha lamentado ni una pizca su muerte. Nunca he entendido por qué lo odiaba tanto.

Otro silencio. Empezaban a terminárseles las cosas que decir.

—¿Qué piensas hacer? Me refiero a partir de ahora…

—Xavi me ha ofrecido un puesto en el periódico. Lo he rechazado. No podría aceptarlo sabiendo que no piensan publicar nada. Hay un par de sitios de Internet que se lo están pensando. Creo que llegaré a un acuerdo con uno. Comparado con el del periódico, el sueldo parece una propina. Aunque no me importa. Tengo lo que me dejó mi madre, y sé que ella lo aprobaría. ¿Y tú?

—Abriré algo por mi cuenta. Sin prisas. No quiero cometer los

mismos errores.

Mònica pensó que, aunque no hubiera sido mezquina con el divorcio, tenía que haberse llevado un buen pellizco. Seguro que podía permitirse el barbecho.

—También me gustaría reabrir el caso de Lluís y demostrar que no fue él quien se llevó los tres kilos —añadió, inesperadamente—. No me malinterpretes: nada de cruzadas quijotescas. Solo dedicarle alguna hora perdida, de vez en cuando. Investigar un poco. Los Mossos no han sido justos con él. A cualquier agente muerto en acto de servicio lo habrían condecorado. Con Lluís, en cambio, se han contentado con no expulsarlo del cuerpo a título póstumo. Y no es que Jubany no presionara para hacerlo, lo sé de buena tinta. Me gustaría poder devolverle el favor al Cardenal.

Mònica no dijo nada. No tenía sentido. Quizás más adelante, si veía que la otra podía salir maltrecha, tendría que acabar contándoselo. Mientras, si Lluís no había querido confesárselo, por algo sería.

Hizo el ademán de irse.

—No puedo quedarme más. Tengo una reunión con uno de esos periodistas digitales con ganas de estropearle la fiesta al *conseller* Turó. ¿Compartimos taxi?

—Voy a quedarme un poco más, si no te importa.

Esa no es la actitud. Aunque no soy yo quien debe decírtelo. No somos tan amigas.

—De acuerdo. Pues… nos veremos, ¿no?

—Sí, sí. Ya nos vemos.

La periodista se dio media vuelta y enfiló el camino de salida, acompañada por el crepitar de los guijarros bajo las suelas. Sandra la llamó enseguida:

—¡Mònica! —Se volvió—. Si todavía estuviese vivo me caerías tan mal como cualquiera de las otras que se le acercaron durante todos estos años, no voy a negarlo. Pero si tenemos que sacar algo bueno de lo que ha pasado, me gustaría que fuera esto. Que seamos amigas, tú y yo. Amigas de verdad. ¿Quieres que te llame para comer algún día de la semana que viene? Puede que entonces ya puedas decirme en qué intrépida página de Internet

tendré que buscar tus artículos…

La reportera juntó los labios en lo que podría haber sido una sonrisa triste.

¿Por qué no?

—Me encantará. Eso sí: pagas tú, que eres la alegre divorciada.

—Dejémoslo en que invita Pere.

Las dos sonrieron.

—Cuídate, abogada. —Recapacitó. Ahora sí que debía decírselo—: Y no te quedes mucho rato, ¿vale? Aunque sea difícil, hay que pasar página. Te lo dice una experta en no pasarlas.

36

Sandra Savall se quedó inmóvil frente a la discreta tumba del cabo Lluís Artigas, muerto en acto de servicio a los treinta y ocho años. Observando cómo su amiga, la periodista Mònica Vidal, recorría el caminito de grava hasta perderse de vista.

Solo entonces se permitió llevarse las palmas de ambas manos al vientre, en un gesto protector. Amorosamente. Como quien acaricia la cajita donde guarda su bien más preciado.

Pasar página no siempre es posible. O no del todo.

Se lo contaría la próxima semana, cuando se vieran para comer.

O quizás esperaría un poco más. Hasta que hubieran pasado las semanas críticas y ya fuera seguro.